



Obsesión
Prohibida
para el
MAFIOSO

LISA P QUINN

Obsesión Prohibida

Lisa P Quinn

Está prohibida la reproducción gratuita o comercial de esta obra sin la autorización de la autora. También está prohibida la reproducción parcial de la obra, incluso de forma gratuita, sin los créditos correspondientes. Esta es una obra de ficción, cualquier similitud con personas o hechos reales es mera coincidencia.

ATENCIÓN: Puede contener desencadenantes.

Este libro no es un Dark Romance.

Si esperas una historia oscura, escenas de abuso extremo, torturas intensas y detalles de negociaciones y burocracias de la mafia, este libro NO cumplirá con tus expectativas. Sin embargo, al tratarse de un libro con temática de mafia, puede haber algunas escenas que podrían ser incómodas en ciertos niveles.

Este libro narra la historia de Olivia, amiga de Elora (de *El arrogante de mis sueños*). No es necesario haber leído ese libro, pero es posible que haya algunos spoilers.

ÍNDICE

[ÍNDICE](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

EPÍLOGO

PRÓLOGO

MIKHAIL

15 AÑOS ANTES

Vladivostok - Rusia

En el silencio del cementerio, entre flores y lágrimas, juro vengar cada pétalo que cayó sobre el ataúd de mi hermana.

Miro a mi alrededor y siento cómo todo mi cuerpo rechaza cada aspecto de esta situación que me rodea, negándose a aceptar que nunca más podré mirar a los vivos ojos verdes de mi hermana.

Anastasia, mi dulce hermana menor, ahora descansa en soledad dentro del ataúd. No recuerdo muchos detalles de la vida antes de su nacimiento; es casi como si yo hubiera nacido cuando ella nació. Nunca he existido sin Anastasia, y ahora, al cumplir diecisiete años, tendré que aprender a vivir el resto de mi vida sin ella.

El padre Pavel se acerca con pasos lentos, su semblante solemne refleja la seriedad del momento. ¿Quién lo hubiera imaginado? Él mismo la bautizó y hablaba con alegría y entusiasmo sobre el día en que celebraría la boda de Anastasia... pero, en lugar de eso, ahora está oficiando su entierro. ¿Quién hubiera imaginado que una joven moriría tan prematuramente, con solo 12 años?

Su voz resuena suavemente entre las tumbas, como un eco del lamento que llevo en el pecho.

— Hijos míos, en este lugar de descanso eterno, nos reunimos para despedirnos de un alma querida que ahora parte hacia la morada celestial. Que nuestras palabras y oraciones consuelen el corazón de quienes lloran la partida de Anastasia, cuyo sonrisa iluminaba nuestros días y cuya ausencia nos entristece profundamente.

Mientras el sacerdote sigue con sus palabras de consuelo, siento el peso de la promesa que hice en lo más profundo de mi alma. Cada pétalo que cayó sobre el ataúd de mi hermana será

recordado, y la justicia que ansío en su nombre se convertirá en mi misión.

Pero, por ahora, me mantengo en silencio, absorbiendo las palabras del sacerdote y las lágrimas silenciosas que corren por mi rostro.

Miro a un lado y veo a mi padre, el gran Vladimir Ivanov, quien, al igual que yo, ya ha sufrido otra gran pérdida: la muerte de mi madre. Anastasia estaba naciendo cuando ella partía.

Nunca lo había visto como lo veo ahora, nunca lo había visto tan pequeño e impotente. Él, que siempre ha sido el hombre más fuerte y valiente allá donde va. Mi hermano mayor, Grigory, está a su lado, y aunque nunca hemos tenido una buena relación, ambos compartíamos un amor desmedido por Anastasia, y puedo ver en su rostro cuánto le ha devastado perderla. Fue él quien la encontró, fue el primero en saber que Anastasia nunca volvería a despertar, y ni siquiera puedo imaginar cuánto debió dolerle. Nunca había visto a Grigory mostrar alguna emoción hasta hoy.

Ni siquiera pude verla, ni siquiera tuve el valor de mirar por última vez su rostro. El ataúd permaneció cerrado durante toda la ceremonia, a petición de papá; según él, nadie debía ver las marcas en el cuello de Anastasia. De algún modo cobarde, sentí un alivio mínimo por eso. No habría podido mirarla en ese estado, ¡no habría podido!

— ¿Fue un ataque de los italianos o de esos malditos albaneses? —pregunto entre dientes.

— Tu hermana decidió marcharse, hijo mío —dice con un hilo de voz.

— ¡No! —maldigo—. Anastasia no se haría eso a sí misma.

Mi padre se gira y me mira; parece notar algo en mi mirada, tal vez un reflejo de sí mismo, porque ya no parece querer mantener la versión que se contó a todos. La versión de que Anastasia se habría quitado la vida. Respira hondo antes de pronunciar:

— La UMBRA se encargará de esto —finalmente dice.

Y aunque nunca he entendido del todo qué es la UMBRA, sé que no se involucraría en los asuntos de nuestra familia si realmente no hubiera pasado algo grave.

— Nosotros mismos debemos vengar a Anastasia —digo, y lo veo negar con calma con la cabeza.

— Hay reglas que deben seguirse, y nuestra familia las cumple rigurosamente. Así es como todo funciona a nuestro alrededor. La UMBRA se encargará de eso.

— ¡No! —grito, y veo cómo las personas a nuestro alrededor nos miran; siento la mano de mi padre sobre mis hombros.

— Hoy debemos honrar a tu hermana, Mikhail. No hay lugar para nada más. Ve, es tu turno —dice mientras me entrega una tulipa roja, las favoritas de mi hermana—. Ríndele tu respeto —añade.

Respiro hondo, intentando contener la tormenta de emociones que amenaza con ahogarme. La tulipa roja, delicada y vibrante, parece pesar una tonelada en mis manos temblorosas. Es como si llevase no solo el recuerdo de Anastasia, sino también la carga de la impotencia por no haber podido preverlo, por no haber podido ayudarla.

Con pasos vacilantes, me acerco al ataúd, donde Anastasia reposa en un sueño eterno. La imagen de nuestra última conversación viene a mi mente, y una triste sonrisa se forma en mi rostro, ya marcado por lágrimas secas. Mis dedos tiemblan al tocar el suave pétalo de la flor, un gesto simple y simbólico que parece tan insuficiente ante la magnitud de la pérdida. Con un nudo en la garganta, levanto la tulipa roja, observando cómo las tonalidades de su color reflejan la luz triste que nos rodea, y finalmente la dejo caer sobre mi querida hermana. La única persona en el mundo que despertaba ternura en mí, a quien cuidaba, protegía... y ahora, ahora ella se ha ido.

La multitud a mi alrededor se disipa, convirtiéndose en un borrón indistinto, mientras mi atención se centra por completo en el ataúd frente a mí. Mi hermana, mi otra mitad, ahora está fuera de mi alcance, más allá de cualquier consuelo que pudiera ofrecerle. Y eso es lo que más me duele: la sensación de impotencia ante la inevitabilidad de su muerte.

Mientras la tulipa reposa sobre la madera oscura del ataúd, siento el dolor palpar en mis huesos, un dolor que va más allá de la carne y penetra en la propia esencia de mi alma. Es el dolor de la pérdida, de la injusticia, de la brutalidad del destino que arrancó a Anastasia de mí de una forma tan cruel.

— Me vengaré, haré que paguen, quienesquiera que sean... y esa es la promesa que te hago, hermana mía —susurro mientras una gruesa lágrima se desliza por mis ojos.

Les haré pagar con lágrimas de sangre.

CAPÍTULO 1

Olivia

13 AÑOS DESPUÉS

En algún lugar de California

Intento ajustar el vestido que parece estar pegado a mi piel como una segunda capa. Cada movimiento que hago es una batalla contra la tela, que parece querer asfixiarme. Mi padre insistió en que lo usara, diciendo que era elegante y adecuado para la ocasión. Pero para mí, solo es ajustado y demasiado provocativo para una joven de 17 años.

Mientras me miro en el espejo, me siento incómoda con la forma en que el vestido resalta cada curva de mi cuerpo. Preferiría llevar algo más suelto, algo que me permitiera respirar y moverme con libertad. Sin embargo, mi padre rara vez me deja salir del internado, y trato de no contrariarlo, ya que agradezco poder salir de vez en cuando y ver algo más que a las monjas.

Bajo las escaleras, intentando no parecer tan incómoda como me siento. Pero el peso de las miradas curiosas cuando entro en la sala donde se celebra la fiesta me hace sentir aún más fuera de lugar. Las voces y las risas resuenan a mi alrededor, pero me siento aislada en medio de la multitud. No conozco a nadie aquí, ni siquiera a las chicas de mi edad, lo que me hace sentir como un pez fuera del agua.

Mi mirada recorre el lugar en busca de algo que me distraiga. Veo una mesa con una variedad de bebidas y decido acercarme, buscando algo que alivie la tensión. Opto por servirme un poco de sidra y, mientras intento integrarme en la multitud, siento que las miradas sobre mí son diferentes esta vez. No son solo miradas curiosas y de juicio a las que estoy acostumbrada, sino algo más intenso, más incómodo. Es como si los hombres mayores me estuvieran evaluando no solo con curiosidad, sino con lujuria.

Esto me hace sentir aún más incómoda en mi vestido ajustado, como si estuviera

exponiendo más de lo que quisiera. Cada mirada indeseada parece quemar mi piel, y me siento vulnerable en medio de esta multitud de desconocidos.

Bajo la cabeza y, por un momento, mirar al suelo me parece más reconfortante. Camino rápidamente sin saber bien hacia dónde me dirijo, siento que el vestido se sube un poco más y trato de bajarlo en vano, ya que no tengo fuerza suficiente para hacerlo descender unos centímetros hasta mi rodilla. Es entonces cuando siento que mi cuerpo choca contra algo, o mejor dicho, contra alguien.

Levanto la vista, esperando encontrar otro rostro desconocido en la multitud, pero lo que veo me deja momentáneamente sin aliento. El hombre frente a mí es hermoso de una manera casi salvaje, con el pelo negro y unos ojos verde oscuro, profundos, que parecen guardar antiguos secretos.

Siento cómo mi respiración se queda atrapada en mis pulmones y, durante unos segundos, las palabras se me escapan de la boca.

— Lo siento. — murmuro tras un momento, avergonzada, mientras intento recomponerme frente a él.

Su cabello negro cae suavemente sobre su frente y, antes de que cualquier palabra salga de sus labios, noto cómo me analiza con detenimiento. Entonces, con una sonrisa enigmática, simplemente se aleja, desapareciendo entre la multitud como si nunca hubiera estado allí.

¿Quién es él? ¿Será uno de los amigos de mi padre? Nunca lo había visto antes.

Aún intentando recuperarme, me giro y lo veo apoyado en una columna a cierta distancia de mí, pero me sorprende que siga mirándome. Sus ojos verde oscuro, profundos como abismos, me atrapan en una mirada que parece atravesar mi alma. Hay una intensidad en ellos, pero es diferente de las miradas lascivas de los otros hombres en la sala. No es lujuria lo que veo en sus ojos, sino algo más oscuro, más profundo.

Es un hombre guapo, increíblemente guapo. Parece mayor que yo; sus rasgos están esculpidos como obras de arte, y su postura transmite una aura de poder y autoridad. Pero es como si hubiera una oscuridad detrás de esa belleza, una sombra que lo envuelve en misterio.

Mientras me observa, siento un escalofrío recorrer mi espalda. Es como si pudiera leer mis pensamientos, como si pudiera ver a través de todas las capas que intento mantener. Y, de

alguna manera, sé que no le gusta lo que ve.

Es una sensación desconcertante ser observada con tanto desprecio por alguien a quien apenas conozco.

Aunque quiero apartar la mirada, no puedo. Estoy atrapada en esos ojos oscuros, como una polilla atraída por la llama. Y, por un instante, casi puedo sentir el calor de esa llama consumiéndome, amenazando con quemar todo lo que soy.

— Ven, querida. — siento las manos de mi padre en mi hombro, rompiendo el trance en el que aparentemente me había sumido. — Quiero presentarte a unos amigos míos.

— Claro, papá. — digo todavía un poco aturdida.

No pasa mucho tiempo hasta que estamos frente a un señor que podría ser fácilmente mi abuelo, pero sus ojos me miran de una manera que me hace estremecer y el asco se apodera de mí.

— Este es Lombardi Falcone, querida, y estaba deseando conocerte. — dice mi padre al presentarnos, y yo esbozo una pequeña sonrisa discreta como saludo.

— Has heredado la belleza de tu madre, eres incluso más hermosa que ella. — dice mientras toca mi mano y la besa. Siento sus labios ásperos y húmedos sobre mi piel, y rápidamente retiro mi mano de su toque.

— Gracias, señor.

— No me llames señor, *ragazza*. Seamos más informales aquí. — dice con su fuerte acento italiano.

Siento mi estómago revolverse con la forma en que me mira intensamente.

— Con permiso, necesito ir al baño. — murmuro, tanto a él como a mi padre, quien me mira con cierto reproche.

— Quédate un poco más con Falcone, querida. — dice mi padre mientras agarra mi brazo con cierta presión, impidiéndome irme.

— Deja que vaya, Gorbachev. La chica necesita atender sus asuntos femeninos. — dice Falcone, y mi estómago se revuelve aún más por la forma en que habla.

Hay algo muy extraño en él, algo que no sé exactamente qué es, pero que solo me provoca repulsión.

— Está bien, pero no tardes, Olivia. — dice mi padre, y yo asiento.

Dejo que todo el aire salga de mis pulmones mientras me alejo de ellos. Continúo caminando por el salón, ignorando las miradas curiosas que parecen seguirme a todas partes. Finalmente, encuentro refugio en la terraza, donde el aire fresco de la noche me envuelve, proporcionándome un alivio muy necesario.

Me apoyo en la barandilla de hierro forjado, dejando que la suave brisa acaricie mi rostro. Cierro los ojos por un momento, intentando alejar cualquier pensamiento de mi mente. Me gustaría mantenerla vacía y tranquila; solo quiero escuchar el sonido del viento y sentirlo sobre mi piel.

La noche es hermosa ahí fuera, con las estrellas salpicando el cielo oscuro como brillantes diamantes. La ciudad se extiende ante mí, sus edificios iluminados formando un paisaje impresionante. Por un momento, me permito perderme en la serenidad de la escena, dejando de lado las preocupaciones y cualquier incomodidad.

Entonces, un ruido detrás de mí rompe el silencio de la noche, haciéndome girar bruscamente. Mis ojos se encuentran con los del hombre de cabello negro, que ahora está de pie en la entrada de la terraza, observándome con una expresión indescifrable.

Un escalofrío recorre mi espalda, pero esta vez no es por miedo. Hay algo en su mirada que me intriga y me atrae al mismo tiempo.

— ¿De qué estás huyendo, princesita? — dice mientras se mete una mano en el bolsillo y me observa.

Ahora su manga está ligeramente subida hasta el antebrazo, y puedo ver varios tatuajes cubriendo toda la extensión de su brazo, lo que le da un aire aún más peligroso. Sus ojos son preciosos, y a la luz de la luna parecen aún más intensos. Empiezo a sentir mi corazón latir tan fuerte que parece que va a salirse de mi pecho, y aunque lo intento, no consigo responderle.

Debo parecer un conejito asustado.

Él se acerca lentamente; escucho el sonido de sus pasos firmes resonando suavemente en el suelo de mármol de la terraza. Cada uno de sus movimientos es calculado, como si estuviera

observando cada una de mis reacciones con atención.

Me siento atrapada en su mirada, incapaz de apartar la vista ni un segundo, como si me estuviera analizando un depredador antes del ataque. La sensación es desconcertante, pero al mismo tiempo excitante. Me quedo quieta hasta que siento el calor de su cuerpo, que ahora está cerca del mío.

— No tienes por qué tener miedo, princesita. No muerdo... a menos que me lo pidas. — Su voz es grave y ronca, enviando escalofríos por mi espalda. Su sonrisa es una mezcla de malicia y encanto, y me veo incapaz de apartar la mirada.

Noto que estoy tensa, con los músculos contraídos en anticipación. Se acerca aún más, y su presencia domina el espacio a mi alrededor. Puedo percibir su perfume amaderado... masculino, embriagador.

— ¿Quién eres? — Mi voz sale en un susurro, apenas audible incluso para mí. Pero parece escucharme, y su sonrisa se ensancha ligeramente.

— Quién soy no te importa... aún, princesita. — Su respuesta es enigmática, dejándome aún más confundida.

Siento cómo se acerca aún más y su mano alcanza un mechón de mi cabello, que acaricia y coloca detrás de mi oreja lentamente, tan lentamente que me hace sentir cada movimiento que realiza. Por instinto, cierro los ojos. Siento su respiración rozar mi piel y deslizarse por mi rostro hasta llegar a mis oídos:

— Solo prepárate para mí. — susurra, haciendo que cada parte de mi cuerpo se erice.

No consigo abrir los ojos; la intensidad del momento me lo impide, solo siento los escalofríos recorriendo mi cuerpo y, por un momento, noto su aliento cálido y fresco contra mis labios, que se entreabren instintivamente. Pero luego siento cómo su calor desaparece y abro los ojos lentamente, aún sintiendo la electricidad del momento pulsando en mis venas. El vacío a mi alrededor parece resonar con su ausencia repentina. Me quedo allí, parada en la terraza, intentando procesar el encuentro surrealista que acaba de suceder.

“Prepárate para mí”.

¿Qué significa eso? ¿Quién es ese hombre?

CAPÍTULO 2

Mikhail

DIAS ACTUALES

El aroma del cigarro impregna la inmensa mesa del salón y se adueña de mí. A mí también me gusta fumar buenos cigarros; aprendí eso del hombre al que estoy mirando al otro lado de la mesa de roble macizo, pero los suyos, de alguna manera, me parecen diferentes, más tóxicos.

Observo a mi padre, Vladimir Ivanov, el hombre que un día fue el gran líder de nuestra familia, ahora envejecido y exhausto por el peso de los años y los negocios. Sus ojos, que antes brillaban con determinación y autoridad, ahora son solo sombras opacas de su antigua gloria. Las arrugas en su rostro cuentan historias de batallas y pérdidas, muchas pérdidas.

Está completamente hecho polvo por el tiempo.

Lo miro con una mezcla de respeto y pena. Respeto por la figura que fue, por el legado que construyó para nosotros. Pena por la ruina en la que se ha convertido su existencia, por la sombra del hombre que veo frente a mí. Y aunque no lo admita, ya no es capaz de mantener el control de nuestro negocio.

— ¿Estás al tanto de lo que está pasando allá fuera? — pregunto, rompiendo el silencio que nos envuelve como una mortaja.

Mi padre levanta los ojos para mirarme, un destello fugaz de su antiguo fuego brillando por un breve momento antes de ser tragado por la resignación.

— Sí, Mikhail. Lo sé. — Su voz es áspera, cargada de cansancio y derrota.

Lo sabe. Sabe que los malditos italianos están moviéndose contra nosotros, tratando de minar nuestro dominio sobre el submundo de California. Sabe que estamos en guerra, una guerra que ya no tiene fuerzas para liderar.

Me muevo en mi silla, mis manos se cierran en puños mientras siento la rabia y la determinación palpar dentro de mí.

— ¡Tenemos que hacer algo! Nuestra posición está siendo desafiada, y si no actuamos ahora, perderemos todo lo que hemos construido.

Miro a mi padre en busca de algún signo de su antigua determinación, pero solo veo la sombra de lo que solía ser.

— Después de tanto mostrar debilidad, Gorbachev finalmente ha comenzado a ofrecer a su hija en matrimonio. Y es muy probable que se llegue a un acuerdo entre ellos y los Falcones. — dice, cambiando completamente de tema.

Solo al oír el nombre Gorbachev, siento cómo se me tensa la mandíbula. Nunca pude estar seguro de quién mató a mi dulce Anastasia, pero todas las investigaciones me llevaron a Alaric Gorbachev, y aunque no tenga pruebas definitivas, siento en mis entrañas que fue ese maldito. La sangre comienza a fluir más rápido por mis venas.

— Sé que llevabas tiempo observando a la chica desde su primera aparición en sociedad. ¿Por qué, Mikhail? ¿Por qué? — finalmente, mi padre empieza a poner las cartas sobre la mesa.

— Simplemente me gustó la chica. — respondo brevemente, y aunque no estoy mintiendo, tampoco estoy diciendo toda la verdad.

Nunca me casaría con una mujer solo por amor, o porque me parezca bonita.

— No me hagas perder el tiempo, Mikhail. Sé muy bien que tienes algún interés oculto en la chica. — hace una pausa mientras me observa, analizando mis expresiones que probablemente no le dicen nada. — ... lo cual será muy relevante para nuestros negocios, ya que si la chica se casa con el viejo Falcone, esa unión les daría más territorios y los haría aún más poderosos.

— Querrán tomar el puerto. — constato.

— Ese no es el verdadero problema de la unión, Mikhail. Si Lombardi Falcone se casa con la hija de Gorbachev, él intentará reincorporarlo en la UMBRA para conseguir un voto más allí dentro.

— ¡Eso es inaceptable! — exclamo, sintiendo cómo la ira se inflama dentro de mí. —

¡No podemos permitir que eso suceda!

Mi padre permanece en silencio, su expresión grave denotando la seriedad de la situación.

— Estoy enfermo, Mikhail — dice, y apenas tengo tiempo de asimilar sus palabras cuando continúa: — Me quedan unas semanas de vida.

Siento como si el suelo se hubiera hundido bajo mis pies. La noticia golpea mi pecho con una fuerza abrumadora.

¿Qué demonios está diciendo?

Mi padre, el gran Vladimir Ivanov, el líder firme que una vez comandó nuestra familia con mano dura, está muriendo. Esto solo puede ser una broma de mal gusto.

Una ola intensa de sentimientos me consume mientras trato de procesar sus palabras.

¡Impacto, tristeza, rabia, mucha rabia!

— ¿Cómo es posible? — grito, exasperado.

— Hay cosas que ni siquiera nuestro poder puede resolver, Mikhail. Y no estaba dispuesto a contártelo a ti ni a nadie de nuestra organización hasta que mi final estuviera cerca. Pero ahora, con los nuevos acontecimientos, ha llegado el momento.

— ¿De qué estás hablando?

— Serás el nuevo *Pakhan* de la Bratva, serás el jefe. Tú, Mikhail, serás el encargado de acabar de una vez por todas con ese maldito virus que son los Gorbachev; los eliminarás y harás lo que yo debí haber hecho hace años. — dice, y por fin veo las chispas que solía ver en sus ojos. — Este es mi último deseo, y es lo que quiero que hagas: elimina a cada uno de ellos.

— ¿Pero qué pasa con Grigory? Es tu hijo mayor, todos esperan que él sea el próximo *Pakhan*.

— Grigory, aunque es el mayor, no tiene la misma determinación, la misma astucia que veo en ti, Mikhail. No está hecho para liderar como tú. Eres mi legado, mi hijo más digno de llevar el peso de esta responsabilidad. Y en cuanto a los Gorbachev, deben ser erradicados antes de que se conviertan en una amenaza aún mayor para nosotros.

Entorno los ojos y miro a mi padre, incapaz de responderle de inmediato. No puedo negar que tiene razón. La familia, la Bratva, necesita un líder fuerte e implacable en este momento crítico, y Grigory no podría con todo esto, aunque él crea que sí.

— Pero no pienses que podrás hacerlo solo; necesitarás a Grigory, pues es un experto en muchas cosas. Tendrás que estar junto a él para ser un buen *Pakhan* y para acabar con Alaric Gorbachev.

— ¿Por qué? ¿Qué puede hacer de malo solo un hombre? — pregunto, tratando de entender el miedo velado en las palabras de mi padre.

Finalmente, me dirá la verdad; finalmente, me dirá que él fue el culpable de la muerte de Anastasia y por qué ha guardado ese secreto tan celosamente.

— No es solo un hombre, Mikhail, es el diablo. No sigue ningún código moral como nosotros, ni como ningún miembro de nuestra organización, ni siquiera como los italianos. Nunca confíes en los acuerdos que hagas con él; no los cumplirá.

— Creo que es hora de que me reveles lo que estás escondiendo, papá — digo con firmeza.

Mi padre respira profundamente, su expresión dura y sus ojos fijos en mí, como si estuviera sopesando cada palabra que va a decir. Su respiración es pesada, cargada con décadas de experiencia y secretos que ha guardado tan bien. Lo observo con expectación, sabiendo que lo que revele ahora será crucial para el futuro de nuestra familia y de nuestros negocios.

— Mikhail, hay cosas sobre los Gorbachev que necesitas entender. Cosas que van más allá de lo que ya sabes — comienza, su voz cargada de gravedad. Su mirada no vacila, penetrando en mí con intensidad.

— ¿Qué quieres decir con eso? — pregunto, mi voz firme a pesar de la turbulencia de emociones dentro de mí. — Dímelo, papá, no te andes por las ramas — continúo.

Asiente lentamente, su mirada pesada y cautelosa.

— Hace años, Gorbachev se apoderó de algo muy valioso para nuestra familia, algo insustituible, y a pesar de todo mi esfuerzo, no pude recuperarlo.

— ¿De qué se trata?

— Lo sabrás cuando lo encuentres, y si lo encuentras — responde mi padre en voz baja, y puedo ver cómo su mirada se apaga nuevamente.

— No hay nada que no pueda conseguir, papá.

— Me gusta tu determinación, hijo, pero entiende que lo que Gorbachev tiene no se puede recuperar con fuerza; se necesita cautela y calma. Tendrás que ser muy estratégico y no dejarte llevar por la rabia.

— ¿Tienes que decirme de qué se trata, papá! — digo entre dientes, mostrando mi falta de paciencia.

— Lamentablemente, no puedo. Si lo supieras, el odio te controlaría, y eso es lo que no necesitamos. Necesito que seas frío y completamente desapasionado. Gorbachev fue expulsado de nuestra organización y, por lo tanto, de la UMBRA, y con ello perdió mucho poder y privilegios, pero eso no significa que esté débil; al contrario, ha buscado fuerzas en lugares insospechados, así que no lo subestimes.

— Aún necesitamos ocuparnos de los italianos.

— No te preocupes por ellos, Mikhail. No son la verdadera amenaza aquí. — Continúa con una calma sorprendente, como si ya hubiera aceptado su destino y solo estuviera centrado en transmitir su última voluntad.

— Quiero acabar con Gorbachev más de lo que puedo expresar con palabras, y sin duda cumplir tu último deseo será un placer, papá. Pero los italianos también son una amenaza que debemos erradicar.

— Tienes furia y empuje, hijo, pero te falta experiencia. Vito Falcone, el hijo de Lombardi y probable sucesor, no es tu enemigo; será tu aliado a partir de ahora, y tendrás que saber cómo mover las piezas en este tablero.

— ¿Incluso si eso nos saca de la UMBRA?

— Haz lo que sea necesario, ¡pero acaba con todos ellos!

— ¿Por dónde empiezo? Necesito alguna pista para recuperar lo que Gorbachev nos quitó.

— Encuentra a Viktorina Petrov.

— ¿Quién es ella?

— Es la mujer que te dirá dónde está lo que él nos quitó; solo ella puede decirnos. Encuentra a Viktorina Petrov y así recuperarás lo que nuestra familia perdió.

Siento un torbellino de emociones mientras proceso las malditas palabras de mi padre. La revelación de su enfermedad terminal cae como veneno en mis venas, pero al mismo tiempo, una sensación de determinación me invade. Este es el momento que estaba esperando; finalmente, mi sed de sangre Gorbachev será saciada.

— La encontraré, papá, te lo prometo.

Los Gorbachev serán aniquilados y saborearé cada momento de ese proceso.



Algunas semanas después

El olor irritante de flores e incienso se cierne en el aire mientras observo el ataúd de caoba que contiene los restos mortales de mi padre. El lugar está lleno de rostros sombríos, todos expresando condolencias y pesar, pero por dentro, sé que muchos están calculando los próximos pasos, observando atentamente mis movimientos y cómo reaccionaré ahora que seré el nuevo jefe.

La mirada pesada de Grigory sobre mí es como una sombra, difícil de descifrar. No sé si es por la muerte de nuestro padre o por el rencor de no haber sido él el elegido. Una parte de mí no desea confrontación, no quiere ver nuestra familia desmoronada por el orgullo herido del maldito, pero si quiere guerra, guerra tendrá.

Lo veo acercarse y noto que su mirada es completamente indecifrable. Desde que fui nombrado el nuevo *Pakhan*, no hemos intercambiado más que palabras cortas, y no sabría decir

cuál es su opinión sobre esta situación.

Grigory finalmente llega hasta mí y se coloca a mi derecha mientras saca su mechero de plata del estuche y enciende su cigarro. El humo empieza a disiparse y el silencio entre nosotros parece cortar el ambiente.

— ¿Qué vas a hacer con los italianos? — pregunta, rompiendo el silencio.

— No hay nada que hacer; los italianos están bajo control — respondo rápidamente, manteniendo la voz firme.

— No parece eso, hermanito — provoca, y siento el calor de la rabia subir por mi pecho.

Respiro hondo y trato de concentrarme para no golpear a ese maldito. Sé que me llama "hermanito" solo para provocarme, pero no me verá perder el control, no ahora y no aquí.

— Aparentemente, tendrás que confiar en mí — digo en tono desafiante.

Él me mira por un momento, su mirada penetrante explorando la mía, como si intentara encontrar debilidades que pudiera aprovechar. Pero no encontrará nada más que firmeza y determinación en mis ojos.

— Lo veremos, hermanito, lo veremos — murmura antes de dar una última calada a su cigarro y alejarse, sumergiéndose en la multitud.

Mi mente es un campo de batalla, y sé que necesito centrarme, enfocarme, mantenerme firme, pero una maldita mezcla de tristeza por la pérdida de mi padre y una determinación implacable para cumplir su última voluntad me deja ciego a los detalles a mi alrededor, aunque sé que debo mantener un ojo en Grigory.

Es difícil aceptar que el gran Vladimir Ivanov haya sido vencido por una enfermedad, que algo de su propio cuerpo lo haya derrotado y matado, cuando él parecía invencible por fuera.

Mientras me muevo entre los presentes, aceptando condolencias y muestras de simpatía, mi mente está en otro lugar. Los Gorbachev. El nombre se repite en mi mente como una maldición, alimentando mi sed de venganza. Serán castigados por sus transgresiones, por sus afrentas a nuestra familia. Cada miembro de esa familia pagará por lo que han hecho, me aseguraré de ello.

Mientras permanezco ante el ataúd, observando los rostros sombríos de los presentes, me prometo a mí mismo que honraré el legado de mi padre.

Soy el nuevo *Pakhan* y honraré mi nombre.

Hay una nueva era que forjar bajo mi liderazgo, y Alaric Gorbachev entenderá que soy mucho menos político que mi padre y que él se quemará ante mis ojos.

CAPÍTULO 3

Olivia

Los árboles parecen felices allá afuera. El viento los mueve y los veo bailar: libres y completamente felices. Tienen más suerte que la que yo he tenido jamás, ya sea en el internado o ahora aquí, encerrada en esta habitación mientras me desvanezco entre estas cuatro paredes.

Faltan algunos meses para mi cumpleaños. Me gustaría decir que estoy ansiosa por cumplir finalmente 20 años, pero sería mentira. Hace unos meses, nunca imaginé que estaría en la situación en la que me encuentro, ni que llegaría a esta edad de esta manera.

He vivido toda mi vida en la oscuridad, en una mentira muy bien construida por mis padres. Cuando cumplí ocho años, me enviaron al internado Mademoiselle Valois, en Francia. El colegio más prestigioso, estricto y apartado que mis padres pudieron encontrar. Recuerdo que quería desesperadamente salir de allí, sentía tanto miedo que podría haberme orinado en los pantalones. Fue entonces cuando conocí a Elora Drouhart. Ella era un poco mayor que yo, pero eso no era lo que realmente la diferenciaba. Era valiente, fuerte y no tenía miedo de nada. Elora me adoptó como su hermanita casi de inmediato y me defendió con uñas y dientes de cualquiera que se acercara a mí.

Ella me salvó.

Una niña de solo nueve años, desenvuelta y valiente, me salvó. Me salvó del miedo, de la soledad... me salvó de mí misma. Con el tiempo, me di cuenta de que no tenía miedo del internado, sino de todo lo que me rodeaba. No había nada que no me aterrorizara, todo era aterrador para mí. Elora fue como una luz en la oscuridad en la que yo misma me había sumido.

Mis padres rara vez me visitaban. Con suerte, una vez al año me llevaban a cenar en mi cumpleaños, pero algunos años ni eso. Por alguna razón desconocida para mí, compraron una casa en el pueblo donde estaba el internado, diciendo que era para estar más cerca de mí, pero rara vez estaban allí. Quizá la compraron solo para crear una falsa esperanza de proximidad en

mí.

Mi madre siempre viajaba mucho, al menos eso decía en las pocas veces que aparecía. Y mi padre... bueno, nunca supe muy bien qué hacía. Había algo extraño en nuestra relación, casi como si fuéramos una familia de fachada. No es que no les gustara estar conmigo; de hecho, mi padre siempre mostraba mucha preocupación por mi seguridad, pero aun así, nunca sentí ese calor familiar.

Mi madre siempre me trató como si fuera una sobrina, o tal vez una ahijada. Había algo de conversación entre nosotros, pero no había un cariño o un amor maternal profundo, y durante muchos años me pregunté qué podría estar mal conmigo, por qué decidieron que era mejor dejarme en un internado para chicas en lugar de vivir con ellos como una familia.

Miro por la ventana y observo los detalles del jardín de nuestra casa. Colorido, intenso... alegre. Me habría encantado haber vivido aquí, en esta casa con ellos. Pero ahora todo tiene sentido; Guilhermina y Alaric Gorbachev no podían tenerme cerca.

Un golpe suave interrumpe mis pensamientos. Levanto la vista hacia la puerta y veo a una de las empleadas de la casa, una mujer amable de cabello canoso llamada Clarita, con una bandeja de té humeante y una porción de galletas recién horneadas.

— Disculpe, señorita — dice al entrar. — He traído un poco de té y unas galletas frescas. En su estado no es bueno que pase mucho tiempo sin comer; al fin y al cabo, está comiendo por dos.

Comiendo por dos.

Coloco mi mano sobre mi barriga en el mismo momento en que Clarita menciona mi embarazo. Estoy embarazada de poco más de tres meses; hay una vida creciendo dentro de mí, fruto de un amor puro... mi amor por Claude. Siento mi estómago revolverse al pensar en él, al recordar nuestras promesas, al rememorar los sueños que soñamos y que nunca podremos vivir.

Agradezco la amabilidad de Clarita con una sonrisa débil y un gesto con la cabeza. La veo colocar la bandeja sobre la mesa junto a mi butaca favorita.

— Si necesitas algo más, estaré a tu disposición — añade antes de retirarse, cerrando la puerta silenciosamente tras de sí.

Desde que Elora me visitó en la mansión del pueblo hace unos días, no he tenido una

conversación productiva con nadie. Los empleados aquí parecen temer dirigirme la palabra más de lo necesario, y mi madre está más preocupada por sus ropas y joyas que por mi bienestar. Y mi padre... bueno, mi padre es como es desde que tengo uso de razón.

Alaric Gorbachev es un hombre áspero e implacable, pero, a diferencia de lo que muchos piensan, sé que me ama; al menos, es lo que quiero creer. Siempre se preocupó por cada paso que daba, por cada persona con la que me relacionaba o hablaba, y decía que el internado era el lugar más seguro del mundo para mí. Siempre afirmaba que algún día entendería todo lo que hacía para mantenerme a salvo, y ahora, por fin, todo tiene sentido.

Coloco mi mano sobre mi barriga y siento un temblor característico. Desde que descubrí mi embarazo, mi vida se ha vuelto del revés. Todo lo que creía real era solo un teatro de papel ante mis ojos.

Mis padres me dijeron que no podría estar con Claude y que el niño que llevo en el vientre es casi como una maldición. Me informaron, sin prepararme en absoluto, que estoy comprometida con alguien. Con un hombre del submundo. Es un mafioso, trece años mayor que yo, y nunca lo he visto en persona. Su nombre es Mikhail Ivanov, uno de los líderes más temidos del submundo, según lo que he podido averiguar. Mis padres hicieron este acuerdo sin tener en cuenta mis sentimientos, mis deseos, mi propia vida.

Descubrí mi compromiso tan rápida y abruptamente como descubrí que mi familia pertenece a la mafia rusa. Aunque hayan sido exiliados, todavía dirigen pequeñas facciones de la organización; me di cuenta de esto al escuchar fragmentos de las conversaciones telefónicas de mi padre.

El descubrimiento fue un shock devastador. Nunca imaginé que mi familia estuviera tan profundamente involucrada en algo tan terrible. Todos estos años, viviendo una vida de lujo y aparente normalidad, mientras en los bastidores el mundo sombrío del crimen fluía en nuestras venas.

Ahora todo parece tener sentido. Las conexiones oscuras, los negocios dudosos, el cuidado excesivo de mi padre con mi seguridad, los secretos guardados bajo llave... todo encaja. Incluso el matrimonio arreglado de mis padres ahora me parece más comprensible. Y, al igual que ellos, yo también me casaré de manera arreglada, solo para cumplir los acuerdos que mi padre hizo con una de las familias más poderosas de Rusia y de Estados Unidos.

Los Ivanov.

— ¿Puedo entrar? — escucho el golpe en la puerta y mi padre aparece dejando pasar una rendija de luz. — ¿Por qué estás en la oscuridad? — pregunta con su tono distante habitual.

Ha pasado tanto tiempo que el sol se ha ido y ha llegado la noche, y ni siquiera lo he notado. Levanto la vista y encuentro el rostro áspero y marcado de Alaric Gorbachev, mi padre. Sus ojos azules, profundos y penetrantes, me examinan.

— Está bien así para mí, padre — mi voz suena débil, reflejando la agotadora sensación que tengo.

Él entra en la habitación, cierra la puerta detrás de sí y se acerca con su postura rígida e imponente. Aunque su presencia es intimidante, nunca he sentido miedo hacia mi padre, aunque no debería de no sentirlo... él emana una aura oscura y densa, y recuerdo haber pensado, cuando era niña, que parecía un villano de una película cualquiera.

— Necesitamos hablar, Olivia — su voz es grave.

Lo miro, tratando de encontrar respuestas en sus rasgos severos. Parece tan distante, incluso estando tan cerca. Es como si hubiera un abismo entre nosotros, un abismo lleno de cosas que ni siquiera sabría cómo describir.

— ¿Claude está bien? — pregunto, sintiéndome ansiosa.

— No te preocupes, está bien.

Conocí a Claude en el internado Mademoiselle Valois, donde trabajaba como jardinero. No sabría decir qué fue lo que realmente me atrajo de él, quizás el hecho de que era el opuesto de todo lo que conocía; él era dulce, humilde... amable. Me enamoré de él, tan rápido y con tanta intensidad que no tardé en entregarme a él.

El resultado de esto fue mi embarazo, la salida del internado, la revelación sobre mi familia y, finalmente, la noticia de que me casaría en un matrimonio arreglado. Mi padre me prometió que se encargaría de la seguridad de Claude, ya que mi futuro marido es un sanguinario que probablemente mataría a Claude en cuanto supiera del embarazo de la mujer que considera su propiedad.

Lo odio incluso antes de conocerlo.

— Olivia. — La voz grave de mi padre hace que mi atención vuelva hacia él.

— Sí... — respondo con apatía.

Él se sienta a mi lado en la cama, su mirada aún fija en mí.

— Necesitas ser lo más agradable posible con Ivanov — dice sin rodeos. — Haz lo que quiera sin cuestionarlo.

Siento un nudo en el pecho, la sensación de estar atrapada en un destino que no elegí. Mi vida parece estar guiada por fuerzas invisibles, por acuerdos y compromisos que superan mi comprensión.

— ¿Cómo puedes pedirme eso, papá? — pregunto incrédula.

— Haz lo que te digo. Hay cosas importantes en juego, y según lo que he oído sobre Mikhail, le gustan las mujeres bonitas.

— Ya sé que me vendiste al mejor postor, papá. Pero, ¿cómo puedes pedirme algo así? ¿A tu propia hija? — digo, con el rencor evidente en mis palabras.

— No se trata de una venta, ni de dinero... se trata de negocios.

— ¿Mi vida es un negocio para ti? — pregunto, sintiendo que mis ojos se llenan de lágrimas. — ¡Debería poder elegir con quién casarme, con quién pasar mi vida!

— En nuestra familia, no funciona así — dice, enderezando su postura y pareciendo más rígido de lo habitual. — Así como tu madre y yo, te casarás para añadir más poder a nuestra familia.

— ¿Se trata de eso, verdad? ¿De poder?

— Se trata de obligaciones, Olivia. Eres mi única hija, la única que puede sellar acuerdos de sangre y la única que tiene esa obligación en nuestra familia. Sé que tus sueños de joven enamorada están nublando tu visión, pero para tu bien, es mejor que dejes de perderte en esas fantasías y me agradezcas por haber conseguido mantener a salvo al maldito Claude.

Veo a mi padre levantarse y alinear su ropa. Da unos pasos y se acerca a la puerta, diciendo:

— Al menos hay ventajas en tener una hija mujer.

Siento sus palabras amargas calar en mí, y antes de que pueda responder, me interrumpe:

— Mañana, Ivanov vendrá a visitarte y se fijará la fecha de la boda. Espero que estés lista para esta nueva etapa de tu vida.

— No... — grito, sintiendo una lágrima gruesa deslizarse por mi rostro, mientras la puerta se cierra, dejando nuevamente la habitación en la oscuridad.

Siento un dolor pulsante irradiar por todo mi cuerpo. Me lanzo sobre la cama, hundiendo mi cuerpo en el colchón suave mientras abrazo la almohada con fuerza. Las lágrimas fluyen libremente, calientes y saladas, como si llevaran el peso de todo mi desesperación y angustia.

Sé que tendré que ser fuerte, no solo por mí, no solo por lo que está por venir, sino también por mi hijo, aún tan pequeño e indefenso dentro de mí. Seré una leona, aunque durante toda mi vida haya sido solo una oveja indefensa que necesitaba ser cuidada, vigilada y ayudada. Pero ahora no será así; ahora seré dueña de mis propias acciones y defenderé mi vida y la de mi hijo con uñas y dientes.

CAPÍTULO 4

Olivia

“Querida Elora,

¿He comenzado de la manera correcta? Así es como se empieza una carta, ¿verdad?

Bueno, como prometí, te estoy escribiendo. Aunque encuentro este método de comunicación algo anticuado, entiendo perfectamente la belleza que pudiste haber visto en él, y lo utilizaré para comunicarme contigo, aunque no envíe todas las cartas. Usaré esta forma para abrirme contigo, para desahogarme, como solíamos hacer cuando éramos niñas y nos metíamos debajo de aquella fina sábana de color carmesí que robábamos del despacho de la madre superiora del internado.

Recuerdo cuánto te gustaba correr más riesgos de los necesarios, decías cuánto te encantaba la luz de la luna atravesando el tejido carmesí y cómo parecía que estábamos en otro lugar. La sala Cereza, como tú la llamabas, y allí éramos invencibles.

Eras tan valiente, Elora, tan fuerte... y a veces desearía ser como tú eras. Mientras yo me escondía en las sombras, tú abrazabas la luz de la luna como si fuera la única cosa capaz de guiarte. Pero yo nunca tuve fuerzas para hacerlo... no hasta ahora...”

Escucho el clic de la puerta al abrirse y aparece la figura del hombre que se enorgullece de haberme dado la vida, aunque no haya hecho nada más por mí.

— Es la hora — dice con voz baja, pero peligrosamente calmada, provocándome un ligero escalofrío. — Ivanov ya te está esperando. Y al menos intenta ocultar ese embarazo — añade al cerrar la puerta sin darme oportunidad de responder.

Respiro hondo y trato de contener la lágrima que está a punto de salir de mis ojos.

— No voy a llorar — me digo a mí misma, mientras me dirijo al espejo y me miro.

He llegado a un acuerdo con mi padre en el que él no revelará quién es el padre de mi

bebé a Mikhail y que mantendrá a Claude a salvo, alejado de toda la confusión que rodea mi vida. Mi padre prometió que, si me casaba con Mikhail, protegería a Claude para siempre y también a mi hijo. Según me avisó, esto es parte del trato con Ivanov: yo me caso con él, y él cuidará de mi bebé.

Dada mi situación, no sé si podría haber conseguido un acuerdo mejor; al menos podré descansar sabiendo que Claude sigue vivo y que mi hijo estará a salvo.

Miro el espejo y veo los detalles que ya tengo grabados desde hace tiempo: mi cabello pelirrojo largo cayendo sobre los hombros, los ojos verdosos que reflejan una mezcla de emociones que intento ocultar, y mis curvas acentuadas en el vestido color carmesí.

Sonrío al ver el color del vestido que mi padre compró especialmente para que me presentara a Mikhail, y cómo no tiene idea de la fuerza que este color me da. Me acerco al espejo y retoqué ligeramente el colorete mientras reviso el resto del maquillaje. Mi barriga de tres meses aún es lo suficientemente pequeña como para no levantar demasiadas preguntas; mis pechos y mis caderas prominentes llaman mucho más la atención.

A veces desearía ser menos atractiva, menos notable. Ser tan bonita me trae más problemas que consuelo; tal vez si fuera diferente, no estaría en esta situación; tal vez alguien como Mikhail no querría casarse conmigo. Suelto todo el aire de mis pulmones y me miro sosteniendo el pincel de colorete cerca de mi rostro al darme cuenta de que, en realidad, no es mi belleza lo que ha hecho que Mikhail quiera casarse conmigo. Incluso si tuviera un tercer ojo en la frente y antenas, el matrimonio seguiría adelante.

La lágrima que amenazaba con caer finalmente se escapa, pero la contengo antes de que manche mi maquillaje. La limpio rápidamente, como si pudiera también borrar todo el dolor y el miedo que llevo dentro.

Bajo las escaleras con pasos que intento que sean firmes, pero mi corazón late con tanta fuerza que parece querer escapar de mi pecho. Necesito ser fuerte, necesito enfrentar cada situación que se me presente hoy, necesito armarme de toda la determinación que pueda. De ello depende la vida de Claude... de ello depende la vida del padre de mi bebé.

Al llegar al último peldaño, mis ojos se encuentran con los de una figura sombría e imponente frente a mí. Contengo la respiración al mirarlo mientras lo veo allí, de pie ante mí: Mikhail Ivanov.

Mi mente se nubla y una confusión se apodera de mí; lo veo frente a mí y rápidamente lo reconozco. Es él, el misterioso hombre sombrío que me perturbó en la fiesta de mi padre hace tantos años.

“Prepárate para mí”

Sus palabras nunca salieron de mi cabeza y ahora cobran sentido. Todo esto tiene sentido; incluso antes de que yo lo supiera, antes de que todo sucediera, él ya sabía que se casaría conmigo, lo sabía desde siempre.

Observo sus detalles: su cabello negro como el ébano y sus ojos verdes que parecen penetrar mi alma, como hace años. Su figura es desconcertante, una mezcla de belleza y sombra que me incomoda; parece algo más viejo de lo que recuerdo, pero infinitamente más atractivo, como si la edad le sentara bien.

Lleva puesto un traje negro completo, con la camisa ligeramente abierta en el pecho, mostrando su torso bronceado. Su mandíbula está bien definida y todas las facciones de su rostro parecen esculpidas.

Parece un ángel... un ángel de la muerte venido para cosecharme.

La forma en que su mirada me envuelve es como si pudiera leer cada pensamiento, cada miedo que oculto detrás de mi sonrisa forzada, y eso me perturba; su presencia imponente me hace sentir diminuta.

— Finalmente, Olivia Gorbachev frente a mí. — Su voz rasposa, con ese fuerte acento, parece educada, pero lleva consigo un peso que me hace estremecer por dentro. — Estás deslumbrante, debo decir.

La amabilidad de sus palabras contrasta con la tensión que flota entre nosotros. Sé por qué estoy aquí, e Ivanov también lo sabe, al igual que sabe que no es la primera vez que nos enfrentamos. No hay lugar para ilusiones o falsas cortesías.

Forzo una sonrisa y respondo con la voz más firme que puedo reunir:

— Gracias, señor Ivanov.

— ¿Para qué tanta formalidad? Llámame Mikhail.

Se acerca y el aroma a madera de su colonia, un perfume que quedó grabado en mi mente durante años, vuelve a llenar el aire a mi alrededor. Me siento pequeña ante su presencia, como si estuviera a punto de ser consumida por la oscuridad que lo rodea.

— ¿Estás lista para nuestro compromiso, princesita? — Su pregunta es directa, sin rodeos.

Mis ojos se abren instintivamente y trato rápidamente de retomar el control de mis emociones.

— Pensé que cenaríamos aquí, con mi familia.

— Cambio de planes, quiero estar a solas contigo. — Su voz es peligrosamente sugestiva y siento que cada parte de mi cuerpo se paraliza.

— No me parece apropiado.

— Aun así, es lo que haremos. — Dice mientras extiende la mano hacia mí, y siento cómo la rabia quiere dominarme.

— No era eso lo que habíamos acordado, y no creo que un hombre como tú rompa su palabra tan fácilmente.

Veó cómo esboza una pequeña sonrisa cínica y toca levemente su mentón mientras me analiza con sus ojos perspicaces, antes de decir:

— Vas a necesitar más que eso, princesita. Mi ego no se daña fácilmente. Además, tu padre ya ha sido informado y está de acuerdo. Ahora vamos antes de que pierda la paciencia. — Responde estirando nuevamente su mano, con un tono de voz ligeramente alterado.

Respiro hondo, intentando contener la avalancha de emociones que amenaza con consumir mi interior. No hay espacio para debilidad, no ahora. Mi corazón late desbocado, una mezcla de miedo y determinación. Miro a Mikhail a los ojos, tratando de ocultar el torbellino de pensamientos que giran en mi mente.

Acepto su mano que permanece extendida, pero por dentro lucho contra la furia que crece en mí. Siento un nudo en la garganta, pero trago cualquier atisbo de desesperación. Caminamos juntos hacia fuera de la sala, dejando atrás la seguridad de las paredes de mi casa. El aire frío de la noche toca mi rostro y el frío de la brisa contrasta completamente con el calor que arde dentro

de mí; cada paso que doy al lado de Mikhail es como caminar sobre brasas.

— ¿A dónde me llevas? — Pregunto con un hilo de voz al verlo abrir la puerta de su coche.

No me responde, simplemente cierra la puerta del coche y se sienta en el asiento del conductor. El coche arranca, y el silencio puede, en cualquier momento, cortar uno de nosotros.

— No voy a preguntar de nuevo. ¿A dónde me llevas? — Pregunto de manera más incisiva, aunque cada fibra de mi cuerpo se oponga a ello.

Mikhail conduce con una mano y se gira para mirarme con sus ojos fríos y calculadores. Una sonrisa de desdén juega en sus labios antes de que responda, con una voz cortante como una cuchilla afilada.

— Cálmate, no soy un lobo malo ni voy a devorarte. A menos que quieras, claro.

Siento un escalofrío recorrer mi espalda, pero mantengo mi mirada fija en la suya, desafiándolo con toda la valentía que puedo reunir.

— No soy una de tus subordinadas, Mikhail. No puedes arrastrarme a donde te plazca.

— Oh, pero es exactamente lo que puedo hacer. Y no tienes más opción que obedecer.

Las cartas rápidamente se han puesto sobre la mesa. La sonrisa educada y la simulación no duraron más de unos minutos antes de caer, mostrando su verdadera cara.

— ¿Por qué quieres casarte conmigo, Mikhail? — Pregunto directamente.

— No eres dada a los rodeos, por lo que veo.

— No veo motivos para serlo. Ambos sabemos por qué estamos aquí, y no es agradable para ti, mucho menos para mí. Así que hazme un favor y aclara tus motivos para meterme en esta situación.

Algo en mis palabras hace que él me mire fijamente, y puedo ver la intensidad en sus ojos, casi como si estuvieran ardiendo. Por un momento, hay un silencio pesado en el aire, solo el sonido del motor del coche resonando en nuestros oídos.

Sus labios se curvan en una sonrisa sardónica, una expresión que no llega a sus ojos, que

permanecen fijos en mí, penetrantes, como si intentaran desentrañar cada pensamiento que se mueve en mi mente.

— ¿Quieres saber por qué quiero casarme contigo? — Su voz es baja, pero lleva un peso que hace que mi estómago se revuelva de inquietud.

Trago en seco, intentando mantener la compostura ante la amenaza que representa.

— Sí. Quiero saberlo.

Él aparta la vista de la carretera varias veces, y hay algo predatorio en sus ojos, como si estuviera disfrutando de mi vulnerabilidad. Se inclina hacia mí, tan cerca que puedo sentir el calor de su respiración.

— Quiero casarme contigo porque eres una pieza valiosa en un juego mucho mayor, Olivia. Eres el medio para mi fin.

Mi fin.

Las palabras que usa son enigmáticas, pero llevan una fuerza que me da escalofríos.

— No me mandarás, ni a mí ni a mi vida. Si estoy aceptando esto es únicamente por un bien mayor. Pero no creas que seré tuya.

Mikhail sonrío, un gesto que, como siempre, no llega a sus ojos, pero transmite una promesa de dolor y castigo. Sin decir una palabra más, acelera el coche, aumentando la velocidad rápidamente, con el viento azotando mi rostro como una advertencia silenciosa. Vamos más rápido de lo que deberíamos, y mi corazón empieza a latir descontrolado, a la par del ritmo del motor. Hace curvas de manera completamente imprudente, y siento que todo mi cuerpo va a colapsar.

— Para... por favor... el bebé. — Suplico aturdida por la velocidad.

De repente, gira el coche bruscamente hacia un terreno libre y estaciona de golpe, haciéndome estremecer con el impacto. El silencio cae sobre nosotros como una cortina, pesado y opresivo, mientras el motor se apaga y quedamos en la quietud de la noche.

Mikhail permanece inmóvil, sus ojos aún fijos en mí, como si intentaran encontrar algo que no puedo comprender. Su presencia emana una aura de peligro inminente, y me siento

atrapada dentro del coche.

— ¿Bebé? — Pregunta, con una mirada feroz.

De repente, siento que mi mundo se derrumba. ¿No sabe que estoy embarazada? ¿No sabe que estoy esperando un hijo? ¿Mi padre me mintió? ¿Qué está pasando?

— ¿Estás embarazada, Gorbachev? — Pregunta, y ahora hay odio en su voz.

Siento mi respiración detenerse, atrapada en mi pecho mientras mi cerebro intenta pensar en qué decir, qué hacer... y lo peor, qué hará este hombre conmigo y con mi hijo.

— ¡Responde! — Exclama.

— Sí. — Respondo, sin alternativa aparente, sintiendo que si mi corazón late un poco más rápido, se saldrá de mi pecho.

Sus ojos ahora tienen un matiz más oscuro, como si la ira lo hubiera dominado al punto de cambiar el color de su iris. Su respiración, aunque controlada, parece más fuerte y densa, y siento cómo se acerca a mí, sus manos se acercan a mi rostro, y por instinto cierro los ojos.

¿Qué me hará?

¿Qué está pasando?

— ¿De quién es tu hijo? — Pregunta, y puedo sentir su aliento fresco contra mi cara. Mis ojos permanecen cerrados y siento su toque en mi piel.

— De... — Mi voz se quiebra con la proximidad. — De... de nadie.

— Más te vale que aparezca ese “señor nadie”, o algunas cabezas empezarán a rodar.

— ¡No! — Exclamo rápidamente al abrir los ojos y enfrentar la mirada diabólica que me dirige. — Déjalo en paz, deja a todos en paz... te lo ruego.

Mikhail se acerca un poco más, su respiración rozando mi rostro y sus ojos clavados en los míos. El calor de su cuerpo tan cerca del mío me provoca una sensación extraña, un calor diferente, un temblor en mis huesos. Es como si hubiera una corriente eléctrica recorriendo mi cuerpo, despertando sensaciones que no sé identificar.

La proximidad de Mikhail es asfixiante, y probablemente no estoy logrando disimular la agitación que siento por dentro. De repente, el calor de su aliento contra mi rostro parece más que una amenaza; es casi una promesa de algo que no logro comprender.

— Estás enamorada. — Dice con una sonrisa cínica. — Estás enamorada del cobarde que te embarazó.

— ¡No es un cobarde! — Grito a su rostro, viendo cómo mantiene la sonrisa en los labios.

— Si no es un cobarde, ¿qué haces aquí, dentro de mi coche, en medio de la nada y a mi merced? — Dice, desviando la mirada hacia mi cuerpo.

Contengo la respiración, sintiendo mi corazón latir con fuerza en el pecho.

Él sonríe.

Está disfrutando.

¡Maldito, mil veces maldito!

— No te preocupes, no soy el tipo de hombre que viola a una mujer contra su voluntad; después de todo, todas ellas lo piden sin que yo tenga que esforzarme demasiado. — Continúa.

— Eso nunca me va a pasar a mí. — Digo entre dientes.

— No estaría tan segura de eso.

Intento mantener una expresión neutral, pero es difícil ocultar el torbellino de sentimientos que me consume.

— Déjame en paz, por favor. — Mi voz sale más débil de lo que quisiera, cargada de súplica y desesperación.

— Debes estar en el inicio del embarazo, ya que tu cuerpo aún no ha mostrado cambios visibles. ¿De cuántos meses estás? — Pregunta, ignorando mis palabras.

— Tres. — Respondo casi automáticamente.

Mikhail no responde de inmediato, solo sigue mirándome con sus ojos fríos, como si

estuviera decidiendo mi destino con una simple mirada. Y entonces, en un movimiento repentino, se aparta, regresando a su propio espacio en el coche.

— Las cosas han cambiado drásticamente ahora. — Dice más para sí mismo que para mí.

— ¿Cómo así? ¿De qué estás hablando? — Pregunto, intentando recomponerme.

Mikhail solo se gira y me mira durante un par de segundos antes de arrancar el coche con furia. El motor y el viento son los únicos sonidos en el ambiente.

— ¿A dónde me llevas?

Mikhail no responde, su expresión impenetrable como una máscara de piedra. Sus ojos, ahora fijos en la carretera oscura, parecen no registrar mi presencia a su lado.

Mikhail enciende su móvil y comienza a hablar rápidamente en ruso, su voz grave y autoritaria vibrando en el coche. Intento captar algunas palabras, pero el ruso es un laberinto para mí. ¿Por qué no aprendí cuando mis padres insistieron tanto en que estudiara nuestra lengua materna? Lo lamento profundamente. Solo consigo entender fragmentos de la conversación, palabras sueltas. Menciona "matrimonio" y "situación delicada", y mi corazón se hunde en la desesperación.

Mikhail finalmente cuelga el teléfono, y el silencio que sigue es ensordecedor. Sus ojos se encuentran con los míos por un instante, y veo algo allí, algo que no puedo descifrar, una mezcla de desdén y rabia.

¿Qué está planeando? ¿Qué quiere de mí?

El miedo me consume, pero no puedo permitir que me vea debilitarme. Necesito mantener la mente clara, mis emociones bajo control. ¿Qué haría Elora en esta situación? ¿Cómo reaccionaría? Oh, cielos, cómo me gustaría tenerla aquí ahora para ayudarme.

Mikhail no sabía de mi embarazo y acabo de decírselo de la peor manera posible. Mi padre me ha mentado y ni siquiera tuvo la decencia de avisarme, solo me arrojó sin previo aviso ni nota en un nido de serpientes... en realidad, de una sola serpiente. Mikhail es un hombre cruel y siento en mis huesos que este matrimonio le conviene por alguna razón que, aunque no comprenda, me parece terrible.

CAPÍTULO 5

Olivia

Me siento como una polilla atrapada por la llama de una vela, a punto de ser consumida por el fuego. Endezco mi postura, manteniéndome erguida en el lujoso asiento del coche de Mikhail Ivanov. Elora siempre decía que la postura es importante y que parecer asustada nunca trae buenos resultados, por eso, me alzo y ensancho el pecho, aunque por dentro esté temblando.

— ¿A dónde me llevas? — pregunto, pero, una vez más, no obtengo respuesta.

El silencio persiste, e Ivanov ni siquiera tiene la decencia de mirarme; simplemente me ignora como si estuviera solo en el coche.

Mi respiración se vuelve más pesada, y entrelazo las manos para ocultar el temblor que las recorre. Miro por la ventana intentando reconocer el camino que estamos recorriendo, pero no consigo identificar ningún lugar. Mis ojos entonces se posan en los detalles de Mikhail Ivanov; trago saliva y trato de analizarlo de manera crítica y precisa.

Su físico es impresionante, imponente incluso cuando parece inmerso en la aparente inercia. Sus anchos hombros parecen dominar el espacio a su alrededor, y sus músculos, insinuándose bajo la fina tela de su camisa, denotan fuerza y poder.

El aroma que emana de él es intrigante, una mezcla sutil de una fragancia masculina con un ligero toque de algo salvaje, como si llevara consigo los vestigios de una noche inexplorada. Posee una belleza oscura que parece atraer y repeler al mismo tiempo. Sus rasgos faciales son duros, casi como si hubieran sido esculpidos en piedra, una belleza ruda y austera. Sus ojos, profundos y penetrantes, permanecen fijos en la carretera; hay algo magnético en su presencia que desafía cualquier intento de ignorarlo.

Finalmente, las luces de una mansión aparecen a lo lejos. No sabría decir cómo hemos llegado hasta aquí, ya que el camino que hemos recorrido es completamente desconocido para mí. La mansión parece estar situada en medio de la nada.

El coche se detiene frente a las enormes puertas de madera maciza, y siento un escalofrío recorrer mi espalda al observar la imponente estructura que tenemos delante. Este es el hogar de un hombre cuyo nombre se susurra con temor en las calles oscuras de la ciudad, un mafioso despiadado cuyo poder se extiende por todos los rincones de la sociedad, y ahora estoy a punto de entrar en este lugar sin saber siquiera si podré salir.

"Los planes han cambiado drásticamente."

Fueron las últimas palabras que me dirigió, y eso no puede significar nada bueno.

Mikhail sale del coche, su silueta destacándose contra la tenue luz de las farolas. Sus pasos son firmes y seguros, como si fuera el dueño absoluto de este lugar. Y, de hecho, eso es lo que es: el emperador y gobernante absoluto de estas tierras, donde la ley es la que él dicta.

Veo a unos matones altos y fornidos unirse a Mikhail mientras camina hacia la mansión. Sus murmullos son inaudibles para mí, pero es evidente que se dan órdenes, ya que los hombres simplemente asienten y se retiran. Mi corazón late desbocado en el pecho, mostrando el miedo que me atenaza las entrañas.

¿Qué está ocurriendo?

Mikhail vuelve a dar pasos firmes hacia el coche y abre la puerta. Sin decir una palabra, extiende su mano y, por un momento, respiro hondo, renuente a abandonar la relativa seguridad del coche.

Pero Mikhail está esperando, y dado su mirada, no creo que acepte una negativa. Trago saliva, buscando coraje en el vacío helado de la noche. Me levanto del asiento, intentando mantener la compostura, pero no acepto su mano; al contrario, la aparto, y veo que esboza una pequeña sonrisa.

— Imagino que esta es tu casa. — digo al alisar mi vestido.

Me mira con una expresión que no logro descifrar del todo. Hay algo ahí, algo entre amenaza o... ¿admiración?

— Me gustan las mujeres que no se doblegan fácilmente. — dice finalmente. — Y sí, esta es mi residencia — responde, su voz es profunda, calmada y controlada, como siempre. — Espero que te sientas cómoda aquí.

La ironía no se me escapa. ¿Cómo podría alguien sentirse cómodo en la fortaleza de un hombre como Mikhail Ivanov? Sin embargo, la suavidad de su voz es casi convincente. Si tan solo pudiera creerlo.

— ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué me has traído a tu casa? — pregunto, dejando que mi inseguridad se refleje en mi voz, lamentablemente.

— Pronto lo sabrás, princesita.

— ¡No me llames princesita! — grito, enfurecida.

— Vamos. — responde, ignorando mis palabras.

Atravesamos el umbral de la entrada principal, y la grandiosidad del interior de la mansión me deja momentáneamente sin aliento. Lujosos candelabros, ricas tapicerías, muebles elegantes... Todo rezuma opulencia y poder. Siento la mano firme de Mikhail en mi codo, y aunque no ejerce fuerza, su gesto revela la autoridad que tiene sobre mí. Y aunque quiero resistirme, apartar sus manos de mí, no tengo fuerzas para hacerlo.

— Dime qué estoy haciendo aquí. — pregunto, y mi voz empieza a mostrar el miedo que intenta apoderarse de mí.

Mikhail me mira con un brillo calculador en los ojos, como si estuviera midiendo cada una de mis reacciones.

— Estás aquí porque he tardado mucho en planear todo esto. — comienza. — Cada pieza fue meticulosamente colocada en su sitio. Cada movimiento, cada detalle... todo cuidadosamente planeado. Y no voy a permitir que una... tonta pasión de una chica como tú lo arruine ahora, decidiendo huir con el cobarde que te dejó embarazada. — continúa, dejando que un cierto desprecio se cuele en sus palabras.

Finalmente, nos detenemos frente a una puerta maciza, adornada con intrincados grabados y ornamentos dorados. Mikhail se vuelve hacia mí, sus penetrantes ojos capturando los míos por un instante fugaz.

— Al menos llevas vestido. Servirá. — murmura, casi como si hablara para sí mismo.

Un escalofrío recorre mi espalda, pero antes de que pueda formular una respuesta, se gira y susurra algo a otro matón que permanece al acecho. Puedo escuchar su respuesta, aunque en

voz baja:

— Todo está listo, señor. — dice, y siento que se me corta la respiración.

¿Qué hay detrás de esa puerta?

CAPÍTULO 6

Olivia

La puerta se abre lentamente, revelando un despacho. En el centro de la habitación, un hombre mayor está sentado detrás de un escritorio de caoba, mirándome con una expresión serena. Desvío la mirada hacia Mikhail, que parece imperturbable. Siento cómo la sangre empieza a fluir con más intensidad por todo mi cuerpo.

— Bienvenida, querida. Soy el Juez de Paz Jameson. — Su voz es suave, pero resuena con autoridad. — Por favor, toma asiento.

Me siento como si estuviera en una pesadilla, incapaz de comprender del todo la gravedad de la situación. Mi corazón late desbocado, y cada respiración parece un esfuerzo sobrehumano.

Antes de que pueda articular una palabra, Mikhail Ivanov se acerca con una sonrisa cargada de ironía y malicia.

— *Bienvenida a nuestra boda, querida.*

Una oleada de shock recorre mi cuerpo, dejándome paralizada. ¿Boda? ¿Ahora? Es como si el suelo se hubiera abierto bajo mis pies, tragándome.

Respiro hondo, intentando reunir la valentía que se me escapa como arena entre los dedos temblorosos.

— N-no... — comienzo a decir, pero me interrumpen rápidamente.

— ¿No te vas a casar conmigo? — pregunta con un leve tono de cinismo. — Imaginaba que dirías algo así. Sergey, ponlo en manos libres, por favor.

— Olivia... — escucho la voz tan familiar para mí al otro lado de la línea.

Dios mío... Claude.

¿Cómo? ¿Cómo tan rápido? ¿Qué está pasando?

Mi corazón parece congelarse en el pecho mientras escucho su voz al otro lado de la línea.

— ¿Q-qué le has hecho? — Mi voz vacila, cargada de miedo y rabia contenida.

La respuesta de Mikhail es una sonrisa siniestra.

— No te preocupes, querida Olivia. Tu Romeo está bien, por ahora. Pero eso puede cambiar rápidamente, dependiendo de tus decisiones.

— ¿Cómo has conseguido encontrarlo tan rápido? ¿Cómo tú...?

— Hay beneficios en ser el Rey de la Bratva, princesita. Tengo hombres en todas partes que solo necesitan una llamada mía.

Fueron las órdenes que dio por teléfono... ¿Pero cómo?

— ¿Mi padre? ¿Fue mi padre quien te dijo dónde estaba?

Ivanov se acaricia la barbilla con calma, y puedo ver que está considerando si responderme o no, hasta que sus ojos oscuros se encuentran con los míos, y siento que mi respiración se detiene por el impacto de su mirada.

— No fue él, princesita. Tengo otros medios.

— ¿Cuáles? ¿Cómo?

— ¡Ya basta! — exclama. — Lo que importa es que tienes que tomar una decisión.

Siento un nudo formarse en mi garganta, el aire se vuelve escaso, y cada segundo parece una eternidad.

— ¿Qué es lo que quieres de mí, Mikhail? — Mi voz suena débil, pero intento mantener la compostura.

Mikhail se ríe, un sonido frío y carente de cualquier compasión.

— Lo que quiero, querida Olivia, es muy sencillo. Quiero que te cases conmigo. Y quiero que lo hagas ahora, sin más demora.

— No puedo hacer esto... mis padres... — digo, sintiendo una extraña oleada formarse dentro de mí.

— Tus padres saben que nos vamos a casar, ya sea ahora o después; no les importa.

— ¡A mi padre sí le importa! Puede que sea un hombre difícil, pero me quiere, él... él es un buen padre.

— Eres realmente muy tonta o muy ingenua, princesita — dice, y no acabo de entender del todo lo que quiere decir.

— ¿Por qué tiene que ser ahora? ¿Por qué has capturado a Claude?

— No tengo que justificar mis acciones ante ti; lo único sobre lo que puedes opinar es tu decisión. Eres libre de salir de este despacho, nadie te lo impedirá si decides irte, pero tendrás que asumir las consecuencias de ese acto.

— ¿Matarás a Claude?

Se encoge de hombros, desprovisto de empatía.

— Tal vez sí, tal vez no...

Sus ojos, fríos y calculadores, perforan mi alma mientras intento procesar sus palabras. Mi corazón late descontrolado en mi pecho, una mezcla de miedo, rabia y desesperación.

Mikhail me observa con una sonrisa sutil, como si se deleitara con mi incomodidad. Cada uno de sus movimientos parece premeditado, calculado para alterarme aún más.

— Tienes el poder de elegir, Olivia — dice.

— ¿Y si me niego? — Mi voz suena más firme ahora, alimentada por una chispa de determinación. — ¿Qué harás?

— Entonces tendremos que discutir las implicaciones de esa negativa — su voz es suave, pero hay una dureza subyacente que no puedo ignorar.

Miro a Jameson, el juez de paz, en busca de alguna orientación, pero su rostro permanece impassible, revelando poco sobre lo que piensa.

"Levanta la cabeza, respira hondo, mantén la mirada firme y muestra fortaleza, muestra que eres una luchadora."

Los consejos de Elora resuenan en mi mente, y los sigo rápidamente, tomando las riendas de la situación.

— Está bien — digo al sentarme con calma en la silla frente al juez y cruzar las piernas, haciendo un gesto para que Mikhail se siente a mi lado.

Él me estudia durante unos segundos con la mirada, pero finalmente se sienta frente a mí.

— Imagino que tienes algo más que decir — comenta, apoyando despreocupadamente su codo en la mesa.

— Mi hijo.

— ¿Qué pasa con tu bastardo?

— ¡No lo llames así! — digo con la voz ligeramente temblorosa.

— ¿Qué pasa con tu hermoso hijo nacido de una relación fuera del matrimonio legítimo?
— dice con cinismo.

— Hablas como si estuviéramos en el siglo pasado — replico, irritada.

— Solo se está burlando de ti, señorita. Con el tiempo, verás que Mikhail es un pozo de sarcasmo — interviene el juez de paz.

Respiro hondo, viendo que Mikhail sonríe, claramente divirtiéndose con la situación. Sacudo la cabeza ligeramente, intentando no dejar que me afecte.

— Dime de una vez qué tiene que ver tu hijo con nuestro matrimonio, princesita.

— Quiero que me prometas que vivirá conmigo, que me dejarás criarlo a mi manera, y que tú te encargarás de todo lo que necesite económicamente.

Mikhail Ivanov se levanta de la silla con una sonrisa de desdén en los labios. Sus ojos fríos brillan con una luz calculadora, mientras responde con una indiferencia cortante:

— No me importa en absoluto tu hijo, Olivia. Si esa es la única condición que tienes,

considérala cumplida. Este matrimonio es solo un negocio para mí; me da igual si tienes uno o un equipo de fútbol de hijos — su voz es como hielo, cada palabra cortando el aire.

Él no se preocupa por nada más que por su propio interés, y yo no soy más que una pieza en su juego.

Respiro hondo, intentando contener las emociones que amenazan con desbordarse. Este es el momento de mostrarme fuerte, de no ceder ante la adversidad.

—Y deja libre a Claude —digo con un hilo de voz.

—Освободите трыца —pronuncia las palabras en ruso con su fuerte y grave acento, dirigiéndose al teléfono—. Hoy me has pillado en un día en el que estoy benevolente, princesita. Ya está hecho, tu Romeo está libre, ¿podemos acabar con esto de una vez? —continúa con sorna.

—Una última cosa... —pregunto, vacilante, y lo veo mirarme con impaciencia—. ¿Por qué tan rápido? ¿Por qué no seguir con lo que habías acordado con mi padre?

—Yo no acordé nada con tu padre, y tampoco lo necesito. La boda se haría en mis términos, cuando yo lo considerase oportuno.

—Mi padre no haría esto conmigo.

Él se encoge ligeramente de hombros.

—Bueno, parece que lo ha hecho. Ahora, terminemos con esto de una vez.

Miro a mi alrededor, pero no veo nada de lo que me rodea; es como si mi mirada estuviera vacía, difusa. Respiro hondo e intento mantener la calma. Aunque sabía que me casaría con este hombre, no estaba preparada para esto, para un momento tan repentino.

Es poderoso, no parece tener una sola gota de empatía en sus venas, y lo único en lo que pienso es que en menos de una hora ha logrado capturar y encarcelar a Claude. ¿Qué haría si decidiera negarme? Acepto que no tengo otra opción que rendirme ante la voluntad de Mikhail Ivanov, aunque mi corazón me grite que desista y huya de este lugar lo más rápido posible.

Me levanto de la silla con una determinación silenciosa. Mi mirada se encuentra con la de Mikhail, y por un breve momento, consigo ver más allá de la máscara de indiferencia que usa para ocultar su verdadera naturaleza. Es un hombre sin escrúpulos, dispuesto a todo para alcanzar

sus objetivos, pero más allá de eso, parece un hombre lleno de rencor e ira.

Jameson, el juez de paz, nos observa con una neutralidad taciturna, como si estuviera acostumbrado a presenciar situaciones como esta. Sigo su mirada por un instante antes de apartar la vista, consciente de que cualquier señal de debilidad solo fortalecerá la posición de Ivanov.

—Podemos empezar entonces —digo, intentando que mi voz suene lo más calmada posible.

El juez abre su carpeta y saca de ella unos papeles que coloca sobre la mesa. El ambiente está en completo silencio, es serio, melancólico... sombrío. Nunca podría haber imaginado que el día de mi boda sería así, tan frío, tan triste. La verdad es que nunca tuve muchas aspiraciones románticas respecto al matrimonio, pero esto ni siquiera se acerca a mi peor pesadilla.

Las palabras del juramento suenan a mi alrededor, pero parecen lejanas, como si pertenecieran a otra realidad. Mis pensamientos vagan entre el pasado y el presente, entre el miedo y la esperanza. Por un breve momento, me permito recordar a Claude. Nuestras conversaciones, la manera en que me prometió cómo sería nuestra vida. Que me llevaría a vivir al campo, con un jardín de flores que él cuidaría, que me amaría, que cuidaría de mí y de nuestro hijo.

Salgo de mi trance al ver la pluma extendida en mi dirección. Miro el certificado y, de nuevo, siento mi visión borrosa, como si fuera solo un borrón frente a mí. El juez me ofrece la pluma una vez más, y la tomo con manos temblorosas. Mientras firmo mi nombre en el papel, siento una gruesa lágrima caer de mis ojos.

A mi lado, Mikhail hace lo mismo, con una calma fría que me hace cuestionar si queda algún rastro de humanidad en él. Sus trazos son firmes, decididos, como si estuviera firmando un contrato de negocios y no un juramento sagrado.

Cuando el juez recoge los documentos, siento una ola de resignación inundarme por completo. Ya no hay vuelta atrás, ya no hay escapatoria. Estoy atada a este hombre, a este destino que no elegí. Levanto la mirada para encontrarme con la de Mikhail Ivanov, y por un breve momento, veo un destello de triunfo en sus ojos fríos, como si hubiera ganado una batalla que ni siquiera ha comenzado.

—Enhorabuena, señor y señora Ivanov —la voz del juez corta el silencio sepulcral que se ha formado.

Señor y señora Ivanov.

Ahora soy la señora Ivanov.

Ivanov.

CAPÍTULO 7

Olivia

— ¡Esto no debería haber pasado así, Ivanov! — la grave voz de mi padre retumba en su despacho.

Ya hace más de una hora que los dos están encerrados en la oficina de papá, y parece que la discusión se ha acalorado, aunque no he oído la voz de Ivanov en ningún momento.

— No sé por qué tu padre está tan enfadado. De todas formas, ibas a casarte con él. ¿Qué importa ahora o después? — dice mi madre mientras se sienta despreocupadamente en el sillón de la sala.

Simplemente meneo la cabeza, sabiendo que ningún argumento que utilice con ella será eficaz. Mi madre y yo nunca hemos tenido nada que nos uniera, y cualquier conversación entre nosotras siempre ha sido fría y distante. Nunca ha parecido entender mis sentimientos.

Siempre supe del arreglo familiar y sabía perfectamente que el matrimonio con mi padre fue un mero tratado. Nunca ha sido grosera ni me ha tratado mal. Ni siquiera he visto una pelea entre ella y mi padre, pero nunca he sentido el cariño maternal, el calor de una madre. En comparación, mi padre, aunque autoritario e imponente, siempre ha parecido protegerme del mundo. Ese ha sido el único sentimiento que he visto en él, y quizás por eso ahora discute con Mikhail Ivanov, por haberme prácticamente obligado a casarme con él.

La puerta del despacho se abre y Ivanov sale con una sonrisa de medio lado y su típico aire desinteresado. Miro a mi padre y su rostro parece ligeramente afectado, casi como si ese hombre hubiera logrado derribar la muralla que es Alaric Gorbachev.

— Vamos, ya es hora —dice Mikhail, y rápidamente dirijo mi mirada hacia mi padre, casi como una súplica, un pedido de ayuda.

— Ahora él es tu marido, debes ir con él —responde finalmente después de un rato en silencio.

Mikhail se acerca a mí y agarra mi brazo con firmeza, como si reclamara su propiedad, algo que acaba de comprar. Su toque es gélido y siento un escalofrío recorrer mi espalda mientras busco desesperadamente una respuesta en los ojos de mi padre. Sé que fui yo quien tomó la decisión, sé que firmé los papeles que me convierten en esposa de este hombre, pero ver esa mirada en mi padre, ver cómo está completamente ausente ante este hombre me pone los pelos de punta.

¿Qué está pasando aquí? ¿En qué me estoy metiendo?

Su mirada parece abatida, derrotada de alguna manera, pero aún así mantiene una compostura rígida, como si estuviera resistiendo algo que no puede controlar. Sus ojos encuentran los míos por un breve momento, cargados de un peso que no logro descifrar del todo.

Mikhail rompe el silencio tenso que nos rodea.

— La UMBRA sabrá de nuestro acuerdo mañana por la mañana —su voz suena firme y autoritaria, como siempre.

¿Umbra? ¿Qué es Umbra?

Mi corazón parece latir lentamente dentro de mi pecho mientras todo a mi alrededor parece desarrollarse en cámara lenta. Todo se desdibuja ante mí, y mi mirada vaga entre mi padre, mi madre y, finalmente, llega a Mikhail Ivanov, el hombre que acaba de comprarme.

Mi madre, sentada en el sillón, parece ajena a todo, como si estuviera observando un drama distante. Sus comentarios casuales quedan en el aire, una actitud que siempre me ha distanciado de ella. Nunca ha estado realmente presente, y no iba a empezar a hacerlo ahora.

— Ya es hora, debemos irnos —dice Mikhail.

Mis ojos se llenan de lágrimas, y mi rostro ya está empapado. No recuerdo cuándo empezaron a caer; simplemente están ahí.

Me voy.

Me voy con este hombre terrible.



Decido romper el silencio que ha marcado todo el trayecto hasta la casa de Mikhail. No ha mostrado el menor interés en entablar una conversación hasta que llegamos de nuevo a su casa, y ahora lo veo abrir la puerta, esperando que salga.

— ¿Qué quieres de mí? — pregunto al salir. — ¿Qué va a pasar ahora?

Después de todo, ¿qué tipo de respuesta podría esperar de él? ¿Qué quiero oír? ¿Qué me calmaría? Realmente no sé si algo que diga me reconfortará.

Mikhail se acerca lentamente, con pasos calculados, dejándolo milimétricamente cerca de mí. Siento su aliento caliente sobre mi rostro mientras respira.

Lo observo atentamente, intentando mantener la cabeza erguida frente a él, sin que note el miedo que siento. Mi mirada capta sus detalles casi automáticamente. Veo que su cuerpo es robusto, moldeado por una fuerza viril, y su postura transmite una confianza inquebrantable. Los rasgos de su rostro son marcados por una belleza áspera, como si hubieran sido esculpidos por manos ásperas. La barba de unos días solo acentúa su aura de misterio y masculinidad, y sus ojos verdes parecen brillar con... ¿alegría? No... con odio.

— ¿Qué quiero de ti, Olivia? — Repite la pregunta, con su voz grave y baja. Sus ojos, tan intensos, parecen buscar algo más allá de las palabras que pueda ofrecer.

— Eso es exactamente lo que he preguntado. — Digo ásperamente y lo veo abrir una pequeña sonrisa de medio lado. Parece estar disfrutando de la situación.

Mikhail es el tipo de hombre que atrae miradas, que domina los espacios con su presencia imponente. Es bruto, salvaje, como una tormenta a punto de desatarse sobre el mundo. Y, sin embargo, hay una belleza intrínseca en su salvajismo, una intensidad que trasciende las convenciones de la vida cotidiana, y eso me asusta aún más.

— Ya tengo lo que quiero de ti, Olivia. Mira dónde estás... en mi casa, eres finalmente mi esposa.

— ¿Por qué yo? ¿Por qué quisiste casarte conmigo?

Mikhail sonríe de manera enigmática, como si supiera un secreto que yo aún no he descifrado. Su sonrisa está lejos de ser reconfortante. Se acerca aún más, su presencia imponente me envuelve por completo. Puedo sentir el calor de su cuerpo, la electricidad que emana de su piel. Sus labios se acercan a mi oído, y su voz, suave y grave a la vez, susurra palabras que resuenan en todo mi ser.

— Voy a dejar que descubras esas respuestas por ti misma. — Susurra.

Cada palabra que pronuncia parece encender una llama dentro de mí, una llama que intento desesperadamente apagar. Pero es inútil. Su proximidad, su voz, su presencia, todo conspira para despertar un calor dentro de mi cuerpo, un calor que no quiero sentir, pero mi cuerpo... todo él parece no obedecer a mi mente.

¿Qué es esto? ¿Por qué estoy sintiendo esto? Odio a este hombre, lo odio con todas mis fuerzas.

Mikhail sigue hablando, su respiración caliente enviando escalofríos por mi espalda.

— Espero que ambos podamos disfrutar de los momentos de nuestro matrimonio.

Su aliento sobre mi piel, sus palabras penetrando mi mente, todo eso me deja aturdida, confundida. Siento cuando su mano agarra mi cintura y me presiona contra su cuerpo. En un segundo, siento sus labios sobre los míos en un beso salvaje, fuerte e intenso. Por algún motivo que no consigo descifrar, me veo cediendo, respondiendo, permitiendo que él conduzca el beso, que cada vez se vuelve más húmedo y febril. Sé que debería resistir, que debería mantener mis defensas contra este hombre. Pero es como si una parte de mí estuviera siendo atraída hacia él, como si estuviera siendo arrastrada por una corriente irresistible. Sus manos comienzan a presionarme aún más contra su cuerpo y un calor se instala entre mis piernas. De repente, recupero el control y lo empujo bruscamente.

— ¡Nunca... nunca más te atrevas a tocarme! — Grito hacia él y lo veo sonreír.

— No hace falta que lo niegues, princesita. Sé que te ha gustado.

— ¡Eres un tonto presuntuoso! — Grito. — ¡No he sentido nada más que asco!

Sus ojos me miran durante unos segundos y la sonrisa cínica desaparece de sus labios.

— Un hombre sabe cuando agrada a una mujer, princesita, y apuesto a que entre tus

piernas estás completamente mojada por mí. — Dice mientras me toca el rostro con cierta brutalidad, obligándome a mirarlo a los ojos. — Pero, independientemente de eso, debes saber que a partir de ahora, en mi casa, no permitiré que seas irrespetuosa conmigo. Así que empieza a cuidar tu lengua afilada.

Mikhail me suelta y se aleja de mí con una confianza fría y calculada. Sus pasos firmes siguen el camino que lo llevará de nuevo a su mansión. Y yo me quedo allí, parada, observándolo alejarse.

— Llévala a su habitación — ordena Mikhail a uno de sus secuaces, con su voz firme.

Mientras él se aleja, siento mi corazón martillear en el pecho. No puedo permitirme flaquear ahora, no frente a este hombre que representa todo lo que temo y repudio.

El seguridad asiente en silencio, con un rostro inmutable que denota obediencia absoluta. Se acerca a mí con una calma gélida, sus pasos pesados resonando en el suelo de piedra.

Siento un escalofrío recorrer mi espalda cuando coloca una mano grande en mi hombro. Su toque es duro, autoritario, y me siento como una prisionera siendo llevada a su celda.

Sin resistirme, permito que me guíe. Mientras caminamos, miro a mi alrededor en la casa, percibiendo detalles que antes me habían pasado desapercibidos. Los seguratas, grandes y de mal aspecto, están posicionados estratégicamente por todas partes, como sombras listas para actuar ante el menor signo de amenaza. Sus expresiones serias y los contornos de las armas bajo sus trajes son indicios claros del poder y la peligrosidad que emanan de este lugar. No son solo hombres, son soldados de un ejército clandestino, listos para proteger a su líder a cualquier costo.

El seguridad me conduce hasta una habitación ricamente decorada, con muebles imponentes y una vasta cama en el centro. El lujo a mi alrededor parece opresivo, casi como una jaula dorada destinada a atraparme.

Abre la puerta y me indica el interior con un gesto brusco. Su mirada no muestra compasión, solo obediencia ciega a las órdenes de su maestro.

Entro en la habitación, ansiosa por estar sola, para poder llorar y finalmente ordenar mis pensamientos. La puerta se cierra detrás de mí y corro hacia la cama, arrodillándome frente a ella y dejando que mi cuerpo se apoye en el suelo y mis brazos en la cama.

— ¿Qué voy a hacer, Dios mío? ¿Cómo será mi vida a partir de ahora? — Digo,

sintiendo las lágrimas acumularse en mi rostro.

CAPÍTULO 8

Olivia

Oigo el golpeteo de la puerta y los golpes me despiertan. Dormí en la misma posición en la que llegué, sentada en el suelo con el torso sobre la cama. Tardo unos segundos en asociar el lugar en el que estoy cuando lo veo entrar.

Mikhail Ivanov está completamente vestido de negro, desde su camisa abierta hasta sus pantalones y zapatos. Rápidamente me levanto y trato de enderezar mi postura, aunque creo que mis ojos todavía están hinchados por el llanto de la noche anterior.

Decido no decir nada, no expresar ninguno de mis pensamientos en voz alta y le dejo decir lo que quiera. Ivanov da unos pasos por la habitación y la examina antes de detenerse frente a mí. Su mirada no me encuentra; sigue observando el cuarto como si estuviera buscando algo.

— Solo me encontrarás a mí aquí — digo, sin mirarlo.

— Mírame, princesita — dice con su acento marcado. — No es educado hablar sin mirar a los ojos de alguien.

Desvío mi mirada hacia él con calma y lo enfrento, levantando ligeramente la cabeza, sacando fuerzas de donde ni siquiera sabía que aún quedaban.

— ¿Por qué piensas tan mal de mí, princesita? Solo me estaba asegurando de que tu habitación tuviera todo lo necesario. Aunque no tengo intención de dejarte aquí mucho tiempo.

— ¿Cómo que no? — pregunto exasperada.

— Eres mi esposa, deberías dormir en mi habitación.

— Eso nunca va a ocurrir... yo nunca...

— Ahorra tu saliva con el discurso que ya conozco, no he venido aquí para eso.

— ¿Y para qué has venido entonces?

— Para invitarte a tomar café conmigo, por supuesto.

Lo miro, a pesar de saber que su serenidad oculta la peligrosidad que lo acompaña como una sombra. Sus ojos me estudian y veo cómo su mano se acerca y toca mi rostro, acariciándolo.

— Tienes un rostro demasiado bonito para llorar tanto.

Respiro hondo y rápidamente aparto sus manos de mí, haciendo que esboce una sonrisa completamente cínica.

— Tu petulancia es irritante, princesita — frunce el ceño, su paciencia comenzando a agotarse ante mi resistencia. Devuelve su mano a mi rostro y esta vez su toque se vuelve más firme, una presión sutil pero suficiente para hacerme sentir un escalofrío recorrer mi espalda. — Pareces olvidar con quién estás tratando.

Mi cuerpo entero está petrificado; no puedo disimular, no puedo fingir fuerzas cuando cada parte de mí está aterrorizada en la presencia de este hombre. ¿Qué quiere de mí? ¿Qué hará a partir de ahora?

Ivanov se acerca un poco más y puedo sentir su respiración contra la piel de mi cuello. Trago en seco, tratando de mantener la compostura a pesar del miedo que domina cada parte de mí.

— Nos casamos ayer y aún no hemos consumado nuestro matrimonio — añade mientras su respiración cálida penetra mi piel.

— No, por favor... — mi voz sale como una súplica.

— No seas puritana, princesita. Ese bebé no apareció mágicamente en tu barriga.

Su tono de voz es bajo, pero lleva un peso amenazador mientras su mirada encuentra la mía, tan cercana y dominante, haciéndome sentir completamente indefensa.

— Dormí con Claude por amor, nunca compartiría mi cama con alguien como tú — saco fuerzas del fondo del pecho para responderle.

Es en ese momento cuando siento la presión de sus dedos contra mis mejillas.

— No te atrevas a desafiarme, princesita. No sabes de lo que soy capaz.

— No soy tu propiedad, Ivanov. Aunque creas que me has comprado, ¡nunca podrás comprar mi corazón! Puedes poseer mi cuerpo por la fuerza, pero nunca mi alma. ¡Nunca seré tu posesión, nunca! — Las palabras salen de mí como un trueno.

No sabría decir de dónde sale tanta fuerza para enfrentarlo de esta manera, pero algo que Elora me contó en su momento debe tener que ver. Ella decía que las primeras impresiones son difíciles de cambiar, que si te muestras frágil e indefensa al principio, pronto será difícil demostrar que no lo eres. Y yo soy, Dios sabe lo débil que soy, cómo soy indefensa y cómo estoy temblando hasta los huesos bajo mi piel, pero este hombre es cruel y terrible, y si no intento al menos parecer fuerte, dominará mi espíritu y mi vida. Y no puedo permitirlo, no cuando llevo un hijo que me necesita.

Él suelta un suspiro audible, su expresión endureciéndose aún más.

— No sé si eres valiente o estúpida — su voz suena como un gruñido, llena de autoridad y dominio. — Pero me encantará cuando te vea arrodillada pidiendo que te haga el amor con fuerza — termina de decir y siento sus manos llegar a mi nuca y tomar mis labios en un beso sin permiso.

Su lengua juega con la mía; no pide paso, solo toma mi boca mientras una de sus manos encuentra mi cintura y me presiona contra él. Mi cuerpo entero tiembla ante su intensidad, pero me niego a ceder a su dominio sin luchar, aunque un calor que nunca antes había sentido se apodere de mi cuerpo. Antes de que tenga tiempo de apartarlo, él mismo se separa y fija su mirada en mis labios. Su mirada es predatoria, como la de un felino. Sus ojos verdes intensos me observan, y ninguna palabra parece salir de mí.

— Eres mi propiedad — gruñe. — Y más te vale acostumbrarte a ello.

Sigo mirándolo sin poder abrir la boca para replicar, y lo veo abrir una pequeña sonrisa satisfecha.

— Baja en diez minutos; estaré esperándote para tomar café.

Se da la vuelta y da pasos largos hasta acercarse a la puerta.

— No voy a hacerlo — contesto, dejando que mi voz vuelva a salir.

— No estoy pidiendo, estoy ordenando. En diez minutos, abajo, y no pongas a prueba mi paciencia.

Con el corazón latiendo desbocado y el sabor intenso del beso no consentido aún en mis labios, observo a Mikhail Ivanov salir del cuarto con la misma arrogancia con la que entró. El aire parece rarefcto, como si su presencia hubiera absorbido toda la vida del ambiente, dejando solo un vacío helado.

Con pasos temblorosos, me acerco a la ventana y miro hacia fuera, sintiendo cómo las lágrimas calientes comienzan a caer de mis ojos.

¿Y si me escapara? ¿Y si corriera fuera de esta casa y nunca más mirara atrás?

Observo los detalles de la gran propiedad de Ivanov desde la ventana y puedo ver cómo está rodeada de hombres grandes y mal encarados. Aunque la vida de Claude no estuviera en riesgo y nada más me retuviese aquí, dudo mucho que pudiera correr entre estos matones. Y aunque lo hiciera, ¿a dónde iría? ¿Cómo llegaría a casa? Esta mansión está situada en un lugar apartado.

Recojo mis últimas reservas de determinación y decido que no puedo seguir lamentándome. Necesito tomar una actitud más decidida. Si Ivanov espera encontrarme rendida y sumisa, tendrá una desagradable sorpresa.

Enfrentaré a Ivanov, aunque eso signifique enfrentar el propio infierno.

CAPÍTULO 9

Mikhail

Veo a Marguerite servir otro vaso de whisky, que tomo impacientemente, mirando el reloj cada segundo que pasa. Olivia se está demorando más de lo tolerable en bajar. Mi paciencia está a punto de agotarse cuando mi móvil empieza a sonar, interrumpiendo mis pensamientos frustrados. Con un suspiro irritado, cojo el teléfono y atiendo sin mirar quién está llamando.

— ¿Qué pasa? — mi voz suena más áspera de lo habitual.

— Señor, acabamos de encontrar el cuerpo de Luther — escucho la voz de Sergey al otro lado de la línea.

— ¿Cómo ha ocurrido? — respondo fríamente.

— Aún no lo sabemos, señor. Aparentemente fue una pelea de bar que salió mal, al menos eso es lo que intentaron hacer parecer.

— ¿En qué bar?

— En el Sudanés.

— No toques nada. Llama a los especialistas, llegaré en unos minutos.

— Está bien, señor — responde y cuelgo rápidamente.

¡Maldita sea!

Luther era uno de mis mejores hombres, peligroso y muy bien entrenado. Nunca se dejaría superar en una pelea de bar. Necesito actuar rápido y averiguar lo que realmente ha pasado. Me levanto de la mesa con un suspiro pesado, ignorando el vaso de whisky recién servido frente a mí. Marguerite me mira con preocupación mientras salgo de la sala de estar.

— Dile a esa niñata mimada que me ocuparé de ella más tarde.

Ella asiente mientras desaparezo de su vista. En el camino hacia el Sudanés, mi mente va a mil por hora. Luther no era del tipo que se metía en peleas triviales, ni siquiera lo he visto borracho, mucho menos fuera de control.

Algo no me huele bien, tal vez una disputa de territorio, una traición, ¿quién sabe? Las posibilidades son amplias, pero una cosa es segura: necesito llegar al fondo de esto antes de que la situación se descontrole aún más.

Al llegar al lugar, veo el revuelo alrededor del cuerpo de Luther. Mis hombres ya están allí, asegurando el perímetro y garantizando que nadie interfiera en la escena del crimen. Aunque es de día y llama más la atención de lo debido, los policías locales ni siquiera se han acercado; saben que esto es asunto de la organización y no se atreverían a meterse en nuestros asuntos. Al acercarme, veo a Sergey, con el rostro tenso y preocupado.

Me acerco a ellos, manteniéndome atento a cada detalle a mi alrededor. El cuerpo de Luther está tendido en el suelo, rodeado de manchas de sangre. Observo cada herida, cada marca, intentando descifrar lo que realmente ha pasado.

— ¿Qué tenemos hasta ahora, Viktor? — pregunto al jefe de los especialistas, manteniendo mi voz firme, a pesar de la inquietud que siento por dentro.

Él me lanza una mirada cansada antes de responder:

— Parece que hubo una pelea, y uno de los tipos lo atacó por la espalda. Pero debo decir, jefe, que todo está demasiado limpio.

Frunzo el ceño; esto no tiene sentido. Luther era un luchador hábil, no se dejaría superar tan fácilmente en una pelea de bar.

— ¿Alguna pista sobre quiénes son los agresores?

Viktor sacude la cabeza negativamente.

— Aún no, pero estamos trabajando en ello. Necesitaremos algo de tiempo para analizar todas las pruebas.

Asiento, insatisfecho con la falta de respuestas. Necesito averiguar quién está detrás de esto.

— Jefe... — Viktor empieza con cierta duda tras aclararse la garganta.

— ¡Diga de una vez lo que está pensando!

— Esto podría estar relacionado con su matrimonio con la joven Gorbachev.

Entrecierro los ojos y lo miro más de cerca.

— ¿De qué estás hablando?

— Usted conoce la reputación del padre de la chica, y ahora que ha prometido su apoyo en la Umbra y el matrimonio, eso ha dejado a muchos descontentos.

— ¿¡Qué?! — Mi voz sube de tono, resonando entre los presentes. Mi mente se acelera, conectando los puntos. Una oleada de ira me recorre, mezclada con incredulidad. ¿Cómo se atrevería alguien a rebelarse contra mí de esta manera?

— Viktor, reúna toda la información que tengamos sobre los relacionados con la familia Gorbachev. Quiero nombres, quiero conexiones, quiero todo. Todos los que puedan tener algo en contra de mi vínculo con esta familia. — Ordeno, mi voz cortante, con la mirada fija en Viktor, que traga saliva antes de asentir.

No puedo dejar esto impune. Si alguien se atreve a desafiar mi autoridad de esta manera, necesita aprender una lección severa. Nadie juega con Ivanov y sale ileso.

— Y Sergey, quiero a todos nuestros hombres en alerta máxima. Quiero cada movimiento, cada sospechoso, cada respiración en esta ciudad monitoreada hasta que encontremos a quienes están detrás de esto.

Mi mente ya está a mil por hora, calculando posibles escenarios, planificando cada paso. Nadie escapa de mí. Nadie. Solo un idiota, un completo imbécil, se atrevería a desafiarme de esta manera. Y ese idiota pagará caro por su estupidez.

Me agacho junto al cuerpo de Luther, mi amigo y soldado leal. No se merecía esto. No merecía ser traicionado, no merecía morir de esta forma. Una mezcla de tristeza, ira y angustia se agita dentro de mí mientras observo su rostro, ahora sin vida.

— Descansa en paz, soldado Luther. Tu lealtad será recordada. — Mi voz sale más suave ahora, un tributo silencioso al hombre que sacrificó tanto por nuestra causa.

Con una última mirada hacia él, me levanto, con la determinación ardiendo en mi pecho. No importa quién esté detrás de esto, pagarán un alto precio. Nadie desafía a la organización sin consecuencias. Nadie.

— Sergey, asegúrate de que el cuerpo de Luther sea tratado con el respeto que merece. Será honrado como un verdadero hermano.

Sergey asiente solemnemente, comprendiendo la gravedad de la situación. Luther no era un miembro cualquiera; era uno de nuestros mejores. Su muerte no quedará impune.

Me giro para salir del lugar, mientras mi mente está ahora completamente centrada en una sola cosa: la maldita princesa Gorbachev. ¿Dónde mejor buscar información si no directamente en la fuente?

CAPÍTULO 10

Mikhail

Al llegar a casa, soy recibido por la mirada atenta de Marguerite, que parece preocupada.

— Jefe, la señora Olivia no ha querido comer ni beber nada durante todo el día — me informa, con la voz cargada de inquietud.

Una ola de furia recorre mi cuerpo. No bastaba la confusión con Luther, ahora tengo que lidiar con la obstinación de esta niña insolente. Sin perder más tiempo en conversación, me dirijo bruscamente al cuarto de Olivia. Cada paso que doy está impulsado por la rabia que crece dentro de mí.

Al llegar a la habitación, no llamo a la puerta; simplemente la abro con fuerza. Veo a Olivia levantarse rápidamente de la cama, asustada por mi presencia. Ni siquiera puede disimular el miedo que siente cada vez que me mira, y debo decir que no me gusta. Sé que no soy el mejor hombre del mundo, pero cada vez que la miro y ella me devuelve la mirada, me siento como el peor de los monstruos.

— ¿Qué crees que estás haciendo? — Mi voz es un gruñido controlado, pero lleno de autoridad.

Olivia levanta la vista hacia mí, su expresión desafiante intentando mantenerse firme.

— Necesitarás ser más específico — responde.

— No tengo paciencia para respuestas impertinentes, princesita. Y si yo fuera tú, no querría verme perder la paciencia.

Veo a Olivia tragar saliva y desviar ligeramente la mirada hacia el suelo. No puede mirarme ni siquiera durante más de cinco segundos antes de tener que apartar la vista hacia cualquier rincón de la habitación. Es como un corderito asustado que intenta aparentar ser un lobo feroz.

— Realmente no sé de qué estás hablando — dice con un aire más derrotado de lo que esperaba.

— No has comido nada en todo el día. ¿Esperas desnutrirte de hambre? Esperaba una rabieta de una niña, no de una mujer adulta.

Me mira de nuevo y, como siempre, no dura más de unos segundos antes de volver a desviar la mirada.

— ¿Rabieta? ¡No estoy haciendo una rabieta! — responde Olivia, su voz sonando más cansada que desafiante. Una de sus manos va a su vientre, donde empieza a formarse una pequeña protuberancia.

Mis ojos se entrecierran al observarla.

— Todas las comidas que me ofrecieron hoy... simplemente me han revuelto el estómago — pausa un momento, eligiendo sus palabras con cuidado. — Las náuseas al principio del embarazo me están matando. Sé que necesito comer, pero simplemente no he podido tragar nada más que algunas galletas que me trajeron.

Olivia parece menos hostil y algo más cansada que la última vez que la vi. Las marcas de lágrimas parecen haber desaparecido y, en su lugar, muestra una postura más resignada, pero no menos atractiva.

Entonces, lentamente, me acerco a ella, mis pasos ahora más cuidadosos, menos impulsivos.

— ¿Y por qué no pediste algo? Mis empleados te habrían servido — mi voz sale más suave ahora, cargada de una mezcla extraña de preocupación e incertidumbre.

La veo bajar la mirada antes de responderme.

— No sabía que podía.

Mientras Olivia aparta la vista, me acerco aún más a ella con pasos calculados, mi expresión endurecida empezando a ceder a la curiosidad. Observo sus rasgos delicados, realzados por la luz suave que entra por la ventana, destacando el tono rojizo de su cabello. Su cuerpo, voluptuoso y curvilíneo, parece más frágil que nunca.

Al acercarme, levanto una mano y toco su rostro suavemente, sintiendo la piel tersa bajo mis dedos ásperos. Ella cierra los ojos por un instante, y no sabría decir si es por aceptar mi caricia o por miedo. Me encuentro deseando que sea la primera opción.

— No eres una prisionera en esta casa, princesita.

Ella abre los ojos casi al instante después de mis palabras, y sus miradas se cruzan antes de que ella responda:

— Exactamente eso soy. Tu prisionera.

Mi expresión se endurece de nuevo, convirtiéndose en una máscara impenetrable de autoridad y dominio. Pero por dentro, algo en mí se retuerce, una sensación extraña y desconocida que no sé cómo manejar. No estoy acostumbrado a esta vulnerabilidad. ¿Por qué me incomoda? Aunque de formas diferentes, ella realmente es mi prisionera.

Quizás sea el hecho de que nunca he apresado a alguien que parece tan frágil e indefensa como Olivia. Todas las personas que han estado bajo mi dominio eran tan terribles o peores que yo, pero Olivia... Olivia es como un pajarito con el ala rota que intenta parecer fuerte para no ser devorado por su depredador.

— Pediré que te traigan algo.

Me giro para salir de la habitación, listo para llamar a uno de los empleados y asegurarme de que Olivia reciba algo de comer. Su voz suena detrás de mí, interrumpiendo mis pasos.

— ¿Qué quieres de mí? — pregunta, su voz cargada de desafío y miedo.

Por un momento, dudo en mi respuesta. Es una pregunta complicada, que requeriría una reflexión más profunda de la que estoy dispuesto a hacer. En términos generales, ella está aquí para que su padre no la use como moneda en grandes transacciones, para que pague con su propia hija el mal que hizo a mi familia, a mi dulce Anastasia, y a lo que haya tomado de nosotros que pienso recuperar.

— ¿Y quién es Umbra y por qué avisarías sobre nuestro matrimonio? — continúa.

Me giro lentamente para mirarla, observando su expresión expectante y sus ojos verdes llenos de fuerza. Ella está esperando una respuesta honesta, y aunque creo que es solo otra víctima, no estoy dispuesto a ceder la ventaja que ella me ofrece estando bajo mi posesión.

— No te haré daño, ni a ti ni al hijo que esperas. Estás a salvo dentro de esta propiedad y ninguno de mis empleados se atreverá a tocar un solo cabello tuyo. Todos están instruidos para atenderte de la mejor manera posible.

La expresión de Olivia no cambia, pero hay una chispa de sorpresa en sus ojos. No esperaba esa respuesta, y francamente, ni yo.

— No me interesa que sufras o que estés infeliz — añado, mientras la observo respirar lentamente.

Olivia me observa un momento, como si intentara descifrar mis palabras. Tal vez esté buscando sinceridad en ellas, algo que no sé si puedo ofrecer completamente.

— ¿Entonces, qué te interesa?

— Mis intereses no te conciernen, princesita. Estate contenta con la promesa de seguridad que acabo de hacerte, y cualquier otra cosa que quieras saber mantenla para ti. Agradece que haya sido yo quien se casó contigo y no otro a quien tu padre estaba dispuesto a ofrecerte.

Olivia parece atónita con mi respuesta, sus ojos verdes buscando los míos en busca de comprensión.

— Mi padre... tú... — empieza, temerosa. — Forzaste a mi padre a casarme a la fuerza. Le habría gustado darme tiempo para conocerte, para que este matrimonio fuera lo más normal posible. Estaba intentando cuidar de mí cuando me obligaste a casarme.

Abro una pequeña sonrisa cínica y me acerco a Olivia, que retrocede levemente con mi proximidad. Toco un mechón de su cabello que cae sobre su frente y lo sigo con la mirada antes de llegar a sus ojos, que están abiertos con aprensión.

— Creo que estás más desinformada de lo que imaginas, princesita.

La observo un momento, estudiando cada rasgo de su rostro, cada matiz de su expresión. Hay una vulnerabilidad que casi me hace querer protegerla, pero rápidamente me alejo, desconectándome de su presencia. Camino rápidamente hasta llegar cerca de la puerta.

— Pediré que te traigan algo y más tarde tendremos una larga conversación sobre tu familia — digo y salgo, cerrando la puerta tras de mí sin darle tiempo a responder.

CAPÍTULO 11

Olivia

Ha pasado casi una hora desde que los empleados trajeron una interminable variedad de platos para mí. Sopas humeantes, ensaladas frescas, carnes jugosas y una infinidad de acompañamientos que harían salivar a cualquiera con solo mirarlos. Pero, aun así, mi estómago se revuelve solo de pensar en probar cualquier cosa.

He conseguido comer un poco de sopa de verduras y algunas hojas de ensalada, pero nada más. Sé que necesito alimentarme, especialmente ahora que llevo una vida dentro de mí, pero cada aroma, cada textura parece intensificar la sensación de malestar. Es como si mi hijo estuviera haciendo una huelga de hambre dentro de mí, manifestando su opinión sobre la situación en la que estamos.

Me siento a la mesa, observando el plato con panes y pasteles frescos que Marguerite dejó por si me apetecía picar algo. Elijo un trozo de pan para engañar a mi estómago vacío mientras intento controlar las náuseas. Pero, incluso el simple acto de masticar se convierte en una tarea ardua. Intento coger un pedazo de pastel y llevarlo a la boca, pero casi de inmediato me siento mareada y tengo que detenerme, cerrando los ojos para evitar que se me acumulen las lágrimas.

Me siento atrapada entre la necesidad de nutrir mi cuerpo y el deseo de evitar la tortura que supone cada bocado. Mikhail puede haber ordenado que me sirvieran, pero no puede obligar a mi estómago a aceptar algo que simplemente no soporta. Al menos eso es algo sobre lo que no tiene control aquí.

Mientras juego con los trozos de pan en mi plato, no puedo evitar la inquietud que se instala en mi pecho. La mención de una "larga conversación sobre mi familia" hizo que mi corazón se acelerara con una mezcla de miedo y curiosidad. ¿Qué quiere saber? Y ¿por qué esto no puede ser algo bueno?

Intento concentrarme en mantener la compostura cuando regrese. No puedo dejar que

note lo vulnerable que me siento. Pero es difícil cuando cada fibra de mi ser grita para que huya, para que me esconda del hombre que me ha arrastrado a esta pesadilla. ¿Cuánto tiempo más podré seguir fingiendo? ¿Cuánto tiempo más aguantará mi cuerpo todo esto? Realmente temo que no será por mucho más tiempo.

Mientras mi mente está atormentada por estos pensamientos oscuros, la puerta se abre suavemente, revelando la imponente figura de Mikhail entrando en la habitación. Mi corazón da un vuelco en el pecho, y una oleada de nerviosismo me recorre mientras intento mantener mi expresión neutra, ocultando los temblores interiores.

— Creo que ya has tenido tiempo suficiente para comer, así que ahora acompáñame. — Su voz grave resuena en la habitación. Levanto la mirada para encontrarme con la suya, intentando disimular la inquietud que se agita dentro de mí.

— ¿A dónde me vas a llevar?

— Intenta, al menos una vez, no hacer preguntas y acompáñame.

Trago saliva, notando que ahora no parece estar muy paciente. Me levanto y lo sigo. Aunque sigo teniendo miedo, algo en mi cuerpo se ha apagado, como si el dolor lo hubiera agotado.

Mientras caminamos por el largo pasillo de la mansión, puedo escuchar mis pasos en el suelo de mármol pulido. Mikhail va delante de mí, su figura imponente parece aún más intimidante a medida que avanzamos.

Al llegar al jardín, me recibe una visión deslumbrante. El sol del final de la tarde tiñe el cielo con tonos dorados, mientras una brisa suave hace que las hojas de los árboles dancen con un ritmo tranquilo. Dos mesas dispuestas al aire libre desprenden un aire de sofisticación. La piscina reluce bajo los rayos del sol, invitadora y tentadora, mientras que el jardín florido al otro lado exhala un perfume dulce. Una mezcla de rosas, jazmín y lavanda flota en el aire. ¿Cómo es posible que una casa tan bonita y bien cuidada pertenezca a alguien como Mikhail Ivanov? ¿Cuántas cosas terribles habrán ocurrido en este lugar tan hermoso?

Mikhail me conduce hasta una de las mesas, donde hay dispuestas sillas cómodas alrededor. Me indica que me siente, y lo hago. Lo veo hacer un pequeño gesto con la mano y uno de sus empleados se acerca.

— Tráeme un *bourbon* — dice, y luego me mira. — ¿Quieres algo?

Solo niego con la cabeza y veo al empleado asentir antes de salir de nuevo, dejándonos a solas.

— ¿Qué quieres saber? — pregunto, intentando agilizar la conversación que sé que tendremos.

— No te precipites, princesita — dice él con una sonrisa provocadora.

Mikhail lleva puesta solo una camisa y un chaleco negro, a juego con su cabello. Observo los detalles de su rostro que, ahora, incluso con esa seriedad, parecen más suaves de lo que suelo ver.

— No veo motivos para perder el tiempo.

— En eso tengo que estar de acuerdo, princesita — responde él, extendiendo su mano para coger la bebida que acaba de llegar. Toma un largo trago antes de continuar. — Entonces, dime, ¿qué familias podrían tener algo en contra de tu padre?

Abro los ojos de par en par, sorprendida por su pregunta.

— ¿Cómo dices?

— No creo que mi pregunta pueda ser más clara.

— No sé nada de eso, ni siquiera sabía del vínculo de mi padre con la mafia. Para mí, llevábamos una vida normal — respondo, intentando mantener la voz firme a pesar del creciente malestar que su pregunta me provoca.

Mikhail entrecierra los ojos, observándome durante un momento que parece alargarse indefinidamente. Su expresión se vuelve aún más seria, y siento cómo la presión aumenta a mi alrededor, como si algo mucho más grande que su penetrante mirada me estuviera aplastando.

— ¿De verdad crees que puedes convencerme de que no sabías nada sobre los negocios de tu padre?

— Mi padre está en el negocio hotelero, es lo único que sé.

Una risa ronca escapa de su garganta al oír mi respuesta, y finalmente vuelve a mirarme.

— ¿Negocio hotelero? ¿De dónde sacaste esa tontería, princesita?

— Somos dueños de los hoteles Luighton, ¿cómo puede ser una tontería? — replico, irritada.

— Esos hoteles fueron contruidos únicamente para lavar dinero, querida, y para... — Antes de continuar, decido que no vale la pena mencionar lo que más hace tu padre con esos hoteles, así que prosigo — Y los ingresos de esos hoteles no cubrirían ni un año en tu internado de monjas.

— ¿L-lavado... lavado de dinero?

— Y eso es lo menos reprochable que hace tu padre, pero no estamos aquí para hablar de eso. Puede que tu padre te haya mantenido en la oscuridad sobre sus negocios, pero eso no significa que no tengas alguna información útil — su voz es tranquila, pero lleva una amenaza implícita que hace que mi corazón se acelere aún más.

Respiro hondo, intentando mantener la compostura ante la intensidad de su mirada.

— Ya te he dicho que no sé nada — mi voz sale débil y quebrada.

— Claro que sabes, princesita. Es imposible que nunca hayas oído nada o que no sepas algo.

Su presión me está mareando, y las palabras de Mikhail son como golpes directos a mi ya revuelto estómago.

— Yo... yo no sé nada más, lo juro — mi voz se convierte en un susurro, mi visión empieza a nublarse por los bordes. El sudor frío comienza a acumularse en mi frente y mi respiración se vuelve superficial.

Mikhail se inclina hacia adelante, su rostro es ahora una máscara implacable de determinación.

— No te hagas la tonta, Olivia. Eres la clave de todo esto. Tu padre no revelaría sus secretos a cualquiera, pero a ti... podría haberte hecho una excepción.

Sus palabras suenan distantes mientras una oleada de náuseas me invade. Intento agarrarme a la mesa para mantenerme firme, pero todo gira a mi alrededor como si estuviera en

un carrusel descontrolado. Mis dedos resbalan por el mármol pulido, incapaces de encontrar algún apoyo.

— Yo... yo necesito... — mi voz se apaga mientras intento explicarme, pero es demasiado tarde. La oscuridad empieza a avanzar por los bordes de mi visión, engullendo todo a su paso. Intento resistir, intento luchar contra ella, pero mis fuerzas desaparecen rápidamente.

Y entonces, todo se apaga.

CAPÍTULO 12

Olivia

Cuando recobro el sentido, mi mente está nublada y mi cuerpo parece tan pesado como el plomo. Abro los ojos lentamente, parpadeando varias veces para disipar la niebla que envuelve mi visión. Estoy tumbada en la cama, en mi habitación de la mansión de Mikhail. Una sensación de impotencia me invade mientras intento entender lo que ha sucedido.

A mi lado, veo a un médico inclinado sobre mí, examinándome con seriedad. Mikhail está de pie junto a la cama, observando en silencio con los brazos cruzados.

— ¿Cómo te sientes, Olivia? — pregunta el médico, con una voz suave y profesional.

Intento articular una respuesta, pero tengo la garganta seca y mi voz sale débil y temblorosa.

— Yo... no lo sé. ¿Qué ha pasado? — Mi voz apenas es un susurro.

El médico hace algunas anotaciones en su bloc antes de responder. En mi brazo, una aguja está conectada a un tubo fino que se extiende hasta una bolsa transparente colgada en un soporte metálico.

— Has tenido un desmayo, y ahora estás recibiendo suero por vía intravenosa. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

— Desde que llegué aquí no he podido comer mucho por las náuseas. ¿Y mi bebé? ¿Está bien? — pregunto, ansiosa.

— No parece haber afectado al bebé, pero he tomado algunas muestras de sangre porque necesitamos hacer unos análisis. Esto podría deberse al estrés o al agotamiento relacionado con tu falta de alimentación.

— Dijiste que habías comido — gruñe Mikhail desde el otro lado de la habitación.

— ¡No dije eso!

— Lo dijiste antes de que saliéramos al jardín — replica él.

— ¡No lo dije! Te lo habrás imaginado — respondo, aún sin fuerzas, mientras lo veo entrecerrar los ojos.

— La enfermera Loren vendrá a retirar el suero cuando sea el momento adecuado. Por ahora, descansa — El médico termina su examen y se retira, dejándome sola con Mikhail.

Su voz rompe el tenso silencio que se ha instalado en la habitación.

— ¿Cómo te sientes? — pregunta.

— Mejor.

— ¿Qué solías comer en tu casa?

Respiro hondo, intentando pensar en la respuesta. Nunca he sido muy selectiva con la comida, ni siquiera después de quedarme embarazada. Quizá el estrés y el agotamiento realmente me estén afectando más de lo que quisiera.

— Tal vez un caldo de verduras trituradas me sentaría bien. Pero siempre que tenía náuseas, lo que siempre me abría el apetito era una manzana — digo.

Veo a Mikhail asentir y dirigirse hacia la puerta para salir de la habitación. Aunque parece el hombre más peligroso que he visto en mi vida, ahora está más calmado de lo habitual.

— ¿Por qué quieres saber sobre los enemigos de mi padre? — pregunto antes de que salga.

Él se gira y estudia mis expresiones, su mirada recorre cada rincón de mi rostro antes de responder, sin mostrar nada en su semblante.

— Porque necesito hacer que alguien pague por algo — responde con calma. — Y también porque necesito protegerte — dice de manera casi natural, como si su frase no fuera completamente contradictoria a todo lo que ha hecho hasta ahora. Pero algo me dice que, a pesar de que Mikhail Ivanov sea un hombre sin escrúpulos, no es un mentiroso.

— Una vez escuché a mi padre hablar de un hombre llamado Frederick Mout.

Veo cómo los ojos de Mikhail se iluminan al escuchar el nombre, casi como si acabara de descubrir algo extremadamente valioso.

— Te dije que serías útil, princesita.

— ¿Lo conoces?

— Lo suficiente como para saber que no podría tener ningún negocio con tu padre.

Antes de que pueda responder, lo oigo continuar.

— Alguien traerá el caldo que pediste y algunas manzanas.

Mikhail sale de la habitación sin despedirse. Me quedo tumbada, pensando en las palabras que acabamos de intercambiar. ¿Qué hará con esa información? Y lo peor, ¿por qué se la di tan fácilmente? Me pareció lo correcto en ese momento, pero en cuanto las palabras salieron de mi boca, ya no estaba tan segura.

No parece el tipo de hombre que pregunta antes de tomar medidas drásticas. ¿Y si Frederick es solo un socio, un amigo, o quizás un hombre común y corriente, y yo lo he puesto en peligro?

Oh, Dios, ¿qué he hecho?



Después de finalmente lograr comer y con el suero llegando a su fin, siento un leve alivio recorrer mi cuerpo.

La enfermera, que llegó poco después de la salida de Mikhail, empieza a retirar los accesos del suero con cuidado. Su expresión es amable, pero sus movimientos son precisos y profesionales.

— ¿Cómo te sientes ahora, querida? — pregunta, con un tono de voz que transmite preocupación genuina.

— Mucho mejor, gracias.

Mientras la enfermera termina de quitar los accesos, mi mente vuelve a divagar sobre lo que ocurrió hace unos momentos.

— ¿Cómo llegasteis tan rápido? Tú, el médico, y con todo el equipo para el suero y demás cosas.

La enfermera me mira y esboza una pequeña sonrisa antes de responderme. Abre su maletín y saca un tensiómetro, acercándose de nuevo.

— Voy a tomar tu presión, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza, aún esperando su respuesta, que no sé si llegará.

Coloca el tensiómetro alrededor de mi brazo y empieza a bombear aire mientras observa atentamente la pantalla.

— Vivo aquí y tenemos todo el equipo necesario para primeros auxilios e incluso pequeñas cirugías de emergencia — responde finalmente.

— ¿¡Qué?! — pregunto, exasperada, al ver que sonrío levemente.

— El señor Ivanov es un hombre que muchos calificarían de excesivamente precavido. Vivo aquí desde que me gradué en enfermería. Ivanov pagó todos mis estudios en la mejor universidad del país y hoy...

— Y hoy te obliga a pagarle trabajando como una esclava.

— De ninguna manera — responde rápidamente. — Gano al menos diez veces más que cualquier profesional de mi campo y vivo en un chalet construido dentro de la propiedad, donde tengo privacidad y comodidad.

La veo soltar el aire del tensiómetro y revisar los resultados en la pantalla. Su rostro permanece tranquilo mientras el mío debe estar completamente confundido.

— Tu presión está un poco baja, pero dentro de lo aceptable dadas las circunstancias.

— ¿Por qué Ivanov necesitaría una enfermera?

No me responde, parece que no ha oído lo que he dicho, o mejor dicho, finge no haberlo oído, mientras guarda el tensiómetro de nuevo en su maletín.

— ¿Y el médico? ¿Vive contigo? — pregunto.

— No, el Dr. Nikolai Volkov es un obstetra que el señor Ivanov trajo aquí en cuanto supo de su embarazo. Está viviendo cerca de aquí.

¿Para mí? ¿Trajo al médico por mí? Eso no tiene ningún sentido.

— ¿Por qué haría eso? — pregunto aturdida.

Ella simplemente se encoge de hombros mientras recoge el resto de los objetos y los coloca en una pequeña mesa móvil.

— Me pareces estable, señora. Voy a dejarte descansar, pero si necesitas algo, basta con que pulses el dispositivo que he dejado al lado de tu cama. — señala el mueble donde hay un pequeño aparato que parpadea con una luz roja.

Recoge los últimos objetos y los guarda cuidadosamente. Su rostro permanece sereno, pero detecto un brillo de compasión en sus ojos. Se dirige a la puerta, lista para salir de la habitación.

— Gracias — murmuro, con un tono que expresa una mezcla de gratitud y perplejidad.

Ella me mira de nuevo, con una suave sonrisa en los labios.

— Es mi trabajo, querida. Descansa ahora. Si necesitas algo, no dudes en llamarme.

Asiento ligeramente, observándola mientras se aleja y cierra la puerta tras de sí. El silencio de la habitación me envuelve, dejándome sola con mis pensamientos tumultuosos. La presencia del médico, la rapidez con que fueron movilizados... Y más que eso, ¿por qué haría todo esto por mí? ¡Esto parece surrealista! Y me hace pensar que debo ser realmente valiosa para él, que sin saberlo soy una ventaja que no puede permitirse perder, solo eso justificaría este cuidado exagerado por mi salud.

Mikhail Ivanov no es un hombre que haga nada sin obtener su propio beneficio, de eso estoy segura.

CAPÍTULO 13

Olivia

Han pasado ya cinco días desde que llegué aquí y casi estoy olvidando cómo es el mundo fuera de las paredes de esta habitación. No he tenido el valor de salir de aquí y ni siquiera sé bien qué esperar allá fuera. Me siento más segura entre estas cuatro paredes, que me proporcionan al menos un poco de privacidad.

Mikhail ha venido aquí solo una vez desde mi desmayo y casi no ha dicho nada, solo ha mirado los rincones de la habitación y me ha preguntado si me faltaba algo, y yo solo pude negar con la cabeza. Después de eso, se fue y es como si viviera sola, solo con la compañía del personal que viene a ofrecerme infinitas opciones de comida. Agradezco que mis náuseas hayan disminuido y que ahora pueda alimentarme de manera más normal.

Me levanto de la cama con dudas; mis pies descalzos tocan el suelo frío mientras cruzo la habitación lentamente, sintiendo el aire pesado de la soledad envolverme mientras me acerco a la puerta del baño. Dejo caer mi ropa al suelo mientras enciendo la ducha, dejando que el agua caliente envuelva mi cuerpo. Es un pequeño consuelo en medio de todo lo que está pasando.

Mientras el agua cae sobre mi piel, cierro los ojos e intento apartar los pensamientos intrusivos que insisten en invadir mi mente. Me siento vulnerable y perdida, pero también decidida a recuperar mi fuerza, aunque sea poco a poco.

Escucho un ruido sutil desde fuera de la habitación. Mis oídos se agudizan instantáneamente, el sonido sacándome de mi reclusión autoimpuesta. Permanezco inmóvil por un momento, intentando discernir si es solo mi mente jugando conmigo o si es algo real.

Entonces, antes de que pueda racionalizarlo completamente, la voz profunda de Mikhail corta el silencio, llamando mi nombre con una urgencia que me hace estremecer. Siento un escalofrío recorrer mi espalda, y mi corazón late más rápido en mi pecho. Apago el agua de la ducha y me quedo inmóvil, sin saber qué hacer.

— ¿Dónde estás? — le oigo llamar de nuevo, y luego oigo el sonido de la manilla de la puerta. Puedo sentir su presencia entrar en el baño, aunque la mampara de vidrio impide que lo vea completamente. Una oleada de vergüenza, desesperación y sentimientos indefinidos me invaden.

— ¿Estás ahí, princesita?

— Por favor, sal y déjame vestirme — digo en un susurro y recibo silencio a cambio. — Por favor — mi voz sale más débil de lo que me gustaría.

— No me hagas esperar — dice él, y puedo sentir cómo se aleja mientras mi respiración vuelve a la normalidad.

Abro la mampara con cuidado y lentamente, asegurándome de que ya no está en el ambiente. Salgo y miro alrededor, viendo solo el albornoz que traje antes de entrar en la ducha y las prendas húmedas que tiré al suelo, ahora bajo mis pies.

Con el corazón todavía acelerado, me apresuro a envolver el albornoz alrededor de mi cuerpo. El tejido suave me ofrece un poco de confort mientras intento ordenar mis pensamientos dispersos.

Miro las prendas húmedas esparcidas por el suelo del baño, preparándome para vestirme de nuevo. Desde luego, no quiero aparecer solo con el albornoz sin nada debajo en presencia de Mikhail, pero ni siquiera tengo la oportunidad cuando oigo que la puerta se abre de nuevo y él aparece.

— No tengo todo el día, princesa — dice con su tono grave mientras me observa.

Sus ojos recorren la abertura del albornoz, donde una de mis piernas está a la vista, y rápidamente trato de cubrirla, viendo una sonrisa maliciosa aparecer en su rostro.

— Vamos, ven — dice, tocando mi codo y llevándome fuera del baño.

— P-preciso cambiarme — digo con un hilo de voz.

— No, no lo necesitas — dice con firmeza.

Respiro hondo e intento al menos mantener cierta distancia de Mikhail yendo al otro lado de la habitación, pero él me sigue, acercándose peligrosamente.

— ¿Por qué huyes de mí, princesita? ¿Crees que he venido a devorarte?

— ¿Qué... qué has venido a hacer aquí?

— Eres mi esposa, he venido a reclamar lo que es mío por derecho.

Trago saliva, sintiéndome como una presa acorralada frente a un depredador. Cada movimiento que hace hacia mí parece resonar como un trueno en mis oídos, mientras retrocedo instintivamente hasta chocar contra la pared.

— Ya te he dicho que... — mi voz se quiebra. — ... ¡que no dormiré contigo! — exclamo, recuperando un tono firme.

Él esboza una sonrisa mientras examina los detalles de mi rostro. Veo su mirada recorrer mi cabello, ojos, nariz, boca y finalmente llegar a mis pechos, que están ligeramente expuestos por la abertura del albornoz.

— Esperé a que te recuperaras de tu desafortunado desmayo, pero ahora... por el color de tus mejillas y la fuerza en tu voz, puedo ver que ya estás mejor.

— Déjame en paz, te lo ruego — digo mientras cierro los ojos, como si eso pudiera hacerlo desaparecer.

Entonces siento sus manos en mi cabello. Su toque es suave, aunque firme. Baja sus manos por mi cuello hasta alcanzar la abertura del albornoz, separando el tejido y dejando mis pechos un poco más al descubierto. Su mano continúa acariciando el camino que recorre, y mi piel se eriza como si su toque fuera fuego. Siento su aliento cálido acercarse y sus labios tocar mi cuello, repartiendo besos lentos y cálidos por toda su superficie. Mi corazón late con fuerza en mi pecho cuando siento una de sus manos desatar el cinturón del albornoz y abrirlo, dejándome completamente expuesta.

Su cuerpo se presiona contra el mío y siento cada parte de mi piel disfrutar de su toque, aunque mi mente no quiera aceptarlo.

— P-por favor... — mi voz sale como un susurro, sin saber si realmente quisiera que fuera más alta o qué es lo que estoy pidiendo.

No parece escuchar mis palabras y lleva sus manos a mis hombros por dentro del albornoz, luego lo retira con calma, dejándolo caer al suelo y dejándome completamente desnuda

ante él. Solo en ese momento abro los ojos y puedo verlo mirarme. Sus ojos recorren mi cuerpo sin perderse ningún detalle.

Mi respiración se detiene y, por un momento, me permito mirarlo mientras veo sus ojos arder con lujuria al observarme.

— Qué buena estás — dice, y el calor que ya se acumulaba entre mis piernas se intensifica aún más.

No tengo tiempo de decir nada cuando siento sus manos en mi rostro y él toma mis labios en un beso salvaje y ardiente. Juega con mi lengua y domina el beso como si realmente fuera su posesión, como si supiera que no lo apartaría.

Y no lo aparto, por alguna razón no lo aparto.

Corta el beso y respiro agitada contra su rostro, y lo veo sonreír con malicia... ¿victorioso?

Mikhail vuelve a posar sus labios sobre mí, pero ahora está dando pequeños chupones en mi cuello mientras cada parte de mi cuerpo lucha por ceder al placer delicioso que me está dando. Su lengua llega a mis pezones, que están completamente duros por la excitación. Los lame y un pequeño gemido escapa de mis labios, que luchan por no dejarlo salir a raudales.

Una de sus manos sube, llegando a mi nuca, mientras la otra baja hasta mi vientre, dejando un rastro de calor con su toque hasta que sus dedos llegan entre mis piernas.

— Ya estás lista, completamente empapada por mí — susurra con voz grave, haciéndome estremecer.

Sus dedos comienzan a masajear el centro de mi placer, y esta vez no puedo evitar que pequeños gemidos escapen involuntariamente de mis labios. Él continúa con sus movimientos, y cierro los ojos, dejándome llevar por la ola de placer que recorre mi cuerpo. Mikhail me presiona aún más contra la pared mientras acelera sus movimientos y lame mis pechos con una intensidad triplicada.

Siento cómo su boca vuelve a deslizarse sobre la mía y él muerde la punta de mis labios, provocando una mezcla de sensaciones que no sabía que podían sentirse juntas: un poco de dolor y mucho placer.

— Mírame — ordena con voz grave. — Quiero que me mires mientras te hago disfrutar con mis dedos.

Le obedezco, abriendo los ojos lentamente y encontrando sus ojos intensos, llenos de lujuria, sobre mí. El calor domina aún más mi cuerpo mientras acelera sus movimientos, y siento sus dedos deslizarse sobre mi piel sensible y completamente húmeda. Aunque mi mente sigue intentando resistirse, todo mi cuerpo ya ha abandonado esa batalla y está completamente entregado a las sensaciones intensas y salvajes que recorren cada parte de mí.

No puedo apartar la vista de los ojos de Mikhail, que parecen sedientos y dominantes sobre mí, mientras él hace que todo mi cuerpo tiemble. Me siento fascinada por su mirada, por su olor, por su habilidad para hacerme casi desmayar frente a él.

Un gemido alto surge de mi garganta cuando empiezo a sentir sensaciones que nunca había experimentado antes, cuando todo mi cuerpo comienza a temblar y una explosión deliciosa se expande en cada célula de mi ser.

— Eso, princesita, disfruta bien para mí — susurra, mirando mis labios antes de lamer sus dedos. — Tu sabor es delicioso, princesita — añade con voz grave, haciendo que todo mi cuerpo tiemble.

Mikhail, sin previo aviso, vuelve a tomar mis labios en un beso ardiente, húmedo y delicioso. Dejo que mi lengua juegue con la suya, que sus dedos continúen acariciando los lugares más íntimos de mi cuerpo, permitiendo que se adueñe de mí mientras su boca me domina. Finalmente, dejo que mi mente se rinda, actuando completamente por instinto como si mi cuerpo fuera el único al mando.

— Solo te haré el amor cuando tú me lo pidas, princesita... no antes — susurra al separarse de mis labios y alejarse de mí. — Prepárate, a partir de mañana dormiremos en la misma habitación.

Mis ojos lo siguen mientras no consigo formular ninguna respuesta. Observo el bulto en su pantalón que parece a punto de estallar antes de que se dé la vuelta y cierre la puerta tras de sí.

Tan pronto como me doy cuenta de que estoy sola en mi habitación, dejo escapar una respiración profunda.

— ¿Qué... qué acaba de pasar? ¿Cómo permití que hiciera esto? Y lo peor, ¿por qué... por

qué, oh Dios, por qué quería que lo hiciera? ¡Esto no está bien, no puede estarlo!

Dejo que mi cuerpo se relaje mientras me siento en la cama, aún sintiendo espasmos y el pulso entre mis piernas, evidenciando lo que acaba de ocurrir. Nunca había sentido esto antes, ni siquiera cuando estuve con Claude, nunca... él nunca hizo...

¿Qué está pasando?

CAPÍTULO 14

Mikhail

Decido salir de la habitación lo antes posible antes de que mi deseo empiece a tomar el control sobre mi cabeza, antes de que eche todo por la borda y me lance a devorar a Olivia allí mismo. Desde que la vi, supe que acabaría bajo mí, gimiendo y pidiendo que la devorara entera. Me atraía todo de ella: la forma en que se movía, su mirada penetrante, su cuerpo voluptuoso, sus labios carnosos; todo en ella me sedujo.

Pero solo ahora, después de haberla probado mínimamente, me doy cuenta de lo deliciosa que es en realidad. Sus actitudes, cómo se entregó poco a poco a cada caricia que le di, me hacen pensar que el hombre que la embarazó no le dio ni un poco de placer.

El deseo que siento por ella no me resulta extraño; después de todo, es una mujer deliciosa, ¿qué hombre no desearía estar con ella? Pero lo que realmente me fascina es la forma en que la sentí, cómo se excitó, cómo probablemente me dejaría tomarla en ese momento. Parece completamente inexperta en los placeres de la vida.

Sin embargo, no puedo permitirme perder el foco, especialmente no por alguien como Olivia Gorbachev. Es una tentación, sin duda, pero no mezclo negocios con placer. Y Olivia está completamente del lado de los negocios.

Aunque no creo que ella tenga la menor idea del monstruo que es su padre, no pienso darle el mismo destino que a él. Le juré a mi padre que acabaría con los Gorbachev, pero no tengo intención de extender esa promesa a Olivia. A pesar de mi fama, sé aplicar castigo solo a quienes realmente lo merecen, y no es el caso de esta casi virgen embarazada que está en mi casa.

Ajusto mi corbata mientras salgo, arreglando mi traje con la precisión habitual. No soy el tipo de hombre que se deja llevar fácilmente, no importa lo tentadora que sea la carnada. Tengo un imperio que gestionar y un hombre que quiero eliminar, y nada ni nadie me distraerá de eso, ni siquiera el delicioso sabor de Olivia.

Al llegar a la oficina, ya estoy inmerso en los informes cuando Sergey entra, sacándome de mi concentración.

— Jefe, Alaric Gorbachev te ha llamado varias veces esta mañana y está en la línea nuevamente.

Mi mandíbula se tensa.

— Atenderé la llamada, gracias — digo, viéndolo asentir y retirarse.

Mientras Sergey se aleja, mi expresión se torna más sombría. Alaric Gorbachev. Solo mencionar su nombre es suficiente para encender la llama de la rabia dentro de mí. Es la razón por la que mi hermana ya no está en este mundo y aún posee algo valioso que robó a nuestra familia.

Lo que no entiendo es cómo mi padre pudo ser tan débil frente a ese maldito. ¿Por qué no tuvo fuerzas para destruirlo durante todos estos años? ¿Por qué?

Una cosa que disfrutaré... disfrutaré ver a Alaric humillado frente a mí. Sé muy bien por qué está llamando y será satisfactorio.

— Aún no he recibido tu regalo de boda, querido suegro — atiendo y escucho el silencio en la línea durante unos segundos.

— No he tenido noticias de la UMBRA, Ivanov — replica él.

— Tranquilo, querido suegro. Debes saber mejor que yo que la UMBRA tiene demasiados asuntos que atender.

— No te atrevas a traicionarme, Ivanov — vocifera él, y una sonrisa se dibuja en mis labios.

— ¿Y por qué lo haría? Después de todo, hicimos un trato. Yo me casaría con tu bella hija y, a cambio, te devolvería a la hermandad en todo tu esplendor.

Alaric guarda silencio por un momento, visiblemente incómodo con mi respuesta. La presión que ejerzo sobre él es palpable a través del teléfono. Sabe que no puede confrontarme abiertamente, no cuando está tan vulnerable.

— No he olvidado nuestro acuerdo, Ivanov — murmura finalmente, su voz cargada de

tensión. — Pero necesito pruebas y, más aún, que la UMBRA sea informada.

La sonrisa en mis labios se ensancha. Alaric está desesperado por recuperar lo que perdió hace tantos años, y yo tengo el poder de hacerlo realidad o de dejarle en la impotencia.

— No creo que sea prudente precipitarse, querido suegro — respondo, manteniendo mi voz suave pero cargada de autoridad. — No olvides que la prisa a menudo nos lleva a cometer errores. La paciencia es una virtud, recuérdalo.

Y antes de que pueda responder, pulso el botón y escucho el clic del teléfono al colgar. Dejo escapar una risa suave, saboreando el momento. Alaric puede intentar mantener las apariencias, pero sé que estoy firmemente en control de la situación.

Él está bajo mi dedo, y eso ni siquiera es el comienzo de mi venganza contra él. Antes de que se dé cuenta, le habré despojado de absolutamente todo, y esta vez no podrá arrastrarse y seguir escondido tras las cortinas ejerciendo su poder como ha hecho durante todos estos años.

Desde que mi hermana falleció, Alaric Gorbachev desapareció. Debido a la enemistad que tenía con mi padre, la UMBRA intervino. Le exiliaron, impidiéndole tener cualquier relación con la organización rusa, perdiendo así todos sus privilegios y una monumental fortuna. Aunque nunca nadie me lo confirmó, sé que los motivos de su exilio están relacionados con la muerte de Anastasia.

Alaric pensaba que, dado que aún no estaba al tanto de los asuntos de la familia, no sabía lo que había hecho. Pero lo sabía. Siempre conocí la magnitud de su traición y el dolor que causó a mi familia. Y ahora, años después, cree que puede simplemente regresar y recuperar lo que perdió. Con la muerte de mi padre y el paso del tiempo, el maldito pensó que todo podría ser olvidado y que podría volver.

No tardó en empezar a vender a su hija, la bella y protegida Olivia Gorbachev, que había pasado toda su vida encerrada en un colegio de monjas, vigilada como una joya rara, esperando el momento para servir a su padre. Participaba raramente en la sociedad, apareciendo solo en ocasiones en que su padre pudiera exhibirla como un caballo de pedigree.

Un matrimonio con las condiciones adecuadas podría salvar al viejo maldito. Sabía que una unión con una familia que fuera miembro de la UMBRA podría devolverle a su posición si su futuro yerno intercedía por él ante la organización.

La UMBRA es una organización secreta formada por individuos altamente habilidosos e intelectualmente astutos. Operan en las sombras, manteniendo un código ético y moral estricto. No forman parte de ninguna de las mafias, pero controlan todas. Quienes están en las mafias beneficiarias de la UMBRA disfrutan de privilegios, aunque deben seguir ciertas reglas.

La UMBRA es vista como la ley misma dentro de esas estructuras criminales, y aquellos que se atreven a desafiar su autoridad son eliminados sin vacilación. Mi familia siempre ha estado bajo las reglas de la UMBRA, y por eso mi padre no permitió que nos vengáramos de Alaric como debíamos. Pero ahora las cosas han cambiado; ahora soy yo el *Pakhan* de la familia y sigo las reglas que deseo seguir.

El maldito Alaric ni siquiera pensó cuando fui yo quien apareció dispuesto a aceptar sus condiciones. Ni siquiera quiso saber cuál sería la fecha de la boda, siempre y cuando se celebrara. Vendió a su hija sin ningún remordimiento ni preguntas; simplemente me la entregó a cambio de poder.

A cambio de las buenas gracias de la UMBRA y de disfrutar de sus beneficios, ni imagina que acaba de comenzar su final. No me apresuraré, simplemente disfrutaré del proceso hasta llegar a él.

CAPÍTULO 15

Olivia

Estoy distraída, mirando la vista desde la ventana de mi habitación como si fuera una prisionera deseando escapar. Aunque en realidad Mikhail nunca me ha obligado a permanecer aquí encerrada, no puedo ni siquiera imaginar la posibilidad de salir de estas cuatro paredes, especialmente después de todo lo que ocurrió esta mañana.

Escucho un leve golpeteo en la puerta y, solo por el toque suave, sé que no puede ser Mikhail. Él nunca sería tan delicado al llamar. De hecho, ni siquiera recuerdo una vez en que no entrara aquí como le diera la gana.

Marguerite, la ama de llaves, entra en la habitación con su habitual serenidad, sus pasos ligeros resonando en el silencioso cuarto. Su mirada es amable, como si supiera que necesito algún consuelo en este momento.

Su rostro muestra líneas de experiencia y sabiduría, como si escondiera secretos profundos tras su expresión serena.

Deja una caja sobre la cama y se vuelve hacia mí con una sonrisa tranquilizadora.

— Buenas tardes, señora Olivia. Espero que haya disfrutado del almuerzo. Pronto le traeré más manzanas — dice.

Asiento con la cabeza en respuesta.

— Todo estaba muy bien, gracias. Aún me quedan algunas de la comida, no será necesario traer más.

— ¡Fui yo misma quien cociné! Todo lo que sale de esta cocina pasa por mí. ¿Está segura? El señor Mikhail fue muy claro en que siempre debía traerle manzanas frescas.

Una punzada, o un sentimiento desconocido, brota diminuto en mi pecho al escuchar las palabras de Marguerite. ¿Mikhail se preocupa lo suficiente por mí como para pensar en las manzanas que mencioné?

— Estoy segura, Marguerite, muchas gracias — respiro profundamente y pienso en cambiar de tema. — Debe llevar muchos años trabajando aquí.

— Muchos años, señora. Incluso antes de que nacieran los niños.

— ¿Niños? ¿Mikhail tiene hermanos? — pregunto con curiosidad, dándome cuenta de que no sé nada del hombre con el que me casé.

— Una hermana menor y un hermano mayor — responde, y veo una expresión triste aparecer en su mirada. — El señor Grigory no viene mucho por aquí y no es muy cercano al jefe... y la dulce Anastasia, ella era la luz y la vida de esta casa.

Entrecierro los ojos.

— ¿Era?

— Falleció hace muchos años, ni siquiera llegó a la mayoría de edad.

Respiro hondo al sentir el impacto de la noticia.

— Lo siento mucho.

Marguerite solo suspira y asiente con la cabeza antes de dar unos pasos hacia la puerta.

— El señor Mikhail ha pedido que esté lista a las 19h, señora. Él vendrá a buscarla.

— ¿A buscarme? ¿Cómo que a buscarme?

Marguerite solo sacude la cabeza negativamente.

— No sabría decirle, eso es todo lo que él pidió que le transmitiera, junto con la caja que he dejado en su cama.

Mi mirada se dirige de nuevo hacia la caja y, poco después, escucho la voz de Marguerite despidiéndose y alejándose, dejándome sola de nuevo en la habitación. Trato de acercarme a la cama y, con manos ágiles, deshago el lazo de cinta y abro la tapa, revelando el contenido que

parece reclamar mi atención.

Un vestido rojo, deslumbrante en su intensidad, casi hipnotizante. Su escote profundo y sus líneas sinuosas sugieren una sensualidad que me resulta incómoda.

¿¡Este maldito cree que voy a ponerme esto!?

Con un suspiro resignado, saco el vestido de la caja, sintiendo la textura suave del tejido deslizarse entre mis dedos. La sensación es extraña; aunque sé que no lo voy a usar, es imposible no encontrarlo bonito. Es diferente a los vestidos que mi padre me obligaba a llevar; aunque este sea escotado y sensual, emana una elegancia y una sensualidad que no resultan vulgares.

Veo un billete en el fondo de la caja, lo cojo con una mezcla de aprensión y curiosidad. Es de Mikhail. Desdoble el papel con cuidado, mis manos tiemblan ligeramente. La caligrafía es elegante y masculina.

“Princesita, sé muy bien lo que estás pensando y probablemente tengas más de una queja al respecto, pero ahórrate el esfuerzo, a mí también. Ponte este vestido que compré pensando en las curvas deliciosas que adornan tu cuerpo. Prepárate para mí, porque hoy serás expuesta por primera vez como esposa del Pakhan, de la Bratva.”

Mi corazón se acelera al leer las palabras de Mikhail; una mezcla frenética de ira y excitación me recorre. ¿Cómo se atreve a tratarme así? ¿Cómo tiene la osadía de mandarme poner algo tan provocativo y exponerme de esta manera? Sin embargo, una parte de mí, una parte que detesto admitir que existe, se despierta con sus palabras. Su maldita forma petulante de hablar, incluso por escrito, hace que sienta mi cuerpo entero cálido, y el recuerdo de lo que hizo conmigo vuelve, dejándome nuevamente excitada.

¿Qué está pasando? ¿Soy algún tipo de maníaca? ¿Tengo tendencias masoquistas? Solo eso puede justificar estas emociones conflictivas dentro de mí.

Es como si supiera exactamente cómo provocarme, cómo despertar una chispa dentro de mí que yo misma desconocía. Me siento dividida entre el rechazo por su dominio sobre mí y una extraña atracción.

Suelto el billete y el vestido como si me quemaran las manos, una oleada de frustración y malestar me invade. No puedo ceder a él, no puedo permitir que me manipule de esta manera. No importa cuánto reaccione mi cuerpo a sus palabras, tengo que resistir.

Camino hacia el baño con pasos decididos, buscando una fuga temporal de esta realidad asfixiante. Enciendo el grifo, dejando que el agua fría corra sobre mis manos temblorosas. Siento el agua helada escurriéndose por mis brazos, erizando mi piel calentada. Elevo el rostro para dejar que el agua fresca salpique mi piel, cerrando los ojos para bloquear las imágenes turbulentas que insisten en atormentarme. Intento concentrarme solo en las sensaciones físicas, en el frío penetrante contra mi piel, en la presión reconfortante del agua contra mi cuerpo.

Claude viene a mi mente; recuerdo las promesas que hicimos juntos, recuerdo lo que él representaba en mi vida: calma y tranquilidad. ¿Dónde estará Claude ahora? Y, lo más importante, ¿cómo se sentiría si supiera lo que Mikhail ha hecho conmigo? ¿Y si supiera cuánto me ha gustado?

¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea!

No sé qué está pasando, solo sé que nada de esto me parece correcto, ¡nada!

¿A dónde planea llevarme Mikhail? ¿Quiere exhibirme como un trofeo? ¿Y ante quiénes? No sé nada sobre este mundo, ni siquiera sabía que formaba parte de él, y ahora estaré en medio de esas personas.

¿Qué haría Elora? ¿Cómo reaccionaría en esta situación?

¡Seguramente lo enfrentaría con valentía y plena confianza en sí misma! Respiro hondo y me miro en el espejo, observando bien mis ojos antes de pronunciar en voz alta las palabras:

— ¡Lo conseguiré, nada de esto me derribará!

CAPÍTULO 16

Olivia

Encaro mi reflejo en el espejo, mis ojos buscando alguna chispa de coraje para enfrentar lo que está por venir. El vestido rojo se ajusta a mi cuerpo de una manera que nunca imaginé posible. Cada curva, cada línea, parece una provocación silenciosa, una manifestación del control que Mikhail ejerce sobre mí.

Me siento como una muñeca frágil a punto de ser exhibida al mundo, un objeto en manos de alguien que decide mi destino sin siquiera consultarme. Pero, incluso ante esta abrumadora sensación de impotencia, algo dentro de mí se levanta, una tenue llama de determinación que se niega a apagarse.

Levanto el mentón, enfrentando mi reflejo con una determinación feroz.

— Eres más fuerte que esto, Olivia. No dejes que él te domine — susurro a mi reflejo, tratando de convencerme a mí misma más que a nada.

En ese momento, Marguerite, la ama de llaves, aparece en la puerta del dormitorio, su presencia trayendo una oleada de realidad al torbellino de pensamientos que me consume.

— ¿Está lista, señora? — pregunta ella, con su voz serena.

Miro a Marguerite y me esfuerzo por ofrecerle una sonrisa, aunque frágil.

— Sí — digo con un hilo de voz.

Me siento segura cuando ella está cerca, como si fuera la única presencia tranquila en esta casa.

— Entonces vamos, el jefe te espera abajo.

Asiento, tratando de parecer más confiada de lo que realmente me siento, y me dirijo

hacia la puerta. Cada paso parece pesado, como si estuviera cargando no solo el peso del vestido, sino también el peso de todas las incertidumbres que me rodean.

Marguerite me acompaña por el silencioso pasillo, su paso firme contrastando con mi vacilación. Mientras caminamos, trato de concentrarme en mantener mi respiración bajo control, pero es difícil cuando cada latido de mi corazón parece resonar en el pasillo vacío.

Llegamos a las imponentes escaleras que llevan a la planta baja, y me agarro del pasamanos mientras bajo los peldaños. El brillo de los candelabros de cristal sobre mí parece deslumbrante, pero también intimidante, como si fueran un enorme foco sobre mi cabeza.

Es entonces cuando veo a Mikhail.

Él está parado al final de la escalera como una figura poderosa e intimidante. Su cabello negro cae en cascada sobre sus hombros, contrastando con la palidez de su piel. Su rostro es completamente perfecto, esculpido como el de un ángel de la muerte, con rasgos afilados y ojos profundos que parecen penetrar en mi alma. Solo mirarlo hace que mi rostro y cuerpo se calienten sin que yo los controle, sin que pueda manejar mis reacciones al ver a Mikhail.

Él está vestido impecablemente con un esmoquin negro, que parece hecho a medida para resaltar su figura alta y poderosa. Cada movimiento es calculado, cada gesto cargado con una aura sombría que me hace estremecer por dentro.

Es difícil apartar la mirada de él, incluso si quisiera. Su presencia ejerce una fuerza magnética sobre mí, una mezcla hipnótica de peligro y fascinación que me deja casi sin aliento. Mikhail sonríe cuando nuestras miradas se cruzan, una sonrisa que parece más una promesa de peligro que cualquier otra cosa.

— Estás preciosa, princesita — dice al tocar mi mano y besarla.

Siento sus labios en mi mano y tengo la necesidad de cerrar los ojos por la intensidad de las sensaciones que provoca su simple toque. Su aroma invade mis sentidos, su calor y su presencia me envuelven como si no tuviera ninguna posibilidad de resistirle.

Mikhail coloca mi brazo alrededor del suyo y, sin decir una palabra más, nos dirige hasta el coche que ya nos espera a la entrada de la casa.

En el coche, intento concentrarme en las calles que pasan por la ventana, pero es imposible no desviar la mirada mínimamente hacia él. Debe ser el hombre más guapo, elegante y

magnético que he visto. Me gustaría no notar eso, me gustaría no sentirme atraída por él, pero es inútil.

¡Recuerda lo que hizo! ¡Recuerda que estaba dispuesto a matar a Claude! ¡Recuerda que hay un hombre cruel bajo esta fachada completamente atractiva!

— ¿De qué trata este evento? — pregunto, rompiendo el silencio que ha reinado en el coche.

— Se trata de un baile benéfico.

Mis ojos se abren en sorpresa y puedo ver una media sonrisa aparecer en su rostro.

— Imagino lo que estarás pensando, princesita. Y debes saber que hombres como yo, al igual que cualquier empresario, necesitan participar en eventos benéficos y estar en estos círculos, aunque los odie.

— Pensé que era un evento para... personas como tú.

Él sonríe al tocarse ligeramente el mentón y acercarse peligrosamente a mí.

— ¿Y cómo son las personas como yo?

Contengo la respiración ante su pregunta y trato de desviar la mirada de la suya.

— No sé... pero no era eso lo que imaginaba — respondo finalmente.

— Ya lo he dicho antes y lo repetiré, princesita. Nada te ocurrirá, nadie se atreverá a tocar ni un solo pelo tuyo, no importa adónde vayas, así que intenta relajarte y disfrutar de la noche.

A pesar de la tensión que recorre cada célula de mi cuerpo en presencia de Mikhail, sus palabras tienen un efecto extraño sobre mí. Una sensación de seguridad, paradójicamente reconfortante y perturbadora, parece infiltrarse en mi mente.

Todos mis sentimientos parecen completamente descontrolados. ¿Será por el embarazo? ¿Es por eso que me siento así con Mikhail? Amo a Claude... siempre amaré a Claude. Él es el padre de mi hijo, es un hombre bueno, es un hombre que debe estar destrozado por nuestra separación, lo amo, solo a él. Debe haber alguna razón para que estos sentimientos completamente contradictorios estén surgiendo en mí.

¡Tiene que haberla, tiene que haberla!

Mientras el coche avanza por las calles iluminadas de la ciudad, intento mantener mi mente enfocada en las luces y los edificios por los que pasamos, sin permitir que mi mente divague hacia lugares que preferiría evitar.

Finalmente, el coche se detiene y veo a Mikhail salir con elegancia, desapareciendo de vista por un momento. Siento la ansiedad aflorar en mi cuerpo mientras espero que vuelva para abrir mi puerta. La puerta se abre y él extiende la mano hacia mí con un gesto elegante e imponente.

Acepto su mano y salgo del coche, sintiéndome vulnerable bajo las miradas curiosas de los otros invitados que ya han llegado.

De nuevo, la voz de Elora resuena en mi mente. Trato de levantar la cabeza, respirar hondo y parecer todo menos vulnerable ante cada una de estas personas. No sé qué me espera al entrar en este lugar, y mucho menos qué desafíos me encontraré, así que es conveniente que mantenga la cabeza bien alta.

CAPÍTULO 17

Olivia

Las luces del lugar del evento brillan a lo lejos, y la música suave flota en el aire, creando un ambiente de elegancia.

Mikhail me guía por el camino hasta la entrada, su toque firme en mi cintura me transmite una extraña sensación de protección mezclada con una dosis de peligro latente. Cada paso parece pesar más que el anterior, como si mis pies empezaran a sentir el peso del plomo.

Al entrar en el salón, una oleada de murmullos y miradas furtivas nos envuelve. Las personas se apartan para dejarnos pasar, y siento sus ojos curiosos sobre nosotros. No puedo evitar la sensación de que estoy siendo observada, analizada, como si fuera un objeto en una subasta.

— ¿Por qué me miran? — pregunto, incómoda.

— Porque eres la mujer más deliciosa y deslumbrante de este lugar — susurra en mi oído, provocándome un escalofrío—. Y están locos de envidia, sabiendo que seré yo quien te devore después de la fiesta.

Contengo la respiración con sus palabras y siento que mis mejillas se sonrojan casi de inmediato. Sus palabras son completamente explícitas y, aunque me incomodan, también me hacen sentir el cuerpo ardiendo. Por más que intento resistirme, una parte de mí sigue sintiéndose atraída por él, por su presencia dominante y por la promesa implícita de peligro y deseo.

— ¿Ves a ese viejo allí? — Mikhail señala hacia el otro lado del salón.

Miro hacia donde Mikhail apunta y me encuentro con un hombre mayor, de semblante austero y una expresión endurecida por la amargura. Sus ojos están fijos en mí, sin intentar disimular el interés depredador que transmite su mirada. Es como si me estuviera devorando con la mirada.

Lo recuerdo perfectamente, es el mismo viejo repugnante al que mi padre me presentó hace algunos años, en la misma fiesta donde estaba Mikhail.

— ¿Qué pasa con él? — pregunto, curiosa.

Mikhail levanta ligeramente la mano en señal de saludo hacia el hombre, que responde al gesto sin mucha emoción.

— Estarías casada con él si no fuera por mí.

— ¿Qué?! — pregunto más alto de lo que debería—. ¿De qué estás hablando?

— Tranquila, princesita, no hace falta que te alteres tanto.

— ¡Explícame ahora mismo lo que acabas de decir!

Mikhail no responde de inmediato; en lugar de eso, me envuelve aún más en sus brazos, sus ojos se encuentran con los míos, y hay una intensidad en su mirada que me obliga a apartar la vista.

— ¿Qué te parece un baile? — sugiere con una sonrisa que parece esconder un secreto.

Antes de que pueda responder, sus manos me conducen al centro del salón.

— Vamos a darle un espectáculo al viejo — susurra en mi oído.

Me resisto levemente contra su cuerpo, pero es inútil. Es más fuerte y hábil que yo, y cuando me doy cuenta, ya estoy en medio de la pista con una de sus manos en mi cintura y la otra sujetando firmemente la mía.

— Es solo un baile, relájate — murmura.

La música empieza a llenar el salón, una melodía lenta y envolvente que parece entrelazarse con el aire a nuestro alrededor. Mikhail me guía con destreza; sus movimientos son firmes y seguros, mientras los míos son más vacilantes, siguiendo su ritmo, y agradezco mentalmente que no seamos los únicos bailando. Miro a mi alrededor y veo que varias parejas están en la misma situación, simplemente disfrutando de la música de los violines de fondo.

— ¿Qué quisiste decir con eso de que podría estar casada con ese hombre? — pregunto de nuevo.

— Era con él con quien tu padre estaba negociando tu matrimonio, princesita — dice despreocupadamente.

— ¡Estás mintiendo! — grito.

— ¿Y por qué iba a hacerlo?

— ¡Porque eres un monstruo! Es lo que haces: mientes... engañas, abusas...

— ¿Estás intentando decir que abusé de ti? — pregunta, y veo un brillo peligroso en sus ojos.

— N-no... — respondo, titubeante.

Puedo sentir vergüenza por lo que ocurrió en la habitación, pero no puedo echarle toda la culpa a él. Me gustó, lo quería, y Dios sabe qué más le habría dejado hacer si él mismo no lo hubiera detenido.

— Eres libre de creer o no en mis palabras — responde finalmente.

— ¡Mi padre me ama! Nunca me haría casarme con ese hombre repugnante.

Mikhail no responde a mis palabras; simplemente sigue guiándome, moviéndose con una fluidez hipnotizante que me deja completamente atrapada. Su toque es firme y posesivo; sus manos recorren mi cintura con una destreza que hace que mi cuerpo se estremezca involuntariamente. La música parece llenar todo el espacio a nuestro alrededor, haciendo que mi atención se centre solo en él.

Cada uno de sus movimientos está calculado para provocarme, para despertar sensaciones que intento desesperadamente ignorar. Sus ojos verdes oscuros me capturan, como si pudieran leer mis pensamientos más íntimos, y una sutil sonrisa juega en sus labios, como si supiera exactamente el efecto que está causando en mí.

— ¡Respóndeme! — digo, intentando desviar mis pensamientos.

— Si no hubiera interferido en la transacción, y si el hijo del viejo no lo odiara tanto, probablemente estarías con él ahora.

Una expresión de disgusto aparece en mi rostro, y sé que no pude disimularla.

— Estar conmigo no parece tan malo ahora, ¿verdad?

— ¿Por qué? Incluso si esto fuera verdad, ¿qué ganas casándote conmigo? ¿Por qué interferiste en la transacción?

— Eso lo descubrirás tú sola, princesita.

Me ignora de nuevo y parece estar lo suficientemente cómodo como para no disimular que no tiene intención de continuar la conversación, que aparentemente ha dado por terminada. Al contrario, sigue con sus movimientos, continúa guiándome mientras sus manos recorren mi cuerpo, haciendo que me esfuerce por no dejar que de nuevo mi carne tome el control.

Siento su cuerpo cada vez más cerca del mío, y una corriente eléctrica parece recorrer mi piel allí donde nuestros cuerpos se tocan. Sus ojos, fijos en los míos, tienen un brillo ardiente, como si estuvieran incendiando mi alma solo con su mirada.

Las manos firmes de Mikhail se detienen en mi cintura y la aprietan a medida que la música empieza a llegar a su fin; una de ellas se mueve despacio por las curvas de mi cuerpo hasta llegar a mi rostro. Aparto la mirada para no mirarle, pero él me sujeta el mentón, obligándome a mirarle de nuevo.

— Mírame, princesita. ¿Sientes tanta repulsión por mí que ni siquiera puedes mirarme?

Su respiración cálida está contra mi rostro, el aliento fresco, el perfume que emana de su piel, la tensión que provoca en mis músculos y su toque me dejan paralizada.

No siento repulsión, siento muchas cosas, pero ninguna de ellas es repulsión...

— Y-yo... necesito tomar aire — digo, separando mi cuerpo del de Mikhail y alejándome con pasos rápidos.

Salgo del salón, cruzando la multitud con pasos rápidos, pero no tan apresurados como para llamar la atención. Siento que mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas y acelero aún más el paso.

No puedo llorar, no debo llorar.

Llego a la salida y atravieso el amplio jardín del lugar; las luces suaves iluminan los senderos de piedra mientras me alejo cada vez más y el sonido de la fiesta se desvanece, dando

paso a la tranquilidad de los grillos y el viento que agita las hojas de los árboles a mi alrededor.

Respiro profundamente el aire nocturno, dejando que las lágrimas que había contenido caigan finalmente por mi rostro. Toco mi vientre y siento que las lágrimas se intensifican aún más.

Debería estar con Claude, deberíamos estar juntos. Eso es lo correcto.

Perdida en mis pensamientos tumultuosos, apenas me doy cuenta de la cercanía de alguien hasta que escucho una voz que rompe el silencio de la noche.

— ¿Estás perdida, *ragazza*? — la voz baja y cansada provoca un escalofrío incómodo en todo mi cuerpo antes de que me gire para ver de quién se trata.

— Ivanov debería cuidarte mejor, no debería dejarte sola así — continúa.

Doy unos pasos hacia atrás a medida que él se aproxima más.

— Déjame presentarme, soy Lombardi Falcone.

Respiro hondo, reuniendo fuerzas.

— Salí a tomar aire, pero ya me siento mejor. Con su permiso — digo, preparándome para marcharme, cuando siento que me agarra del brazo, impidiéndome.

— ¿Qué estás haciendo? — exclamo.

— Tienes mucha prisa, vamos a conocernos un poco.

— Por favor, suéltame — mi voz suena firme, aunque estoy aterrorizada.

— ¿Sabías que ibas a casarte conmigo? Estaba contando los días para poner mis manos sobre ti — dice, y siento cómo mi cuerpo se llena de asco.

— ¡Te he dicho que me sueltes! — grito, esforzándome por liberarme de su agarre, que empieza a hacerme daño.

— ¡Mira, tiene garras! Me gusta así.

— Suéltame, por favor, o gritaré.

Mi respiración comienza a acelerarse, y siento cuando ese malnacido intenta abrazarme a la fuerza. Aunque me debato, sigo sintiendo cómo se me echa encima.

— Grita si quieres, nadie te escuchará a esta distancia.

Mi corazón late con fuerza, como si fuera a salirse del pecho, y empiezo a gritar, temiendo que mi voz no sea lo suficientemente fuerte, hasta que lo escucho.

— Solo hace falta que una persona te oiga. — Escucho la voz calmada y mortal de Mikhail.

Mis ojos se encuentran con los suyos, y puedo ver su arma apuntando a la nuca del maldito Lombardi Falcone, quien levanta las manos, soltándose, y se gira lentamente para encarar a Mikhail.

Todo mi cuerpo se inunda de un alivio casi instantáneo al ver a Mikhail, al ver que está aquí, al ver que va a salvarme.

CAPÍTULO 18

Olivia

Mi corazón parece que podría salirse de mi pecho en cualquier momento mientras observo a Mikhail apuntando con la pistola a la cabeza de Falcone.

— Baja esa arma, Ivanov. No querrás hacer nada de lo que luego te arrepientas — la voz de Falcone suena intimidada.

Mikhail hace un gesto con la cabeza, indicándome que me acerque a él. Mi cuerpo, tenso y tembloroso, obedece instintivamente. Avanzo lentamente, manteniendo los ojos fijos en Lombardi Falcone, cuyo semblante ahora muestra una mezcla de ira y miedo.

— No me arrepiento de nada de lo que hago, Falcone, y tú, más que nadie, deberías saberlo — la voz de Mikhail es tranquila, pero lleva un tono amenazante que no deja lugar a dudas.

Lombardi parece considerar la situación por un momento, sus ojos alternando entre Mikhail y yo.

— Si me tocas un solo pelo, todos los asociados de UMBRA irán tras vosotros. Será una guerra — dice finalmente.

Mikhail mantiene su pistola firmemente apuntada a Lombardi, sin bajar la guardia ni por un instante. Sus ojos están fijos en el otro hombre, evaluando cada movimiento, cada expresión. Una sonrisa cínica, la típica sonrisa cínica de Mikhail, aparece en su rostro tras escuchar las palabras de Falcone.

— No le tengo miedo a la guerra, así que te sugiero que me des un motivo mejor para no volarte la cabeza ahora mismo.

Mikhail se acerca a Lombardi, presionando la pistola contra su frente. Es posible ver cómo el sudor empieza a deslizarse por su rostro y cómo su respiración se entrecorta por la

aprensión.

— Estás loco, Mikhail. Tu padre no era así, vas a llevar a todos a la ruina.

Mikhail sonríe, una sonrisa que no llega a sus ojos.

— Pronto descubrirás que no soy como mi padre.

— Ella no es más que una fulana que su padre estaba vendiendo al mejor postor. Y ambos sabemos que solo estás con ella por motivos políticos, así que baja esa arma y vamos a tomar un buen bourbon.

El silencio pesa en el aire por un instante, mientras el sonido de mi propio corazón martillea en mis oídos. Apenas puedo respirar, escuchando solo las palabras intercambiadas entre Mikhail y Lombardi. Todo parece congelarse cuando percibo un movimiento rápido, el estampido ensordecedor y el grito estridente que rompe el silencio. Instintivamente, cierro los ojos, pero aún puedo escuchar el eco del disparo resonando en mi mente.

Abro los ojos lentamente, con reticencia a enfrentar la realidad que se ha desplegado ante mí. Veo a Lombardi retorciéndose de dolor, mientras Mikhail mantiene su postura firme, como si aquello no fuera más que otro día común en su vida.

— Siéntete afortunado de seguir viviendo unos días más de esa vida insignificante que tienes — dice Mikhail, y pronto siento su mano sujetando firmemente mis brazos.

— ¡Vamos!

Siento un escalofrío recorrerme la columna, una mezcla de conmoción y horror. Mikhail ha actuado con una frialdad que me eriza hasta los huesos, su determinación afilada como una cuchilla.

Mikhail me guía hasta el coche, su mano aún firme en mi brazo, mientras yo me esfuerzo por procesar lo que acaba de suceder. Mis piernas tiemblan, y siento como si estuviera en trance, desconectada de la realidad que me rodea. Él abre la puerta del coche para mí, y entro sin decir una palabra, con la mirada aún fija en la figura retorcida de Lombardi en el suelo.

La puerta del coche está abierta y Mikhail se agacha para quedar a la altura de mis ojos. Siento sus manos tocarme el rostro.

— ¿Estás bien? — Su voz suena preocupada, pero hay una firmeza subyacente que me reconforta.

Asiento con la cabeza, incapaz de articular palabra alguna. Mis piernas tiemblan y mi corazón sigue acelerado, pero estar al lado de Mikhail me da una sensación de seguridad que nunca había experimentado en toda mi vida.

—Sergey, prepárate para que nos vayamos —ordena al hombre que está junto al coche, quien asiente sin más.

—¿Qué demonios has hecho, Ivanov? —resuena detrás de nosotros una voz grave con un fuerte acento italiano.

Mikhail se gira para encararse con el hombre que acaba de gritarle, manteniendo una calma desconcertante.

—Ponle una correa a tu padre, Vito —dice entre dientes—. O consideraré terminado nuestro tratado de paz.

—No seas idiota, Ivanov. Mi padre es un troglodita, el acuerdo es conmigo, no con él.

—Ya te lo dije, mantén al viejo bajo control hasta que tomes las riendas de tu organización. Si se atreve a cruzarse en mi camino otra vez, le pasará algo mucho peor que una herida en el pie.

El hombre frente a él se ajusta el traje y asiente a las palabras de Mikhail. Debe ser Vito Falcone, el hijo del cabrón al que Mikhail acaba de herir, y por lo que entiendo, tienen algún tipo de acuerdo entre ellos, lo que me lleva a creer que él también es un mafioso. Parece extremadamente educado, y jamás habría pensado que pudiera hacer algo ilegal. Pero las apariencias engañan. Mikhail entra en el coche y cierra la puerta, dándole la orden a Sergey de llevarnos a casa.

Nadie dijo una palabra dentro del coche hasta que volvimos a la mansión de Ivanov. Al cruzar la puerta, siento el impulso de preguntarle a Mikhail sobre lo que pasó, sobre el hombre al que hirió con tanta frialdad. Pero las palabras se me atragantan en la garganta, incapaces de romper el silencio que nos envuelve.

—¿Haces esto siempre? ¿Es esto lo que haces? ¿Disparas a la gente? —mi voz suena temblorosa, cargada de incredulidad y un toque de miedo.

Él se detiene un momento, girándose hacia mí con una expresión seria.

—Tocó algo que es mío, y eso es imperdonable.

—¡No soy tuya! —grito.

Mikhail me mira, y sus ojos tienen un brillo casi diabólico. Se acerca, tan cerca que puedo sentir su ropa rozando la mía. Su mano alcanza mi pelo, apartando un mechón a un lado antes de decir:

—Cada parte de ti, cada pensamiento, cada deseo, cada excitación... ya me pertenecen, princesita. —Se acerca un poco más, y siento su barba rozar mi rostro. Instintivamente, cierro los ojos—. Y no puedes hacer nada para evitarlo. Ya estoy dentro de ti.

Aprieto los ojos al sentir su boca rozando la mía, el calor, su aliento, su olor, es todo tan delicioso, tan irresistible. Él roza su boca con la mía, y siento cómo cada parte de mi cuerpo lo aprueba, cada parte lo desea.

Mikhail juega con mis labios, dándome pequeños besos húmedos, seguidos de su respiración cálida contra mí. No inicia un beso largo, simplemente sigue besando y alejándose, dejándome cada vez más aturdida, casi suplicando por más.

Sonríe.

Sonríe contra mi boca al sentir mis reacciones hacia él.

No puedo evitarlo, no puedo disimular cuánto le gusta mi cuerpo al suyo.

Mikhail entonces inicia un beso lento, y siento sus manos dominar mi cuerpo, llevándome contra la pared y presionándome contra ella. Su mano recorre mis brazos y me hace levantarlos, dándole así libre acceso a mi cuerpo. Dibuja la forma de mis curvas hasta detenerse en mis pechos y los aprieta con fuerza mientras intensifica el beso, dejando escapar un suspiro alto de placer.

Mikhail separa nuestros labios, y siento cómo todo mi cuerpo protesta. Abro los ojos lentamente y puedo verlo frente a mí con una media sonrisa dibujada en sus labios.

—Dices una cosa mientras tu cuerpo y tus besos dicen otra, princesita —dice, pasando su pulgar por mis labios y deslizándolo lentamente—. Eres mía.

Susurra, dándome otro beso húmedo, sellando nuestros labios, mostrando cuánto poder tiene sobre mí, y luego se aleja tranquilamente de mi campo de visión, dejándome completamente aturdida con absolutamente todo lo que acaba de hacer.

CAPÍTULO 19

Olivia

Mi boca sigue impregnada del sabor de Mikhail.

Un sabor delicioso, un sabor adictivo, un sabor que me hace dudar de absolutamente todo lo que he conocido. Siento la electricidad que provoca en mí dominar mis sentidos, como si mi carne, mi piel, me traicionaran cuando estoy cerca de él.

Permanezco quieta en la misma posición, mirando el camino por donde se fue. Aspiro todo el aire que puedo para llenar mis pulmones y decido que no es así como quiero vivir, no de esta manera, dejando que haga lo que quiera, cuando quiera conmigo.

Respiro hondo, llenando mis pulmones de determinación mientras me dirijo al despacho de Mikhail. Cada paso que doy es firme, cargado con la decisión de enfrentarlo, de finalmente poner fin a esa sensación abrumadora que despierta en mí, y de establecer límites claros en nuestro falso matrimonio.

Al entrar en el despacho, sin siquiera llamar a la puerta, encuentro a Mikhail sentado detrás de su escritorio, su expresión serena contrastando con la tormenta que llevo dentro. Levanta la vista para encontrarse con la mía, y por un momento, veo un destello de sorpresa en su rostro antes de que recupere su compostura habitual.

—Parece que no te enseñaron muy buenos modales en ese colegio de monjas, princesita.

—¡No puedes seguir haciendo esto! —grito.

Observo a Mikhail levantarse con calma y acomodarse frente a su escritorio, recostándose en él.

—Sé más específica, ¿qué es lo que no puedo seguir haciendo? —dice cruzando los brazos y esbozando una sonrisa... una maldita sonrisa que lo hace aún más atractivo.

—¡Esto! —digo, un poco aturdida—. Besarme, tocarme... hacer esas cosas. —Finalmente

logro decir.

Mikhail da unos pasos hacia mí, mirándome con una intensidad que me obliga a desviar la mirada. Se acerca lentamente, su presencia llenando el espacio entre nosotros como una tormenta inminente. Su respiración cálida, cada vez más cerca, acaricia mi piel y envía escalofríos por todo mi cuerpo. Cada centímetro que avanza parece amplificar la electricidad en el aire, y me veo incapaz de retroceder, aunque mi parte racional esté gritando que huya.

Cierra la puerta tras de mí con un movimiento suave, manteniendo sus ojos fijos en los míos, como si estuviera leyendo cada pensamiento turbulento que pasa por mi mente. Su sonrisa, ahora tan cercana, es una peligrosa mezcla de confianza y deseo, desafiándome a resistir.

—¿Y si te digo que no quiero parar? —Su voz es un susurro, pero resuena como un trueno en la sala silenciosa.

Trago saliva, tratando de encontrar mi voz, pero parece haber desaparecido, dejándome vulnerable a su cercanía. Mikhail levanta una mano, trazando el contorno de mi rostro con los dedos, enviando ondas de calor a través de mí.

—Lo sientes, ¿verdad? —Susurra, su aliento acariciando mi piel—. Sientes esta conexión entre nosotros, este deseo salvaje que arde en ambos y que te resulta demasiado difícil resistir, ¿verdad?

Niego levemente con la cabeza a sus palabras, pero mi cuerpo traiciona mis pensamientos, inclinándose ligeramente hacia él, buscando más de ese contacto prohibido.

—Nuestro matrimonio no es más que una farsa, Mikhail —murmuro, mis palabras apenas audibles frente a la tormenta de sensaciones.

Él sonríe, sus ojos brillando con un hambre depredadora que me deja sin aliento.

—Solo porque tú lo has decidido... —susurra en mi oído, y cierro los ojos solo para sentir cada una de las sensaciones que provoca en mí.

— Pero... — empiezo a decir antes de ser interrumpida.

— Relájate, princesita —continúa mientras acaricia mis brazos desprotegidos—. No estamos haciendo nada malo —sigue susurrando—. Déjame mostrarte cómo debe un hombre poseer a una mujer.

Solo imaginarme siendo de Mikhail hace que todo mi cuerpo tiemble de deseo por él. Siento cómo sus dedos se enredan en mi cabello, tirando suavemente de mi rostro para que le mire. Una parte de mí clama por distancia, por cordura, pero otra, más primitiva e insaciable, anhela su cercanía.

— Déjame hacerte mía, de verdad —susurra, rozando sus labios con los míos, y no puedo evitar jadear contra él.

Vuelve a mirarme con una expresión de hambre depredadora, como si estuviera dispuesto a devorarme entera, y una parte de mí lo desea, lo quiere más de lo que puedo racionalizar, quiere ser consumida por el calor salvaje de su tacto.

Mikhail sonríe y baja sus labios hasta mi cuello, repartiendo pequeños besos húmedos que dejan un rastro de calor por donde pasan. Su toque es pura electricidad, enviando oleadas de placer a través de mí, despertando un hambre que apenas sabía que existía.

Me siento al borde del precipicio.

Hay una parte de mí que grita para que me resista, para no ceder a esta tentación que se presenta ante mí. Mi mente implora racionalidad, frenos que eviten este deslizamiento hacia el abismo del deseo prohibido. Pero, aun así, algo dentro de mí se rinde al magnetismo de Mikhail, a la ardiente promesa de placer que susurra en mi oído.

Cada caricia, cada palabra susurrada, parece erosionar aún más mis defensas, dejándome expuesta a la voracidad de este hombre que despierta en mí un hambre insaciable, una hambre que nunca antes había sentido... una hambre casi animal.

Mi piel arde donde sus labios tocan, mi respiración se vuelve irregular bajo el hechizo de su presencia. Cada fibra de mi ser clama por más, por una entrega total a esta lujuria que nos consume.

Y aunque mi mente sigue pidiendo resistencia, mi cuerpo se inclina hacia él, buscando más de esa conexión prohibida, de ese éxtasis que promete consumirnos por completo.

Finalmente, me rindo y me entrego.

Me entrego a la tentación, a la promesa de placer que él ofrece, aun sabiendo que está mal, que estoy caminando por un camino peligroso. Porque en el calor del momento, en el brillo hambriento de sus ojos, lo único que puedo sentir es la necesidad voraz de ser poseída por él, de

entregarme al huracán de sensaciones que él despierta en mí.

Mis manos llegan hasta su cabello, el primer toque voluntario que le doy a Mikhail; él me mira, sus ojos se clavan en los míos y no hace falta decir nada para que lo entienda. Mikhail toma mis labios con lujuria y una fuerza salvaje, nuestros cuerpos se pegan y se rozan, buscando la piel, buscando conectarse mientras nuestras lenguas bailan y nuestros labios jadean juntos. Empiezo a desabrochar su camisa con un movimiento apresurado y le veo terminar de quitársela por mí.

Toco a Mikhail y puedo sentir sus músculos, completamente definidos, haciéndome pensar que pasa horas en el gimnasio; su respiración es irregular, igual que la mía. Mis ojos se pierden en él.

Mikhail es como un vendaval.

Y esta noche me mojaré por completo.

Mis manos tiemblan mientras desabrocho su cinturón, la urgencia y la excitación recorriendo mis venas. El cinturón finalmente se suelta, y mis manos se deslizan hacia abajo, ansiosas por explorar más, por sentir más de ese calor que emana de él. Es entonces cuando siento que Mikhail sube mis piernas, entrelazándolas con las suyas en un movimiento rápido; me deposita sobre su escritorio y se acomoda entre mis piernas, presionándose contra ellas, haciendo que gima suavemente contra sus labios, y lo siento sonreír. Sus labios se deslizan hasta mi cuello y empiezan a succionar. Echo mi cabeza hacia atrás involuntariamente, dándole aún más acceso.

Siento que mi cuerpo se desliza hacia un estado de éxtasis, perdiéndome contra el cuerpo de Mikhail. Los pensamientos racionales que antes clamaban por resistencia ahora se desvanecen.

Sus dedos expertos se deslizan por la espalda de mi vestido, sus ojos fijos en los míos mientras se deshace del obstáculo entre nosotros. Siento el tejido ceder, rasgándose bajo su determinación, mi corazón martilleando en el pecho con una mezcla de ansiedad y deseo. Cada movimiento suyo es calculado, preciso, como si estuviera desvelando un tesoro prohibido, y me encuentro incapaz de resistir.

Cuando el vestido se desliza por mi cuerpo, revelando mi piel ansiosa y expuesta a su voluntad, un escalofrío recorre mi columna. No llevo sujetador, lo que me deja desnuda ante él, vulnerable y excitada. La única prenda que me cubre mínimamente es mi braguita, y aun así, no

consigo apartar mis ojos de los suyos.

Mikhail me observa con una intensidad hambrienta, sus labios curvados en una sonrisa cargada de lujuria que me hace estremecer. Traza el contorno de mis hombros con los dedos, su respiración caliente acariciando mi piel recién descubierta.

— Eres tan deliciosa, Olivia... qué placer verte así, tan entregada y... —murmura, su voz rasposa enviando oleadas de placer a través de mí—. Y toda mía.

Cuando finalmente vuelve a tocarme, cuando sus labios encuentran mi piel de nuevo, pero ahora con una hambre insaciable, me entrego completamente al torbellino de sensaciones que nos envuelve.

Desliza sus manos firmes a lo largo de los contornos de mi cuerpo, explorando cada curva, cada línea, como si estuviera memorizando cada centímetro de mí. Siento cómo mi cuerpo reacciona instantáneamente a su caricia, con escalofríos recorriendo mi piel sensible y mis músculos contrayéndose bajo su toque.

Mikhail desliza sus labios hasta mi escote, bajando despacio hasta mis pechos y abarcándolos, sacando un gemido de placer de mis labios. Sus manos se sujetan firmemente de mi cintura, dejándome inmovilizada, permitiéndole succionar mis pezones mientras me contorsiono de placer. Su toque es posesivo, pero al mismo tiempo suave, como si venerara cada parte de mí.

— Eres deliciosa, Olivia —susurra contra mi piel, y siento que no puedo experimentar más placer del que ya siento—. Necesito probar tu sabor.

Es entonces cuando, en un movimiento rápido, Mikhail se arrodilla frente a mí, colocando mis piernas alrededor de su cuello y deposita su boca en mi muslo, dando besos húmedos, lentos y excitantes. Despacio, sube hasta encontrar el centro de mis piernas y sigue besando, haciéndome morderme los labios de ansiedad. Mikhail me mira, y una sonrisa traviesa domina su rostro al verme tan excitada, y no puedo ni siquiera fingir que su sonrisa no me afecta. Luego, mientras me mira, sus dedos empiezan a retirar la última prenda que cubría mi cuerpo, tan lentamente que me hace jadear.

— ¿Quieres que te chupe, princesita? —susurra con la voz rasposa.

Sus dedos tocan mi intimidad húmeda, y suelto un gemido de placer mientras asiento con

la cabeza.

— Respóndeme con palabras —dice, mientras continúa masajeando mi intimidad, haciéndome contorsionarme de placer.

— Sí, quiero —digo y me sorprende de mi propia audacia.

— Pídelo entonces.

— Chúpame, Mikhail —susurro alto con la intensidad de sus movimientos contra mí—. Chúpame... —gemo.

Las palabras salen de mí y me sorprende mi osadía, pero ahora simplemente no puedo parar.

— Será un placer... —susurra antes de posar su boca y dar un beso entre mis piernas.

Entonces Mikhail abre lentamente su boca, y cuando su lengua me toca y empieza a moverse despacio, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos con fuerza, sintiendo cómo todo mi cuerpo se deshace de placer. Cuando su boca encuentra el punto más sensible de mi ser, me pierdo completamente en las olas de éxtasis que me inundan. Los gemidos escapan de mis labios sin control, resonando en la habitación como una sinfonía de placer puro e intenso. Mis manos alcanzan el cabello de Mikhail y lo sostienen firmemente, lo que solo hace que intensifique los movimientos de su lengua, llevándome al delirio.

— Oh, Dios mío... —gemo alto, sintiendo que estoy cerca de experimentar de nuevo esa explosión que me hizo sentir antes.

Siento mi cadera moverse contra el rostro de Mikhail involuntariamente, pidiendo más.

— Eso es, princesita, eso... —dice, y es cuando siento todo mi cuerpo estallar.

Y entonces, como una explosión de estrellas en el cielo nocturno, todo mi ser se rinde al clímax arrollador. Mi cuerpo se contorsiona en espasmos de puro éxtasis, cada célula vibrando con intensidad. Mikhail continúa saboreándose con una maestría indescriptible, prolongando cada momento de placer hasta que estoy completamente saciada, completamente entregada al éxtasis que me proporciona.

Mikhail se levanta y se pone a mi altura de nuevo, su mano sostiene mi rostro, un toque

posesivo pero tierno, antes de decir:

— Ya estás lista para mí, princesita —su voz rasposa me hace estremecer. Se deshace rápidamente de sus pantalones, que ya estaban desabrochados y sin cinturón, y quita su bóxer negro, revelándome por primera vez toda su masculinidad, rígida y pulsante ante mí.

Estoy completamente extasiada por el orgasmo que aún recorre mis venas cuando lo veo estirarse y coger en la mesa de su oficina un preservativo que rápidamente coloca en su miembro.

— Intentaré ser suave —susurra en mi oído.

— No intentes —digo, mirándolo a los ojos y viendo cómo se inflaman de deseo.

No quiero suavidad, quiero toda la fuerza salvaje y deliciosa de Mikhail, quiero todo de él.

CAPÍTULO 20

Mikhail

Olivia me mira con las mejillas levemente sonrojadas, como si nunca hubiera visto a un hombre desnudo delante de ella.

— No lo intentes. — oigo decir a Olivia, y siento mi miembro pulsar de deseo por ella.

Ella está completamente dominada por el deseo, y puedo verlo en sus ojos.

— Me gusta este lado tuyo, princesita.

Muevo mi cadera contra ella y la penetro de una sola vez. Siento su piel húmeda y suave abrirse para mí, y un gemido alto sale de sus labios carnosos y rosados.

Mi cuerpo se mueve cada vez más dentro de ella, y siento una explosión consumir mi ser, como si este fuera mi lugar, como si finalmente hubiera encontrado algo que nunca había probado.

— Mikhail... — gime Olivia contra mí, haciéndome intensificar los movimientos.

Nuestros cuerpos se están fusionando, se entrelazan de una manera trascendental. Siento nuestras pieles sudorosas y sedientas consumiéndose mutuamente. Es una fusión de calor y deseo, pasión, moviéndose en perfecta armonía, como si estuviéramos hechos el uno para el otro, como si fuéramos todo lo que necesitábamos.

Mi mano alcanza el rostro de Olivia y lo sostiene, haciéndola mirarme mientras continúo moviendo mi cadera y penetrándola con aún más fuerza. Su mirada, la mirada que me está dando ahora, es salvaje. Su cuerpo se mueve contra el mío, completamente entregado y desesperado por más. Ella me mira mientras siento sus pechos balancearse con la fuerza de mis movimientos.

— ¿Quieres más? — susurro, y la veo asentir llena de deseo.

Entonces, en un movimiento rápido, la giro, dejándola de espaldas a mí, con toda la

visión de su trasero, y la veo empinarse ligeramente hacia mí.

— Eres una delicia. — susurro inclinándome hasta su oído.

— Quiero más, Mikhail. Dame más... — gime ella llena de deseo.

Entro nuevamente en ella y la escucho gemir alto. Sostengo su cadera, presionándola contra mi cuerpo. Continúo penetrándola con fuerza, con hambre, saciándome de todo su cuerpo delicioso hasta que la siento contorsionarse nuevamente, alcanzando otro orgasmo y gimiendo alto, apoyando sus manos sobre la mesa, mientras sigue moviéndose contra mí, queriendo más, pidiendo más.

Olivia sigue moviéndose contra mí mientras la penetro con aún más fuerza y rapidez, sintiendo que mi clímax está cerca.

— Goza dentro de mí, Mikhail. — gime ella.

Siento mi cuerpo rendirse y derramarse dentro de ella al oírla tener otro orgasmo conmigo dentro. Mi cuerpo se inclina sobre Olivia.

¡Joder! Mi cuerpo nunca ha estado tan satisfecho como ahora.

Deslizo mi cuerpo, quitando mi peso de encima de Olivia cuando la veo girarse hacia mí. Sus ojos me miran con algo que no sabría descifrar.

— ¿Qué hemos hecho, Mikhail? — pregunta ella, aún jadeante.

— Acabamos de disfrutar mucho. — respondo, con una sonrisa satisfecha.

— Las cosas se complicarán ahora. — dice ella, y yo muevo la cabeza negativamente.

— No, las cosas solo se pondrán más deliciosas ahora, princesita. — digo, tocando su rostro.

Solo se pondrán mejor.



— ¿Me estás escuchando, Mikhail? — pregunta Grigory mientras se sienta frente a mí en la sala de estar.

— ¿Qué has dicho? — pregunto, girándome hacia él, que me mira con desconfianza.

— ¿Qué te pasa? ¿No has oído ni una palabra de lo que he dicho?

La verdad es que no he podido concentrarme desde que estuve con Olivia anoche. Su sabor, su olor, su entrega... cómo se convirtió en una diosa salvaje y sedienta, cómo me sentí con ella. Nada de eso sale de mis poros, como si estuviera drogado, todavía sintiendo sus efectos en mí.

— Dime ya, ¿qué pasa? — respondo sin paciencia.

— Te dije que fuiste muy osado al dispararle al maldito Falcone. — Grigory toma un sorbo de su whisky recién servido.

— Tiene suerte de haber salido con al menos un pie.

— ¿Vale la chica eso, Mikhail? — pregunta, observándome detenidamente.

Me levanto y sirvo otra copa de whisky antes de volver a sentarme frente a él.

— ¿De qué estás hablando? ¡Ella es mi mujer! — vocifero. — Nadie puede tocar lo que es mío.

— Puede que tengas razón, y yo habría hecho lo mismo, pero... — dice él, acomodándose en el sofá y cogiendo un cigarro. Antes de encenderlo, me mira, evaluándome.

Grigory tiene esa maldita manía de querer siempre ponerme a prueba.

— ¿Pero qué? ¿Qué estás pensando con esa cabeza llena de paranoias? — resmungo mientras tomo otro sorbo de mi copa.

— Pareces tratarla de manera diferente. Incluso trajiste a un médico de tu confianza para que estuviera en los alrededores de la mansión. No has olvidado la promesa que le hiciste a nuestro padre, ¿verdad?

— No. — respondo rápidamente.

— Entonces sabes que no puedes tener realmente a Olivia Gorbachev como tu esposa. Te casaste con ella únicamente para acabar con nuestro padre.

— ¡Cierra la boca, Grigory! ¡Deja de repetir lo obvio! — vocifero. — ¿Por qué me estás haciendo este interrogatorio ahora?

Me siento ligeramente incómodo con el tono de las preguntas que Grigory empieza a hacer. Es casi como si supiera lo que está pasando por mi cabeza en este momento.

— Solo estoy comprobando, hermanito. — dice él, levantando ligeramente las manos. — ¿Y cuándo conoceré a mi cuñada, finalmente?

— La llamaré pronto, pero por ahora necesitamos hablar de algo más importante.

— ¿De qué se trata? — pregunta, desconfiado, antes de dar otra calada a su cigarro.

— Quiero que seas mi subjefe. — digo, y esta vez soy yo quien estudio sus expresiones, que no podrían estar más sorprendidas.

— Pensé que nombrarías a Sergey, él es tu mano derecha. — dice finalmente después de un rato.

— Sergey será mi consejero, pero tú eres el que quiero como subjefe. ¿Qué me dices? ¿Aceptas?

Grigory se levanta y alinea su traje. Lo veo dar pequeños pasos delante de mí mientras fuma tranquilamente su cigarro.

— ¿Por qué haría eso, hermanito? ¿Por qué me elegirías a mí cuando hay hombres en nuestra organización que están más cerca de ti que yo?

— Ninguno de ellos eres tú, Grigory. — respondo rápidamente. — Puede que no hayas sido elegido por el papa para ser nuestro *Pakhan*, pero eso no significa que no seas perspicaz y que no seas quien necesito a mi lado para enfrentar la batalla que se avecina.

— ¿El papa te habló de Viktorina?

— Sí.

Grigory se sienta de nuevo y se recuesta en el sofá, sin apartar los ojos de mí ni un segundo. Esa es una de las cualidades que admiro de mi hermano, su capacidad para leer a las personas e interpretar rápidamente si están mintiendo o engañándolo. Es casi como una máquina que detecta la mentira y la falsedad, y por eso lo necesito a mi lado, y no enfrentándome a mis

espaldas. Sé que le gustaría ser el *Pakhan*, pero también sé que le gustará el puesto de subjefe.

— Me siento halagado, hermanito. — dice él finalmente. — Será un honor estar a tu lado. — extiende la mano en señal de acuerdo.

Nuestras manos se estrechan firmemente, y esta es la primera vez que siento que Grigory y yo estamos del mismo lado. Sé que tiene muchos defectos, pero también sé que vive bajo un código de honor muy rígido, y si ahora está de mi lado, puedo contar con él.

— Necesito tu ayuda con algo. — digo.

— ¿Es sobre Luther?

— Sí. — me sorprende que lo sepa.

— Quien hizo lo que hizo sabía lo que estaba haciendo y no dejó ninguna pista. Viktor y los otros especialistas no encontraron nada. Pero he hecho mi propia investigación y he llegado al nombre de Frederick Mout.

¡Frederick Mout! ¡Lo sabía!

— Fue Gorbachev. — digo tajantemente.

— Exacto. — Grigory asiente, sin mostrar sorpresa.

— Solo no entiendo por qué haría eso. Acabo de casarme con su hija y he hecho un trato para reinstalarlo en la UMBRA.

— Así actúa ese maldito cerdo. Fue exactamente así como se vengó de nuestro padre y nos robó; no deja pistas.

— Y esta vez utilizó a Frederick Mout para hacer su trabajo sucio.

— Sí, el maldito albanés. Está en la nómina del Gorbachev.

— Pero es uno de los soldados seleccionados de la UMBRA. Ese desgraciado es un traidor. — digo entre dientes.

— Exacto. — responde él mientras da otra calada a su cigarro. — Pero no me sorprende; la UMBRA está cada vez más podrida por dentro. Pero, ¿qué vas a hacer con esta información?

— Por ahora, nada. No quiero precipitarme; el hijo de puta de Gorbachev tiene que pensar que estamos del mismo lado antes de atacarlo.

Grigory me mira con ligera intriga.

— Trabajas de maneras diferentes, hermanito, y estoy empezando a encontrarlo interesante. Pero lo que realmente no entiendo es por qué haría esto ahora. ¿Qué motivos tendría para vengarse de ti ahora o qué gana eliminando a Luther?

— Alaric Gorbachev es la peor escoria del mundo; hizo esto para vengarse de cómo le quité su autoridad y me casé como quise con su hija. No quiere enviar un mensaje; por eso no dejó pistas, solo quiere ejercer poder.

— ¿Cuáles son tus próximos pasos, Mikhail? — me pregunta Grigory. — No se quedará parado cuando note que no vas a reinstalarlo en la UMBRA. Esta bomba va a estallar rápidamente. ¿Cómo piensas manejarlo?

— No hará nada, Grigory. Se mantendrá en silencio, incluso si nota que no cumpliré mi promesa.

— ¿Cómo estás tan seguro de eso? — pregunta Grigory, intrigado.

— Porque no tiene fuerzas. Gorbachev está desesperado por entrar en la UMBRA porque ha alcanzado su límite. Se alió con los albaneses, pero ellos no tienen suficiente poder para contenernos. No hará nada estúpido; es demasiado astuto para meterse en un conflicto conmigo sin los recursos que tiene ahora.

— ¿Pero qué harás? ¿Tiene que pagar por lo que nos hizo! — dice él.

— Lo hará pagar, no te preocupes. Pero lo haré en dosis homeopáticas; lo que tengo preparado para el maldito es mucho peor que su muerte. Pero antes necesito encontrar a Viktorina y recuperar lo que es nuestro.

— ¿Y con la chica? Al fin y al cabo, ella es tu esposa ahora. ¿Qué vas a hacer con ella?

Respiro hondo al pensar en Olivia. Pensé que la odiaría desde el primer momento; pensé que lo que sentí cuando la vi por primera vez en aquel baile que su padre organizó hace años era puro y completo deseo por una mujer tan deliciosa como ella.

Pero desde que la volví a ver, desde que estuvo tan cerca de mí, cuanto más convivo con ella, más una extraña sensación se instala en mi pecho. Y la mirada... esa mirada que tiene, la forma en que parece tan vulnerable en esta situación, me hace querer, maldición, me hace querer cuidarla.

Algo dentro de mí crece, incluso si no sé lo que es... solo de pensar en ella, algo en mí cambia, especialmente ahora después de haberla tenido de esta manera. Es casi como si ella fluyera dentro de mí, como si no pudiera deshacerme de lo que está creciendo en mis entrañas por Olivia. Pero sé que no puedo, no puedo dejar que ningún sentimiento por Olivia Gorbachev comience a ganar fuerza en mi pecho.

— Ella no tiene culpa de las cosas que hizo su padre, y sabes muy bien que soy justo. Terminaré con tu padre, él es nuestro problema. — digo, terminando el último sorbo de mi copa mientras veo a Grigory analizarme.

— Menos mal que ese matrimonio fue completamente arreglado. Imagino que te odiará cuando termines con su padre. — dice él sonriendo mientras se levanta.

Solo asiento ligeramente con la cabeza y lo veo salir de mi campo de visión, dejándome solo.

No me gustaría que me odiara, pero ¡qué demonios!



Sentado en la mesa del comedor, esperando la llegada de Olivia, la mansión está silenciosa, salvo por el suave crepitar de la chimenea a mi lado. Mientras espero, me permito que el silencio ocupe mi mente.

Intento calmar mis pensamientos poniendo un cigarro en la boca, y el olor me recuerda automáticamente a mi padre. Respiro hondo, tratando de disipar el recuerdo y evitar pensar que mi cabeza está completamente desordenada desde su muerte, o mejor dicho, desde la muerte de Anastasia.

Anastasia... ¿Cómo estaría hoy? ¿En qué tipo de mujer se habría convertido? Desde que pronunció sus primeras palabras, siempre tuvo una personalidad arrolladora, y sin duda habría sido una mujer fuerte y valiente.

Mirando el espacio vacío frente a mí, imagino a Anastasia allí, ocupando el lugar con su sonrisa contagiosa. ¿Cómo sería nuestra relación hoy? ¿Habríamos discutido más? ¿Reído más? Quizás ambas cosas. Cuando pienso en ella, siento un nudo en el pecho, una nostalgia que nunca se apaga. Perderla tan pronto me mostró la crueldad de la vida.

Sacudo la cabeza, intentando no perderme en recuerdos dolorosos.

De repente, mi mente se llena con la imagen de Olivia, y siento una pequeña sonrisa en los labios. Es difícil no pensar en su vulnerabilidad, su presencia delicada, su mirada fuerte pero ingenua, su sabor, su fuerza... todo eso me afecta de una manera que no puedo ignorar.

— Señor, la señora Olivia ha dicho que no vendrá. — Marguerite interrumpe mis pensamientos, y la miro mientras dejo caer el cigarro en el cenicero.

— ¿Cómo que no vendrá? — gruño, viendo a Marguerite suspirar. — ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras con esa actitud?

— Está usted más insoportable de lo habitual, señor.

— ¿A qué te refieres ahora?

— La chica está embarazada, lleva días encerrada en esa habitación y solo salió para verle disparar a los pies de alguien. Ha vivido toda su vida en un colegio de monjas, ¿de verdad cree que aceptaría la invitación a cenar con una sonrisa en la cara? Está aterrorizada.

Marguerite no sabe lo que ha pasado entre nosotros. Olivia debería estar aquí cenando conmigo... ¿o es que se ha arrepentido de lo que hicimos?

— ¡Maldita sea! — gruño, levantándome de la silla y dando pasos rápidos por la sala de comedor, seguido por Marguerite. — Soy su marido, debe cenar conmigo y dejar de comportarse así.

— Señor, con todo el respeto, nunca ha tenido una presencia femenina constante en esta casa. Y creo que está tratando a la chica de manera grosera.

Detengo mis pasos y la miro; Marguerite probablemente es la mitad de mi tamaño, pero me encara como si fuera más grande que yo.

— Sé más amable, si quieres su compañía.

— Yo no... yo creo que... — respondo indignado.

— Sé más amable. — dice ella finalmente, limpiándose las manos en su delantal y volviendo a la cocina.

Respiro hondo, aún irritado. Mi actitud ha sido todo menos amable. Pero lidiar con sentimientos nunca ha sido mi fuerte. Decido que tengo que resolver esto de una vez por todas; Olivia no puede quedarse encerrada como una prisionera en la habitación. Cada escalón parece una eternidad mientras mi mente libra una batalla interna entre la frustración y la ira. Finalmente, llego a la puerta de su habitación y dudo un momento antes de golpear suavemente.

— ¿Olivia? — mi voz sale más suave de lo que pretendía, cargada de preocupación y ansiedad.

No hay respuesta inmediata, solo el pesado silencio al otro lado de la puerta. Respiro hondo una vez más, intentando reunir valor para seguir adelante.

— ¿Puedo entrar? — Pregunto, dándome cuenta de que es la primera vez que le hago esta pregunta.

Espero, conteniendo la respiración, mientras aguardo una respuesta. ¿Por qué estoy tan ansioso? Maldita sea, ahora resulta que estoy nervioso por si puedo o no entrar en la habitación de una princesita maleducada.

CAPÍTULO 21

Mikhail

— Puedes entrar. — al fin, escucho un hilo de su voz.

Entro en su habitación, cerrando la puerta detrás de mí. Olivia está sentada en la cama, con una postura rígida e intentando cubrir su cuerpo lo máximo posible con un abrigo que parece haberse puesto de prisa.

— ¿Tienes miedo de mí? ¿De que te toque? — pregunto, y la veo desviar la mirada hacia el suelo antes de volver a mirarme.

¿Cómo puede tener miedo de mí? No lo entiendo... realmente no lo entiendo. Me acerco con calma y me sitúo cerca de ella, que aprieta aún más el abrigo contra su cuerpo y finalmente responde:

— Sí.

Siento cómo las expresiones en mi rostro cambian rápidamente ante su respuesta, una frustración que alcanza niveles que ni siquiera imaginaba que pudiera alcanzar dentro de mí. ¿Cómo puede sentir miedo de mí después de lo que pasó entre nosotros?

Ella sigue aterrorizada en mi presencia y, maldita sea, darme cuenta de eso me perturba mucho más de lo que quisiera. Me siento a su lado y la veo retroceder, y una sensación terrible se instala en mi pecho.

¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea!

— ¿Por qué tienes tanto miedo de mí, princesita? — pregunto, tocando su rostro, y la veo mirar al suelo, sin mirarme a los ojos. — Nunca te he hecho daño, ¿por qué no confías en mí? Y después de lo que hicimos... ¿no te gustó? — continúo.

El silencio dura más de lo que quisiera; ella no parece atreverse a mirarme. Quiero que me mire, quiero ver de nuevo su mirada sobre mí.

— Me gustó. — responde finalmente.

— Entonces, ¿por qué tienes miedo de mí?

— Porque me gustó más de lo que debería, porque tengo miedo de lo que no entiendo y no entiendo por qué me siento así. — responde finalmente, y solo entonces me mira.

Tener esos grandes ojos mirándome me hace sentir una felicidad que ni siquiera sabía que existía, una alegría diferente, una que nunca había experimentado, solo al verla mirarme de nuevo.

Su expresión parece temerosa, pero veo que sus manos ya no sostienen el abrigo tan firmemente contra su cuerpo. Sin embargo, su mirada se desvía y se fija en un rincón de la habitación mientras continúa:

— No sé qué quieres de mí, ni si soy prescindible. No sé si realmente puedo confiar en ti o si me venderás al próximo, como mi padre iba a hacer. Y no puedo dejarme llevar por lo que pasó entre nosotros.

Ella respira hondo al darse cuenta de que su voz se quiebra antes de seguir:

— Él es mi padre, siempre me ha cuidado y protegido, y aun así iba a venderme a ese cerdo repugnante. — desvía la mirada y finalmente me encara, sus ojos brillan con determinación, aunque estén llenos de lágrimas. — Eres un hombre mucho más peligroso que él, y no puedo prever tus movimientos, eso me aterra. Y no puedo ser débil porque una vida depende de mí; el hijo que espero no me permite ser frágil, necesito ser fuerte por él.

Olivia respira hondo de nuevo, pero esta vez su fuerza parece renovada, como una guerrera que acaba de aceptar su propia batalla. Infla el pecho y me mira firmemente a los ojos.

— Entonces responde a la pregunta que te hago desde que llegué aquí, Mikhail Ivanov, ¿qué quieres de mí?

Olivia ha puesto todo sobre la mesa, ha mostrado sus debilidades y vulnerabilidades, aunque ya había notado todo eso. Pero ahora, de alguna manera, es diferente. Me siento tentado a decirle todo lo que significa en medio de mi venganza contra su padre. Su franqueza es como una llave que abre algo dentro de mí.

Nunca me han gustado los juegos y Olivia acaba de mostrarme su verdadero rostro, por

fin.

— De ti, políticamente hablando, no quiero saber nada más; ya he conseguido lo que quería. — le respondo finalmente de manera directa.

— ¿Y qué querías antes?

— Casarme contigo.

— ¿Por qué? — rebate rápidamente.

— Porque si te hubieras casado con Lombardi Falcone, tu padre habría regresado a UMBRA, y eso no podía suceder.

La veo asentir mientras su respiración se detiene, como si ni ella misma creyera realmente en lo que se ha convertido su vida.

— ¿Qué más quieres saber? — pregunto y la veo desviar ligeramente la mirada antes de volver a mirarme.

— ¿Qué es UMBRA?

— Es una sociedad secreta en la que actualmente seis organizaciones están bajo un acuerdo confidencial.

— ¿Y por qué mi padre fue expulsado y por qué quiere tanto volver?

Analizo los ojos de Olivia, que me miran con curiosidad, aunque puedo ver el miedo en ellos. Me pregunto si debería decirle lo que su padre es capaz de hacer y si está preparada para escuchar lo que tengo que decir.

— Dímelo todo, no me escondas nada. — dice ella, como si leyera mis pensamientos.

— Tu padre era el consejero de mi abuelo, el antiguo *Pakhan*. Estaba convencido de que sería el sucesor, pero cuando mi padre fue designado como el nuevo jefe de nuestra organización, él pasó a ser el subjefe de mi padre. Se encargó de muchos asuntos para él, pero lo que mi padre no sabía era que el maldito Gorbachev le guardaba rencor. Tu padre decidió vengarse y nos robó algo, algo muy valioso...

Respiro hondo antes de continuar.

— Además, estoy seguro, aunque sin pruebas, de que fue él quien mató a mi hermana pequeña, Anastasia. — dejo que las palabras fluyan, sin entender cómo puedo ser tan sincero con Olivia, pero así lo hago.

Olivia se lleva ambas manos a la boca y un suspiro aterrorizado escapa de ella.

— ¿T-tú, tú... estás seguro? — su voz es un hilo.

— Sí.

— Él... Dios mío, él es un monstruo.

— Vivimos bajo un código, pero tu padre nunca ha vivido bajo ninguna moral. Todo lo que siempre ha querido es el poder.

— ¿Y por qué quiere tanto regresar a UMBRA hasta el punto de venderme de esta manera?

— Porque todas las seis organizaciones tienen privilegios. Controlamos las entradas y salidas del puerto, los casinos, las elecciones y muchas otras cosas. Pero a cambio de eso, todos vivimos bajo sus reglas. Todos nosotros en el consejo decidimos qué se hace y cómo se hace.

— ¿Y cómo funciona eso? ¿Todos ustedes tienen el mismo nivel de poder?

— En teoría, sí, pero se forman alianzas. Los votos de las organizaciones con objetivos comunes acaban alineándose y valiendo más.

— ¿Y por eso te estás aliando con los Falcones?

— Exactamente.

— ¿Y qué ha estado haciendo mi padre todos estos años?

— Tráfico de personas. — respondo rápidamente y veo cómo sus ojos se abren aún más.

Veo a Olivia levantarse abruptamente de la cama; su respiración está acelerada y toda su postura corporal muestra el horror que debe estar sintiendo.

— Eso... eso no puede ser... él...

— Es exactamente lo que has oído, Olivia. Tu padre es un gusano de la peor especie.

— ¿Por qué me estás contando todo esto?

— Porque me lo has preguntado, y creo que mereces saber la verdad.

— ¡Eres igual que él! — parece que Olivia ha comprendido algo, su expresión comienza a transformarse en pavor absoluto. — ¡Vas a venderme, me vas a traficar igual que hace mi padre...! — empieza a llorar y puedo ver el desespero instalándose en su rostro.

— Olivia, no haré eso. — me levanto y me acerco a ella para intentar calmarla.

— ¡Lo harás, todos sois iguales! — grita, y yo la abrazo, viéndola debatirse. — ¡Suéltame, maldito, suéltame!

— Olivia, cálmate y escúchame.

Ella sigue debatiéndose hasta que la envuelvo con mis brazos y la abrazo firmemente. Mi cuerpo entero siente la necesidad de calmarla, tranquilizarla, explicarle que nunca podría hacerle daño.

— Nuestra organización abomina esas prácticas. Aun así, nunca podría hacerte daño. — digo, alejándome de su abrazo y mirándola a los ojos, aún llenos de miedo.

— No haré nada contra ti, eres mi esposa y no tendrás que preocuparte por tu seguridad nunca más. Te lo prometo.

La respiración de Olivia empieza a normalizarse y siento que su cuerpo contra el mío se relaja y se vuelve menos rígido. Ella sigue mirándome, intentando descifrar algo detrás de mis palabras, antes de preguntar:

— ¿Por qué?

— Porque eres dulce y pura y no mereces estar en medio de toda esta suciedad. — digo, tocando un mechón de su cabello y colocándolo detrás de su oreja. — Confía en mí, princesita.

— ¿Algún día me dejarás salir de aquí? — pregunta, y desvío la mirada abruptamente mientras me alejo de su cuerpo cálido.

— ¿Por qué? ¿Quieres volver con el hijo de puta que te dejó embarazada? ¿Eso es lo que quieres? — siento cómo la ira me quema por dentro y no sé exactamente por qué.

— Si fuera así, ¿aún así no me harías daño? ¿Aún podría confiar en ti? — me desafía.

— Aquí quien hace las preguntas soy yo, así que respóndeme, cría, ¿es eso lo que quieres? ¿Quieres correr a los brazos del cobarde francés?

— ¡Sí! Claude es el hombre que amo y es con él con quien quiero estar. Dormir contigo fue un error que no se repetirá.

Siento cómo todo mi cuerpo entra en ebullición al escuchar las palabras de Olivia. Es como si un monstruo dentro de mí estuviera a punto de rugir de rabia. Me acerco de nuevo a ella y la empujo contra la pared, coloco mis manos en su rostro y lo sujeto con firmeza antes de decir:

— Nunca más menciones a ese hijo de puta o lo despedazaré y lo daré a mis perros para que se lo coman, princesita.

— ¡Eres un monstruo despreciable! — vocifera ella entre dientes.

— Puede que lo sea, pero me perteneces, y más te vale entenderlo de una vez por todas.

La suelto abruptamente y salgo de su habitación dando pasos pesados, golpeando la puerta con tal furia que estoy seguro de que el cerrojo se ha caído detrás de mí.

¡Maldita Gorbachev, maldita!

CAPÍTULO 22

Olivia

Observo cómo la puerta se cierra con un estruendo, el sonido resonando como un eco de su furia. Mis pensamientos giran en círculos, intentando entender lo que estoy sintiendo, lo que todo esto significa.

El olor de Mikhail, su perfume masculino intenso y salvaje, todavía permanece en el ambiente. Ha salido de aquí y su aroma aún impregna el lugar como si él fuera el dueño absoluto de todo, como si todavía estuviera presente.

Y me encanta ese olor.

¿Por qué me encanta el olor de Mikhail? ¿Y por qué dije esas cosas en su cara cuando él estaba siendo tan cariñoso conmigo? ¿Por qué quise enfurecerlo y ver su peor versión frente a mí?

Porque necesitaba confirmar para mí misma que él es un monstruo.

Después de dejarme llevar, después de ser consumida por el deseo abrumador que Mikhail provoca en mí, sentí que algo cambió dentro de mí, en mi corazón. Algo que no debería haber cambiado, y fue por eso que lo irrité, para ver al monstruo surgir de nuevo. Para comprobar que detrás de esa fachada de afecto y cuidado, él esconde un lado oscuro, un lado que no merece nada más que mi desprecio.

Sabía que al provocarlo, él mostraría su verdadera cara, esa que intento ignorar, pero que siempre está ahí, al acecho. Quería ver la crueldad en sus ojos, la frialdad en sus palabras, para recordarme por qué no puedo confiar en él, no como quiero confiar, no como lucho por no confiar.

Pero, incluso ahora, mientras intento convencerme de ello, su olor sigue aquí, envolviéndome como un ancla, atrayéndome de vuelta a él, incluso cuando intento alejarme. Es como si una parte de mí supiera que no puedo resistirme a él, no importa cuán monstruoso pueda

ser.

Escucho el leve golpe en la puerta que me saca de mis pensamientos y veo a Marguerite salir de detrás de ella.

— ¿Está bien, señora? — pregunta, con amabilidad.

Solo consigo negar ligeramente con la cabeza.

— Quizá sea mejor que salga de este cuarto un rato. ¿Qué le parece si damos un paseo por el jardín? — sugiere Marguerite, con preocupación en su voz.

No puedo evitar un pesado suspiro mientras la miro. Marguerite siempre ha sido una presencia reconfortante en esta casa, un ancla en medio de las tormentas que azotan mi mente.

Acepto la sugerencia de Marguerite, dejándome guiar por ella hacia el jardín. El aire fresco y el aroma de las flores me envuelven, trayendo un poco de calma a mi mente agitada.

— Todo saldrá bien, querida — dice suavemente. Y, por un breve momento, casi puedo creerlo.

Mientras caminamos por los tranquilos senderos del jardín, intento apartar los pensamientos confusos que aún giran en mi cabeza. Marguerite camina a mi lado en silencio, respetando mi espacio mientras mis pensamientos luchan por encontrar claridad.

Veo a algunos empleados cavando en un rincón más alejado del jardín; parecen empeñados en terminar el trabajo rápidamente, y me giro para mirar a Marguerite.

— ¿Qué están haciendo allí con tanta prisa?

— Están plantando una muda de árbol.

— ¿Un árbol? ¿Pero así, tan apresuradamente?

— El señor Ivanov pidió que encontraran la mejor muda de manzano que pudieran y que la plantaran lo más rápido posible.

— ¿Un manzano?! — pregunto sorprendida.

— Sí, dijo que quiere tener las manzanas más frescas para ofrecerle a usted.

Eso no puede ser verdad, Mikhail no haría eso por mí... él... él no lo haría.

— Es un buen hombre con los suyos, señora. — Marguerite parece leer mis pensamientos. — Mikhail es un hombre lleno de defectos, pero sus empleados le son leales no por miedo, sino por respeto. Es justo y, cuando le importa alguien, no escatima esfuerzos.

— ¡Él no se preocupa por mí!

— Señora, cualquier otra persona que se atreviera a desafiarle como lo hace usted no estaría aquí para contarle. En cambio, está mandando plantar manzanos para agradarla. Está claro que le importa.

— Es un hombre... un hombre... es malo. — respondo más para intentar convencerme a mí misma que a ella.

Marguerite esboza una pequeña sonrisa y dirige su mirada hacia el horizonte.

— También sé que no es eso lo que realmente piensa de él.

Me quedo en silencio, no sabría qué responder, ni siquiera sé concretamente qué está pasando en mi mente en este momento. Lo único que me permito es sentir el sol y la suave brisa sobre mi piel, y dejar de lado toda la turbulencia de mis sentimientos, al menos por ahora, al menos mientras Mikhail no está delante de mí, haciéndome dudar de todo en lo que creo.

Respiro hondo y las palabras de Mikhail vuelven a mi mente. Todo lo que me contó sobre mi padre, solo pensarlo hace que algo se rompa en mí, algo que no puedo soportar. Mi padre es alguien terrible y ser consciente de ello es insoportable. Intento no pensar más en ello, intento distraer mi mente, porque si continuo pensando siento que me voy a ahogar. Dejo que mi cuerpo se tranquilice, dejo que el viento me calme.

— Este lugar es muy grande. — digo, y veo a Marguerite mirarme.

— Sí, y pertenece a la familia del jefe desde hace generaciones.

— ¿Mikhail nació aquí?

— No, él y todos sus hermanos nacieron en Vladivostok, en Rusia. Se mudaron aquí realmente solo cuando Mikhail tenía 17 años.

— ¿Conoció a su madre?

Marguerite asiente con la cabeza y me pongo ansiosa por sus respuestas, ansiosa por saber más sobre el hombre al que debería no importar.

— Fue ella quien me contrató... era una mujer fuerte, aunque pensara lo contrario. Me recuerda a usted. — dice, y me sorprenden sus palabras.

— ¿Cómo que a mí?

— No en apariencia, desde luego. Físicamente no podrían ser más diferentes. Natasha Ivanov era alta, tenía el cabello largo castaño oscuro y ojos negros como los de Grigory, el hijo mayor.

— ¿Pero por qué dice que me parezco a ella?

— Porque cuando se casó con el jefe y se mudó aquí, se sentía como un pez fuera del agua, echaba mucho de menos su país, ya que vivió toda su vida en Rusia y no logró adaptarse. Pensaba que era débil, pero tenía una fuerza desmedida que solo descubrió después.

Las palabras de Marguerite entran en mí y provocan algo que no entiendo de inmediato, y antes de que pueda abrir la boca para hacer más preguntas, ella dice:

— El antiguo *Pakhan* estaba muy enamorado de ella y regresó a Rusia solo para complacerla.

— ¿Y los... negocios? — pregunto intrigada.

— Él lo dirigía todo desde allí, tenía un hombre de confianza aquí, y todo parecía funcionar, hasta que...

— ¿Hasta qué?

— Natasha murió muy joven, durante el parto de Anastasia. El jefe quedó destrozado, pero aún tenía a los niños para cuidar y para fortalecerse. Tras la muerte de su hija, toda la familia volvió aquí y regresó a vivir en esta mansión hasta la muerte del antiguo jefe, que fue cuando Grigory se mudó.

— Debió de ser difícil... difícil para todos.

— Cada uno sufrió a su manera. El padre se volvió más apático, casi como si nada tuviera ya color; Grigory se encerró aún más en sí mismo, más de lo que ya estaba, y Mikhail...

— suspira profundamente. — Bueno, Mikhail encontró un motivo para vivir.

— ¿Qué motivo?

— La venganza. Él se mueve por ella... al menos lo hacía hasta que usted llegó aquí.

— ¿Yo? ¿Qué tengo que ver con esto? — pregunto exasperada.

— Él siente algo por usted, y tal vez eso le haga encontrar un nuevo motivo para vivir, uno que no sea la venganza.

Mientras absorbo las palabras de Marguerite, siento una mezcla de emociones revoloteando dentro de mí. Todo lo que ha dicho sobre Mikhail y su familia parece abrir una puerta a un mundo completamente nuevo, un mundo que apenas conocía, pero que ahora parece tan entrelazado con el mío.

Estos pensamientos me dejan incómoda, como si estuviera pisando terreno desconocido y peligroso. Mikhail no es solo un hombre cualquiera; es el líder de una familia criminal, un hombre cuyo pasado está manchado de sangre y violencia, un hombre que me afecta más de lo que puedo manejar, un hombre que no es el padre del hijo que espero.

Oh, Dios, Claude...

Parece que han pasado años desde la última vez que lo vi, o al menos desde que pensé en él por última vez. Es casi como si estuviera tan distante de mí, de mis pensamientos, de mi corazón...

¡No! ¡No está! Claude es el hombre que amo, a él pertenece mi corazón. Es a él a quien juré amor eterno y así es como deben ser las cosas.

Todo lo que pasa dentro de mí, esta confusión, y todo lo que implica a los Ivanov no es más que locura de mi cabeza. El amor... el amor verdadero es el que siento por Claude.

Sé que lo es...

Debe serlo...

¡Tiene que serlo!

Una voz grita muy bajito en mi cabeza, una voz que me hace sentir... me hace sentir que

no.

Pero, ¿por qué no siento que sea así? ¿Por qué?

CAPÍTULO 23

Mikhail

Siento cada parte de mis músculos tensos contraerse bajo la piel. Las palabras de Olivia se repiten en mi mente como veneno, dejándome completamente enfermo.

“Él es el hombre que amo”.

¿Cómo se atreve a decirme eso? Podría matar al maldito, podría matarlo con mis propias manos.

Mi sangre parece haberse concentrado en mi maldita cabeza cuando me doy cuenta de que ya he llegado a mi oficina, pero no recuerdo el trayecto hasta aquí.

— ¡Maldita cría, mil veces maldita! — gruño mientras siento mis puños a punto de atravesar la mesa.

Sigo gruñendo, mi cuerpo tenso y mi mente nublada de ira. Siento como si algo dentro de mí estuviera a punto de estallar. El sonido de golpes en la puerta corta el aire, interrumpiendo mi furia momentáneamente.

Por un instante, permanezco inmóvil, tratando de entender qué está pasando. ¿Quién se atrevería a interrumpirme en este estado? Podría arrancarle la cabeza al hijo de puta que me molesta.

Los golpes continúan, persistentes, y me esfuerzo por respirar hondo, tratando de recuperar algo de control sobre mí mismo. Con esfuerzo, me giro para enfrentar la puerta.

— ¿¡Qué pasa?! — mi voz sale áspera, cargada con la tormenta de emociones que aún me consume.

Veo entrar a Sergey y solo con mirarlo sé que algo ha sucedido.

— Jefe, se ha convocado a todos los miembros de Umbra para una reunión. — dice sin

rodeos.

— ¿¿Por qué??

— No lo sé, jefe, pero será mañana mismo.

— ¿¡Mañana?! ¿Qué demonios está pasando? Nunca han hecho algo así con tanta prisa.

— No lo sé, jefe, pero hay algo que no me huele bien. Se avecina algo y no creo que sean buenas noticias.

Sergey parece tenso, algo poco común en él. Me apoyo en la mesa, tratando de controlar mi respiración y la ira que aún arde dentro de mí.

— Vamos a averiguar qué está pasando. — Mi voz suena más calma. — ¿Dónde será?

Sergey parece incierto por un momento, pero luego responde:

— No sé exactamente dónde, pero la dirección no está lejos de aquí, en una zona elegante de la ciudad. Parece que están tomando precauciones adicionales esta vez.

Asiento brevemente, procesando la información. El hecho de que se reúnan en un lugar diferente y tomen medidas adicionales solo aumenta mi desconfianza. Algo grande está ocurriendo, algo que podría cambiar el curso de las cosas dentro de Umbra.

— Muy bien, prepárate entonces. Avísales a los demás, quiero a muchos hombres listos. No sé qué esperar de esta reunión.

— Hay algo más, jefe. — dice, y lo miro atentamente para que continúe. — He investigado sobre Claude Dubois, el... — aclara la garganta. — El padre del bebé de su esposa.

Siento cómo mi sangre vuelve a hervir, y probablemente mi rostro refleja mi descontento al oír el nombre del maldito.

— ¡Di ya lo que descubriste! — respondo entre dientes.

— Es un farsante, su nombre ni siquiera es *Claude Dubois*, sino *Guillaume Moreau*. Consiguió un empleo en Mademoiselle Valois precisamente porque sabía que era un colegio de niñas ricas y pensó que podría sacar algo grande de allí.

— ¡Hijo de puta! — gruño, golpeando la mesa con ambas manos.

— Y ni siquiera es de los buenos, jefe. No fue nada difícil descubrirlo. Salió de Francia y ahora está aquí en Estados Unidos. Será muy fácil encargarnos de él. ¿Qué desea que hagamos?

Respiro hondo, intentando aclarar mi mente en medio del odio que amenaza con consumirlo todo. Miro a Sergey, que espera mi orden.

— Tráelo aquí.

— Pero, jefe...

— ¡Ahora! — ordeno. — Y mantenlo preso sin que nadie lo vea. Yo mismo me encargaré de él.

— Está bien, me aseguraré de que esté aquí lo más rápido posible.

Sergey sale apresurado de mi oficina, dejándome solo con mis pensamientos turbulentos y mi ira creciente. Intento apartar las imágenes de Olivia, de sus palabras y de cómo me ha desestabilizado por completo.

Mantén el enfoque, Mikhail. No puedes permitirte perder la concentración, no ahora que parece que algo se está moviendo en la UMBRA.

Sé que debo mantener la compostura, pero es difícil cuando cada músculo de mi cuerpo parece estar a punto de romperse de tanta tensión. Respiro hondo, tratando de calmar mi mente furiosa y concentrándome en lo que hay que hacer.

Pero la mezcla de ira y... ¿qué demonios es lo que estoy sintiendo?

¿Es... es... ¿CELOS? ¡No! Ese sentimiento no existe en mí, no estoy sintiendo celos por Olivia. Lo que siento es ira, y esa ira cesará cuando tenga al maldito entre mis manos.

Me levanto de la silla, ignorando el dolor pulsante en mi cabeza que acompaña mi furia. Camino hacia la ventana del despacho, observando las luces del jardín de mi mansión, cuando la veo.

Olivia está caminando al lado de Marguerite. La veo moverse tranquilamente por el jardín de la mansión. Parece tan serena, a pesar de que le he revelado cosas terribles. Parece resignada a mantenerse tranquila, y eso me hace pensar en lo fuerte que es, mucho más de lo que

ella cree. Olivia parece tan distante de toda la turbulencia que se desata dentro de mí.

La observo por un momento, incapaz de apartar la vista. Algo pulsa dentro de mí solo con verla, algo que no consigo identificar del todo. Es como si hubiera una atracción magnética, una fuerza que me atrae hacia ella incluso cuando sé que debo resistir.

Al mirarla, pienso en el hijo de puta que la engañó, en cómo tendrá que soportar esta nueva y dolorosa decepción, sabiendo que ha sido engañada una vez más. Engañada por todos a su alrededor, por todos en quienes creía poder confiar.

— No me has pillado en un buen día, miserable, y cuando esté frente a ti, desearás no haber conocido a Olivia. — susurro para mí mismo.



El hijo de puta está atado delante de mí, sus ojos desorbitados y llenos de pánico reflejan la débil luz del sótano donde mis hombres lo han dejado preso. Siento el pulso de mi propio corazón martilleando en mis oídos, la sangre hirviendo en mis venas mientras me acerco a él, y debo controlarme para no dejar que el monstruo que duerme dentro de mí salga y acabe con él con mis propias manos.

— Empieza a hablar. — Mi voz corta el silencio, resonando en las paredes húmedas del sótano.

Intenta articular palabras, pero solo gemidos ahogados escapan de su boca amordazada. Sus ojos suplican misericordia, pero no hay misericordia para hombres como él.

La adrenalina corre por mi cuerpo, alimentando al monstruo adormecido dentro de mí. Lo agarro del cuello, mi mano apretando con fuerza, y acerco su rostro al mío.

— ¿Pensaste que podrías aprovecharte de mi mujer? ¿Pensaste que no lo descubriría, que podrías esconderte de mí, pedazo de mierda? — vocifero.

Retiro rápidamente la mordaza que tapa su boca para que su voz temblorosa, casi inaudible, diga:

— ¿S-s-su... su mujer?

Con un movimiento rápido, saco el cuchillo que llevo atado a mi cintura y lo presiono contra la piel de su garganta. Sus ojos se desorbitan aún más, el miedo ahora palpable en el aire.

— Vas a pagar, hijo de puta. — Mi voz es baja, pero cargada de autoridad. — Y no será una muerte rápida, Guillaume. Vas a sufrir, igual que hizo Olivia.

Guillaume solloza, sus ojos desesperados buscando una salida que no existe.

— No, por favor. — suplica con un hilo de voz. — Fue el padre de ella... él fue quien me pidió, por favor, déjame ir.

Mi agarre en el cuchillo se relaja, pero todavía lo mantengo, como si fuera mi única conexión con la realidad en ese momento. ¿Gorbachev? Una avalancha de pensamientos invade mi mente, desafiando todo lo que creía saber sobre esta situación.

Suelto a Guillaume abruptamente, dando unos pasos hacia atrás, mi mente girando en busca de respuestas.

— Explica, hijo de puta. — gruño.

— El padre de Olivia me contrató, me pidió que sedujera a su hija, que la hiciera enamorarse locamente de mí.

— ¿Por qué haría eso? Si quería vender a su hija y hacer un maldito acuerdo con ella, ¿qué ganaría con ello?

— No-no lo sé. — tiembla.

La rabia late en mis venas, una mezcla furiosa de confusión y desesperación. Con un movimiento rápido, le doy un puñetazo certero en la cara a Guillaume, el impacto resonando en el húmedo sótano.

— ¡Habla, desgraciado! — Mi voz resuena con una intensidad amenazante. — Dime todo lo que sabes, o juro por todo lo sagrado que tu muerte será lenta y dolorosa.

Guillaume escupe sangre de su boca. Sus ojos suplicantes se encuentran con los míos. Su voz sale temblorosa, cargada de desesperación mientras empieza a hablar:

— No-no sé los detalles, solo sé que el padre de ella me pagó una fortuna para hacer esto. Quería controlar su vida, manipularla a su antojo.

Quería tener una moneda de cambio, así Olivia haría lo que él quisiera al amenazar con la vida de la maldita.

— ¿Por qué tú? Eres un farsante mediocre, Gorbachev seguramente tiene contactos mejores que tú.

— Dijo que yo era perfecto para el trabajo, no entendí lo que quiso decir.

Claro, ese miserable tiene una apariencia tranquila y muestra simplicidad; Gorbachev seguramente no quería a alguien que demostrara fuerza, pensó que Olivia se sentiría más segura cerca de alguien como él.

Una furia ciega me consume. ¿Cómo puede alguien ser tan cruel como para usar a su propia hija como un peón en sus juegos sucios? La imagen de Olivia, dulce e inocente, queda profanada por la traición de su propio padre.

— ¿Y qué haces aquí? ¿Por qué saliste de Francia?

— Las cosas se salieron de control cuando él descubrió que ella estaba embarazada. Dijo que eso no formaba parte del acuerdo. Aseguró que no me mataría para no complicar las cosas, pero que debía desaparecer para que nadie supiera más de mí después del día en que sus hombres me atraparon. — continúa.

Rabia, asco y repulsión son todo lo que siento dentro de mí. Me preparo para lanzar otro puñetazo en la cara del maldito, pero el grito agudo y desesperado resuena detrás de mí, como un golpe directo al corazón. Mis músculos se tensan, la ira ardiendo en mi pecho, mientras me vuelvo para enfrentar el rostro contorsionado de Olivia, ahora lleno de lágrimas.

¿Acaso ha oído? ¿Acaso ha oído que su padre contrató a un hombre para seducirla?

— ¿Qué hace ella aquí? — grito a mis hombres, que parecen aturdidos al verla también.

— La vi llegar. Desde la ventana de mi habitación, vi cuando lo trajeron y corrí detrás de ellos. — empieza a decir, acercándose a Guillaume, sus ojos fijos en él mientras las lágrimas empiezan a caer sin que ella pestañee. — Cuando bajé las escaleras y salí, todos ya se habían ido y tuve que buscar por los alrededores de la casa hasta encontrar este lugar.

Olivia toca el rostro de Guillaume, y siento cada parte de mi cuerpo retorcerse bajo mi piel.

No lo ha oído, no sabe.

— Eres un monstruo, Mikhail. — grita hacia mí. — ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Por qué?

— Mon amour. — dice Guillaume con la voz temblorosa; el miserable está jugando con ella.

— Cierra esa maldita boca, gusano. — digo entre dientes, mi voz peligrosamente baja, denotando amenaza.

— Por favor, Mikhail. Por favor, suéltalo.

Miro a Olivia, veo la súplica en sus ojos.

Olivia se interpone entre yo y el hijo de puta y suplica por él delante de mis ojos. Un sabor amargo invade mi boca y una punzada fina atraviesa mi pecho, un dolor físico, un dolor completamente nuevo se instala en mí al ver cómo ella suplica por otro hombre delante de mis ojos. Quiero matarlo, quiero disparar un número infinito de balas en su cabeza y verlo sangrar hasta morir. Olivia aún lo ama, Olivia aún ama a este hijo de puta.

¿Por qué duele tanto? ¿Por qué?!

CAPÍTULO 24

Olivia

Miro a los ojos de Mikhail, que mezclan ira y sorpresa. Estoy entre él y Claude, que está visiblemente abatido y herido por los golpes que Mikhail le ha propinado.

Es la primera vez que veo a Claude desde que todo sucedió, desde la última vez que nos vimos y nos juramos amor eterno, desde que planeábamos nuestra huida para vivir en un lugar tranquilo, solo nosotros dos y nuestro hijo.

— ¡Fuera de aquí todos! — Mikhail ordena a sus hombres, que lo miran sorprendidos. — ¡AHORA! — grita.

Sus hombres se dispersan poco a poco y salen del almacén húmedo y frío en el que nos encontramos, dejándonos solos. Rápidamente, me giro y me arrodillo frente a Claude, tocando su rostro. Sus ojos están hinchados, su boca sangra, y todo lo que siento es culpa.

— ¿Estás bien? — pregunto, mi voz sale más baja de lo que quisiera.

¡Es por mi culpa que él está aquí! Si no hubiera enfurecido a Mikhail con esas palabras, no lo habría traído aquí ni le habría hecho esto. ¡Es mi culpa!

— Ahora sí, *mon amour*. — responde con voz débil.

“*Mon amour*”, así es como Claude siempre me ha llamado, y siempre me encantó cómo lo hacía, pero por alguna razón... algo ha cambiado. Al mirarlo, siento muchas cosas: siento dolor por su dolor, siento culpa, siento lástima... pero no siento amor.

Al mirar a Claude ahora, parece que algo es diferente, no en él... sino en mí. No quiero que sufra, no quiero que se haga daño... pero ya no existe ese sentimiento, ese que solía pensar que era amor.

¿Cómo pudo morir el amor tan fácilmente?

Me aferré al sentimiento que decía tener por Claude únicamente para alejarme de Mikhail, lo usé como un escudo protector contra él. Si amaba a Claude, no podía sentir nada por Mikhail, pero... ¿y ahora?

— ¡Empieza a hablar, hijo de puta! — vocifera Mikhail.

Mis ojos buscan y encuentran a Mikhail; está tenso y nunca lo había visto tan furioso como ahora. En una de sus manos sostiene un cuchillo con fuerza, mostrando todas las venas hinchadas, y su rostro está contorsionado, su mirada podría matar a Claude por la intensidad del odio.

— *Mon amour*, no creas nada de lo que diga. — Claude me mira, sus ojos llenos de miedo.

Mikhail avanza con furia, el cuchillo presionando la garganta de Claude. Mi corazón se acelera y mi instinto de protección grita dentro de mí.

— ¡Por favor, para! ¡No lo hagas! — grito para que Mikhail se detenga, mis palabras salen con un desespero ensordecedor, suplicando por misericordia.

Pero no me oye. Sus ojos están fijos en Claude, llenos de un odio que arde como brasas incandescentes. Y entonces pronuncia las palabras que resuenan como truenos en mis oídos, desgarrando mi corazón en pedazos.

— No voy a decir nada, eres tú quien le contará la verdad.

Las palabras de Mikhail resuenan en el pesado silencio del almacén, llenando el aire con una tensión palpable. Claude parece estar luchando por respirar bajo la presión del cuchillo, sus ojos me miran con una mezcla de desesperación y resignación.

Lo miro, buscando respuestas en sus ojos, pero lo único que veo es el reflejo de mi propia confusión y dolor. Y entonces, con un nudo en la garganta, con las palabras pesando como plomo en mi lengua, pregunto:

— ¿Qué verdad, Claude? ¿Qué está pasando?

Sus labios se mueven, pero las palabras parecen distantes, como si vinieran de un lugar

lejano.

— ¡Dime, habla ya! ¿De qué está hablando Mikhail?

Entonces, con una última mirada hacia mí y Mikhail presionando aún más el cuchillo contra su cuello, finalmente habla:

— Tu... padre.

— ¿Qué pasa con mi padre?

— Tu padre me contrató para seducirte.

Es como si todo se derrumbara a mi alrededor, como si el suelo bajo mis pies se desmoronara.

— ¡Mientes! — Mi voz sale débil, pero decidida.

Claude simplemente niega con la cabeza, apenas perceptible.

— ¿Por qué haría eso? ¿Por qué? — Siento que mi voz se quiebra, aunque no noto las lágrimas que caen de mis ojos.

— Para manipularte. — Escucho la voz de Mikhail, pero parece tan lejana... Siento mi cuerpo pesado y un fuerte mareo me invade. — Vamos, salgamos de aquí.

Siento que mi cuerpo tambalea, y poco después, Mikhail me envuelve con sus brazos fuertes, sosteniéndome con firmeza. Mi mente es un caos de emociones y pensamientos, mi cuerpo tiembla mientras él me levanta del suelo. No puedo mirar ni a Claude ni a Mikhail. Lo único que siento es dolor, traición y el vacío que ahora llena mi corazón.

A medida que Mikhail me lleva lejos del almacén húmedo, me siento desconectada de la realidad, como si estuviera en una pesadilla de la que no puedo despertar.

Mi vida es una mentira.

Toda mi vida no ha sido más que un juego en manos de mi padre.

Apoyo mi cabeza en los hombros de Mikhail; su calor, su olor, sus manos que me sostienen... y me siento segura.

Segura de una manera que nunca antes había sentido.

Pero incluso con este consuelo momentáneo, la aplastante verdad se cierne sobre mí como una avalancha, dejándome aturdida e incapaz de encontrar estabilidad. ¿Cómo pude ser tan ingenua? ¿Cómo pude creer que tenía algún control sobre mi propio destino?

Las lágrimas comienzan a correr por mi rostro, calientes y saladas, pero no intento detenerlas. Ya no queda espacio para la dignidad o el orgullo, solo un dolor lacerante y una sensación de total desamparo. Todo en lo que creía, todo lo que pensaba conocer, se ha desmoronado ante mí como un castillo de naipes en el viento.

Mikhail sigue sosteniéndome, su agarre firme, como si intentara anclarme en medio de la tormenta emocional que me consume. Pero incluso él parece distante, sus esfuerzos por confortarme no logran atravesar la niebla de desesperación que me envuelve.

Apenas soy consciente cuando me deposita en la cama; ni siquiera vi el camino hasta llegar aquí. Sus ojos se clavan en los míos, y siento sus manos tocando mi rostro. Un toque suave que contrasta con sus manos grandes y ásperas.

— ¿Te sientes bien? — pregunta con preocupación.

Mis ojos recorren la habitación hasta que finalmente se encuentran con los suyos. No está irritado ni furioso... está preocupado.

— No, pero estaré bien. Ahora necesito estar sola.

Mikhail asiente y se levanta con calma.

— Si necesitas algo, avísame — dice, alejándose hasta la puerta.

— ¿Qué harás con él? — pregunto antes de que salga.

Antes de que Mikhail se gire, veo cómo se le tensan los hombros, y luego me mira.

— Voy a acabar con él — dice entre dientes.

Respiro hondo, dejando que todo el aire de mis pulmones salga antes de decir:

— No lo hagas.

La expresión de Mikhail cambia drásticamente; su rostro se endurece frente a mí y sus manos se cierran en puños.

— ¿Cómo que no lo haga? — Mikhail estalla; su voz resuena por la habitación con una mezcla de incredulidad y rabia. Sus ojos, antes llenos de preocupación, ahora arden con una intensa llama de indignación.

Sé que no debería estar pidiendo clemencia para Claude después de todo lo que ha pasado, pero aun así, algo dentro de mí duda en condenarlo.

— ¿Aún... aún sientes algo por él, verdad? — pregunta, su voz ahora más baja, cargada de una intensidad casi palpable. — Después de todo lo que ha sucedido, ¿todavía tienes sentimientos por ese hijo de puta? ¿Es eso?

— Solo no lo hagas, por favor, Mikhail.

CAPÍTULO 25

Mikhail

— Solo no lo hagas, por favor, Mikhail.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Siento cómo mis uñas se clavan en las palmas de mis manos por la fuerza con la que cierro los puños.

— Responde a lo que te he preguntado — vocifero.

Incluso después de saberlo todo, después de descubrir la verdad sobre ese hijo de puta, Olivia todavía lo ama, todavía pide por su vida, lo que solo aumenta mis ganas de matarlo.

— No — finalmente responde, y siento que todo mi cuerpo se alivia. — No siento nada, pero eso no significa que quiera que el padre de mi bebé muera.

— Es un gusano, no merece tu compasión.

— Lo sé, pero aun así no quiero que muera, no quiero ser responsable de eso.

— ¡No serás responsable de nada!

— Sí lo seré, si permito que sigas adelante, seré yo la responsable.

— ¿Qué te hace pensar que te voy a obedecer?

— Sé que tomarás la decisión correcta, Mikhail, te lo pido.

Está suplicando con los ojos llenos de lágrimas, pero la determinación en su voz corta el aire como un cuchillo afilado. Mi corazón late desacompañado, una mezcla de ira, frustración y una extraña sensación de alivio. Alivio por las palabras que ha dicho antes, alivio por saber que el corazón de Olivia, aunque destrozado, ya no pertenece a nadie más.

Me siento dividido entre la necesidad de proteger a Olivia y la sed insaciable de venganza contra el traidor que se atrevió a herirla.

— No deberías confiar en mí, princesita.

— Confío en ti, Mikhail.

Ella confía en mí, deposita en mí su fe y sus esperanzas, como si yo fuera capaz de hacer lo que me pide. Confía en mí y eso, de alguna manera, cambia algo en mis entrañas. Todo lo relacionado con Olivia me afecta, hasta lo más mínimo, y eso es realmente irritante. Solo soy un hombre, un hombre marcado por la violencia y la autoridad, pero por algún motivo, pienso en hacer lo que me pide.

Ya he hecho cosas de las que no me enorgullezco, ya he derramado sangre sin dudar en nombre de mi imperio criminal. Y ahora, ella me pide que perdone la vida de quien se atrevió a traicionarla, de quien despertó en mí una furia incontrolable.

Respiro hondo, tratando de encontrar claridad en medio del caos que se ha instalado dentro de mí. Finalmente, levanto la mirada para encontrarme con la suya, y en un destello de determinación, tomo una decisión.

— ¿Confías en mí, Olivia? — pregunto, con una voz más firme de lo que realmente me siento.

Ella asiente, con los ojos aún húmedos, pero ahora teñidos de esperanza.

— Entonces, confía también cuando te digo que haré lo que sea necesario para protegerte, independientemente de lo que creas que es correcto o no — declaro, con las palabras sonando como un juramento solemne. — Ahora, descansa.

Mis palabras resuenan en la habitación mientras cierro la puerta tras de mí, sin darle tiempo a responder.

Bajo las escaleras con pasos firmes, la mente todavía acelerada, con muchas cosas girando en ella. Al llegar al piso inferior, me encuentro con mis hombres. Se giran hacia mí, esperando mis órdenes.

— ¿Qué hacemos con él, jefe?

— Traedlo ante mí — ordeno, con la voz tranquila y controlada.

Cuando finalmente lo traen a mi presencia, mantengo la mirada firme, sin mostrar ningún rastro de duda o vacilación.

— Eres un gusano — le digo, mi voz resonando en el tenso ambiente. Él levanta la mirada hacia mí, con los ojos cargados de culpa y temor. — Pero te voy a dejar ir.

Mis hombres se miran entre sí, sorprendidos por mi decisión. Pero mantengo mi expresión imperturbable.

— Algún día pagarás por lo que has hecho. Pero por ahora, tengo una misión para ti — mi voz suena grave y cargada de amenaza.

Él traga saliva, claramente incómodo con la situación.

— Dile a Gorbachov que estamos en guerra — declaro, mis palabras tan afiladas como cuchillas. — Y que acaba de firmar su propia sentencia de muerte.

Con un gesto de cabeza, ordeno que mis hombres lo saquen de mi vista.

Me dirijo a mi despacho y siento la presencia de Sergey detrás de mí. Sé lo que va a decir antes de que las palabras salgan de su boca. Me siento en mi silla y lo veo colocarse frente a mí.

— Jefe...

— Sí, dime — respondo con calma.

— ¿Cree que esto es lo más prudente? Gorbachov no tiene tanta fuerza, pero ciertamente se preparará y se armará ahora que le has declarado la guerra. Pensé que actuarías de manera más cauta, como estaba previsto.

— Eso fue antes de descubrir lo que ha hecho.

— Pero, jefe...

— ¡Pero nada! — le grito a Sergey. — Déjame solo.

— Está bien, jefe. No olvides la reunión de UMBRA mañana por la mañana.

Asiento y lo veo desaparecer de mi vista, dejándome solo. Me reclino en la silla, dejando

que mi mente se sumerja en la inmensidad de los pensamientos.

Cambios en UMBRA serán bienvenidos ahora y probablemente me beneficiarán. Aspiro todo el aire que puedo y lo expulso de mis pulmones.

Una cosa está clara: las cosas no pueden seguir como antes. He declarado la guerra a Gorbachov, y ahora es el momento de actuar con determinación.

Estoy listo para la guerra. Más que nunca, siento una voraz hambre de la sangre de ese hijo de puta, un odio que arde dentro de mí, una sed de venganza que consume cada fibra de mi ser.

Me levanto de la silla, con los músculos tensos y la mente afilada como una hoja.

Él pagará, el hijo de puta pagará por todo.

CAPÍTULO 26

Olivia

Despierto sintiendo los rayos del sol entrando por la ventana y, al abrir los ojos, me quedo allí, inmóvil, observando los detalles del techo. Las tallas habían pasado desapercibidas para mí desde que llegué, y me sorprende encontrar detalles tan bien elaborados en un lugar que rara vez se observa. Parecen contar historias antiguas, como si cada curva y línea llevara consigo secretos de tiempos pasados.

Los patrones son complejos e intrincados, revelando una habilidad artesanal excepcional. Mientras mis ojos recorren esos detalles, casi puedo sentir la presencia de los artesanos que trabajaron meticulosamente para crear esta obra maestra.

De alguna manera, esto me recuerda a Mikhail; tal vez sea por los rasgos firmes y la exuberancia rústica, o simplemente porque él es lo primero en lo que pienso al despertar.

A medida que mi mente se desvincula de los bellos arabescos del techo y se sumerge en la profundidad de mis propios pensamientos, un peso familiar se instala en mi pecho. La noche pasada fue como una tormenta furiosa, desenterrando secretos ocultos bajo capas y más capas. Y ahora, aunque mi corazón está desgarrado por la crueldad de las verdades reveladas, siento una extraña sensación de alivio. El dolor de la mentira parece menor frente a la claridad de la verdad.

Finalmente, siento que sé todo, absolutamente todo lo que estaba escondido en la oscuridad, y eso me deja más tranquila. Sé que puedo estar en negación, que esta sensación de alivio puede ser falsa o incluso mi subconsciente intentando no hacerme estallar, pero la verdad es que sí, me siento aliviada.

Lo más curioso de todo esto es que la única persona que consideraba cruel y en quien no debería confiar se ha convertido en la que más me sostiene ahora, la única que me brinda una mínima sensación de tranquilidad. Mikhail Ivanov, el hombre más peligroso que he conocido, parece ser el único dispuesto a ser honesto conmigo.

Decido levantarme de una vez. Al llegar a la planta baja, me envuelve el frescor de la

mañana que se filtra por las puertas abiertas. Nunca había bajado aquí de esta manera y sola, pero de algún modo me siento más ligera ahora, casi como si algo hubiera cambiado en mí desde ayer.

Camino por el jardín, dejando que mis pies descalzos sientan la suavidad de la hierba. Cada paso parece disipar un poco más la niebla que envolvía mi mente, como si la naturaleza me invitara a dejar atrás el peso del pasado y abrazar el presente.

Me siento en un banco de madera bajo la sombra de un gran árbol en el centro del jardín, cierro los ojos por un momento y me permito simplemente existir. No hay prisa, no hay preocupaciones ahora, solo yo y el mundo a mi alrededor, compartiendo un momento de paz y serenidad.

No sabría decir cuánto tiempo ha pasado, probablemente mucho más de lo que imagino, pues el sol ya está bastante más cálido, anunciando que la tarde ha llegado. Me estiro, me desperezco, y siento cómo los músculos se alargan. Me levanto del banco, sintiendo la energía renovada fluir por todo mi ser.

Me siento más en paz, más tranquila... aunque no debería, aunque sé que debería estar destrozada.

Pero la paz se interrumpe cuando los coches llegan con un rugido de motores. Mi corazón salta en mi pecho, un presentimiento siniestro se forma en mis entrañas.

Entonces lo veo.

Mikhail está siendo llevado por los hombres, dos de sus matones lo cargan, su rostro está manchado de sangre, al igual que su ropa, que aunque es negra, muestra claramente lo empapada que está por su propia sangre.

Un grito se queda atrapado en mi garganta mientras mis pies parecen congelarse en el lugar. Quedo paralizada, observando la escena ante mí como si estuviera en una pesadilla. Mi cuerpo parece no querer reaccionar, atrapado en un estado de shock, mientras mis ojos se fijan en Mikhail, siendo llevado inconsciente por sus hombres, ensangrentado y herido. Toda mi atención está centrada en Mikhail, incapaz de desviar la mirada.

La actividad a mi alrededor se vuelve frenética. Corro hasta la puerta de la casa y encuentro a Marguerite con una expresión preocupada.

— ¿Qué está pasando? ¿Ha sido herido? — pregunto con un hilo de voz.

— Cállese, señora. Todo se solucionará, Mikhail está en buenas manos — dice Marguerite, como si no fuera una escena inusual para ella.

Mi corazón parece que va a salir disparado del pecho y cada parte de mí tiembla al ver la agitación. Sigo a la enfermera Loren, que se apresura a atender a Mikhail, mientras mi corazón sigue golpeando en mi pecho y trato de procesar lo que acaba de ocurrir. La imagen de Mikhail, con el rostro herido y la sangre manchando su piel, está grabada en mi mente, como una escena de una pesadilla.

— Señora, por favor, quédese aquí — dice Loren amablemente, mientras su mano aprieta mi hombro con firmeza. — Es mejor que no lo vea así.

— Pero...

— Por favor, quédese aquí, señora — insiste antes de entrar en la habitación, y yo solo asiento.

Obedezco, pero mis piernas tiemblan, como si quisieran traicionarme. Observo atentamente la frenética actividad a mi alrededor, deseando poder penetrar en ese torbellino y obtener respuestas.

¿Está bien? ¿Cómo ha sucedido esto? ¿Sobrevivirá?

Incluso desde lejos, puedo ver sus ojos cerrados y su inconsciencia. Mis manos se aprietan una contra la otra al ver a un hombre tan grande y fuerte completamente vulnerable en este momento.

¿Y si muere? ¿Qué será de mí? Seguramente podría volver a vivir con mis padres, pero después de conocer toda la verdad sobre Alaric Gorbachev, ni siquiera tendría estómago para mirarlo a los ojos de nuevo. Pero, aunque pudiera ser libre, si eso significara la muerte de Mikhail, yo... yo...

Oh, Dios, no quiero que muera, ¡no quiero!

¿Por qué no consigo desear su muerte?

Es una verdad tan desconcertante como aterradora. ¿Cómo puedo sentir compasión por alguien que simplemente me hizo casarme con él por motivos puramente políticos? ¿Cómo puedo desear el bien de alguien que me hizo sentir tan atrapada, tan impotente?

Pero ya no me siento así... ya no es así como me siento.

Sé que este pensamiento es completamente irracional, sé que no debería desear la muerte de alguien que me obligó a casarme con él, alguien que, quién sabe cuántas cosas terribles ha hecho, pero aún así no puedo, no puedo desear su muerte, no puedo querer que Mikhail Ivanov muera.

Porque la verdad, la que ahora se afianza en mi pecho, es que no hay ningún sentimiento malo dentro de mí destinado a él, ¡no hay! De alguna manera, él es la persona en quien más confío ahora.

A pesar de todas las razones para odiarlo, mi corazón se niega a hacerlo. Ya no solo es mi piel, mi carne la que clama por él, también es mi corazón. Por mucho que quiera negarlo, por mucho que no lo entienda, así son las cosas, así me siento ahora.

Lágrimas calientes recorren mi rostro mientras lucho por contener el colapso inminente. Mi mente está en guerra, luchando contra la razón.

La puerta se cierra con un suspiro ahogado, dejándome fuera, aislada de la agitación que consume el interior de la habitación. Siento como si estuviera en una burbuja, separada por una fina membrana de la realidad que se desarrolla ante mí.

Mis ojos permanecen fijos en la madera tallada de la puerta, como si pudiera atravesarla con la mirada y descubrir lo que ocurre al otro lado. Pero solo consigo escuchar el sonido amortiguado de voces, el eco distante de preocupación y urgencia.

Miro una vez más la puerta cerrada frente a mí, y pienso que podría intentar escuchar, intentar captar una palabra de lo que se dice dentro. Pero una parte de mí teme lo que podría descubrir. Teme que sea peor de lo que imagino. Así que esperaré. Esperaré y rezaré para que él esté bien, para que se recupere.

La ansiedad sigue consumiéndome mientras espero afuera, como si cada segundo se arrastrara interminablemente. Mi corazón parece latir al ritmo de los pasos apresurados del médico y los enfermeros dentro de esa habitación. Cada respiración es una lucha por mantener la calma, para no ceder al pánico que amenaza con envolverme.

Marguerite me guía suavemente hacia la sala, a pesar de mi insistencia en permanecer de pie frente a la puerta de Mikhail.

— Venga, señora, no es bueno que pase por este tipo de nerviosismo, puede perjudicar a su bebé — me dice Marguerite, tocándome.

Oh cielos, mi bebé.

Tiene razón, no puedo permitirme estar tan nerviosa... no puedo.

Ella insiste en que me siente y descanse. Pero, ¿cómo puedo descansar cuando la persona que se ha convertido en mi refugio está ahora luchando por su vida? Las lágrimas siguen corriendo por mi rostro, una mezcla de miedo, preocupación y una extraña sensación de conexión inexplicable con Mikhail.

Cuida de él, Dios mío, cuida de Mikhail.

CAPÍTULO 27

Mikhail

Algunas horas antes

Finalmente, llegamos a la dirección indicada. El lugar es un edificio elegante, imponente en su arquitectura moderna, que contrasta con la brutalidad de nuestra sede habitual. Hay una atmósfera de seguridad reforzada, con guardias situados estratégicamente y cámaras de vigilancia que monitorean cada movimiento.

Mis puños aún están cerrados, pero hago un esfuerzo consciente por relajarlos, sabiendo que necesito estar completamente concentrado para lo que se avecina.

A medida que entramos en el edificio, soy recibido por una mezcla de lujo discreto y eficiencia militar. El pasillo es amplio y bien iluminado, con obras de arte adornando las paredes y alfombras suaves bajo mis pies. Sin embargo, no puedo dejar de notar los dispositivos de seguridad discretos y la presencia de más guardias.

Al entrar en la sala indicada, observo los rostros de los miembros de las principales organizaciones mafiosas del país, todos reunidos en un solo lugar. Algunos están tensos, otros parecen intrigados, pero todos comparten el mismo sentimiento de incertidumbre que yo siento.

— ¿Alguien sabe por qué se ha convocado esta reunión de forma tan apresurada? — pregunto, mirándolos.

La sala queda en silencio por un momento, con solo miradas que se cruzan, cada uno buscando respuestas en los rostros de los demás. Finalmente, uno de los jefes más antiguos y respetados, Alexander Duprov, rompe el silencio con su voz grave y autoritaria.

— No estamos aquí por casualidad. Hay rumores de un cambio en el poder, una nueva fuerza que amenaza nuestros intereses. Necesitamos discutir nuestras opciones y trazar un plan de acción. — Habla con calma, pero la seriedad en su expresión es evidente.

Un murmullo de asentimiento recorre la sala, y es entonces cuando percibo la gravedad de la situación. No se trata solo de una reunión rutinaria; algo está ocurriendo entre bastidores, algo que puede sacudir todo el equilibrio de poder que hemos establecido a lo largo de los años.

La puerta se abre una vez más, revelando la figura de Vito Falcone, el consejero y futuro jefe de la mafia italiana. Su mirada recorre la sala con una mezcla de autoridad y confianza, como si ya supiera el desenlace de esta reunión.

— Les pido que se sienten. Tenemos mucho que discutir.

Su mandato es obedecido sin hesitación. Los miembros de las distintas organizaciones se acomodan en sus sillas, con las miradas ahora fijas en Vito, como si él fuera el único que realmente sabe por qué se ha convocado la maldita reunión.

— La UMBRA ha sido corrompida.

— ¿Qué? — Veo a Alexander preguntar. — ¿Cómo que corrompida?

— Como bien saben, la UMBRA trabaja con varios asociados, desde hackers hasta falsificadores de obras de arte. Nuestro alcance es infinito y tenemos hombres en todos los rincones para diferentes funciones. Todos estos asociados pasan por un filtro altamente riguroso y están sometidos a una lealtad inquebrantable. Sin embargo, hemos descubierto recientemente que uno de nuestros asociados más fiables, un hacker de renombre conocido como "Sombra Negra", ha sido sobornado por una fuerza desconocida. Ha comenzado a filtrar información confidencial y a comprometer nuestra seguridad de manera alarmante.

Los murmullos en la sala aumentan, y siento la tensión extenderse como una corriente eléctrica entre nosotros. La UMBRA es la columna vertebral de nuestras operaciones, y cualquier compromiso de su integridad es una amenaza directa a nuestros intereses.

— ¿Qué propones, Falcone? — pregunta uno de los miembros, su voz cargada de preocupación.

Falcone mantiene la compostura, con su expresión imperturbable ante la adversidad.

— Necesitamos actuar rápidamente y con precisión. Primero, vamos a identificar todas las brechas de seguridad y reforzar nuestras defensas. En segundo lugar, debemos iniciar una investigación interna para descubrir cómo ha sido posible esta corrupción y quién está detrás de ella. Y, por último, pero no menos importante, necesitamos enviar un mensaje claro a cualquiera

que se atreva a desafiar nuestra autoridad.

— ¿Crees que alguien, una de las familias asociadas, está detrás de esto? — pregunto, cortando el murmullo que se ha instalado tras su respuesta.

— Es difícil saberlo, Ivanov. — Responde con una firmeza calculada, sus ojos recorriendo la sala y capturando cada reacción, cada movimiento. Hay un peso en sus palabras, como si estuviera reteniendo información crucial.

Algo en su mirada me responde casi automáticamente. El maldito ya sabe quién nos ha traicionado; solo falta saber por qué aún no lo ha revelado. Mis pensamientos giran en un torbellino, tratando de unir las piezas de este rompecabezas.

No hay mejor momento que este; el caos puede y va a beneficiar mis planes. Con la UMBRA tambaleándose, todo puede suceder. Nosotros, las familias asociadas a la UMBRA, necesitamos mantener un código de honor. Aunque cada familia mafiosa tiene el suyo, el código de la UMBRA está más vinculado al equilibrio de la sociedad. Por eso, ninguna familia puede involucrarse en tráfico de personas, explotación de menores o prostitución. Y, por supuesto, no podemos atacarnos entre nosotros, ni siquiera iniciar guerras territoriales, como la que acabo de librar con Gorbachev, ya que eso podría afectar gravemente el equilibrio.

La UMBRA ha sido, en cierto modo, una fuerza estabilizadora en este submundo sombrío, permitiendo que las familias mafiosas prosperen dentro de unos límites que nos benefician con grandes ventajas.

Pero ahora, con la UMBRA sacudida por la traición de uno de sus propios asociados, el equilibrio está frágil, lo que me permite actuar, y necesito hacerlo rápidamente.

Observo los rostros a mi alrededor, cada uno representando una familia poderosa con intereses propios. Todos buscan una ventaja en este momento de incertidumbre, pero pocos perciben el verdadero juego que se está desarrollando.

Ahora, con la sala tensa y las miradas de los demás fijas en Vito Falcone, me doy cuenta de que estamos al borde de una revuelta monumental. Aunque él mantiene su compostura, hay un fuego ardiente en sus ojos, una señal de que está listo para enfrentar cualquier desafío que se presente. Y me pregunto qué estará pensando este hijo de puta.

Me pregunto si alguno de los presentes sabe lo que realmente está ocurriendo o si

simplemente están reaccionando a lo que se les dice. Sin embargo, hay algo de lo que estoy seguro: esta es mi oportunidad para actuar.

Mientras los demás discuten medidas de seguridad e investigaciones internas, comienzo a trazar mi propio plan. Es hora de moverme en las sombras, de explorar las debilidades expuestas por la traición en la UMBRA. Quizá incluso pueda dar la vuelta a esta situación a mi favor, asegurando una posición aún más fuerte entre las familias asociadas.

No puedo olvidar mis objetivos: vengar la muerte de Anastasia, recuperar lo que ese hijo de puta de Gorbachev nos robó y luego hacer que sufra ante mis ojos. Y si estoy en lo cierto, todo me llevará a un solo hombre, el único: Alaric Gorbachev.

Y no será suficiente simplemente acabar con su vida. No, eso sería demasiado rápido, demasiado misericordioso para un gusano como él. Necesita sufrir, sentir en su propia piel todo el dolor que él ha causado a mí y a mi familia.

Imágenes horribles pasan por mi mente, cada una más terrible que la anterior. Veo a Gorbachev atado en una sala oscura, los gritos resonando mientras le arranco uno a uno los dedos, lentamente, sin prisa. O quizás lo meta en una bañera llena de ácido, viendo cómo su piel se disuelve en agonía excruciante.

Pero eso sería demasiado rápido. Merece algo más prolongado, más torturador. Quizá lo deje en la oscuridad durante semanas, privado de comida, agua y cualquier esperanza de escape. O quizás lo entregue a mis matones, permitiéndoles hacer con él lo que deseen, sin restricciones.

Sin embargo, ninguna de estas fantasías es suficiente para saciar mi sed de venganza. Nada aliviará el dolor que siento por la pérdida de Anastasia. Pero, por ahora, estos pensamientos sombríos son todo lo que tengo. Y mientras el fuego de la ira arde dentro de mí, sé que ha llegado el momento de actuar. Gorbachev no escapará de mi alcance por mucho más tiempo. Y cuando finalmente lo encuentre, rogará por una misericordia que nunca llegará.

Pero antes de acabar con el maldito, necesito encontrar a Viktorina y recuperar lo que él aún posee y que nos pertenece. Pero después... después solo me divertiré con él.

CAPÍTULO 28

Mikhail

— Ivanov, quédate un momento más. — Me dice Falcone al ver que los demás miembros de la UMBRA se dispersan al final de la reunión.

Vuelvo a sentarme, acomodándome en la silla y estirándome despreocupadamente. Vito Falcone es un hombre de negocios astuto, y su propuesta hoy ha dejado claro que no está aquí para juegos. La alianza entre nuestras organizaciones es una jugada inteligente, pero no confío ciegamente en nadie. Nunca.

— ¿Qué más necesitas, Falcone? — Pregunto, manteniendo una expresión neutra mientras mis ojos estudian cada uno de sus movimientos. Conozco bien el juego que él juega.

Falcone sonríe de manera cortés. Es muy hábil en esto, en el juego de las apariencias.

— La *Bratva* y la *Sacra Mano* son las mayores mafias de la UMBRA y del país. Nuestras organizaciones son las principales, mientras que el resto de la UMBRA ocupa posiciones inferiores a las nuestras.

— Dime algo que no sepa, Falcone.

— Confío en ti, Ivanov. Pero la confianza es una moneda que debe ganarse de ambos lados.

Mantengo mi semblante impassible, pero por dentro estoy alerta. Confianza. Una palabra poderosa y que no se concede con facilidad en nuestra línea de trabajo. Pero Falcone tiene razón en algo: la confianza es la base de cualquier alianza duradera. Y si está dispuesto a construirla con nosotros, entonces yo estoy dispuesto a escucharlo.

— Te he dado mi palabra, Falcone. Si temes traiciones, yo estaría más atento a tu padre que a mí.

— Mi padre está bajo control; sé cómo manejarlo.

— Estoy escuchando, Falcone. Dime qué tienes en mente.

Él respira hondo antes de continuar, y puedo sentir la seriedad de su propuesta antes incluso de que pronuncie una palabra.

— Lo que intento decir es que la UMBRA necesita un líder, una sola organización que dirija a las demás.

— ¿A qué te refieres? ¿Que quieres convertirte en el líder supremo de la UMBRA y comandar todas las mafias de este país?

Lo miro con los ojos entrecerrados antes de continuar:

— Y probablemente quieras mi apoyo. — Digo con una sonrisa. — ¿Qué ganaría yo con eso?

— Sé cómo puedes encontrar a Viktorina Petrov. — Dice con decisión.

Falcone me sorprende con esa afirmación directa. Viktorina Petrov, la mujer que mi padre me pidió que encontrara, la mujer que me ayudará a recuperar lo que Gorbachev nos robó, la mujer que está entre mi venganza inminente y yo. Si Falcone realmente tiene información sobre ella, eso cambia las reglas del juego por completo.

Pero, por supuesto, no puedo aceptar las palabras de Falcone sin precaución. Es un hombre de negocios, y todo esto podría ser una táctica para atraerme a su red. Sin embargo, la oportunidad es demasiado tentadora para ignorarla.

— ¿De dónde has sacado ese nombre? — Pregunto entre dientes. — ¿Y cómo puedo estar seguro de que realmente sabes dónde está? — Cuestiono, manteniendo mi expresión firme. — No es como si pudiera confiar simplemente en tus palabras.

Falcone parece comprender mi desconfianza y se inclina hacia adelante, con los ojos brillando de determinación.

— Entiendo tu escepticismo, Ivanov. Pero sabes que no tengo motivos para mentir sobre algo tan importante. Si queremos solidificar esta alianza entre nuestras organizaciones, necesitamos confiar el uno en el otro. Y estoy dispuesto a demostrar mi sinceridad de cualquier manera que exijas.

— Demuéstralo entonces, Falcone. Muéstrame algo tangible que demuestre tu buena voluntad. Y entonces, tal vez, podamos empezar a hablar sobre el liderazgo en la UMBRA.

— Si decides aliarte conmigo, comandarás todos los puertos del país.

Dejo escapar una sonrisa, permitiendo que mi escepticismo se sienta en el ambiente.

— ¿Estás loco? Si haces eso, todas las demás organizaciones se vengarán.

— Se vengarán de todos modos, pero somos más grandes y tenemos la fuerza suficiente para contrarrestar cualquier maniobra que intenten.

— Quieres guerra, Falcone.

— Y algo me dice que tú también, Ivanov. La diferencia entre nosotros es que tú no tienes paciencia para la política que implica esto, a diferencia de mí.

— Antes de tomar ninguna decisión precipitada, necesitamos asegurarnos de que nuestras bases estén seguras. Después de todo, el liderazgo en la UMBRA no es solo cuestión de fuerza bruta, sino también de estrategia y lealtad.

Falcone me mira, buscando mi reacción. Sabe que estoy jugando su juego, que estoy poniendo a prueba sus intenciones.

— Proporcionaré las garantías que necesitas.

— Muy bien, Falcone. Veremos de qué eres capaz. Pero ten en cuenta que estaré vigilando de cerca. Y si hay el más mínimo signo de traición...

Él completa mi frase con una expresión seria.

— ...no habrá piedad.



Ya estoy fuera del edificio, caminando con mis hombres que me esperaban en la calle. Miro a Sergey, quien con una simple mirada me confirma que todo ha estado bajo control.

Entonces, me permito reflexionar sobre la propuesta de Vito, una propuesta extremadamente ambiciosa, incluso peligrosa, pero también irresistible. Debo recordar, sin embargo, que la confianza es una moneda rara, y no la gasto fácilmente, especialmente con alguien como Falcone.

Mientras me acomodo en mi coche, siento una punzada de paranoia asentándose en mi mente. Es una sensación familiar, una precaución que he aprendido a respetar a lo largo de los años. Miro por el retrovisor y, de reojo, veo un coche negro a unos metros detrás de nosotros, siguiendo nuestro rastro.

¿Acaso Falcone ya está intentando ponerme a prueba? ¿O podría ser otra cosa, tal vez una coincidencia? ¿O será que el maldito Gorbachev sería lo suficientemente tonto como para intentar algo contra mí? No puedo permitirme ignorarlo. Después de todo, en nuestro trabajo, es mejor ser paranoico que recibir una bala en la espalda.

Ordeno a mis hombres que detengan los coches de inmediato. La paranoia que antes era solo una leve sospecha ahora se intensifica, como una alerta roja parpadeante en mi mente. Salgo del coche con cautela, observando atentamente el vehículo negro que nos sigue. No puedo dejar nada al azar, especialmente no después de la conversación con Falcone.

Ahora, más que nunca, es hora de confiar en mis instintos. Y si hay algo que he aprendido en las calles, es que la supervivencia depende de la habilidad para anticipar el próximo movimiento del enemigo.

— Sergey, mantente alerta. — Murmuro a mi mano derecha mientras me acerco al coche negro. Mis hombres están listos para actuar, con las manos discretamente cerca de sus armas, preparados para cualquier eventualidad.

Llego al coche negro y golpeo la ventana del conductor, mi expresión seria y decidida. El cristal baja lentamente, revelando a un hombre desconocido al otro lado, con el rostro oculto por la sombra.

— ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres? — Mis palabras salen firmes y directas, mientras intento mantener mi mente afilada, preparada para cualquier respuesta evasiva o hostil.

El hombre me mira un momento, sus ojos oscuros analizando cada detalle antes de hablar en un tono calmado, casi sombrío.

— Vengo en paz, Mikhail Ivanov. Tengo información que podría interesarte.

— Sal del coche. — Ordeno.

Mi mente está en máxima alerta, cada músculo tenso, listo para reaccionar a cualquier señal de peligro. No puedo permitirme bajar la guardia.

El hombre obedece, saliendo del coche lentamente, con las manos visibles y desarmadas. Mantiene una expresión serena, pero hay algo en sus ojos que me resulta incómodo, una intensidad que no consigo descifrar.

— Dime quién eres. — Pregunto, manteniendo mi voz firme y controlada, a pesar de la agitación interior.

Él sonríe de manera enigmática, como si estuviera disfrutando de la situación.

— No importa quién soy. Lo que importa es lo que puedo ofrecerte, Mikhail Ivanov. Información valiosa que podría cambiar el curso de las cosas.

Mis hombres están listos para actuar en cualquier momento, pero por ahora, los mantengo a la espera, observando atentamente cada movimiento de este extraño.

— Habla de una vez. No tengo tiempo para juegos. ¿Qué quieres?

El hombre inclina la cabeza, su sonrisa ampliándose un poco más.

— Sé dónde está Viktorina Petrov. Y te lo diré sin pedir nada a cambio...

Entrecierro los ojos y observo al hombre frente a mí. Es de estatura baja, con brazos delgados como palillos. No es un hombre feroz, aunque parece muy astuto, y he aprendido a no subestimar a nadie.

— Lo único que quiero es...

Antes de que pueda terminar su frase, un sonido cortante y letal atraviesa el aire. El hombre cae frente a mí, su sangre salpicando sobre mi traje. Se desata el tiroteo, con las balas zumbando por el aire mientras mis hombres y yo nos echamos al suelo buscando cobertura. La adrenalina recorre mis venas, mi mente actúa por instinto mientras devuelvo el fuego, luchando por mi vida y por la seguridad de quienes confían en mí.

Los disparos resuenan en la calle, creando una cacofonía de violencia y caos. No sé de dónde ha venido este ataque, pero una cosa es clara: estoy muy cerca de Viktorina.

Siento un dolor agudo atravesar mi cuerpo, un impacto que me hace retroceder. Mi corazón se acelera mientras mi instinto de supervivencia toma el control. Caigo de rodillas, dominado por un dolor intenso mientras lucho por mantener la conciencia.

Otra bala impacta en mi hombro, desgarrando la carne, pero apenas lo siento. La adrenalina bombea en mis venas, una concentración afilada que me impulsa hacia adelante. Mi visión se nubla, pero sigo disparando.

Disparo.

Disparo.

Disparo.

Siento la sangre en mi boca, mi vista se nubla un poco más, pero no me permito flaquear, incluso cuando el dolor empieza a hacerme tambalear. Sigo disparando contra los cabrones que veo caer uno tras otro.

Aun así, empiezan a aparecer más, haciéndome pensar que este no es un ataque aleatorio, sino algo muy bien planificado. Mis mejores hombres están a mi lado, y aunque ha sido un ataque sorpresa, me alegro de haberlos traído; será difícil derribarnos.

Finalmente, los disparos cesan y el silencio es ensordecedor. Mis hombres se acercan, preocupados, pero levanto la mano, señalando que estoy bien. O al menos, que sigo vivo.

Me echo en el suelo, el dolor finalmente me golpea con toda su fuerza. Cada respiración es una batalla, pero respiro, sobrevivo, porque eso es lo que hace un maldito Ivanov. Cuando cierro los ojos, tengo una visión clara y dulce de largos cabellos rojos y labios carnosos; la visión de Olivia. Abro los ojos de nuevo y veo a mis hombres sujetándome de cada lado. Mis ojos se cierran otra vez y siento que mi conciencia comienza a abandonarme.

— Cuídala. — Susurro.

— ¿De qué está hablando, jefe? — Pregunta Viktor.

— Olivia, si algo me pasa, cuídala. — Digo, sintiendo el dolor latir con más fuerza en mi

pecho.

— Pero, señor...

— ¡Cuídala, maldita sea! — Grito, y veo cómo cada uno de mis hombres asiente.

Solo entonces dejo que la oscuridad me envuelva y, por ahora, descanso, permitiéndome descansar mientras todo se apaga ante mí.

CAPÍTULO 29

Mikhail

Siento un sabor amargo en la boca mientras abro lentamente los ojos. Mi visión borrosa, debido a la luz que entra por mis pupilas, me impide comprender bien dónde estoy.

Es entonces cuando la veo.

Olivia está sentada al lado de mi cama y puedo ver que tiene los ojos cerrados mientras mantiene las manos juntas en señal de oración. Sus labios susurran palabras que no consigo entender y sus ojos están apretados. Mientras mi vista se ajusta al entorno de la habitación, empiezo a distinguir los detalles de Olivia. Sus mejillas ligeramente sonrojadas, su boca, que normalmente es de un rosa suave, está más pálida de lo habitual, sus cejas fruncidas y concentradas, mientras su cabello rojo cae sobre su hombro. Es como ver a un ángel delante de mí.

Ella sigue susurrando y yo intento entender sus palabras hasta que logro escuchar un susurro casi inaudible: "Por favor, Dios, sácalo de esta."

¿Olivia está orando por mí?

La observo en silencio, sin hacer ruido ni movimientos que puedan interrumpirla, sintiéndome hipnotizado por la escena. Una expresión de tristeza domina su rostro mientras veo una lágrima solitaria rodar por su mejilla.

¿Olivia está llorando por mí?

Levanto lentamente mi brazo derecho con cierta dificultad, notando varios apósitos alrededor de mi pecho. Dejo que mi mano toque el rostro suave y cálido de Olivia, que abre los ojos asustada, interrumpiendo su oración para mirarme.

— ¡Te has despertado! ¿Cómo te sientes? — pregunta, levantándose rápidamente. — Voy a llamar a Loren para que te examine.

— No... no hace falta llamar a Loren ahora. Quédate aquí conmigo un momento. Por favor. — Mi voz suena débil y ronca, apenas logrando formar las palabras.

Olivia duda un instante, pero luego vuelve a sentarse a mi lado, alejándose rápidamente de mi toque como si le quemara.

— ¿Qué te ha pasado? — pregunta en un susurro.

— Son cosas del oficio. — digo sonriendo y sintiendo una ligera punzada en el lugar del apósito.

— ¿Esto ocurre a menudo? ¿Es por eso que tienes un equipo médico a tu disposición?

— Si fuera al hospital cada vez que ocurre algo, mi nombre estaría siempre en las revistas del corazón. Aún soy el CEO de IVA Corporate, una empresa legítima que no puede estar vinculada a tiroteos.

— Oh, Dios, ¿fue un tiroteo? ¿Cómo... qué... — parece perpleja.

— Tranquilízate, princesita. Los que se atrevieron a atacarme están mucho peor que yo, te lo aseguro.

Veo a Olivia respirar hondo, sus ojos están húmedos, pero intenta, como siempre, desviar la mirada y no mirarme a los ojos.

— ¿Estabas llorando por mí, princesita? — le pregunto, observándola detenidamente.

— No. — Su respuesta es rápida, su postura se vuelve más erguida, como si intentara distanciarse emocionalmente.

— Mientes muy mal.

Olivia guarda silencio, desviando la mirada, pero su incomodidad es palpable. Hay algo más aquí, algo que está tratando de ocultar.

— Pensé que nunca volverías a despertar. — confiesa, su voz ligeramente quebrada.

— Y si no hubiera despertado, estarías libre, finalmente.

— Lo sé. — dice mientras mira sus manos que están sobre su regazo.

— Entonces, ¿estabas orando para que no despertara? — pregunto, algo desconfiado.

— ¡No, para nada! — exclama, ofendida.

— Debo haberme perdido algo en la conversación entonces. — respondo, forzando una pequeña sonrisa.

— ¿Cómo puedes pensar que haría algo así? Estaba orando para que te pusieras bien.

— ¿Por qué? — pregunto, observándola atentamente.

Olivia suspira y levanta ligeramente la cabeza, finalmente mirándome a los ojos antes de responder. Parece desconcertada, aunque intenta ocultarlo.

— No lo sé. — responde finalmente.

— ¿No lo sabes? — repito, mi voz es un susurro áspero.

Ella suelta un pesado suspiro, desviando la mirada una vez más. Hay algo más profundo en ella, algo que está aferrando con todas sus fuerzas. Puedo sentirlo en el aire entre nosotros, una tensión invisible que parece crecer con cada segundo que pasa.

— Tal vez estaba rezando por los dos. — Su voz es apenas un murmullo, difícil de oír. — Tal vez estaba rezando para que los dos estuviéramos bien.

Las palabras flotan en el aire, pesadas como plomo.

— ¿Y qué te haría bien, Olivia? ¿Salir de aquí? ¿Perdonar y marcharte con el hijo de puta mentiroso que te embarazó? ¿Eso es lo que quieres? — Siento que la rabia quiere apoderarse de mí al recordar al maldito. Me levanto rápidamente y siento un dolor punzante atravesarme.

— Cálmate. — dice acercándose y haciéndome recostar de nuevo en la cama.

Su toque delicado llega a mi pecho, su dulce aroma a orquídeas inunda mis sentidos cuando se acerca lo suficiente como para que me sienta tentado a besar sus labios otra vez, aunque mi cuerpo esté debilitado por las balas que he recibido. Aun así, me siento atraído por Olivia. ¿Cómo es posible?

Olivia es como una droga.

Una droga de la que no puedo desintoxicarme. Cada vez que la tengo tan cerca, me siento impulsado a tenerla para mí, aunque sé que no me corresponde de la misma manera. Aunque sé que no debería desearla así. Aunque sé que es la última mujer en la que debería fijarme. Pero nada de esto importa cuando está tan cerca de mí, cuando su calor hace que cada parte de mi cuerpo se sienta más viva que antes.

Ella coloca algunas almohadas debajo de mí y las acomoda bajo mi cabeza, dejándome ligeramente inclinado, y se vuelve nuevamente hacia mí, mirándome. No se aleja; su rostro está tan cerca que puedo sentir su aliento dulce sobre mí, deseando cada fibra de ella.

Es extraño cómo alguien puede ser, al mismo tiempo, un consuelo y una tortura.

— Respóndeme, Olivia, ¿es eso lo que te haría bien? — cuestiono, mirando sus labios entreabiertos. — ¿Irte, alejarte de mí y de todo lo que significo, es eso?

Olivia no responde de inmediato. Sus ojos parecen buscar una respuesta en los míos. Nuestros labios se acercan un poco más, como si todo nuestro cuerpo estuviera llamándose mutuamente.

— Dime, Olivia... ¿te gustaría que nunca más te tocara? — pregunto mientras levanto lentamente mi mano y la poso en su rostro.

Veo a Olivia cerrar los ojos por reflejo y siento su cuerpo estremecerse con el simple roce de mis manos en su cara. Luego, bajo lentamente hasta su cuello, acariciando el camino que sigo. Olivia no retrocede; al contrario, parece más abierta y receptiva que nunca. Aunque sus labios no pronuncian una sola palabra, todo el lenguaje de su cuerpo parece deseoso y entregado al momento.

La miro hipnotizado, sin poder apartar la mirada ni un segundo.

— ¿Te gustaría que nunca más... — acerco aún más nuestros labios, haciéndolos rozar y un suspiro de anticipación escapa de los suyos. — ...te besara, Olivia?

Olivia asiente levemente, sin parecer del todo segura. Me acerco un poco más, sintiendo el calor de su respiración contra mi piel. Mis labios tocan los suyos mientras susurro:

— ¿Estás segura?

Ella suspira, una mezcla de incertidumbre y deseo flota en el aire. Su respuesta es un

susurro suave:

— No.

Sus labios, tan cerca de los míos, tiemblan levemente, revelando el deseo de ser tomados por mí. Sin dudarlo, la beso, sintiendo su sabor delicioso invadir mi boca, sus labios carnosos y sedientos respondiendo al beso con la misma intensidad y pasión que yo.

Un suspiro alto de placer sale de nuestros labios al unísono, como si nuestros cuerpos estuvieran completamente conectados.

Ella es dulce.

Ella es adictiva.

Ella es mía.

CAPÍTULO 30

Olivia

Siento cuando los labios de Mikhail toman los míos y nada más domina mi mente más allá de su beso intenso y feroz. Me inclino sobre él, haciéndole recostar sobre la montaña de almohadas que he colocado bajo su cabeza.

Su mano libre rodea mi cuello y me empuja ligeramente hacia él. Por instinto, me acerco más, haciendo que mis pechos rocen su pecho. Le veo sonreír entre beso y beso.

Esa sonrisa pícaro, deliciosa y llena de cinismo que solo Mikhail sabe mostrar, una sonrisa que automáticamente provoca un calor, el mismo calor que siempre siento entre mis piernas cuando Mikhail me toca.

No sé si debería permitirle que me toque de esta manera; quizás lo más prudente sería desear que se alejara, pero no es eso lo que siento, ni lo que he sentido desde que lo vi por primera vez, desde que le miré aquella noche en el baile, desde que susurró palabras en mis oídos. Él se ha clavado en mí de una manera que no sé cómo explicar, es casi como si fluyera dentro de mis venas y todo lo que siento es deseo, un deseo que me deja completamente en las nubes, un deseo que parece arrebatarme el libre albedrío.

Es imposible tomar una decisión lógica cuando Mikhail toma mis labios. Sus labios me devoran en un beso tan delicioso que me hace olvidar todo a nuestro alrededor, hasta que escucho un pequeño gemido escapar de los suyos, interrumpiendo momentáneamente la niebla de deseo que nos envuelve. Mis sentidos vuelven al presente abruptamente, mis ojos se abren lentamente, deshaciéndose del hechizo del beso, y me doy cuenta de la situación.

Le miro, preocupación mezclándose con el deseo que aún pulsa en mis venas. Su rostro está contraído en una mueca de dolor, y es entonces cuando veo el rastro oscuro de sangre que mancha su vendaje. El miedo me golpea como un puñetazo en el estómago.

— Mikhail. — susurro, mi voz suena ronca y temblorosa. Mis manos tiemblan cuando las coloco sobre su pecho, deslizándolas con cuidado hasta alcanzar el lugar donde la bala le hirió.

Él intenta sonreír, pero es evidente el esfuerzo que hace para ocultar el dolor.

— Estoy bien, princesita. — murmura, su voz débil pero firme. — No es nada.

Pero sé que no es verdad. Mi corazón se aprieta al ver al hombre que despierta tantos sentimientos contradictorios en mi pecho, ahora vulnerable ante mí.

— Te he hecho esforzarte mucho... yo... voy a llamar a Loren. — digo, levantándome abruptamente y observando una sonrisa insinuarse en sus labios antes de que sus ojos se cierran.

— Debo estar en el cielo... — empieza a decir, abriendo lentamente los ojos, y puedo ver que está perdiendo la conciencia. — Y acabo de besar a un ángel.

Y entonces sus ojos se cierran.

El desespero se apodera de mí mientras corro hacia la puerta, gritando el nombre de Loren. Mis pasos son rápidos y torpes, mi mente una confusión de pensamientos y emociones. Necesito ayuda, necesito salvarlo.

No pasa mucho tiempo antes de encontrarla acercándose por el inmenso pasillo de la mansión Ivanov.

— ¿Qué ha pasado? — pregunta, acercándose rápidamente.

— ¡Está sangrando! — exclamo, luchando por mantener la voz calmada. — ¡Tenemos que ayudarlo ahora!

Juntas, nos acercamos a Mikhail, y Loren empieza a evaluar las heridas mientras yo observo, impotente. Su expresión se torna seria, y siento que mi corazón se aprieta aún más.

— Necesita ser llevado al hospital inmediatamente — dice Loren, con voz firme y decidida. — Su herida se ha reabierto y necesitará una transfusión de sangre.

— Es culpa mía. — digo, mientras siento cómo las lágrimas llenan mi rostro hasta que mi visión se nubla. — Le hice esforzarse... le hice sangrar...

— Cállese, señora. — Loren me mira fijamente. — Es probable que la herida ya

estuviera abierta. El señor Ivanov es demasiado terco y, a pesar de nuestro consejo de ir primero al hospital, prefiere ser tratado en casa. Pero esto puede pasar. Él conoce los riesgos, así que tranquilícese y permanezca a su lado. Voy a llamar a la ambulancia y lo llevaremos inmediatamente al hospital.

Solo puedo asentir y me acerco a Mikhail, que ahora está inconsciente frente a mí. Mi pecho duele. Cada parte de mi pecho duele físicamente al verlo así. No sé de dónde provienen los sentimientos que ahora llenan mi pecho; lo único que sé es que necesito que Mikhail se recupere, que siga vivo. Lo necesito.

Sin perder tiempo, Loren llama a unos enfermeros que ya estaban preparados, y ellos ayudan a trasladar a Mikhail a una camilla, mientras yo me mantengo a su lado, sosteniendo su mano con firmeza. Siento una mezcla abrumadora de miedo y culpa. Si no me hubiera dejado llevar por el momento, tal vez esto no habría sucedido.

De camino al hospital, dentro de la ambulancia, con el ruido de la sirena y los destellos pasando por la ventana, lo único que ocupa mi mente son las palabras de Mikhail.

Su sonrisa, su toque, su voz débil... la forma en que me besó con tanta pasión incluso estando debilitado.

¿Qué me está pasando? ¿Qué es esto que siento en mi pecho?

¿Qué sentimiento es este que parece apoderarse de todo mi ser solo con mirar a Mikhail, solo con sentir su toque?

Dios mío, no puedo estar enamorándome de Mikhail Ivanov, no puedo. ¡No puedo!

Veo a Mikhail moverse ligeramente y despertar, sus ojos encuentran los míos, y siento una oleada de felicidad inundar cada parte de mi cuerpo al ver que ha abierto los ojos. Intenta abrir los labios para hablar, pero antes de que pueda, lo detengo:

— Tranquilo, estamos yendo al hospital. Te vas a poner bien... — digo, apretando aún más su mano. — ¡Vas a estar bien! — repito.

Mikhail cierra los ojos de nuevo y una débil sonrisa se dibuja en sus labios.

— Lo sé. — susurra antes de volver a quedarse dormido.

¿Qué significa eso?

Mientras observo su rostro sereno ahora que está dormido, reflexiono sobre cómo todo con Mikhail parece estar llevado al extremo. Nada en él es tibio o moderado... todo es intenso, todo es fuego que quema e inflama cada parte de mi cuerpo.

El odio, el deseo... la pasión.

Todo es intenso, todo es irresistible.

Mikhail es un hombre cautivador, seductor, peligroso... muy peligroso. Pero hay algo en él que va más allá de la superficie, algo que me atrae de una manera que no puedo explicar. Es como si pudiera ver algo más allá del inmenso muro que ha construido a su alrededor, o al menos eso es lo que quiero creer; de lo contrario, estaría traicionándome a mí misma al intentar ver más allá de lo que realmente hay.

¿Y Claude? Sé que es un sinvergüenza, sé que me engañó, pero él fue el hombre al que juré amor eterno. Debería haber sufrido al saber que era un mentiroso, pero en lugar de eso, me sentí aliviada. Aliviada por saber que ya no necesito esconderme tras un amor que ahora parece haber muerto dentro de mí. ¿Cómo pudo morir tan rápido? ¿Qué tipo de persona soy? ¿Qué clase de persona puede sentirse tan atraída por Mikhail, alguien a quien digo no amar?

¿Acaso no le amo? ¿Es este sentimiento por Mikhail amor? Porque ciertamente es mucho más arrebatador que cualquier cosa que haya sentido en mi vida. Cada parte de mi cuerpo parece vibrar por él y no solo mi piel o mi deseo, todo en mí vibra; la vibración llega a mis huesos y explota en mi corazón.

Inspiro todo el aire que puedo y lo suelto antes de volver a mirar el rostro dormido de Mikhail. Siento que mis ojos se llenan de lágrimas que caen sin que yo parpadee.

La verdad es que pocas cosas me importan tanto ahora como saber que Mikhail estará bien y seguirá vivo.

CAPÍTULO 31

Olivia

Al llegar al hospital, el equipo médico nos recibe de inmediato y asume el control de la situación. Los observo con una mezcla de ansiedad y alivio mientras atienden a Mikhail, haciendo todo lo posible por estabilizarlo.

Un enfermero se acerca para tomar nota de algunas cosas, pero mi mente está lejos, observando cómo llevan a Mikhail por un largo pasillo, acompañado de varios médicos que dicen cosas que, por mucho que lo intente, no logro comprender.

— ¿Es usted la esposa? — pregunta el enfermero, devolviéndome a la realidad.

— ¿Qué? — pregunto, aturdida.

— ¿Es usted la esposa?

— S-sí. — respondo con la voz temblorosa.

— ¿Podría decirme si es alérgico a algún medicamento? — continúa.

— Yo... yo no... no lo sé.

— Si necesita tomar algún corticosteroide, necesito estar informada. — interviene Loren, adelantándose.

— De acuerdo, ¿tiene alguna enfermedad preexistente? Si es así, ¿cuál? — pregunta el enfermero.

¿Enfermedad? ¿Enfermedad preexistente?

Observo atentamente la respuesta de Loren, y ella me mira brevemente antes de dirigirse al enfermero.

— No, no tiene ninguna. Soy la enfermera del señor Ivanov, me encargaré de rellenar

todo su historial. — dice, tomando la carpeta del enfermero.

Me siento aliviada al saber que es un hombre sano y que, de este modo, seguramente tiene más posibilidades de recuperarse.

— Está bien. Es un paciente VIP, así que lo han trasladado a la primera planta. Mientras tanto, deben esperar aquí y pronto les daremos noticias.

— ¿No podemos subir? — pregunto, inquieta.

— No, deben esperar aquí, señora. — dice el enfermero, con una voz firme pero comprensiva.

Solo tengo fuerzas para asentir levemente.

— Siéntese, señora, será lo mejor para usted. — dice Loren, llevándome hasta una de las sillas del lugar. — Sería bueno que también se hiciera un chequeo para asegurarse de que el bebé está bien.

De nuevo, solo tengo fuerzas para asentir mientras la veo decirle algunas palabras al enfermero, quien asiente y se acerca a mí.

— ¿De cuántas semanas está? — pregunta.

— 19 semanas.

— De acuerdo. Pediré que alguien la atienda también.

— Estoy bien.

— Lo sé, pero es solo para asegurarnos de que el susto no le haya afectado.

— Claro. — accedo, sabiendo que es lo mejor.

Enfermeros y médicos pasan a nuestro lado, ocupados en sus tareas, y me siento como una espectadora impotente en medio del caos controlado del hospital. Me llevan a una sala donde me toman la tensión y verifican mi estado general.

— Tú y tu bebé estáis perfectamente, querida. — me dice una enfermera de unos 50 años, con una sonrisa dulce y calmada en los labios.

Un suspiro de alivio escapa de mis labios, pero la preocupación por Mikhail sigue pesando en mi corazón.

Vuelvo a la sala de espera, donde Loren está sentada esperándome. Su mirada compasiva me reconforta un poco, pero, aun así, no puedo deshacerme de la sensación de desesperación.

— ¿Cómo se siente? — pregunta Loren, con una voz suave y reconfortante.

— Estoy bien... físicamente.

— Él estará bien, señora. Mikhail es un hombre fuerte y ha pasado por cosas peores que esta. Tranquilícese, todo saldrá bien.

Asiento con la cabeza, intentando encontrar consuelo en las palabras de Loren, pero es difícil ignorar la ansiedad que sigue consumiéndome mientras esperamos noticias.

El tiempo parece pasar a cámara lenta, hasta que finalmente un médico se acerca a nosotras con semblante serio.

— ¿Señora Ivanov?

Me levanto rápidamente, con el corazón latiéndome descontrolado en el pecho.

— Sí, soy yo. ¿Cómo está Mikhail? ¿Está bien?

El médico respira hondo antes de responder, y su mirada dice más que sus palabras.

— La situación de su marido es delicada. Ha perdido mucha sangre, pero los médicos están haciendo todo lo posible por él. Lo están trasladando a la UCI, donde recibirá cuidados intensivos. Le pedimos que mantenga la calma y tenga fe. Estamos haciendo todo lo que podemos para ayudarlo.

Siento las lágrimas amenazando con salir de nuevo, pero me mantengo firme, decidida a ser fuerte.

— ¿Puedo verle? Por favor, necesito verlo.

El médico me mira con compasión, pero su voz es firme cuando responde:

— Lo siento, pero en este momento no es posible. Lo están preparando para el traslado a

la UCI y es fundamental que el equipo médico se concentre completamente en el procedimiento. Además, las visitas en la UCI están restringidas y controladas. En cuanto esté estabilizado, le avisaremos.

Siento que el corazón se me hunde con la noticia.

— Por favor, prométame que lo cuidarán. — Mi voz suena más como una súplica que como una petición.

El médico pone su mano en mi hombro, transmitiendo algo de consuelo.

— Haremos todo lo que esté en nuestras manos, señora Ivanov. El equipo está dedicado y trabajando sin descanso para garantizar el bienestar de su marido. Le pido que confíe en nosotros e intente mantenerse tranquila. Seguiremos de cerca su evolución e informaremos de cualquier novedad.

Agradezco con un leve asentimiento y lo veo desaparecer ante mí.

Ahora, solo me queda esperar.



— ¿De qué color prefieres las mariposas? — escucho su voz ronca preguntarme, y lo miro, esbozando una sonrisa distraída.

— Negras. — respondo casi automáticamente.

— Siempre me sorprendes, princesita. — dice Mikhail, y veo aparecer esa media sonrisa en sus labios.

Miro al cielo y veo un sol brillante y deslumbrante, mientras una brisa deliciosa acaricia mi cabello; me siento tranquila, en paz.

— Mírame, Gorbachev. — lo escucho decir, y me giro para mirarlo.

Los profundos ojos verdes de Mikhail me observan, y puedo captar cada detalle de su hermoso rostro. Sus rasgos duros y marcados lo hacen aún más irresistible. Mikhail extiende la mano, y yo la acepto sin dudar. Sus dedos son fuertes y seguros, y un escalofrío recorre mi

columna cuando su toque encuentra el mío. Pero de repente sus manos se separan de las mías, y lo veo alejarse mientras el cielo, que era azul y brillante, se torna gris.

Mikhail está ahí, tan cerca y al mismo tiempo tan distante. Corro hacia él, mis piernas moviéndose con urgencia, pero parece que cuanto más me acerco, más se aleja. Grito su nombre, pero mi voz es solo un susurro perdido en la vastedad.

Finalmente, lo alcanzo, y él se gira hacia mí, sus ojos encuentran los míos. Hay un dolor profundo en su mirada, una angustia que me parte el corazón. Quiero tocarlo, abrazarlo, pero mis manos pasan a través de él como si estuviera hecho de humo.

— ¡Mikhail! — lo llamo desesperadamente, con las lágrimas nublando mi visión.

Él extiende la mano hacia mí, pero antes de que pueda tocarla, comienza a desvanecerse ante mis ojos.

Desaparece, fundiéndose en la nada, dejándome... dejándome sola, dejándome vacía.

— ¡No! Por favor, no te vayas. — suplico, pero es en vano.

Despierto con un sobresalto, mi cuerpo bañado en sudor y el corazón martilleando en el pecho. Por un instante, todo parece confuso, pero luego la realidad se impone, y recuerdo dónde estoy.

En el hospital, esperando noticias de Mikhail.

Veo a Loren acercarse, trayendo consigo dos tazas de café.

— Te quedaste dormida, no quise despertarte. ¿Café? — pregunta.

— Gracias. — acepto, aunque no creo que pueda beber nada. — ¿Alguna noticia?

— Está estable. Si quieres, puedes ir a verlo, pero después te sugiero que vuelvas a casa a descansar.

Asiento, sabiendo que tiene razón. Necesito cuidar mi cuerpo, no solo por mí, sino también por mi bebé. Los primeros meses de embarazo son siempre los más delicados, y necesito cuidarme.

Dejo el café intacto en la mesita mientras una enfermera me guía hasta la habitación

donde Mikhail está ingresado. Mi corazón sigue acelerado, el eco del sueño persiste en mi mente, dejándome inquieta, casi como si aún estuviera en él, como si intentara tocar a Mikhail y él fuera a desaparecer ante mis ojos.

Al entrar en la sala, lo veo tumbado en la cama, sus rasgos pálidos contrastan con la sábana azul. La máquina a su lado emite sonidos monótonos, indicando que sigue vivo, que sigue luchando.

Me acerco a la cama con pasos vacilantes, mi mano tiembla cuando llego lo suficientemente cerca para tocarlo, y cuando finalmente siento su piel contra la mía, dejo escapar un suspiro de alivio.

Está aquí, y puedo tocarlo.

— Ponte bien, Mikhail... vuelve conmigo, por favor. — susurro, sintiendo una lágrima caer de mis ojos sin siquiera haber notado que estaba ahí.

CAPÍTULO 32

Mikhail

“Ponte bien, Mikhail... vuelve conmigo, por favor.”

La voz de Olivia atraviesa mi cuerpo y no puedo olvidarla. Pero es difícil discernir qué es real y qué es solo un delirio. Abro los ojos y veo las luces blancas de la habitación del hospital, y a Loren sentada a mi lado.

Loren, no Olivia.

— Por fin te has despertado —dice aliviada—. ¿Cómo te sientes?

— Bien —respondo, todavía un poco aturdido, mientras me acomodo en la cama—. ¿Solo tú has estado en mi habitación?

Veo a Loren esbozar una pequeña sonrisa, como si entendiera rápidamente el motivo de mi pregunta.

— ¿Esa es tu primera pregunta después de perder litros de sangre? ¿Si tu esposa ha estado en la habitación? ¿No sería mejor asegurarte de que vas a estar bien?

— ¡Deja de decir tonterías! He estado mucho peor que ahora y he salido adelante.

— Pero un día no lo conseguirás, necesitas ser más prudente, Mikhail. Como lo era tu padre... si no, no llegarás a la edad que él alcanzó.

— No es momento para sermones, Loren, solo responde a la pregunta que te he hecho.

Ella respira hondo, dejando salir todo el aire de sus pulmones.

— Olivia estuvo contigo toda la noche, la mitad del tiempo aquí y la otra mitad en la capilla del hospital rezando por ti.

— ¿Estás segura?

Entonces no fue un sueño, realmente dijo esas palabras.

“Ponte bien, Mikhail... vuelve conmigo, por favor.”

— ¡Claro que estoy segura! Ahora déjame contarte cómo estás —dice, impaciente, interrumpiendo mis pensamientos.

— Está bien, dime.

— Mikhail, perdiste mucha sangre. Tu herida se abrió, pero los médicos consiguieron controlar la hemorragia y estabilizarte. Tuviste mucha suerte.

— La suerte no tiene nada que ver con esto. Ya te he dicho, he sobrevivido a cosas peores.

Loren me lanza una mirada seria. Está acostumbrada a mi terquedad, pero también sabe que es necesario ser realista ante las circunstancias.

— Tal vez. Pero eso no significa que debas ignorar la gravedad de la situación. Tienes que cuidarte, Mikhail. Ahora eres el *Pakhan*, no puedes seguir actuando como un soldado cualquiera.

Sé que hay verdad en sus palabras, aunque no me guste escucharlas.

— ¿Dónde está Olivia?

— Se fue a casa. No me pareció prudente dejarla quedarse; después de todo, está embarazada y necesita descansar.

— Hiciste lo correcto, gracias, Loren. ¿Y cuándo saldré de este lugar?

— Como tenemos todo lo necesario para tus cuidados en casa, creo que mañana mismo, solo necesitamos asegurarnos de que estás estable.

— Acelera el proceso para que pueda volver lo antes posible.

— Está bien, jefe —responde ella.

— Vete a casa también y descansa un poco, Loren —digo, viéndola abrir la boca para protestar, pero la interrumpo antes—. Estoy rodeado de médicos, no va a pasarme nada, descansa

un poco.

Loren respira hondo, asintiendo con cierta reticencia. Se levanta de la silla junto a la cama, ajustando su blusa blanca mientras me dedica una última mirada preocupada.

— Está bien —dice finalmente—. Pero volveré en breve. Si necesitas algo, aprieta el botón para llamar a la enfermera.

Asiento, agradeciendo silenciosamente su presencia y cuidado. Una vez que Loren sale de la habitación, me quedo solo, envuelto en la quietud del hospital. Mi mente divaga y llega hasta Olivia. Siento una sensación diferente en el pecho al recordarla y a todo lo que ha pasado en los últimos momentos, desde dormir con ella y el beso en el que la sentí entregarse sin reservas, como si ya no quisiera negar su deseo, hasta verla llorar por mí y rezar por mí...

¿Qué me está pasando y por qué todo esto me hace sentirme tan diferente? ¿Qué maldita sensación es esta que late en mi pecho? He sentido atracción por un sinfín de mujeres, pero nada como esto, nada como este sentimiento que parece llenar todo mi pecho y expandirse cada vez más.

¡Maldita sea! ¿Qué es esto?

Estoy enamorado de Olivia.

La conclusión me golpea como un rayo y solo al darme cuenta de ella, me doy cuenta de lo jodido que estoy.

Estoy enamorado de la hija de mi peor enemigo, la última mujer en la Tierra que podría desear, la última mujer que debería amar...

Mi corazón parece latir descontrolado, como si intentara escapar de mi pecho en busca de la libertad que me es negada. La revelación de que estoy enamorado de Olivia es como un puñetazo en el estómago, una verdad brutal que me deja sin aliento. ¿Cómo pude ser tan estúpido? ¿Cómo puedo permitir que sentimientos tan malditos florezcan dentro de mí?

Soy Mikhail Ivanov y no hago nada que no quiera hacer, y no quiero estar enamorado de una Gorbachev, no puedo y no lo haré.

Siento la certeza dominar cada parte de mi cuerpo. Pero es en el preciso momento en que miro hacia la puerta, que veo sus ojos.

Olivia está de pie frente a mí, vacilante. Sus manos se tocan entre sí, mostrando cierta timidez, pero sus ojos, esos inmensos ojos, me miran con tanta... ¿tanta felicidad? ¿Felicidad por verme despierto? ¿Por verme bien?

Cada una de las certezas que tenía hace un segundo se desmoronan al mirar sus ojos, al tener su presencia delante de mí.

— Mikhail... —su voz vacilante comienza, sin parecer saber cómo acabar la frase.

— Estoy bien, princesita —digo, y la veo acercarse rápidamente, pegando su rostro con cuidado a mi pecho.

— Gracias a Dios —susurra.

Siento mi respiración detenerse por un segundo, el olor de su cabello entra en mis poros, y siento toda la electricidad que mi cuerpo emana cuando ella está cerca de mí.

Nada más puede hacerse, mi destino ha sido sellado.

Olivia se aparta ligeramente y la veo mirarme, aunque su rostro parece aliviado por verme, aún muestra signos claros de cansancio y estrés. Toque su rostro y lo acaricio, sintiendo mi mano grande, con tatuajes rudos y masculinos, contrastar con la piel suave, dulce y delicada de Olivia. Su mano se eleva hacia la mía y su toque, su simple toque hace que mi cuerpo se sienta tranquilo, cómodo... bien de una manera que nunca antes había sentido. Ella está aceptando mi cariño, ella me está aceptando.

— A partir de ahora, las cosas serán diferentes, Olivia —digo y veo que su expresión se torna ligeramente confundida.

— ¿Cómo así? —pregunta, con sus ojos mirándome llenos de sentimientos.

Acaricio un poco más su rostro y veo cómo esboza una pequeña sonrisa discreta.

Es curioso cómo ciertas cosas suceden; hay muchas que no notamos cuando realmente se concretan. Ni siquiera sabía que tenía un maldito corazón latiendo en mi pecho de acero, y ahora puedo ver el preciso momento en que acepté que late por una única mujer.

Tan simple como el día es claro y la noche oscura, me doy cuenta de que estoy enamorado de Olivia Gorbachev, y ahora ella es mía y no la soltaré nunca más.

— A partir de ahora, todo será diferente —repito, sintiendo toda la certeza de lo que haré —. A partir de ahora seré el mejor hombre que pueda ser para ti y para este bebé que crece en tu vientre.

Los ojos de Olivia me estudian como si no creyeran en mis palabras, pero algo de repente cambia y su mirada se transforma, volviéndose ligeramente emocionada, y veo cómo sus ojos empiezan a humedecerse.

— A partir de hoy eres mi reina, Olivia, y yo seré tu fiel rey.

Ella ya no es una Gorbachev, ¡sino una Ivanov!

Olivia Ivanov es mi esposa y lo será en todos los sentidos de la palabra... ella será mía y yo seré suyo de ahora en adelante.

CAPÍTULO 33

Olivia

— A partir de hoy eres mi reina, Olivia, y yo seré tu fiel rey —dice Mikhail.

No sabría decir por qué sus palabras me impactan tanto, cómo su mirada y la forma firme en que lo dice hacen que mi corazón se expanda, como si, a pesar de la situación y de que está herido, una felicidad dominara mi ser. Mikhail sostiene mi rostro entre sus manos, sus ojos intensos capturan los míos y una ola de alegría recorre mi cuerpo.

— Eres mi princesita —dice él, pero aunque ya lo haya dicho infinitas veces, ahora, de algún modo, me suena diferente.

De repente, todas las incertidumbres y miedos que me atormentaban parecen desvanecerse ante la determinación en sus ojos. Me siento envuelta por una aura de protección y cuidado, como si finalmente encontrara un refugio seguro en medio de la tormenta.

— Acepto, Mikhail —digo, con la voz entrecortada por la emoción—. Acepto ser tuya.

Mikhail abre una sonrisa, una sonrisa que solo él sabe dar. Atractiva, encantadora, confiada. ¿Cómo puede alguien ser tan guapo al sonreír?

— Pensé que nunca aceptarías, princesita.

— Eso es para demostrar que no eres el dueño de la verdad.

Él suelta una risa sonora.

— Sí que lo soy.

— Hablaremos de eso después, ahora quiero que descanses. Has perdido mucha sangre, estás debilitado.

— Me siento bien —dice él, rechazando el descanso.

— No es así, Mikhail, necesitas descansar. Y, después de todo, ¿qué pasó? ¿Por qué te atacaron?

— Es difícil de decir. Cuando estás en este mundo, hay un puñado de personas contra ti. Puedo pensar rápidamente en al menos tres sospechosos. Pero no te preocupes, todo está bajo control.

Una angustia palpita en mi pecho al escuchar sus palabras. Nunca había pensado en cómo Mikhail podría no tener la misma suerte la próxima vez.

— ¿Mi padre está en esa lista?

Él suspira y me mira, parece estar ponderando antes de decir algo.

— Quiero saber —insisto.

— Está en la cima de la lista, princesita.

— No entiendo... siempre ha sido un buen padre, o al menos, parecía intentarlo. ¿Cómo puede ser tan horrible? ¿Cómo no me di cuenta?

— Has vivido toda tu vida en un internado, Olivia. Es fácil aparentar ser una buena persona en pocos días u horas.

— Pero, ¿por qué se esforzaría en eso? ¿Por qué fingir para mí que es alguien bueno?

— Sinceramente no sé cómo funciona la mente retorcida de tu padre, pero algo me dice que tiene mucho que ver con el poder de la manipulación; es un maestro en eso. Así es como consiguió engañar a toda nuestra organización durante tanto tiempo.

Respiro hondo, sintiendo que la conversación empieza a afectarme más de lo que me gustaría, y luego digo:

— No quiero seguir hablando de él.

Mikhail asiente con la cabeza y respira hondo antes de cambiar de tema.

— ¿A quién tengo que matar para conseguir una taza de café expreso por aquí?

— A mí —digo, entrecerrando los ojos al mirarlo—. No hay forma de que te deje tomar un café expreso en tu situación.

— Ya he estado...

— ...peor —completo su frase antes de que termine—. Lo sé, ya lo has dicho, pero antes no me tenías a mí. Ahora las cosas serán diferentes.

— Me gusta tu lado mandón, princesita —responde Mikhail, esbozando una media sonrisa traviesa.

De repente, al observarlo, me invade una sensación terrible de miedo.

— Mikhail, ¿y si... —comienzo, pero él me interrumpe con una mirada seria.

Parece saber exactamente qué pensamientos rondan mi mente.

— No pienses en nada, Olivia. Yo me encargaré de todo. Siempre.

Su voz es firme, como un juramento. Pero, aun así, el miedo sigue insinuándose en mi mente. El mundo en el que vive, lleno de peligros y traiciones, es tan distante de lo que conozco. Verlo sangrar, verlo herido... Oh Dios, qué sensación tan terrible. Solo pensar que podría pasar por eso otra vez me hace temblar.

— ¿Y si... y si eso vuelve a ocurrir?

Se acerca, sus ojos buscando los míos con intensidad.

— Nunca te preocupes por eso, princesita. Siempre estaré aquí para protegerte. Nada nos separará. Nada.

Lo miro, aún sin estar del todo segura, y lo escucho continuar:

— Me cuidaré mejor, te lo prometo.

— Gracias —digo con un suspiro de alivio.

Escucho un toque suave en la puerta ya abierta y veo al médico entrando en la habitación con una expresión tranquila. Se acerca a la cama de Mikhail y dice que necesita realizar algunos exámenes para asegurarse de que todo está bien.

— Señor Ivanov, solo vamos a revisar algunas cosas para garantizar una recuperación adecuada.

Decido que es el momento de salir para permitir que hagan su trabajo.

— Los dejaré en paz para los exámenes. Si me necesitas, Mikhail, estaré tomando un café aquí fuera.

Mikhail asiente ligeramente en respuesta. Salgo de la habitación y me dirijo a la zona común del hospital.

Camino por el pasillo, decidida a encontrar una máquina de café. Necesito algo fuerte. Encuentro una al final del pasillo y, aliviada, comienzo a usarla, eligiendo la opción de expreso.

Mientras espero, siento una presencia acercándose por detrás. Mis sentidos alerta me hacen girar cautelosamente. Es Sergey, uno de los hombres de confianza de Mikhail. Su rostro es serio, pero su mirada transmite una mezcla de preocupación y determinación.

— Señora Olivia, ¿cómo está él? —pregunta Sergey, con su voz grave resonando en el pasillo.

Respiro hondo antes de responder, tratando de mantener la calma.

— Está pasando unos exámenes ahora. El médico parece confiado en su recuperación.

Sergey asiente, pareciendo sentirse un poco aliviado.

— Es demasiado terco para su propio bien.

Sonrío levemente, asintiendo.

— Estaremos atentos a cualquier movimiento sospechoso.

En ese momento, la máquina de café emite un sonido, indicando que mi expreso está listo. Cojo la taza, agradeciendo mentalmente por esta pequeña distracción.

— Con permiso, señora —dice Sergey y rápidamente se aparta.

Me acomodo en uno de los asientos del pasillo del hospital, sosteniendo la taza de café entre las manos. El aroma fuerte y reconfortante parece traer un poco de normalidad al torbellino

de emociones que estoy atravesando. Tomo un sorbo, sintiendo el líquido caliente descender por mi garganta, y cierro los ojos por un momento, buscando claridad en medio del caos.

A mi lado, siento que alguien se sienta. Abro los ojos y lo miro. Es un hombre alto y muy corpulento, casi ocupando dos bancos. Es extremadamente atractivo y tiene los mismos rasgos que Mikhail, aunque parece un poco mayor.

— Es una pena que tengamos que conocernos en esta situación —dice, mirando al vacío sin dirigirme la mirada.

Su aura, al igual que la de Mikhail, es sombría, pero al mismo tiempo poderosa.

— ¿Eres Grigory?

Él esboza una pequeña sonrisa de lado y se gira para finalmente mirarme.

— En carne y hueso. Es un placer, Olivia Gorbachev.

— Ivanov —lo corrijo, y lo veo levantar ambas cejas en sorpresa, aunque su expresión sigue siendo dura y contenida.

— Sabes que él no hará lo que te prometió, ¿verdad? —dice, volviendo a mirar al frente sin volver a dirigirme la mirada.

— ¿De qué estás hablando?

— No va a cuidar de sí mismo; eso no es propio de mi hermano pequeño.

¿Estaba escuchando nuestra conversación?

— Las cosas son diferentes ahora —digo, sujetando la taza con más firmeza.

Grigory sonríe fríamente, con la mirada fija en el horizonte. Su postura es imponente, como si cada fibra de su ser irradiara poder y determinación.

— No, no lo son —responde con voz grave y firme—. Puedes pensar que las cosas han cambiado, pero su naturaleza sigue siendo la misma. Mikhail es impulsivo, terco, y lo que se avecina es mucho mayor de lo que puedes imaginar.

Mi corazón se aprieta con sus palabras, pero me niego a ceder a la inseguridad.

— Prometió que cuidaría mejor de sí mismo. Yo confío en él.

Grigory suelta una risa breve y cínica, con los ojos encontrando los míos con intensidad.

— Eres ingenua, Olivia. Mi hermano está visiblemente enamorado de ti, eso es innegable, pero es un soldado hasta el final. Y los soldados, especialmente los buenos, rara vez priorizan su propia seguridad.

Escuchar esto de Grigory, con toda su aura intimidante, hace que mi estómago se revuelva de nerviosismo.

— ¿Qué se avecina? —pregunto, insegura.

Grigory me mira un momento, como si estuviera ponderando sus próximas palabras. Finalmente, suspira, pareciendo resignado.

— Olivia, escucha atentamente lo que voy a decirte. Es mejor que no confíes en la pasión que mi hermano siente por ti. Cuando descubra lo que ha hecho tu padre contra nuestra familia, probablemente no querrá tener nada que ver con un Gorbachev.

Sus palabras caen sobre mí como un cubo de agua fría. ¿Qué está insinuando? ¿Qué ha hecho mi padre que pueda influir en los sentimientos de Mikhail por mí?

Antes de que pueda formular cualquier pregunta, Grigory se levanta, ajustando su traje con una elegancia imponente. Sus ojos, serios y penetrantes, encuentran los míos por un breve momento antes de que se aleje, dejándome con un torbellino de pensamientos.

¿Qué ha hecho mi padre? ¿Qué ha hecho mi padre que Mikhail aún no sabe?

CAPÍTULO 34

Mikhail

— Dime, ¿qué ha pasado en mi ausencia? —pregunto, mientras me siento en el sillón de mi habitación, sintiendo mi cuerpo aún dolorido por las balas que recibí.

Mis músculos protestan con cada movimiento mientras me acomodo en el sillón, agradeciendo al menos estar en la comodidad de mi habitación y no en ese maldito hospital.

— Todavía te estás recuperando, jefe. Grigory y yo podemos encargarnos de las cosas — dice con una calma familiar mientras ajusta el cuello de su camisa con un toque meticuloso.

Siempre ha sido así, práctico y directo al grano, especialmente en momentos como este.

— No, no hay tiempo que perder. Necesito ponerme al día, Sergey —respondo con firmeza, ignorando el dolor punzante que recorre mi cuerpo—. ¿Qué ha pasado mientras estaba fuera?

Sergey me mira con una mezcla de obediencia y preocupación. Se acerca, adoptando una postura más seria, reflejando la gravedad de la situación.

— Todo indica que, dado que fuimos atacados por los albaneses, el ataque fue orquestado por Gorbachev.

— ¡Maldito hijo de puta! —gruño—. ¿Y qué más?

— También creemos que fue Viktorina quien envió al hombre que quería hablar con usted, pero que fue baleado antes de decir algo. Aunque tuvimos suerte, Vito Falcone nos indicó dónde podemos encontrarla.

Honró nuestro acuerdo.

— ¡Entonces vamos a buscarla! —declaro, esforzándome por levantarme con una determinación feroz.

Pero al intentar levantarme, una fuerte punzada recorre mis heridas, haciendo que cierre los dientes en respuesta al dolor ardiente que se extiende por mi cuerpo. Sergey avanza rápidamente para ayudarme, con una expresión preocupada en su rostro.

— Jefe, necesitas descansar. No estás en condiciones de salir ahora. Déjanos encargarnos de esto —insiste, sujetándome del brazo con un cuidado firme.

Respiro hondo, intentando controlar el dolor y la frustración que hierven dentro de mí. Tiene razón. No puedo arriesgarme en mi estado actual. Aún queda mucho por hacer, y no puedo permitir que mi imprudencia lo eche todo a perder.

— ¡Encuétrala y tráela aquí! —digo entre dientes—. Solo ella me impide destruir de una vez por todas al hijo de puta de Gorbachev. Después de recuperar lo que me ha robado, podré eliminarlo dolorosamente.

— No será fácil, señor. Su ubicación está en Rusia, en una zona a la que ni la UMBRA ni ninguna mafia asociada tienen acceso.

— Ten cuidado, esta mujer es demasiado importante para que la perdamos. Haz lo que sea necesario, reúne a nuestros mejores hombres, pero sé cauto.

Sergey asiente y, cuando miro hacia la puerta, veo a Olivia. Ella sostiene una bandeja y nos observa, ligeramente incómoda.

— Con permiso —dice Sergey y se retira, dejándonos a solas.

Olivia se acerca con cautela, sus pasos resonando en el suelo de madera de la habitación. Me acomodo de nuevo en el sillón, intentando disimular el dolor que aún me consume.

— ¿Cómo te sientes? —pregunta, su voz suave contrastando con la intensidad del momento.

— Estoy bien, ya te he dicho que no necesitas preocuparte tanto por mí.

— Es difícil no preocuparme cuando tienes dos agujeros en el pecho —responde, ligeramente irritada.

— Estás encantadora, así de mandona.

— He traído una sopa y unos panes para ti —dice, haciendo una mueca mientras deja la

bandeja en la mesa junto al sillón.

— Ven aquí —digo, tocando su mano.

Olivia levanta la vista sorprendida cuando la atraigo suavemente hacia mi regazo, ignorando cualquier protesta silenciosa que pueda tener. Su cuerpo tenso se relaja gradualmente mientras nos acurrucamos, a pesar del dolor punzante que aún siento en el pecho.

— No deberías esforzarte tanto. Necesitas descansar y recuperarte por completo — insiste, pero su voz ya no tiene la misma firmeza, cediendo al confort de la proximidad.

— No hay mejor remedio para mi recuperación que tenerte en mi regazo, princesita — digo, y la veo sonrojarse ligeramente.

Olivia suspira, resignada al hecho de que no voy a ser disuadido tan fácilmente. Enrolla sus brazos alrededor de mi cuello, su toque proporcionando un consuelo que va más allá de las palabras. Por un momento, el peso de las preocupaciones y las heridas parece más ligero, diluido en la calma que encontramos juntos.

— Quizás un beso, eso podría ser un remedio aún mejor.

— ¡Mikhail! —me reprende Olivia—. ¿Cómo puedes pensar en esas cosas estando todavía tan debilitado?

— ¿Cómo no iba a pensar en eso con una mujer tan encantadora como tú sentada en mi regazo, tan cerca de mí?

— Necesitas recuperarte.

— ¡Un beso no me matará!

— La última vez casi lo hace —recuerda ella, y yo suelto una sonrisa débil.

— Tienes razón, no puedo ir en contra de tus palabras, pero aún así quiero un beso.

— No vas a desistir, ¿verdad?

— No conozco esa palabra.

Olivia se inclina, sus labios rozando suavemente los míos en un breve beso. Siento la

suavidad de su toque y disfruto tenerla tan cerca.

— Otro más —murmuro, casi como una súplica.

Ella cede, sus labios encontrando los míos de nuevo en otro breve contacto. Es como una chispa, encendiendo una llama dentro de mí, una llama que anhela más calor, más cercanía.

— Otro —solicito, esta vez con más convicción.

Olivia suspira, entrecerrando ligeramente los ojos, y veo que cede una vez más. Esta vez, mi mano encuentra la suya y hago que nuestros labios permanezcan más tiempo juntos antes de abrirlos lentamente, iniciando un beso cálido y delicioso. Olivia se deja llevar mientras mi lengua explora la suya, disfrutando del sabor tan especial que tiene. Pero parece volver rápidamente a la realidad.

— Eres insaciable, Mikhail —bromea suavemente cuando finalmente nos separamos.

— Solo cuando se trata de ti, princesita —respondo con una sonrisa.

Ella sacude la cabeza con una risa suave, sus ojos encontrando los míos con ternura.

— Me vas a matar de preocupación algún día.

— Solo si es por no tener suficientes de esos besos —bromeo, intentando restar algo de gravedad al momento.

Ella sacude la cabeza, pero no puede esconder la sonrisa que danza en sus labios.

— Eres imposible.

— Pero irresistible, admítelo —respondo con una mirada traviesa.

Olivia suelta una risa, sacudiendo la cabeza una vez más antes de levantarse de mi regazo, y mi cuerpo entero odia la sensación de haber perdido el contacto con ella.

— Te dejaré descansar ahora —dice y se aleja de mí.

Olivia se va sin darme tiempo a responder, y todo lo que puedo ver es su silueta hermosa y voluptuosa alejándose, dejándome solo con su dulce aroma en el aire.

Una sonrisa aparece en mi rostro, confirmando que estoy completamente enamorado de

esta mujer.

Estoy jodido, completamente jodido.

CAPÍTULO 35

Olivia

Tres semanas después

El tiempo ha pasado como un rayo desde aquella noche turbulenta en el hospital. Ahora, tres semanas después, me encuentro entrando en el sexto mes de mi embarazo. Mi barriga ya está prominente, un claro signo del milagro que está creciendo dentro de mí.

Seis meses, seis meses desde que todo ocurrió.

Mirando a Mikhail, que está de pie junto a la ventana del salón, veo cómo se ha recuperado desde aquel día y puedo decir que está hecho un toro. Nunca he visto a nadie recuperarse tan rápidamente de un disparo como él, aunque no conozco a muchas personas que hayan sido baleadas antes. De hecho, no conozco a nadie que haya recibido un tiro, pero sé que la mayoría no se recuperaría como Mikhail.

Sé que todavía no está al 100% recuperado, ni en la cúspide de su fuerza, pero dudo mucho que alguien dijera que estuvo ingresado hace tres semanas por dos balas en el pecho.

Su fuerza y determinación parecen haber aumentado, pero algo me dice que se avecina algo que romperá la calma que se ha asentado mínimamente en las últimas semanas. Algo me alerta de que Mikhail está preparándose para algo.

Sujeto firmemente la carta que tengo en las manos, tratando de disipar estos pensamientos, y vuelvo mi atención a las palabras que leo:

“Olivia,

Hace tiempo que no tengo noticias tuyas, así que más te vale empezar a escribirme de nuevo, o pensaré que estás tirada en alguna cuneta. Espero que esta falta de noticias sea porque, finalmente, te has enamorado de tu peligroso marido y estés

demasiado ocupada entre gemidos y orgasmos. En caso contrario, ¡no estarás perdonada!

Si ya estás cansada de escribir y quieres comunicarte de manera más tradicional, avísame. Te llamaré o, quién sabe, quizá puedas visitarme cuando quieras.

Creo que tengo noticias inminentes. Aún es pronto para saberlo, pero tengo la impresión de que anoche me quedé embarazada. Sí, casi puedo sentir el esperma de Demétrios encontrando mis trompas y asentándose en ellas. ¿Crees que Lili se pondrá celosa? ¡Oh Dios, espero que no!

En fin, mándame noticias, Liv. Te echo de menos... te amo.”

Suelto una risa sincera al leer las palabras de Elora.

Es, sin duda, la persona más divertida e ingeniosa que conozco... cómo la echo de menos, sus palabras... su compañía. Con la recuperación de Mikhail, realmente estuve un tiempo sin escribirle, pero aunque al principio pensé que esta forma de comunicación era completamente aburrida, ahora me parece perfecta.

Me encanta cuando llegan sus cartas y puedo sentarme tranquila a leer sus palabras. A veces me decepciona cuando dice pocas cosas o cuando leo la carta demasiado rápido.

— ¿De qué te ríes tanto, princesita? —pregunta Mikhail, sentándose cerca de mí.

— Es una carta de Elora, mi amiga.

— Ah, sí, la esposa del juez —dice con un leve giro de ojos.

— ¿Y eso? —pregunto, curiosa.

— Ese maldito Nikopoulos es uno de los pocos jueces de Manhattan que la UMBRA no ha conseguido corromper.

— ¿Y eso es malo? Hablas como si estuviera cometiendo un crimen.

— Bueno, para los negocios no lo es, pero... —dice, desviando ligeramente la mirada y pareciendo un poco... ¿preocupado?

— ¿Pero qué?

— Si algo me ocurre, me sentiré un poco más tranquilo sabiendo que puedes confiar en alguien fuera de nuestra organización.

— ¿De qué estás hablando? ¿Por qué dices esto ahora?

El presentimiento... realmente parece que está esperando algo.

— Quiero que te vayas unos días, Olivia —dice, y no me parece una petición, sino una orden—. Las cosas están empezando a complicarse.

— ¡No pienso ir a ninguna parte! —vocifero.

Mikhail esboza una leve sonrisa cínica al mirarme, y entiendo rápidamente la razón de esa sonrisa en sus labios.

— ¿Quién lo diría, princesita? Que estarías gritando con todas tus fuerzas para no alejarte de mí, cuando antes todo lo que querías era salir de aquí.

— Las cosas son diferentes ahora —respondo, ligeramente avergonzada.

— Menos mal que lo son —Mikhail se acerca y me hace levantar mientras entrelaza sus manos alrededor de mi cuerpo—. Será solo por un tiempo, te lo prometo. Solo hasta que tengas al bebé y puedas llevar tu embarazo en calma.

— ¿Qué está pasando? —pregunto, mirándolo a los ojos, y lo veo desviar la mirada ligeramente—. ¡Contéstame! Quiero saber.

— La UMBRA está atravesando muchos cambios, y Falcone y yo somos el centro de ellos. No es seguro para ti quedarte aquí... sin mencionar a tu padre, que es completamente impredecible.

Respiro hondo y trato de no pensar demasiado en lo que dice sobre mi padre.

— Es mi padre, nunca haría nada en mi contra.

Mikhail me mira y veo que no va a contradecirme, aunque parece no estar de acuerdo con mis palabras.

— ¿Y tú?

Mikhail esboza una sonrisa de medio lado.

— Yo estaré bien.

Lo miro, intentando leer sus expresiones, tratando de entender qué pasa por su mente, pero Mikhail es como una caja fuerte; no se puede extraer nada de sus ojos o de sus expresiones, a menos que él quiera revelarlo.

— Por favor... —comienza, y estas son palabras que rara vez salen de sus labios—. Estaré más tranquilo y tendré más fuerzas si sé que estás a salvo.

Mikhail me mira con esa confianza inquebrantable que siempre lo ha caracterizado. Es como si estuviera convencido de que todo saldrá bien, aunque yo todavía tenga mis dudas y preocupaciones.

— Dijiste que siempre estaría segura a tu lado. ¿Por qué quieres alejarme ahora?

— Porque las cosas han cambiado. Ahora estamos en guerra y necesito ganarla, pero no lo lograré si estás aquí.

— ¿Por qué no?

— Porque serías mi prioridad, y en una guerra la prioridad debe ser vencer. Eres mi punto débil, Olivia.

Respiro hondo, asimilando sus palabras y tratando de controlar la avalancha de pensamientos que inunda mi mente. Necesito ser racional, protegerme a mí misma y al bebé. Pero, al mismo tiempo, no puedo simplemente huir sin entender completamente la situación.

— ¿Y adónde iría?

— Tengo una isla, pocas personas conocen su ubicación. Estarás completamente segura allí.

Respiro profundamente, intentando calmar mi mente agitada. Es difícil aceptar esta situación, aceptar que todo a mi alrededor está tan convulso. Pero, al mismo tiempo, sé que necesito confiar en Mikhail, aunque eso signifique alejarme temporalmente de él.

— Está bien, Mikhail. Iré a esa isla. Pero, por favor, prométeme que me mantendrás informada sobre lo que está pasando. Prométeme que te protegerás.

Mikhail me mira un momento, sus ojos profundos parecen contener más de lo que puedo leer. Finalmente, asiente con la cabeza.

— Lo prometo, Olivia. Haré todo lo que esté en mis manos.

Algo me hace pensar que Mikhail dice estas palabras solo para tranquilizarme, pero no tengo más opción que confiar en él y seguir adelante.

Guardo la carta de Elora en mi bolso, sabiendo que tendré tiempo para releerla y responder cuando esté en la isla. Luego, miro a Mikhail con determinación.

— Está decidido entonces. Prepárate, te llevaré lo más rápido posible.

— ¿Pero ya? ¿Tan pronto?

Mikhail coloca sus manos en mi rostro, haciéndome mirar a sus ojos, y en ellos hay una chispa, una profundidad, algo que no consigo descifrar. Luego, su voz suena firme:

— Será solo por un tiempo, Olivia. Lo prometo. Sé que apenas hemos tenido tiempo juntos, y te prometo que todo saldrá bien, pero por ahora necesito que hagas esto. Necesito que te vayas lo más rápido posible de aquí.

Mikhail me envuelve en su abrazo con firmeza, como si quisiera transmitirme fuerza y protección a través de ese gesto sencillo.

Con un nudo en la garganta, devuelvo el abrazo, intentando convencerme de que todo estará bien. Pero, en el fondo, sé que el futuro es incierto y que muchos desafíos aún están por venir. La única cosa que puedo hacer es confiar en Mikhail y prepararme para lo que está por venir.

CAPÍTULO 36

Olivia

La maleta está abierta frente a mí, pero hace tiempo que no he metido nada dentro. Siento un leve cansancio y me siento en la cama, dejando que mi cuerpo se relaje durante unos minutos. Cierro los ojos y trato de no pensar en nada hasta que lo escucho:

— ¿Por qué no has pedido a una de las empleadas que lo haga? — La voz grave de Mikhail invade la habitación y abro los ojos para verlo.

Está apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados. Es increíble cómo se ha recuperado tan rápidamente; hace unas semanas apenas podía levantarse sin dolor, y ahora ya está a toda máquina.

— No me gusta incomodarlas sin necesidad —digo, y lo veo sonreír y acercarse.

— Eso no es una molestia, Olivia, y estás embarazada, necesitas cuidarte lo máximo posible.

— Aún así, me gusta sentirme mínimamente independiente, y creo que puedo hacer una simple maleta sin ayuda de nadie.

Mikhail toca ligeramente su mentón mientras una pequeña sonrisa juega en sus labios.

— ¿Ni siquiera yo? —pregunta.

— Nunca debes haber hecho una maleta en tu vida.

— En realidad nunca he hecho una, pero no debe ser tan difícil. Al fin y al cabo, solo se trata de doblar y meter algunas prendas en una maleta.

— No es solo eso.

— ¿Ah, no? — Mikhail levanta una ceja, desafiante.

— No. Se trata de elegir las prendas adecuadas para la ocasión, asegurarse de tener todo lo que necesitas sin exagerar con el equipaje. Es sobre prever las eventualidades, pensar en las combinaciones, en los momentos en que vas a necesitar algo específico. Hacer una maleta es casi un arte.

Me mira con una mezcla de curiosidad y diversión, como si estuviera considerando seriamente mis palabras.

— ¿Un arte, dices? —repite, casi como si estuviera saboreando la idea.

— Sí, necesitas práctica e intuición para realmente dominarlo.

Mikhail sonríe ligeramente, como si aceptara el desafío.

— Entonces, tal vez sea el momento de aprender ese arte.

Le devuelvo la sonrisa, sintiéndome satisfecha por haberlo intrigado con algo tan simple como hacer una maleta.

Mikhail se acerca a la cómoda y comienza a elegir algunas prendas, examinando cada una con curiosidad.

— ¿Entonces, por dónde empezamos? —pregunta, cogiendo una camiseta y doblándola de manera torpe.

Me suelta una risa suave.

— Primero, necesitamos pensar en el motivo del viaje. Dado que es una fuga, y no de ocio, y considerando que estoy embarazada, necesito prendas cómodas.

Mikhail asiente, mostrando interés en el proceso. Mientras continúa seleccionando algunas piezas, mi atención se centra en la pila de lencería que está acumulando.

— Mikhail, ¿por qué estás cogiendo tanta lencería?

— Porque me encantará verte con ella.

— ¡Si ni siquiera vas a estar allí!

— Puede que no esté allí todo el tiempo, pero tengo la intención de hacer alguna que otra

visita a la isla para ver cómo estás. Y probablemente querré verte en cada rincón de ese lugar — responde con una sonrisa traviesa, haciéndome reír.

Un calor invade mi cuerpo solo al escucharlo, y suspiro, moviendo ligeramente la cabeza mientras seguimos seleccionando la ropa adecuada para el viaje. Observo a Mikhail doblar las prendas con algo más de destreza, demostrando que está empezando a cogerle el truco.

No pasa mucho tiempo hasta que todas las piezas están en la maleta y Mikhail la cierra, empujándola lejos de nosotros. Se sienta a mi lado. Mikhail tiene un aura diferente ahora; sigue emanando toda la energía peligrosa que siempre ha tenido; su mirada, sus gestos, su forma de hablar, todo denuncia cuán confiado es, cuán sensual sin ni siquiera intentarlo. Pero lo que realmente ha cambiado es su forma de comportarse conmigo, casi como si intentara ser lo más amable y caballeroso posible para que me sienta cómoda.

— Gracias —digo, y lo veo mirarme sorprendido.

— ¿Por qué?

— Por esforzarte. Sé que hacer la maleta debe ser completamente aburrido para ti.

— Nada es aburrido a tu lado, princesita.

Siento una felicidad que me invade y pronto Mikhail se acerca y me mira fijamente antes de posar sus labios en los míos en un breve beso. Luego se aleja con un gesto suave y lleno de ternura. Sus ojos encuentran los míos con una amabilidad que contrasta con la intensidad que siempre ha emanado de él. Es como si cada toque estuviera calculado para transmitir seguridad y cariño.

Se aproxima y me envuelve en un abrazo. Mi corazón late más rápido y siento un calor que se extiende por todo mi cuerpo. Cierro los ojos, entregándome al momento y dejándome envolver por su presencia. Sus brazos me rodean en un abrazo firme y posesivo, y me siento protegida y amada.

— Nunca más estarás sola —susurra contra mi cuerpo—. Siempre te protegeré.

Me separo de su abrazo y lo miro antes de decir:

— Lo sé.

Mikhail sonríe, una sonrisa tan hermosa que me hace pensar que nunca tuve ninguna oportunidad contra él. Nunca he podido resistirme a nada relacionado con Mikhail Ivanov.

Toca mi rostro y lo acaricia, observándome con atención, antes de decir:

— Te amo, Olivia. — Sus palabras me sorprenden; entran en mi piel, haciéndome estremecer instantáneamente.

Abro la boca para responder, pero me interrumpe rápidamente con sus dedos, que tocan mis labios.

— No digas nada. Sé que es muy pronto, sé que quizás aún no te has enamorado de mí, pero yo me he enamorado de ti, y por eso quiero decirte: te amo, Olivia. — Repite al tocar mi rostro de nuevo, acariciándolo—. La única cosa que no podría soportar, y que dolería más que las balas que recibí, sería oír que tu amor no es correspondido. — Suspira antes de continuar y ahora me mira a los ojos—. Por eso, solo dímelo cuando lo sientas.

Antes de que pueda responder, Mikhail acerca sus labios a los míos, y es como si el mundo a nuestro alrededor desapareciera. Sus labios están hambrientos y llenos de necesidad, como si necesitara ese beso más que el aire.

Sus labios me envuelven, y el beso comienza con una temperatura alta, cargado de lujuria y deseo. Siento sus manos agarrar mi cintura, su cuerpo presionando el mío, firme y seguro, mientras me guía suavemente hacia atrás. Sus labios son cálidos e insistentes.

Cuando siento mi espalda tocar el colchón, me doy cuenta de que Mikhail se mueve con la misma precisión calculada de antes. No se apresura, a pesar de toda la energía contenida en ese beso. Sus manos deslizan por mi cintura, acariciando lentamente mis curvas, mientras sigue besándome con un deseo profundo e intoxicante.

Coloco mis manos en su cabello, tirando ligeramente para acercarlo más. Mikhail presiona su cuerpo contra el mío, cada línea de sus músculos transmitiendo la fuerza y seguridad que siempre ha tenido. El beso se vuelve cada vez más intenso, cada vez más lleno de pasión. Mikhail me toca con una delicadeza casi contradictoria con su beso fervoroso, pero siento que hay una profundidad en sus gestos, una certeza de que quiere que este momento dure para siempre. Sujeta mi rostro con las manos, como si yo fuera algo frágil y precioso que no dejará caer.

Siento una mano bajar por mi muslo, mientras él levanta ligeramente mi pierna para envolverlo, acercando aún más nuestros cuerpos.

— Hazme tuya de nuevo, Mikhail —digo entre besos, con un suspiro—. Quiero que tomes mi cuerpo para ti.

Mis palabras parecen avivar aún más el deseo de Mikhail, que me mira con la mandíbula tensa y una lujuria que parece emanar de sus poros. Me observa con una intensidad que casi detiene mi corazón, pero al mismo tiempo, me siento completamente segura, sabiendo que estoy donde debería estar. Sus dedos acarician mi piel suavemente, como si estuviera memorizando cada detalle, cada contorno.

— Eres toda mía, princesita —dice cuando su mano llega a mi falda y comienza a bajarla lentamente—. Toda mía.

La forma en que Mikhail dice que soy suya me hace estremecer de pies a cabeza. Cuando empieza a bajar mi falda, lo hace lentamente, casi como un ritual. Sus manos recorren mis muslos mientras la falda se desliza hacia abajo, cada toque firme pero suave al mismo tiempo.

El calor en su expresión, la intensidad en sus ojos, todo me hace desear más. La manera en que me observa, como si fuera un tesoro raro, hace que mi corazón lata aún más rápido. Mikhail me toca con un deseo que es a la vez feroz y lleno de cuidado. Su toque me hace sentir viva, como si cada célula de mi cuerpo estuviera en alerta, ansiosa por el próximo movimiento.

Cuando la falda finalmente cae al suelo, Mikhail la aparta con un movimiento del pie, pero sus ojos permanecen en los míos, como si buscara algo más profundo. Sus dedos trazan líneas a lo largo de mi piel expuesta, desde la rodilla hasta la cintura, una caricia lenta que me hace cerrar los ojos y suspirar.

Siento sus manos subir una vez más, esta vez para encontrar el borde de mi blusa. La sostiene con delicadeza, los ojos aún fijos en los míos, y siento una ola de anticipación recorrer mi cuerpo. No hay prisa en sus movimientos; actúa como si cada segundo fuera un regalo a ser apreciado, como si estuviera construyendo algo para durar.

— Esta vez... —dice mientras inclina su cuerpo hacia el mío y retira mi blusa de una vez, revelando mis pechos desnudos—. ... vamos a hacer el amor, Olivia... no solo follar.

Mikhail se inclina para besar mi cuello, y su toque es cálido y firme, enviando ondas de

calor por mi cuerpo mientras su pecho roza contra mis pechos desnudos.

Y sé que todo lo que me dará hoy será un placer inmensurable.

CAPÍTULO 37

Olivia

— Mi cuerpo está adicto a ti, Olivia, a sentirte... Me vuelvo loco por tenerte cerca sin poder entregarme completamente a ti.

Mikhail pasa las manos por mis pezones, que se ponen duros de excitación, y mi cuerpo entero parece incendiarse desde dentro.

— Déjame sentirte, quiero tu piel contra la mía —digo, suspirando de deseo.

Él separa ligeramente nuestros cuerpos; sus ojos recorren mi cuerpo, su mirada llena de deseo y admiración, como si estuviera viendo algo sagrado.

Cuando se inclina para quitarse la camisa, observo el juego de los músculos en su torso, una visión que me hace contener la respiración. Es una imagen de fuerza y belleza que me deja sin aliento.

Se quita la camisa con una elegancia precisa, arrojándola a un lado sin apartar los ojos de los míos. El ritmo pausado de sus movimientos deja claro que quiere saborear cada instante, y eso solo aumenta la tensión entre nosotros. Ahora, su torso está completamente expuesto, y veo las cicatrices en el hombro donde recibió disparos. La cicatrización está bastante avanzada, pero es evidente que es reciente.

Extiendo la mano y toco la cicatriz con delicadeza, trazando su contorno con el dedo. Siento cómo la respiración de Mikhail cambia, volviéndose más profunda y lenta, como si mi toque lo conectara con algo más íntimo. Cierra los ojos por un momento, permitiéndose sentir mi caricia antes de abrir una leve sonrisa, una sonrisa que me hace sentir que estamos en perfecta sintonía.

Mikhail baja las manos hasta la cintura, desabrochando los jeans con una tranquilidad que contrasta con la energía ardiente que sé que está conteniendo. Baja el zipper despacio, cada

sonido amplificado por el silencio que nos rodea. Cuando empieza a quitarse los pantalones, siento el calor aumentar entre nosotros; muerdo ligeramente los labios al observarlo.

Con los pantalones en el suelo, Mikhail está casi completamente desnudo, solo con calzoncillos. Pronto también se deshace de ellos, revelando toda su excitación ante mis ojos.

Suspirando.

Casi no puedo contenerme.

Se acerca, sosteniéndome el rostro entre las manos y me besa con una pasión que es a la vez feroz y tierna. Sus manos bajan por mi cuello, pasan por mis hombros y deslizan por mi torso, acariciando con deseo mi piel expuesta mientras me besa.

Envuelvo sus hombros con mis brazos, atrayéndolo hacia mí. Siento el calor de su cuerpo contra el mío, una sensación que hace que mi corazón se acelere. Mikhail se inclina más, su pecho presionando contra mis pechos, su calor me invade, y su piel contra la mía me hace suspirar de deseo.

Mantiene su cuerpo cerca del mío mientras sus manos bajan lentamente por mi cintura, sus dedos trazando pequeñas rutas por mi abdomen. Es cuidadoso con mi barriga, que ya está prominente, ya que sabe que debemos ser un poco más cautelosos.

Cada movimiento suyo es una mezcla de delicadeza y necesidad, como si quisiera que este momento durara para siempre, pero también no pudiera esperar para tenerme completamente. Finalmente llega a la última prenda que separa nuestros cuerpos, retirando calmadamente mi braga y arrojándola fuera de la cama.

Se aparta, abre mis piernas y me observa. Estoy completamente expuesta ante él, desnuda y llena de deseo. Sus dedos tocan mi intimidad, y veo cómo su mandíbula se contrae al notar que estoy completamente mojada, húmeda, y que sus dedos deslizan fácilmente dentro de mí.

Se coloca sobre mi cuerpo, con una mano apoyada en el colchón al lado de mi cabeza, mientras la otra guía su miembro contra mi intimidad, haciendo movimientos de vaivén sobre mi clítoris, lo que me hace gemir de deseo y excitación.

— Estás tan empapada, princesita —susurra en mi oído—. Toda empapada deseando que te devore entera.

— Mmm... — es lo único que puedo decir. — Quiero... quiero mucho. — Gemo mientras siento que toma mis labios nuevamente.

Mikhail parece poseído por una fuerza salvaje; su beso es cálido, húmedo y posesivo, y, en un movimiento rápido y preciso, siento que me penetra.

La sensación de tenerlo completamente dentro de mí es la mejor que he experimentado en toda mi vida.

Él besa mi cuello, descendiendo lentamente hacia mi hombro. Paso las manos por su torso, acariciándolo, sintiendo la textura de su piel y la tensión de sus músculos. Responde a mi toque con un gemido bajo, presionando sus labios contra mi hombro, mientras sus manos siguen explorando mi cuerpo, y su movimiento contra mí es rítmico, haciéndome gemir cada vez más alto.

Lo abrazo con fuerza, mis uñas clavándose en su espalda a medida que sus movimientos se vuelven más intensos y desesperados. Cada movimiento suyo me acerca más a mi orgasmo inminente.

— Mikhail... — gemo contra su rostro.

Él presiona su pelvis cada vez más contra mí, haciéndome sentirlo por completo. Nuestras pieles están sudorosas, sedientas, hambrientas la una de la otra, y nuestros movimientos son desesperados y llenos de lujuria.

No quiero que esto termine.

Quiero ser siempre suya.

Quiero tenerlo siempre así sobre mí.

Mikhail me arrastra en un movimiento rápido, haciéndome sentar sobre su regazo. Sigue penetrándome mientras mis pechos se balancean con sus movimientos bruscos. Él muerde uno de ellos mientras arqueo mi espalda, sintiendo que no podré soportarlo más, y emito un gemido alto de placer al experimentar una explosión de orgasmo intenso en todo mi cuerpo.

Mikhail me sostiene con fuerza, y abro los ojos y lo veo admirarme con un deseo que podría atravesarme.

— Estás preciosa gozando encima de mí, Olivia —dice, y da algunos empujones más antes de que oiga su rugido de placer y sienta cómo apoya su frente en mi hombro justo después de correrse dentro de mí.

Su mano llega a mi rostro y me mira; su mirada aún refleja toda la pasión que siempre he visto en él, pero ahora hay algo más, algo profundo y sincero. Es como si, de alguna manera, se estuviera abriendo a mí de una forma que nunca lo había hecho antes.

— Eres mía, Olivia Ivanov, toda mía.

— Soy completamente tuya, Mikhail Ivanov.



Las manos de Mikhail están firmemente entrelazadas con las mías mientras descendemos las escaleras de la casa hacia la puerta de entrada. El viento comienza a soplar cuando nos acercamos a la salida. El ruido del helicóptero ya se oye a lo lejos, el zumbido rítmico de las hélices contra el cielo.

Miro a Mikhail una vez más; su mirada es segura y me transmite una paz que no sabría explicar, casi como si supiera que todo saldrá bien, aunque mi pecho esté apretado por tener que dejarlo.

Mikhail lleva mi mano a sus labios y deposita un beso antes de preguntar:

— ¿Estás lista? —dice, y yo simplemente asiento con la cabeza.

Cuando nos acercamos al helicóptero, veo a algunos de los hombres de Mikhail, armados y atentos. Nos hacen señales para que subamos rápidamente. Mikhail me ayuda a entrar, con su mano firme en mi espalda para asegurar que no tropiece.

Él se sienta a mi lado, sus manos apretando mi rodilla con firmeza. Lo miro y él me dedica una sonrisa que es tanto tranquilizadora como llena de energía. Ese tipo de sonrisa que hace que mi corazón se acelere un poco.

— Te prometo que volveré a buscarte lo antes posible —dice, su voz resonando a pesar del ruido de las hélices.

— Lo sé, confío en ti.

El helicóptero empieza a elevarse y veo cómo la propiedad se aleja abajo. Es un momento agridulce, pues sé que estamos dejando atrás un lugar que, de alguna manera, representaba una parte muy importante de mi vida. Pero estoy lista para lo que venga, siempre que Mikhail esté conmigo al final.

CAPÍTULO 38

Mikhail

Despedirme de Olivia fue una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida. Verla salir de ese maldito helicóptero y no poder quedarme con ella dolió más de lo que podría haber imaginado. Miro las nubes a mi alrededor, intentando encontrar alguna distracción. Pero ni siquiera la inmensidad del cielo puede disipar la sensación de vacío que se ha instalado en mi pecho desde que vi partir a Olivia.

— Jefe, ya estamos llegando —avisa Sergey.

— ¿Está todo listo? ¿Hablaste con Grigory? —pregunto, con la voz más áspera de lo habitual.

— Sí, todo está en orden, jefe. Grigory ya nos está esperando allí —responde Sergey, con una voz firme y segura.

Siento cómo mi expresión se endurece. Aunque la ausencia de Olivia me duele, una determinación feroz arde en mi pecho.

Finalmente voy a enfrentarme a Viktorina, finalmente sabré qué es lo que Gorbachev nos ha robado.

— Jefe, vamos a aterrizar en unos minutos —me avisa Sergey, devolviéndome a la realidad.

Mi mente se centra en el objetivo final: Viktorina Petrov. La clave para acabar con esta oleada de traición y derramamiento de sangre. Ella es el eslabón perdido, y hoy, finalmente, voy a encontrarla.

Mis ojos se entrecierran, la determinación se mezcla con la ira que arde dentro de mí. Viktorina Petrov es lo último que salva a Gorbachev de la muerte y el sufrimiento, y después de conocer la información que ella tiene para darme, que probablemente no será barata, ya no tendré que contener la furia que llevo dentro.

El avión toca tierra y el momento de la verdad se acerca. Hoy, finalmente, el destino me dará lo que he deseado durante tanto tiempo, y no puedo esperar.



Mis ojos recorren el entorno; la sensación de estar de nuevo en mi país de origen me resulta extraña. La última vez que estuve aquí fue para el funeral de Anastasia, y todo este lugar me la recuerda.

Viktorina eligió el lugar de nuestro encuentro, y no puedo negar que me sorprendió mucho que lo hiciera aquí, pero después de haberse me escapado tantas veces, no me atrevería a dejar pasar esta ocasión también.

Ella es perspicaz y ha encontrado un lugar donde se siente más segura, y lo respeto. Ajusto ligeramente mi chaleco y mis hombres permanecen alerta a mi alrededor, con posturas rígidas que denotan la tensión que compartimos. Entramos en la lujosa mansión, con paredes revestidas con el esplendor del refinamiento, un contraste flagrante con las calles polvorientas y los callejones oscuros que atravesamos antes de llegar aquí.

Un aroma suave de flores frescas flota en el aire.

Petunias.

Malditas petunias, nunca olvidaría ese olor; eran las flores favoritas de Anastasia. El sonido de nuestros pasos resuena en el pasillo silencioso, reverberando en el ambiente tranquilo. Las puertas se abren ante mí, revelando el lujoso salón de la mansión. La atmósfera es solemne, pero impregnada de una cierta elegancia decadente que parece caracterizar este lugar.

Mis ojos escanean los rostros presentes, buscando a Viktorina, pero solo encuentro a Grigory y a algunos de nuestros hombres ya en el lugar.

— ¿Dónde está? —pregunto, y Grigory simplemente hace un gesto para que me siente a su lado.

— Siéntate, hermano.

— ¡No! ¡Quiero saber dónde está esta perra y quiero saberlo ahora! —gruño, y veo a Grigory respirar hondo.

— Será mejor que te sientes —dice finalmente.

Mis músculos se tensan mientras me contengo para no estallar en rabia. Grigory sabe cómo provocarme, pero también sabe cuándo es el momento de calmarme. Respiro hondo, obligándome a seguir su consejo.

Con reluctancia, me hundo en la silla tapizada, pero mi mente está lejos de allí. ¿Dónde demonios se ha metido Viktorina?

Mientras espero, mis pensamientos vuelven inevitablemente a Anastasia. Su rostro, su sonrisa, la forma en que se tocaba el cabello cuando estaba nerviosa... Todo sigue tan vívido en mi memoria, como si el tiempo no hubiera pasado.

Siempre he luchado por mantener mi mente alejada de ella, siempre he intentado evitar que nada sobre ella me afectara más, pero este olor que llena la casa, esta fragancia tan específica, me impide no pensar en ella, como si el tiempo no hubiera pasado.

Pero ha pasado, y ahora estoy aquí, lidiando con los restos de lo que un día fue.

El sonido de voces distantes finalmente me saca de mi tortura mental. Entonces la veo acercarse, rodeada de tres hombres que probablemente cuidan de su seguridad. Todos en la sala nos levantamos al verla llegar.

Ella es alta, esbelta y elegante, con una postura que denota poder y autoridad a pesar de su aparente juventud. Su cabello oscuro cae en ondas suaves sobre los hombros, y su vestido negro, impecablemente cortado, realza su figura esbelta.

Sus pasos son firmes, y sus ojos, de un verde penetrante, captan cada detalle del entorno con una precisión calculada. Sus labios se curvan en una sonrisa sutil, revelando una confianza inquebrantable.

Se detiene frente a mí, su mirada penetrante explorando mi alma, como si intentara leerme. Sus hombres permanecen a su alrededor, vigilantes y alerta, pero es ella quien domina la escena con una presencia magnética.

Sus ojos verdes, intensos como esmeraldas, me atrapan en un enredo de... ¿qué demonios es esto? Es como si el tiempo se detuviera, como si el pasado y el presente se fusionaran en una confusión.

Su rostro, tan familiar y al mismo tiempo tan distante.

¿A quién me recuerda? ¿Por qué me resulta tan familiar?

— Cuánto tiempo, Miki. Te he echado de menos —dice, y siento que mi mente quiere colapsar.

Miki.

Solo una persona me llamaba Miki.

Una única persona.

Esto no es posible, no puede ser. ¿Cómo podría ser?

— ¿No le vas a dar un abrazo a tu hermanita? — continúa ella, y siento un temblor recorrer mis huesos.

Es ella. Anastasia. Mi Anastasia.

Mi hermana pequeña, Anastasia, está delante de mí. La sensación de su presencia es abrumadora, como un huracán que amenaza con arrastrar todos mis muros de protección.

Mis dedos tiemblan imperceptiblemente, una reacción involuntaria ante la intensidad del momento. Trago saliva, intentando desesperadamente contener la avalancha de sentimientos que amenaza con engullirme por completo. Pero es inútil. Ante ella, soy solo un maldito chiquillo frágil.

Ella sonrío para mí, esa sonrisa que solía ser mi refugio.

¡No puede ser! ¡Esto no puede ser, yo vi el ataúd de Anastasia, yo lo vi!

— ¿Qué demonios es esto? —me vuelvo para encarar a Grigory y puedo ver toda su postura alterada.

Sus ojos están completamente enrojecidos, su postura vulnerable mientras camina

lentamente hacia la mujer que tenemos delante.

— Anastasia —dice con voz baja.

— Hola, hermano —responde ella al acercarse y dejarlo abrazarla con fuerza.

Él la envuelve aún más en sus brazos, como si temiera que ella desapareciera en cualquier momento.

¿Qué está pasando aquí? ¡Anastasia está muerta! ¡Muerta!

Mi mente está en un torbellino, intentando procesar esta realidad imposible. Retrocedo unos pasos cuando siento mi cuerpo chocar contra una columna. Todo se despliega como un borrón ante mis ojos.

— ¿Está usted bien, jefe? —siento la mano de alguien sujetando mi brazo.

— ¡SUÉLTAME, MALDITO! —grito y me libero, saliendo rápidamente del lugar sin volver a mirar a la mujer frente a mí ni una sola vez.

Camino buscando algún lugar donde el aire no parezca querer matarme, pero es inútil.

¿Cómo puede estar ella aquí, frente a mí, viva y respirando?

El aire parece pesar sobre mis hombros, cada respiración es un esfuerzo para contener la avalancha de emociones que amenaza con devorarme. No puedo manejar esto. No puedo.

Mi mente grita por respuestas, por una explicación lógica para esta locura.

Mis piernas tiemblan bajo el peso del shock, una debilidad que no reconozco en mí mismo. Yo, el implacable *Pakhan* de la Bratva, reducido a un mero espectro de mi propia fuerza.

Huyo, como un animal acorralado en busca de refugio, hasta llegar a la terraza del lugar. Mi pecho está inflamado, como si el aire fuera fuego. Desato el nudo de mi corbata y siento una presencia detrás de mí.

Me vuelvo ligeramente y enfrento sus ojos, los ojos que se parecen tanto a los míos, los rasgos de su rostro que se asemejan tanto a los míos están nuevamente ante mí como un fantasma.

— No sé quién eres —empiezo, con voz temblorosa—. Pero vas a pagar por lo que estás haciendo, perra.

— ¿Por qué voy a pagar, Miki? —pregunta ella con calma.

— ¡No me llames así, maldita sea! —grito—. ¡Tú no eres ella!

La veo desviar ligeramente la mirada al suelo y asentir con calma.

— Sé que debes tener muchas preguntas, y responderé todas ellas —dice con su voz aún tranquila.

La voz de Anastasia.

¿Cómo puede parecerse tanto a ella? ¡Esto es un montaje de Gorbachev! Ha encontrado a la mujer más parecida con mi hermana y ahora la está usando para... ¿para qué? ¿Qué quiere ese hijo de puta?

— ¿Qué quieres? ¿Qué demonios quieres con todo este teatro barato? —pregunto.

Ella levanta la mirada hacia mí, sus ojos verdes aún tan penetrantes, tan familiares, pero al mismo tiempo tan desconocidos. Hay una tranquilidad en su expresión que me enfurece aún más, como si estuviera en control absoluto de la situación.

— ¿Qué es lo que quiero? — Repitió ella mi pregunta, como si estuviera ponderando cada palabra. — Quiero lo mismo que tú, Miki. Quiero acabar con el maldito que me robó, el maldito que me arrancó de mi familia.

Mi mente se detiene por un momento.

No puede ser.

¿Ella... Anastasia es lo que nos robaron? ¿Era esto a lo que se refería mi padre?

— Es ella, Mikhail. — Escucho la voz grave de Grigory surgir detrás de nosotros. — Es nuestra hermana.

— ¡Anastasia está muerta! — Escupo las palabras con una ferocidad que apenas reconozco en mí mismo. — ¡Ella murió hace años! ¡No juegues conmigo!

Ella no retrocede ante mi ira, solo inclina la cabeza levemente, como si comprendiera algo que yo aún no puedo entender.

Siento como si estuviera atrapado en una maldita caja y me estuviera asfixiando dentro de ella, incapaz de distinguir entre la realidad y la ilusión. El shock todavía sacude cada fibra de mi ser mientras enfrento a Anastasia delante de mí, tan viva y pulsante como en mis sueños más intensos.

¿Cómo puede ser tan parecida a mi hermana, pero al mismo tiempo tan diferente? Anastasia era pura, dulce, amable... esta mujer es autoritaria, madura... ¿Cómo puede ella decir que es Anastasia cuando mi mente insiste en que esto es imposible?

Anastasia está muerta, enterrada junto con nuestras memorias más dolorosas, junto con los secretos oscuros de nuestra familia. Esta mujer frente a mí no puede ser ella, no puede ser.

Grigory se acerca, colocándose a mi lado, y pone una de sus manos en mi hombro, con los ojos aún enrojecidos y mostrando una postura de vulnerabilidad que nunca había visto en él.

— Hay muchas cosas que no sabes, hermano. Mírala, fíjate en sus detalles; quien tienes delante es nuestra hermanita, aquella que nos fue arrebatada hace tantos años.

Ella se acerca con una determinación que me deja sin palabras, sus pasos firmes resonando en la terraza. Sus ojos verdes parecen perforar mi alma. Me siento atrapado en su mirada, incapaz de desviar mi atención, sintiendo que mis ojos se humedecen, sintiendo una sensación que llena mi pecho. Aunque una parte de mí quiere huir desesperadamente de esta realidad imposible, otra quiere creer.

Cuando finalmente está frente a mí, tan cerca que puedo sentir el calor de su presencia, todo parece congelarse. Ella levanta una mano lentamente, como si fuera a tocar mi rostro, pero duda por un momento, como si temiera mi reacción.

Entonces, finalmente, rompe el silencio.

— Mikhail... — Su voz es un susurro, tan suave y familiar que hace que mi corazón duela. — Sé que es difícil de creer, pero soy yo. Soy Anastasia. Tu hermanita.

Pero cuando ella extiende los brazos hacia mí, toda resistencia desaparece. Es como si algo dentro de mí se soltara, una parte de mí que ni siquiera sabía que me faltaba.

Sin pensarlo, me lanzo a sus brazos, abrazándola con fuerza.

La aprieto contra mí, abrazo a Anastasia, y siento como si tuviera 17 años otra vez, abrazando a mi querida hermanita. Las lágrimas escapan de mis ojos, traidoras, señalando una vulnerabilidad que siempre he intentado esconder. Pero aquí, en este momento, frente a ella, ya no puedo fingir ser impenetrable.

¡Anastasia está viva! ¡Viva!

CAPÍTULO 39

Mikhail

Estoy callado, aún asimilando la información, cuando veo a Grigory y a Anastasia sentados frente a mí en el salón.

— ¿Queréis beber algo? — pregunta ella.

— No queremos beber nada, Anastasia. Quiero respuestas, ¡y las quiero ahora! — digo con firmeza.

La veo asentir tranquilamente y volver a sentarse. Suspira profundamente antes de decir:

— Ni siquiera sabría por dónde empezar.

— Por el principio. — La miro fijamente. — ¿Por qué velamos tu cuerpo y durante todos estos años pensamos que estabas muerta?

— Tú lo pensabas. — dice, y su respuesta me deja completamente desconcertado.

— ¿De qué estás hablando?

— Papá y Grigory sabían que yo estaba viva.

Me levanto de golpe al escuchar su respuesta.

— ¿Tú lo sabías, cabrón? — grito, viendo cómo Grigory mantiene su postura tranquila.

— Cálmate, Miki, él no podía contártelo.

— ¿Por qué no? — mi voz sigue alta, y siento que mis venas van a estallar en la frente.

— Papá le pidió que no te lo contara, supongo. — continúa ella.

Me giro para mirar a Grigory, que asiente.

— Exactamente. Nuestro padre desde el principio quiso mantenerte al margen de esto porque sabía que lo primero que harías sería vengarte, y eso podría poner a Anastasia en peligro.

— ¿Sabía que Anastasia estaba viva e hizo todo ese teatro del velatorio? ¿Por qué? ¿Por qué haría algo así?

— Hay un motivo por el que nunca acabó con Gorbachev de una vez por todas, y es porque él tenía a Anastasia bajo su control. La capturó y la utilizó como moneda de cambio durante todos estos años. El velatorio fue a petición del malnacido; dijo que papá tenía dos opciones: hacer un velatorio ficticio o uno real con el cuerpo mutilado de su hija.

— ¡Hijo de puta! — vocifero. — ¿Por qué quería que todos creyéramos que ella estaba muerta?

— Porque es un sádico, un psicópata que busca causar el mayor sufrimiento posible.

— ¿Cómo dejó nuestro padre que esto ocurriera? ¿Cómo permitió que lo manipularan de esa manera? El gran Vladimir Ivanov, el hombre más poderoso que jamás he conocido, dejó que alguien tan insignificante como Gorbachev lo manipulase durante tantos años.

Grigory respira hondo, dejando que todo el aire salga de sus pulmones antes de responder:

— Tenía en sus manos lo más valioso del mundo para papá, Mikhail. Tenía a Anastasia y sabía que la mataría.

— ¿Y por qué no movió cielo y tierra para encontrarla? ¿Por qué no quemó vivo al maldito Gorbachev para obtener su ubicación?

— No podía arriesgar su vida. Gorbachev era un maestro en el arte de la manipulación y la crueldad. Cualquier movimiento brusco podría haber puesto a Anastasia en peligro inminente. Nuestro padre estaba atrapado en una partida de ajedrez mortal, donde cada movimiento se calculaba para preservar su vida.

— ¿Entonces, qué hemos hecho todos estos años? ¿Nada más que seguir el juego de ese hijo de puta? — mi voz traiciona mi frustración, sonando más como un gruñido que como palabras coherentes.

Anastasia permanece en silencio, observando la interacción entre Grigory y yo. Su

presencia serena es desconcertante, contrastando con la tormenta de emociones que rugen dentro de mí.

— No estuvimos de brazos cruzados. Vigilamos cada uno de sus movimientos, cada conexión, cada transacción. Recabamos información, construimos alianzas discretas, todo para encontrar una brecha, un momento de debilidad que nos permitiera rescatarla sin ponerla en mayor peligro.

Grigory observa a Anastasia, estudiando sus expresiones antes de continuar:

— Y hace unos tres años, lo logramos. La rescatamos, Anastasia... pero antes de que pudiéramos decírselo a todos, ella se fue, dejándonos sin respuestas. Y por eso estamos aquí ahora. — Grigory responde con serenidad, como si anticipara cada una de mis preguntas.

Grigory dirige su mirada hacia Anastasia.

— ¿Por qué te fuiste, Anastasia? ¿Por qué huiste de nosotros? Pensamos que él te había capturado de nuevo.

Ella permanece en silencio un momento, sus ojos pasan de mí a Grigory. Hay una intensidad en su mirada, como si estuviera evaluando cada palabra antes de decidir qué decir.

Finalmente, rompe el silencio con una voz calmada, pero firme:

— Porque no era el momento adecuado para volver con vosotros.

— ¿De qué estás hablando?

— Cuando Alaric me secuestró... — comienza, y siento que el estómago se me revuelve al oírla referirse a él por su nombre de pila. — Me tuvo encerrada en una mansión aquí en Rusia. Era el hombre más odioso y asqueroso que he conocido. Aprovechaba cualquier oportunidad para abofetearme, insultarme y humillarme.

— ¡Hijo de puta! — gruño.

— Pero con el tiempo, a medida que mi cuerpo cambiaba y me convertía en mujer, me di cuenta de que esa era la mejor arma que tenía contra él.

Siento un sabor amargo invadir mi boca, una rabia apoderarse de mí, cada músculo de mi cuerpo se tensa.

— Tú... tú... — comienzo sin poder terminar la frase.

— No. Nunca dormí con él, Miki. — aclara, y siento que mi pecho se alivia, aunque sea mínimamente. — Pero lo seduje, hice que el maldito se enamorara de mí. Empezó a venerarme como a una virgen sagrada, con un amor platónico enfermizo. No tenía idea de que estaba jugando con fuego. Lo manipulé, hice que confiara en mí, y cuando me rescatasteis, estaba a punto de descubrir sus negocios más sórdidos. Y cuando volví con él de manera voluntaria, fue como si todo se abriera ante mí. Confiaba ciegamente en mí.

Estoy completamente confundido. Una extraña mezcla de orgullo por la astucia de Anastasia me deja aturdido. Siempre fue una niña reservada, tan cuidadosa con sus palabras y acciones. Pero ahora, al escucharla admitir cómo manipuló a ese monstruo, siento una mezcla de admiración e indignación.

— ¿Hiciste todo eso sola? — Mi voz suena áspera, apenas reconociendo su propio sonido.

Anastasia asiente con serenidad, sus ojos fijos en los míos, como si me desafiara a juzgarla, a condenarla por sus acciones.

— Tenía que sobrevivir, Miki. Y haría cualquier cosa para conseguirlo. — Su voz es firme, pero hay una nota de vulnerabilidad oculta en sus palabras.

— Realmente eres una Ivanov, hermanita. — dice Grigory, y sus palabras me saben amargas.

No debería haber tenido que hacer nada de eso, no debería haber pasado por nada de eso. Nosotros deberíamos haberla protegido, no deberíamos haber permitido que nada de esto sucediera. Quiero abrazarla, protegerla, consolarla.

— No deberías haber tenido que hacer nada de eso. Nosotros deberíamos habernos ocupado de ti. — mi voz es apenas un susurro.

— No te preocupes por eso, Miki. Ahora... ahora tenemos todo lo necesario para acabar con ese malnacido desde dentro.

Me siento como un volcán a punto de explotar. Cada célula de mi cuerpo está impregnada de furia, como si estuviera hecho de rabia y dolor. Mis manos tiemblan, mi corazón bombea sangre caliente por mis venas, y mi mente está llena de imágenes de venganza.

— Ese desgraciado va a pagar por cada segundo de sufrimiento que te ha infligido, Anastasia —mi voz sale en un gruñido bajo, cargado de promesas oscuras—. Haré que suplique perdón antes de acabar con él.

— Lo haremos juntos —dice Grigory, mirando a Anastasia—. Somos los Ivanov, y finalmente haremos que arda.

— Prepara tus cosas, Anastasia. Irás a la mansión Ivanov. Ahora soy el *Pakhan* de la Bratva y te protegeré.

Anastasia respira hondo y parece reflexionar sobre lo que va a decir a continuación.

— Ya no soy Anastasia Ivanov, Miki. Ahora soy Viktorina Petrov, una de las manos derechas de Alaric Gorbachev. No puedo irme de aquí, no ahora.

— ¿De qué estás hablando, Anastasia?

— No he luchado contra ese cerdo asqueroso hasta ahora para tirarlo todo por la borda solo porque te crees el héroe que viene a salvarme de la torre de la bruja malvada —estalla delante de mí—. Sé lo que estoy haciendo, y vas a tener que confiar en mí.

— ¿Cómo esperas que te deje aquí? Después de verte, ¿cómo crees que podría darme la vuelta y dejarte sola con ese hijo de puta?

— He sabido arreglármelas muy bien todos estos años, Miki. Y lo que está en juego no soy solo yo, sino también todas las demás chicas.

— ¿Qué chicas? ¿De qué estás hablando?

— Toda la red de tráfico humano que controla el maldito Gorbachev. Es contra eso contra lo que quiero luchar. Voy a dismantelar su negocio y a salvar a todas esas chicas, asegurándome de que ninguna otra pase por algo parecido.

Antes de que pueda responderle, Anastasia me mira directamente a los ojos, una mezcla de determinación y preocupación reflejada en su mirada. Sus labios se contraen en una línea tensa antes de hablar:

— Miki, Grigory, tenéis que iros ahora. Este lugar es seguro, pero no es bueno que estemos demasiado tiempo juntos, podría llamar la atención y echarlo todo a perder.

Siento un nudo formarse en mi garganta, una mezcla de orgullo por su valentía y un miedo abrumador por su seguridad. Quiero discutir, quiero suplicarle que venga con nosotros, pero sé que tiene razón. La he visto en acción, sé que es capaz de protegerse.

Grigory pone una mano en mi hombro, un gesto silencioso de apoyo y comprensión. Sabe tan bien como yo que es hora de irse, de dejar que Anastasia siga su camino por ahora.

Respiro hondo, intentando controlar la avalancha de emociones que amenaza con desbordarme. Trago saliva antes de finalmente asentir, aceptando la decisión de Anastasia.

— Nos iremos, pero prometo que volveremos a por ti, Anastasia. No vas a enfrentarte a esto sola.

Ella suelta un suspiro de alivio, sus ojos brillando con gratitud y determinación.

— Sé que lo haréis. Y cuando volváis, estaré lista para luchar a vuestro lado.

Se acerca, su calor fraternal se fusiona conmigo en un abrazo afectuoso. Con una última mirada a Anastasia, me doy la vuelta y empiezo a salir de la sala, con Grigory siguiéndome de cerca.

Mientras camino fuera de la sala, tengo el puño tan apretado que mis uñas se clavan profundamente en la palma de mi mano. Cada paso que doy parece intensificar la sensación de impotencia.

— Es lo correcto ahora, Mikhail —dice Grigory, como si leyera mis pensamientos—. Papá estaría orgulloso de ti.

— Papá era un hombre político, yo soy un soldado en guerra. Y no voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo mi hermana lo hace todo sola. Voy a actuar —gruño entre dientes, la palabra sale de mi boca como un hilo de veneno.

Grigory camina a mi lado en silencio, sabiendo exactamente lo que quiero decir. Voy a tomar represalias, porque ahora nada me detiene, y el monstruo puede salir de dentro de mí y destrozar a ese hijo de puta con mis propias manos.

CAPÍTULO 40

Olivia

Siento los rayos de sol filtrarse entre las cortinas y bañarme con un calor agradable. Nunca he viajado más de lo necesario y, desde luego, nunca a un lugar paradisíaco como este. Llevo ya dos días aquí y, hasta ahora, solo he visto a tres o cuatro personas en toda la extensión de la isla. La soledad es casi palpable. Imagino que Mikhail ha contratado solo a personas de máxima confianza y habilidad para trabajar en este lugar tan aislado.

Los empleados que he visto hasta ahora parecen extremadamente eficientes, moviéndose en silencio y ejecutando sus tareas con una precisión casi militar. No es de extrañar que la seguridad aquí sea tan estricta.

Mientras me permito absorber la serenidad de este lugar, no puedo evitar desear que Mikhail estuviera aquí conmigo. Su rostro serio y comprometido viene a mi mente, un contraste marcado con el paisaje tranquilo que me rodea. Parecía tan decidido cuando dejó esta isla, dejándome aquí con una sensación agri dulce de soledad.

¿Qué estará ocurriendo al otro lado del mundo?

Veo a una señora amable, que se presentó como Dorothy, terminar de servir la mesa y retirarse rápidamente. Me doy cuenta de que el desayuno recién servido en la terraza de mi habitación está captando toda mi atención. El aroma fresco del café recién hecho y de las frutas tropicales llena el aire, despertando mis sentidos e invitándome a disfrutar de la comida.

Con una sonrisa en los labios, camino hasta la mesa de desayuno en la terraza, donde se extiende ante mí una vista deslumbrante del mar. Los rayos de sol brillan en la superficie serena de las aguas azules, creando patrones hipnóticos que me hacen echar aún más de menos a Mikhail, por no estar aquí conmigo.

Me siento a la mesa y siento la suave brisa del océano acariciar mi rostro mientras

observo las olas rompiendo suavemente en la costa. Echo un vistazo al plato que tengo delante, donde una selección de delicias locales ha sido cuidadosamente dispuesta. Hay rodajas jugosas de sandía, piña y mango, frescas y vibrantes como los colores del paraíso mismo. Al lado, una cesta de panes recién horneados desprende un aroma tentador.

Hay una quietud en el aire, una quietud extraña.

Sé que puede que solo sea una impresión mía, y que todo esté en mi cabeza, pero la verdad es que parece la calma antes de la tormenta. Casi puedo sentirlo en el aire. Respiro hondo, intentando disipar esos pensamientos y hacer lo que Mikhail me dijo: descansar para que nuestro bebé nazca sano y tranquilo. Y eso es exactamente lo que intentaré hacer, aunque todos mis instintos me griten lo contrario.

Después de terminar el desayuno en la terraza, decido volver a la habitación. La brisa del océano aún acaricia mi rostro, pero la sensación de inquietud persiste.

El silencio es más profundo, como si las paredes absorbieran los sonidos, dejando solo el eco suave de mis propios pasos. Camino hasta el escritorio y abro el cajón, buscando papel y bolígrafo.

Los encuentro fácilmente y me siento en la silla acolchada. La madera del escritorio es suave al tacto, y el sol que entra por la ventana ilumina suavemente el ambiente, creando una atmósfera tranquila y serena.

Con el bolígrafo en la mano y el papel en blanco frente a mí, empiezo a escribir. Esta vez no es una carta para Elora; esta vez... es para Mikhail.

A medida que escribo, siento que una cierta paz se instala en mi corazón. Hay algo reconfortante en plasmar mis pensamientos en papel, sabiendo que pronto los compartiré con él. Espero sinceramente que estas palabras lleguen a sus manos pronto.

Doblo cuidadosamente la carta, sintiendo la textura del papel bajo mis dedos. Antes de que pueda guardarla en el cajón, algo sorprendente ocurre. Siento un suave movimiento en mi vientre, como si una pequeña mariposa estuviera danzando dentro de mí. Mi mano va automáticamente a mi boca, sorprendida.

¡Mi bebé! ¡Mi bebé está moviéndose!

Es como si me dijera que no estoy sola, que él está aquí, junto a mí.

Un calor reconfortante inunda mi pecho mientras mis manos, de manera instintiva, se mueven para acariciar mi barriga, como si quisieran conectar aún más con ese pequeño ser que está creciendo dentro de mí. Una sonrisa se dibuja en mis labios, desbordando amor y gratitud por esta experiencia única.

Es como si el mundo a mi alrededor desapareciera por un momento, y solo existiera ese instante mágico entre yo y mi bebé.

Con cuidado, guardo la carta en el cajón, sellando no solo mis palabras, sino también este momento especial que compartí con mi hijo aún no nacido. Cada movimiento suyo es un recordatorio precioso del milagro de la vida, y me siento bendecida por sentirlo, por no estar sola.

Miro por la ventana, hacia el horizonte vasto y sereno del océano, y sé que, pase lo que pase, nunca más estaré sola.

La paz que envuelve mi corazón se ve interrumpida de repente por un estruendo ensordecedor que reverbera por las paredes de la habitación. Antes de que pueda comprender lo que está pasando, la puerta es forzada y hombres fuertemente armados irrumpen en el lugar, con sus armas reluciendo bajo la luz del sol que entra por la ventana.

Mi corazón se acelera, mi instinto maternal entra en acción, protegiendo instintivamente al bebé que crece dentro de mí. Me levanto de la silla de un salto, llevando mis manos a la barriga mientras enfrento a los intrusos con una mezcla de miedo y valentía fingida.

— ¿Qué está pasando? — pregunto, con la voz temblorosa pero firme.

Los hombres no responden; sus rostros duros y miradas despiadadas dejan claro que no están allí para hacer preguntas ni ofrecer explicaciones.

Uno de ellos se acerca a mí con pasos decididos, su arma apuntada en mi dirección. Siento cómo el pánico se intensifica dentro de mí, pero una fuerza desconocida me impide retroceder.

Antes de que pueda reaccionar, siento un agarre en mi brazo y soy arrastrada lejos de la ventana, apartada de la reconfortante luz del sol. Todo sucede tan rápido que apenas puedo procesar lo que está ocurriendo. Mi mente grita para resistir, para luchar, pero una voz interior susurra que mantenga la calma, que proteja al bebé a toda costa.

— ¿Qué está pasando? ¿A dónde me llevan? — pregunto, con la voz entrecortada por el llanto que no sabía que ya estaba en mi rostro.

No responden a mis preguntas, solo me ordenan en un tono áspero:

— ¡Cierra la boca, perra!

Intento luchar, pero sus garras son implacables, no tengo ninguna oportunidad. Llegamos a la costa, donde un barco espera como una sentencia silenciosa. La luz cegadora del sol se refleja en el agua, lanzando destellos brillantes ante mis ojos abiertos de par en par. Siento el olor salado del mar mezclado con el aroma a miedo que emana de mí.

Me empujan al barco, sus manos ásperas me sujetan con brutalidad. Mis pies vacilan en el inestable convés mientras intento mantener el equilibrio, pero el dolor agudo de un golpe en la espalda me hace tambalear.

— Quédate quieta, señorita — dice uno de ellos, y los otros se ríen. — Valdrías mucho más viva que muerta.

El acento del hombre es inconfundible para mí, pero claramente no es americano, ni mucho menos ruso.

¿A dónde me llevan? ¿Quiénes son estos hombres? Dios mío, ¿qué van a hacer conmigo?

CAPÍTULO 41

Mikhail

Las horas de vuelo de regreso a casa fueron silenciosas. Grigory no pronunció una sola palabra y, sinceramente, creo que es mejor así.

Todavía no he decidido si estoy más enfadado o feliz, y es mejor que no explote en su cara ahora. Estoy extremadamente feliz de que Anastasia esté viva, pero la rabia de no haberlo sabido antes me tiene brutalmente furioso.

Al acercarme a la entrada, uno de mis hombres se me acerca con una expresión tensa.

Mi mirada se endurece.

Reconozco ese semblante; algo ha pasado.

— ¿Qué ocurre? — pregunto.

Lo veo tragarse el nudo en la garganta antes de responder, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

— Señor, hemos tenido un problema... la señora Olivia... ha sido secuestrada.

Siento un golpe fuerte en el pecho. El dolor es como si mil puñales me atravesaran. Nunca he sentido algo así antes. Mis puños se cierran involuntariamente, y mis manos tiemblan de rabia.

Él duda un momento antes de continuar.

— Aún no tenemos toda la información, señor. Pero parece que fue una operación bien planificada... y no fueron nada sutiles.

Mierda. Mierda. Mierda. Respiro hondo para intentar controlar la furia que me consume.

— ¿Qué vamos a hacer?

— Reúne a todos los hombres. Ahora. — es lo único que logro decir.

Mi mente está nublada, oscurecida por la furia y el desespero. Me siento como si estuviera en un torbellino, siendo arrastrado.

Te traeré de vuelta, princesita. Lo juro.

Ordeno a mis hombres que se preparen rápidamente. Cada segundo es crucial ahora. La adrenalina recorre mi cuerpo, alimentando mi determinación mientras me dirijo al heliopuerto. Cada latido de mi corazón es un recordatorio de la urgencia de la situación.

El vuelo hacia la isla es tenso, el silencio solo interrumpido por el ruido del motor del helicóptero. Mi puño está tan apretado que mis uñas se clavan en la palma de mi mano.

Finalmente, llegamos a la isla. Aterrizamos con un estruendo sordo, y apenas espero a que las aspas del helicóptero dejen de girar antes de saltar fuera. Mis hombres se dispersan, cada uno asumiendo su posición mientras recorremos el perímetro en busca de cualquier señal de Olivia.

Entro en la casa con la mandíbula apretada, los ojos recorriendo cada rincón en busca de pistas. La tensión es palpable, como una corriente eléctrica en el aire. Mis hombres comienzan a examinar cada centímetro de la habitación, volteando muebles e inspeccionando cada rincón en busca de cualquier pista que pueda guiarnos hacia ella.

Entonces, uno de mis hombres llama mi atención, sosteniendo algo con una expresión seria. Me entrega una carta, encontrada cuidadosamente escondida en el cajón de la mesita de noche.

Mis manos tiemblan de rabia mientras desdoble el papel. Las palabras saltan hacia mí, y son de Olivia.

Es de Olivia.

“Mikhail,

Sé que esta no es la forma más convencional de comunicarse o enviar un mensaje a alguien, pero una gran amiga me ha mostrado las maravillas de escribir y leer una carta, de expresar detalladamente algunos sentimientos que a veces quedan mucho mejor en papel.

Y tengo una gran cantidad de esos sentimientos que quiero compartir contigo, sentimientos que sinceramente nunca pensé que podrían florecer en mí. No porque me considerase incapaz de tenerlos, no es exactamente ese el punto, sino porque no los conocía.

No sabía lo que un cuerpo podía sentir por otro, no sabía cómo era desear tanto el toque de alguien hasta sentir los huesos vibrar. No sabía que era posible desear tanto estar en la presencia de alguien como deseo estar en la tuya.

Te odiaba, Mikhail, al menos eso es lo que me decía a mí misma, pero no estoy segura de si alguna vez sentí eso por ti. Desde el primer día en que nos vimos, en aquella fiesta, la primera vez que vi tus ojos encontrarse con los míos, supe que eras un problema, un problema que robaría mi sueño, que ocuparía mis pensamientos y los llevaría hacia ti.

Detrás de esa fachada de hombre duro e implacable, sé que hay algo más en ti. Hay una profundidad, una complejidad que me intriga y me atrae como un imán. Quizá sea locura, pero es como si pudiera ver más allá de las sombras que te rodean. Y esa visión, desde mi perspectiva, es hermosa.

Sé que estamos en circunstancias complicadas, pero, a pesar de todo, no puedo negar lo que siento por ti. No puedo negar el calor que siento cuando estamos cerca, ni la paz que encuentro en tus brazos.

Mikhail, sé que soy solo una pieza en este tablero, una pieza que ha sido movida sin mi consentimiento. Pero aun así, elijo estar a tu lado. Elijo amarte, incluso sabiendo que el mundo que nos rodea es un peligro constante. Porque cuando estoy contigo, siento que nada más importa.

Te amo, Mikhail.

Te amo.

Con todo mi amor, tu Olivia.”

Leo cada palabra de la carta de Olivia, sintiendo una mezcla vertiginosa de emociones que me invade. Sus sentimientos brotan de las líneas como una tormenta que nunca me atreví a enfrentar.

La rabia y el dolor arden dentro de mí, alimentados por la impotencia de no haber podido protegerla.

Olivia me ama.

Yo, un hombre marcado por la oscuridad, la violencia y el caos, siendo amado por alguien como Olivia...

Aceptar esto duele.

Duele muchísimo.

Lo que debería ser algo hermoso me hace sentir tristeza por no tenerla aquí, por no ser ella quien me entregara esta carta.

La culpa me envuelve como una densa neblina, sofocante. Siento el peso de cada error, cada fallo, presionando sobre mis hombros. ¿Cómo pude dejar que esto sucediera? ¿Cómo pude permitir que la arrebatara de mí?

Mientras me hundo en la dolorosa sensación de fracaso, una realidad aún más oscura comienza a formarse en mi mente. Nadie conocía esta ubicación, excepto un grupo selecto de confianza. Eso significa que debe haber un traidor entre nosotros.

La rabia arde dentro de mí con una intensidad renovada.

— Tenemos un traidor — mi voz grave resuena en la habitación. — Nadie sabía de esta ubicación. Encuentren al culpable y tráiganlo hasta mí. No habrá piedad.

Los veo asentir y dispersarse rápidamente.

Mi corazón late con una furia intensa, la culpa me envuelve como una sombra sofocante, pesando sobre cada fibra de mi ser. ¿Cómo pude fallar en protegerla? ¿Cómo pude permitir que la arrancaran de mí de esta manera?

Te encontraré, Olivia, aunque me cueste la vida, te encontraré.

Escucho el timbre de mi móvil rompiendo el silencio que se ha apoderado de la habitación y me toma unos segundos entender de dónde proviene el molesto sonido para contestarlo.

— ¿Te falta algo, Ivanov?

— ¡Hijo de puta! — vocifero con todas las fuerzas de mis pulmones.

Escucho la risa repugnante del hombre que podría matar con mis propias manos al otro lado de la línea.

— Sabía que sacarla de ti tendría este efecto.

— ¡Es tu hija, hijo de puta! — gruñí.

— Nunca he tenido mucha conexión con la cría, para serte sincero.

— No te atrevas a tocarle ni un solo pelo, miserable.

— No era lo que tenía en mente, Ivanov. Porque tú no vas a permitirlo.

— ¿Qué quieres?

— Sé de tu acuerdo con Falcone, sé que la UMBRA está pasando por una... digamos... limpieza. Y sé que nuestra alianza será ahora más valiosa que nunca.

— ¿Estás negociando a tu propia hija, gusano?

— Bueno, ella es un activo mucho más valioso para ti que para mí, es pura matemática. Encuentra el punto débil de un hombre poderoso y así lo dominarás.

Sus palabras hacen que toda la sangre en mis venas hierva. El maldito quiere hacerme lo mismo que hizo con mi padre...

— Te llamé solo para avisar que ella está en mi poder, y no pienses que solo porque es mi hija no la mataría en un segundo. Esté atento a mis próximas demandas. — dice y cuelga el teléfono en mi cara.

El teléfono tiembla en mi mano y lo lanzo lejos de mí.

Lo que no espera es que no soy en absoluto como mi padre.

La habitación parece demasiado pequeña para contener mi rabia. Mi visión se oscurece en los bordes, mis dientes rechinan y mi mano derecha golpea la pared con fuerza suficiente para agrietar el ladrillo. El dolor en la mano es casi reconfortante, un recordatorio físico de la intensidad de lo que siento.

El monstruo dentro de mí, aquel que mantengo controlado con puro esfuerzo, comienza a

moverse. Se despierta como un animal atrapado en cadenas oxidadas, listo para romper cada eslabón con la fuerza bruta de su ira.

El mundo ahora es mi campo de caza. Y yo soy el depredador más peligroso que ha visto.

CAPÍTULO 42

Olivia

Siento el sudor recorrer mi frente a medida que el barco se aproxima a la costa. No he entendido una sola palabra de lo que los hombres han hablado entre ellos durante todo el trayecto y no he logrado descifrar nada relacionado con mi secuestro. Sé que algo debe tener que ver con los negocios de Mikhail.

El sudor que recorre mi frente ahora baja por mi cuello, y siento mi blusa pegarse a mi piel. El calor es sofocante, pero es el miedo lo que realmente me hace sudar. Siento un fuerte empuje en el abdomen. Mi bebé se mueve, como si pudiera sentir mi miedo. Coloco una mano sobre el lugar del empuje y respiro profundamente.

— Tranquilo, tranquilo, todo saldrá bien, cariño — susurro, esperando que mi voz temblorosa pueda calmarlo.

Miro a mi alrededor, intentando encontrar alguna pista sobre a dónde vamos. Los hombres hablan entre sí, pero no logro entender nada. El idioma es desconocido, una mezcla de sonidos duros y rápidos que no tienen sentido para mí. Parecen agitados, y eso me preocupa aún más.

Otro empuje, esta vez más fuerte. Intento relajarme, pero el barco se acerca cada vez más a la costa. Las luces de una ciudad aparecen a lo lejos, tenues pero visibles. Es una visión que debería traerme alivio, pero solo me pone más nerviosa.

Respiro hondo una vez más, sintiendo el aire salado del mar llenar mis pulmones. Intento pensar en algo que me mantenga tranquila. Miro al mar y rápidamente pienso en saltar. No me han atado, estoy libre para lanzarme si lo deseo.

Miro de nuevo, el agua está oscura e inquieta, la luz de las estrellas apenas roza la superficie, haciendo casi imposible ver qué hay debajo. Aunque tuviera fuerzas para nadar, la corriente podría arrastrarme antes de que lograra llegar a un lugar seguro. No me han atado porque sería una locura saltar.

El barco reduce la velocidad, el motor hace un ruido más bajo, como si se estuviera preparando para atracar. Están llegando a su destino, sea cual sea. Mi corazón se acelera, el sudor ahora recorre mi rostro, y el miedo me asfixia como una cuerda apretando mi cuello.

El barco disminuye la velocidad hasta casi detenerse. Los hombres empiezan a hablar más alto y con más prisa, y sus gestos se vuelven más nerviosos. Intento prepararme para lo que viene a continuación, pero la incertidumbre me consume. Cada parte de mí grita por escapar, pero la razón susurra que es imposible.

De repente, uno de los hombres me agarra del brazo y me tira hacia arriba, haciéndome perder el equilibrio. Intento agarrarme, pero me arrastra hasta el borde del barco y me lanza sobre el muelle. Caigo de rodillas, sintiendo el impacto subir por mi columna. El empuje del bebé es más fuerte ahora, casi como un protesto al movimiento brusco.

Me levanto con dificultad y miro a mi alrededor.

— ¡Estoy embarazada! — grito, suplicando piedad.

— El jefe me dijo que tuviera cuidado contigo, y no le importa un carajo ese bastardo en tu barriga.

Me levanto con dificultad y miro a mi alrededor. La luz es débil, pero consigo ver algunos contenedores apilados y una fila de camiones estacionados. Estamos en una zona portuaria, y no hay un alma viva aparte de los hombres conmigo. El aire es espeso, cargado con el olor a aceite y metal oxidado.

Los hombres me rodean y me empujan hacia uno de los coches estacionados en el lugar. El conductor ya está en el asiento, y una de las puertas está abierta, esperando por mí. Antes de que tenga oportunidad de pensar en resistir, me lanzan dentro con brutalidad, golpeando mi cabeza contra el asiento. La puerta se cierra con un estruendo, y oigo el sonido de las cerraduras siendo activadas.

Estoy en el asiento trasero, sintiendo que me falta el aire. El conductor mira por el retrovisor y dice algo a los hombres de fuera, pero no entiendo. Uno de ellos entra y se sienta al lado del conductor. El miedo me hace temblar, y trato de contener las lágrimas, pero siguen saliendo. El bebé parece tranquilo ahora, pero pongo las manos sobre mi barriga, intentando calmarlo.

El coche arranca, sus faros cortando la oscuridad mientras salimos del puerto. El balanceo de la carretera hace que mi estómago se revuelva, pero trato de concentrarme. Tengo que encontrar una manera de salir de esto. Mi vida y la de mi hijo dependen de ello.

Miro las puertas y las ventanas, buscando cualquier oportunidad de escapar. El miedo me asfixia, pero tengo que pensar, necesito encontrar una salida.



El viaje fue silencioso; ninguno de los hombres dijo una palabra hasta que el coche se detuvo de golpe y el conductor apagó el motor. Las luces de los faros se apagaron, dejando el interior del coche en penumbra. Los faros traseros proyectaban un resplandor rojo a través del cristal trasero, tiñendo todo con un tono sanguíneo. Oigo cómo se desbloquean las puertas y mi corazón acelera aún más. Estoy aterrorizada, pero tengo que mantener la calma por mí y por mi bebé.

El conductor sale del coche y cierra la puerta de un portazo. Tiemblo al escuchar sus pasos en el exterior, arrastrándose sobre el gravilla. No puedo ver nada más allá del contorno de las sombras que rodean el coche. Otro hombre, que estaba sentado al lado del conductor, me mira a través del retrovisor. Sus ojos son duros y fríos, como piedras. No dice una palabra, solo enciende un cigarro, y la llama ilumina brevemente su rostro. El olor del humo invade el coche y me siento aún más asfixiada.

Oigo voces fuera del coche, bajas y distantes. Están discutiendo algo, pero no logro entender qué es. Quizá estén hablando de mí, o tal vez solo sobre el próximo paso del plan. Intento escuchar con más atención, pero es inútil. El sonido está amortiguado por el viento y el ruido de un tren lejano.

El hombre del asiento del pasajero apaga el cigarro y sale del coche. La puerta se cierra con un estruendo, y ahora estoy sola en el asiento trasero, con el miedo palpitando en mis venas. El silencio es ensordecedor, como si el mundo a mi alrededor se hubiera detenido.

— ¿Estás seguro de esto, verdad? — dice uno de ellos al tocar el pomo de la puerta antes de entrar.

— Sí, son órdenes del jefe.

La sangre en mis venas se siente como hielo mientras siento cómo el pomo de la puerta se gira. La puerta se abre y un haz de luz grisácea se filtra en el interior del vehículo, revelando los contornos de los asientos, aunque aún indistintos.

El coche reanuda su viaje y el silencio vuelve a dominar hasta que llegamos al que imagino es nuestro destino. La puerta se abre, y la luz que entra es tenue, pero suficiente para deslumbrarme momentáneamente. El hombre que entra no me mira a los ojos. Solo hace un gesto con la cabeza, indicándome que salga del coche. Dudo por un momento, mi cuerpo está rígido de miedo. Siento el sudor frío en la frente y un escalofrío en la espalda.

Salgo del coche y el aire nocturno me envuelve como un abrazo gélido. El gravilla cruje bajo mis zapatos mientras sigo al hombre por el sendero iluminado por pequeñas luces empotradas. Cada paso es un esfuerzo; mis músculos parecen rígidos, como si cada fibra de mi cuerpo estuviera resistiendo avanzar. El hombre delante de mí no mira hacia atrás, solo avanza con determinación. Un segundo hombre está a mi lado, su mirada fija al frente, sin emoción, como si yo fuera un objeto a mover de un lugar a otro.

Llegamos a la entrada de la casa. Las luces exteriores emiten un resplandor amarillo sobre las piedras y el césped bien cuidado. Es una casa grande, de estilo colonial, con ventanas altas y cortinas oscuras y pesadas. Una escultura de león guarda la entrada, con sus garras afiladas agarrando una esfera de piedra. El hombre a mi lado presiona un interfono junto a la puerta, y una voz femenina, fría y profesional, responde de inmediato.

— ¿Quién es?

Él responde apenas con una palabra.

— Hemos llegado.

La puerta se abre con un chirrido. La casa por dentro es aún más impresionante de lo que podría haber imaginado. Techos altos, candelabros relucientes y suelos de mármol pulido reflejan una luz suave. El silencio es opresivo, roto solo por el eco de nuestros pasos. El hombre me guía por un largo pasillo, pasando por puertas cerradas y grandes cuadros colgados en las

paredes. Los ojos de las pinturas parecen seguimos, juzgando cada movimiento.

Entro en la sala, cada fibra de mi ser alerta ante la presencia de algo siniestro. Cuando somos recibidos por una mujer vestida de negro, con el cabello recogido en un moño apretado. Ella me observa detenidamente.

La mujer que tengo delante es hermosa como una pintura: es esbelta, elegante, pero su rostro es redondeado y femenino; sus ojos... sus ojos verdes oscuros me recuerdan a los de... a los de Mikhail.

— Déjenme a solas con ella — ordena.

— Pero, jefa...

— ¡Ahora! — afirma con firmeza, y los dos asienten sin más.

Los hombres salen de la sala, cerrando la puerta con un leve chasquido. Ahora estoy sola con la mujer que llaman "jefa". Ella se aproxima lentamente, cada paso medido, con sus tacones haciendo clic suavemente en el suelo de mármol. La forma en que me observa me deja sin saber qué esperar ni cómo reaccionar.

— ¿Quién es usted? — mi voz suena débil, casi inaudible.

— Siéntese — dice, ignorando mi pregunta y acomodándose en el gran sofá del salón, haciendo un gesto para que la siga.

Me siento despacio y la miro.

— ¿Sabe por qué está aquí? — pregunta, con una voz suave pero cargada de autoridad.

Muevo la cabeza lentamente, mis labios sellados por el miedo. No sé qué espera de mí, y la incertidumbre me hace sentir aún más vulnerable.

— Me temo que no le va a gustar la respuesta, querida — dice, bajando un poco la mirada. — Por ahora, siéntese tranquila, está a salvo conmigo.

— ¿Quién es usted?

— Soy Viktorina Petrov, y seré su ángel de la guarda a partir de ahora.

Viktorina Petrov, ya he oído ese nombre en alguna parte... pero ¿dónde? ¿Dónde he escuchado ese nombre y por qué esta mujer me resulta tan familiar?

CAPÍTULO 43

Mikhail

— Por favor... — escucho la voz temblorosa de Samuel frente a mí.

Miro a los ojos de Samuel, el maldito que nos traicionó por avaricia y por una cantidad insignificante de dinero. Cuando Gorbachov aún formaba parte de nuestra organización, el padre de Samuel era uno de sus aliados, pero algo me dice que esta traición no fue por lealtad, sino exclusivamente por dinero. Apenas puedo mirarlo; el odio me recorre las venas. Sus ojos parpadean rápidamente, mostrando su miedo. Parece un niño perdido, pero no me conmuevo. Fue por culpa suya que Olivia fue capturada, por culpa de este maldito hijo de puta.

Sabe que el juego ha terminado. Sabe que no le voy a dar una segunda oportunidad. Pero, aun así, lo intenta. Porque, en el fondo, todo el mundo quiere creer que puede escapar de lo inevitable.

— Por favor, no me mates... — su voz es apenas un hilo, una súplica desesperada.

Aseguro el arma y escucho el clic. Es un sonido frío, metálico.

Se queda en silencio; sus labios tiemblan, pero sus ojos lo dicen todo. Muestran que está arrepentido. Que habría querido tomar otras decisiones. Pero ya es demasiado tarde para él, y lo sabe.

Apunto justo en medio de la cabeza del hijo de puta. El estampido es fuerte, resonando en las paredes de hormigón. Samuel cae hacia atrás. La sangre empieza a esparcirse por el suelo, mezclándose con la suciedad y el polvo. Es un escenario que he visto muchas veces, pero nunca esperé que fuera con uno de los míos.

Guardo el arma en la funda, sin dudar. Me giro hacia Sergey, que está a mi lado, y pregunto:

— ¿Es seguro que ella está allí? — pregunto, y veo a Sergey asentir.

— Sí, jefe. Interceptamos el único barco que pasó cerca de la isla, se detuvo en el puerto de Vask y conseguimos la ubicación de la casa.

— Y tú, Grigory, ¿hiciste lo que te pedí?

— Sí, jefe. Está todo listo.

Veo a mi hermano mirarme con lo que, podría decir, es orgullo. Me sorprende escucharlo llamarme jefe por primera vez.

— Nuestros mejores hombres están preparados y nos seguirán. En cuanto entremos y capturemos a Olivia, ellos entrarán con toda su fuerza — continúa.

— Entonces es la hora — digo entre dientes.

Miro el cuerpo de Samuel y, antes de salir del lugar, le digo a uno de mis hombres:

— Limpiad todo esto. — Ellos asienten.

Nos dirigimos al lugar donde nos espera el helicóptero. El viento de las hélices agita la hierba a nuestro alrededor, creando un remolino de hojas secas. La tenue luz del atardecer comienza a teñir el horizonte con tonos naranjas y rojos, anunciando la inminente llegada de la noche.

— ¿Estás seguro de que no es mejor avisar a Anastasia? — pregunta Grigory, ligeramente inquieto.

— Cuanto menos sepa, menos peligro corre. Si Gorbachov sospecha de una traición por su parte, no dudará en matarla.

El helicóptero comenzó a elevarse lentamente, las hélices aumentando de velocidad hasta que estuvimos fuera del alcance del viento. Mientras ganábamos altura, miré por la ventana, tratando de contener el odio que parece que va a explotar dentro de mí.

Grigory me pasó unos auriculares con micrófono. Me los coloqué alrededor de la cabeza y hablé por el canal interno:

— Recordad, Olivia debe salir ilesa. Nada de violencia innecesaria hasta que tengamos la

certeza de que está a salvo.

Sergey asiente, con el rostro tan serio como siempre. Es uno de los mejores, pero también uno de los más impulsivos. Debo mantenerlo bajo control para asegurarme de que todo salga según lo planeado.

— Jefe... — empieza Sergey.

— ¿Qué?

— No está completamente recuperado, ¿cree que es prudente hacer esto?

— Puedo manejarlo, no te preocupes. Solo sigue mis órdenes y asegúrate de que Olivia esté a salvo.

Veo cómo Grigory y Sergey se miran antes de que él responda:

— De acuerdo, jefe.



El piloto informa que llegaremos en menos de cinco minutos. Grigory revisa su arma, probando el cargador, mientras yo hago lo mismo con la mía.

— ¿Todos listos?

Las confirmaciones llegan al unísono. El piloto comienza a descender, apuntando a un campo abierto a pocos kilómetros del puerto de Vask. Ese es nuestro punto de desembarco.

— Recordad, nada de disparos a menos que yo lo ordene —lo dejo claro una vez más.

El helicóptero aterriza suavemente, la tierra esparcida por el viento de las hélices. Las puertas se abren y descendemos uno por uno, manteniendo nuestras posiciones según lo planeado. Estamos cerca, muy cerca. La adrenalina empieza a subir, pero mantengo la calma.

como un lince a punto de atrapar a su presa.

El suelo es duro y está cubierto de piedras; cada paso se mezcla con el sonido distante del helicóptero. Estamos en formación; cada uno sabe exactamente dónde colocarse para tener cobertura, pero también para moverse rápido si es necesario. Grigory es el primero en señalar la dirección correcta, la señal de que el camino hasta la casa donde supuestamente está Olivia está libre. La tensión es palpable. Con cada respiración, percibo el olor de la tierra y la vegetación, mezclado con el ligero humo del helicóptero.

— Vamos —digo, mi voz tranquila pero firme.

Todos avanzan en silencio; la comunicación se realiza mediante señales manuales para evitar llamar la atención innecesaria. Miro a Grigory y él señala hacia la izquierda, indicando la ruta más segura a través de la densa vegetación. Sergey está justo detrás de mí, sus pasos son pesados, pero sorprendentemente silenciosos para un hombre de su tamaño. Parece una bestia lista para atacar.

La casa aparece entre los árboles, una estructura rústica pero bien oculta. No es el tipo de lugar que alguien encontraría por accidente. Es una elección estratégica, lo que significa que Olivia realmente debe estar allí.

Grigory hace un gesto y todos se detienen. Señala a dos figuras a lo lejos, patrullando el área alrededor de la casa. Hago la señal para que rodeemos por el lado derecho, donde la cobertura es mejor. Nos movemos como sombras, evitando ramas y hojas secas para no hacer ruido. Con cada paso, siento la adrenalina corriendo por mis venas, el corazón latiendo más rápido. No podemos fallar, no ahora.

Finalmente, estamos lo suficientemente cerca como para ver la casa claramente. La puerta está cerrada, pero las ventanas son amplias y ofrecen una buena vista del interior. La iluminación es tenue, lo que ayuda a ocultarnos, pero también dificulta ver los detalles.

La señal de Grigory es clara, y doy la orden con un gesto de cabeza. Él y Sergey avanzan en posiciones opuestas, como depredadores acechando a su presa, mientras yo me preparo para el avance directo. Mi corazón se acelera mientras respiro profundamente para mantener la concentración. No puedo fallar, no ahora.

Nunca me he sentido tan ansioso y temeroso ante el peligro como me siento ahora.

Grigory me señala y luego indica la casa, sugiriendo que debo avanzar. Sergey hace un gesto sutil con la mano, mostrando que cubrirá el lado derecho, mientras Grigory se quedará a la izquierda, listo para neutralizar cualquier amenaza. Con un movimiento de cabeza, confirmo el plan.

Los dos se mueven con una precisión impresionante, casi como si fueran parte de la oscuridad que nos rodea.

Sergey desaparece hacia el flanco derecho, su silueta casi indistinguible en la escasa luz. Grigory avanza por el lado izquierdo, su presencia marcada solo por el movimiento de las sombras. Me quedo en el centro, listo para avanzar cuando ellos eliminen la primera amenaza.

El sonido de pasos en la grava se acerca. Grigory está agazapado detrás de un arbusto, y Sergey se esconde entre dos árboles, ambos esperando el momento adecuado. Veo a uno de los guardias pasar, con la mano en la funda del arma, pero no tiene idea del peligro inminente.

El gesto de Sergey es imperceptible, pero sé lo que va a hacer. Grigory hace el mismo gesto desde el otro lado, y me preparo. Ambos disparan al mismo tiempo; los silenciadores amortiguan el sonido con una eficiencia aterradora. Los guardias caen al suelo sin hacer ruido, como marionetas a las que les han cortado los hilos.

Avanzo rápidamente, manteniendo una postura baja y los ojos atentos al entorno. La puerta está despejada ahora, pero sabemos que puede haber más guardias alrededor o dentro de la casa. Grigory se coloca en la esquina de la puerta, comprobando si hay trampas o seguridad adicional. Me mira y asiente, indicando que está seguro.

Sergey se une a mí, su expresión es imperturbable, pero sus ojos están alerta. Hace un gesto para que tome la delantera. Miro a Grigory una última vez, y él confirma que está listo para dar cobertura desde el flanco izquierdo.

Avanzo hacia la puerta, el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. La adrenalina ahora es un flujo constante, pero mantengo el control. Sé que debo ser rápido, preciso. La puerta se abre lentamente, sin chirridos, y veo la entrada de la casa al fondo. Todo parece tranquilo, pero sé que la tormenta está a punto de comenzar.

Entro en el patio interior de la casa, con Sergey a mi derecha y Grigory a mi izquierda, ambos atentos al menor indicio de movimiento. El suelo es de piedra lisa, y las sombras de los árboles crean patrones irregulares bajo la tenue luz exterior.

La puerta de madera frente a nosotros parece frágil, pero sabemos que podría estar cerrada o equipada con alarmas. Grigory me hace una señal, apuntando a la cerradura. Quiere saber si debe usar su herramienta para abrir la puerta discretamente o si deberíamos optar por la fuerza bruta. Opto por la primera opción; cuanto más silencio, mejor.

Se arrodilla rápidamente y saca una pequeña herramienta de su mochila. Con manos firmes y movimientos precisos, empieza a trabajar en la cerradura. El sonido del metal raspando es bajo, pero en mis oídos resuena como una alarma de incendios. Espero, tenso, listo para reaccionar en cualquier momento.

Un sutil clic indica que la cerradura ha cedido. Grigory se levanta y da un paso al lado, sosteniendo la puerta para que yo entre primero. Antes de cruzar el umbral, echo un último vistazo alrededor, verificando si hay algo fuera de lo normal. Todo sigue pareciendo demasiado tranquilo.

Empujo la puerta lentamente, abriéndola lo justo para que Sergey y yo podamos entrar con cautela. El interior es oscuro y silencioso. Las paredes están decoradas con cuadros, y el suelo de madera cruje bajo nuestros pies. Es un escenario casi pintoresco, pero sé que podría ser una trampa disfrazada de tranquilidad.

Intercambiamos señales manuales. Grigory se queda fuera para asegurarse de que nadie entre sin ser detectado, mientras Sergey y yo comenzamos a explorar la casa.

La luz de la luna se filtra a través de las ventanas polvorientas, trazando líneas plateadas en el suelo de madera. Los ruidos que hacemos son mínimos, pero en este inquietante silencio, cada uno parece exageradamente alto. La casa es una estructura antigua, llena de rincones y pasillos estrechos. Siento la tensión en el aire, como si las paredes contuvieran el aliento, esperando que algo suceda.

Pasamos por varias puertas cerradas, echando un vistazo rápido para asegurarnos de que están vacías. Ningún rastro de Olivia ni de quien la retiene. Mientras subimos las escaleras, la temperatura baja, un frío húmedo que cala en la ropa. Las sombras aquí arriba son más densas, como si el tiempo mismo se hubiera detenido.

En lo alto de las escaleras, Sergey señala al final del pasillo. Allí, una puerta está entreabierta y un resplandor cálido emana del interior, como una mancha de color en un cuadro monocromático. Una chimenea. ¿Por qué habría una chimenea encendida en una noche tan silenciosa como esta? Esto sugiere que hay alguien allí, y podría ser Olivia, pero también podría

ser una trampa.

Llegamos a la puerta entreabierta y me preparo para lo que sea que esté al otro lado. Sergey se coloca a mi lado, listo para actuar. Grigory cubre nuestra retaguardia, asegurándose de que nadie nos sorprenda por la espalda.

Respiro hondo, ajustando el arma.

Dios, sé que no soy el mejor de tus hijos, pero ella lo es, Olivia lo es. Rezo por ella, rezo para que salga viva de aquí, aunque yo no lo haga.

Abro la puerta lentamente; el sonido de las bisagras es casi inaudible. La habitación es pequeña, con muebles antiguos y una chimenea encendida en el centro. Una alfombra roja cubre el suelo, y hay un sillón de espaldas a la puerta, colocado frente a la chimenea. La luz titila en las paredes, creando sombras que parecen moverse por sí solas.

Mis ojos recorren la sala, buscando cualquier cosa fuera de lo común. No hay señales de lucha ni de desorden; todo está extremadamente ordenado, casi escenificado, y eso me inquieta. El sillón... hay algo en él, un bulto bajo la manta que lo cubre. Sergey también lo nota, y su mirada me pregunta si debemos avanzar o retroceder. Le hago una señal para que cubra la entrada mientras me acerco al sillón.

Me aproximo con cautela, calculando cada paso para no hacer ruido. La alfombra bajo mis pies amortigua el sonido, pero mis oídos están alerta al más mínimo ruido. El fuego en la chimenea crepita ocasionalmente, pero, aparte de eso, todo está envuelto en un silencio que parece intensificarse con cada segundo.

Me inclino ligeramente, empuñando el arma, y extendiendo la mano hacia la manta que cubre el sillón. No sé qué voy a encontrar, pero mi mente ya está preparada para lo peor. El olor a humo de la chimenea se mezcla con algo más, algo que me provoca un escalofrío. Hay un olor a sangre en el aire, sutil, pero inconfundible.

Sergey está a mi lado, arma en mano, con los ojos fijos en mi movimiento. Está listo para actuar, y sé que puedo contar con él para cubrirme si es necesario. Tiro de la manta despacio, sintiendo la adrenalina fluir por mis venas. El tejido se aparta lentamente, revelando un objeto oscuro y retorcido debajo.

No es Olivia. Es un maniquí, un muñeco grotesco, ensangrentado y sucio. La sangre es

fresca, esparcida por la tela de la ropa del maniquí, como si lo hubieran colocado allí recientemente. Hay una nota pegada al pecho del maniquí, escrita a mano. Mi corazón da un vuelco al verla. Esto es una trampa, una advertencia.

Tomo la nota con cuidado, mis manos tiemblan ligeramente mientras leo lo que está escrito. Las palabras están garabateadas con prisa, pero son lo suficientemente claras como para golpearme en el estómago.

“Llegas tarde, querido yerno. Si quieres volver a ver a Olivia, ve al puerto. No intentes nada estúpido; sé que vendrás buscando pelea, pero si lo intentas, la mataré.”

Arrugo el billete en mi mano como si estuviera estrujando la garganta del malnacido.

Vas a sangrar, Gorbachev, vas a sufrir de maneras inimaginables.

CAPÍTULO 44

Olivia

Algunas horas antes

El estruendo me hace saltar rápidamente del sillón y quedarme de pie. Miro el rostro de la mujer frente a mí, que parece tan sorprendida como yo. Los hombres entran como una tormenta, con las botas golpeando pesadamente el suelo de mármol y el eco extendiéndose por la casa como un trueno. Son al menos seis, quizás más, cada uno con tatuajes que cubren los brazos y armas de fuego en mano. Viktorina Petrov se levanta de su asiento, con la compostura intacta a pesar del caos que la rodea. No parece sorprendida por lo que está ocurriendo, pero sus ojos se entrecierran en una mezcla de cautela y determinación.

— ¿Qué hacen aquí? — pregunta, manteniendo aún la autoridad en su voz.

Uno de los hombres, quizás el líder, responde con tono amenazante:

— Las cosas han cambiado, jefa. — dice con un tono cínico y un fuerte acento que no logro identificar, el mismo de los hombres que me secuestraron. — Ya no estás al mando.

Estoy paralizada, cada músculo de mi cuerpo tenso. Mis instintos me dicen que corra, pero mis pies están pegados al suelo. Mi corazón late descontrolado, el sudor escurre por mi frente y baja por mi cuello. Pienso en mi bebé, siento sus movimientos y sé que necesito ser fuerte, pero el terror es casi insoportable.

Uno de los hombres se dirige hacia mí, con los ojos duros e implacables. Me agarra del brazo con fuerza, haciéndome gritar de dolor. Los demás continúan rodeando a Viktorina, que ahora parece más una presa que una de las jefas de la organización.

— ¿Por qué están aquí? — exige ella, tratando de mantener su postura de liderazgo, aunque hay un tono de desesperación en su voz que no puede ocultar.

— El jefe sabe lo que has hecho, Viktorina. — responde el líder, con una sonrisa cruel.

— Y no es muy aficionado a la traición.

La palabra traición suena como una sentencia de muerte en el aire. Estoy temblando, mi respiración es rápida e irregular. Intento zafarme del hombre que me sostiene, pero él aprieta mi brazo aún más, su agarre como un torno.

Viktorina me mira, sus ojos verdes ahora llenos de preocupación. Quizás tenga más empatía de la que imaginaba. Intenta acercarse, pero el líder la empuja de nuevo al sofá.

— ¡Siéntate! — grita, su voz resonando en las paredes del salón. — Vas a necesitar energía para responder a nuestras preguntas.

Casi no puedo respirar mientras el hombre me sostiene, el dolor en mi brazo aumenta con la fuerza del agarre. Miro a Viktorina, su mirada arde con ira y determinación. Se levanta rápidamente, lanzando una silla hacia el líder. El objeto impacta en su pecho, pero no con suficiente fuerza para derribarlo. Él reacciona al instante, dándole un puñetazo en la cara.

El sonido del impacto es seco, casi asfixiante, y la sangre comienza a brotar de la nariz de Viktorina. El golpe la hace caer de rodillas, pero no llora ni gime; solo mira al hombre con una furia helada. La sangre mancha su ropa, goteando sobre el suelo de mármol.

— No necesito llevarte entera, Viktorina... así que no abuses de mi paciencia.

Viktorina no duda. Con un movimiento rápido, saca un cuchillo que tenía escondido en el muslo y corta la pierna del líder. El hombre grita de dolor, tambaleándose hacia atrás, y sus compañeros reaccionan de inmediato, avanzando hacia ella.

Grito, pero mi voz se pierde en el tumulto. Los hombres que rodean a Viktorina la empujan hacia abajo, inmovilizándola.

Intento zafarme de mi captor, pero él me agarra aún más fuerte, sacudiéndome como si fuera una muñeca de trapo.

— ¡Quédate quieta! — grita, y siento el olor ácido de su aliento. Me empuja hacia un rincón de la sala, manteniéndome alejada de la confusión.

No pasa mucho tiempo antes de que los hombres inmovilicen por completo a Viktorina y la aten firmemente, su nariz todavía sangrando... y mucho.

Entonces, uno de los hombres, el más alto y ceñudo, saca el móvil del bolsillo. Lo atiende con un rápido movimiento de cabeza, frunciendo el ceño mientras escucha la voz al otro lado. Mira hacia mí con una expresión grave y luego hacia mi captor.

— El jefe quiere que consigamos un maniquí — dice con voz baja pero firme, mientras levanta el rostro de Viktorina. — Su sangre será bienvenida.

El hombre que me sostiene por el brazo me empuja con fuerza, obligándome a caminar hacia la puerta. Mi respiración está acelerada y mi corazón parece golpearse contra las costillas. El sudor escurre por mi rostro, mezclándose con las lágrimas que caen de mis ojos.

— ¡Vamos, vamos! — gruñe, su voz cargada de impaciencia.

Miro hacia atrás, esperando ver a Viktorina, pero está rodeada por los hombres, atada y sin posibilidad de escapar. El olor a sangre impregna el aire, mezclado con el aroma penetrante del miedo. Cada paso que doy alejándome de ella parece pesar toneladas.

Llegamos al coche, un vehículo grande y oscuro, el tipo de coche que esperarías de criminales. Abre la puerta trasera y me tira dentro sin ceremonias. Caigo en el asiento de forma torpe.



Mi mente intenta asociar dónde estoy al sentir que el coche se detiene. Es un puerto. Oigo el sonido de los contenedores arrastrándose y las voces apagadas de los trabajadores a lo lejos. El coche lleva unos minutos parado, pero nadie abre la puerta. Aún estoy tumbada, con la cabeza palpitando por el impacto. El olor a combustible y sal en el aire es fuerte; definitivamente estamos cerca del mar.

Mi respiración sigue acelerada y mis manos tiemblan incontrolablemente. Ahora, hay un silencio denso fuera, interrumpido solo por el ruido de una cadena arrastrándose por el asfalto y el zumbido lejano de una grúa.

Finalmente, la puerta del coche se abre. Uno de los hombres, el mismo que me arrastró hasta aquí, me saca con brusquedad. El cielo está oscuro, sin luna, y el viento es cortante. Por

algún motivo, observar estos pequeños detalles me hace sentir más lúcida. El hombre me agarra del brazo, sus dedos presionando la piel ya dolorida. Su mirada es de desdén y frialdad, como si yo fuera un objeto cualquiera. Intento sacar mi brazo, pero él lo aprieta aún más.

— Sin tonterías — gruñe, con los ojos como cuchillas de hielo.

Caminamos por un sendero estrecho entre dos enormes contenedores. Con cada paso, mi corazón se acelera, como si intentara escapar de mi pecho. No sé a dónde vamos ni qué me va a pasar, pero todo en mí grita que corra. La presión en mi brazo es intensa, pero utilizo ese dolor para mantener mi mente alerta, para no hundirme completamente en el miedo.

Mientras caminamos, miro a mi alrededor buscando algo que pueda usar como arma o para llamar la atención de alguien. Pero el puerto parece desierto. No hay nadie cerca, solo la voz distante de una grúa en funcionamiento y el sonido de los barcos anclados en el puerto. El hombre me lleva a una zona más aislada, donde un contenedor está abierto con luces encendidas en su interior. Hay voces dentro, pero no puedo distinguir lo que dicen.

— Vamos, entra — ordena, empujándome hacia el contenedor. Intento resistir, pero me empuja con tanta fuerza que casi tropiezo.

Dentro del contenedor, veo una mesa y algunas sillas, con tres hombres más sentados. Todos tienen la misma apariencia dura y los mismos brazos tatuados. Es entonces cuando un hombre de espaldas al fondo del lugar llama mi atención. La silueta, la ropa, la forma en que se apoya, todo me recuerda a alguien... me recuerda a mi padre.

No puede ser posible, no puede ser.

— Qué bueno que has llegado, hija — dice, girándose para mirarme.

Es mi padre.

Alaric Gorbachev está delante de mí.

Siento el aire salir de mis pulmones, mi corazón comprimirse dentro de mí y una necesidad incontrolable de vomitar.

¿Fue mi padre quien hizo todo esto?

— No te sorprendas tanto, ya sé que estás muy bien informada sobre mis actividades —

dice con un tono burlón.

— Y-yo... yo soy... soy su hija...

— Pero hoy estás aquí como la mujer que ama mi enemigo. Es decir, una valiosa moneda de cambio.

Antes de que pueda responder, veo a los hombres entrar en el espacio junto con Viktorina, que sigue atada.

— Vaya, ¿quién tenemos aquí? — dice mi padre al acercarse a Viktorina. — Mi dulce virgen traidora.

— Eres un cerdo y voy a desangrarte con mis propias manos, hijo de puta — gruñe ella hacia él.

— Eres realmente una maldita Ivanov, Anastasia. Pero lograste engañarme bien — dice con una mirada de odio dirigida a ella.

¿Ivanov? ¿Anastasia?

Apenas tengo tiempo de pensar en las palabras que mi padre dirige a Viktorina cuando el hombre que me sostenía cae al suelo como un saco de piedras, con un agujero en la cabeza del que brota sangre. El olor a pólvora es intenso, pero el estampido del tiro ha sido amortiguado por la distancia y los contenedores alrededor. Viktorina, o Anastasia, apenas tuvo tiempo de volverse para ver el cuerpo desplomándose, su expresión sorprendida, pero pronto se vuelve fría y calculadora.

Alaric, mi padre, se gira bruscamente hacia la puerta del contenedor, de donde parece haber venido el tiro. Levanta la mano hacia sus hombres, señalándoles que se cubran. Los hombres de mi padre se dirigen a la puerta, pistolas en mano, pero el silencio es mortal.

El viento sopla contra el contenedor, haciendo que las luces parpadeen ligeramente. De repente, un segundo estampido resuena, amortiguado, pero inconfundible. Uno de los hombres que se estaba acercando a la puerta cae sin emitir un sonido, con el agujero en su frente confirmando lo sucedido.

Otro disparo, esta vez más fuerte, como si hubiera rebotado dentro del contenedor. Otro de los hombres cae, su pistola deslizándose lejos mientras se desploma, con la garganta

atravesada por la bala. Mi padre está visiblemente enfadado, con el sudor corriéndole por la frente. Mira a sus dos hombres restantes, gesticulando para que se esparzan.

Miro a Viktorina, todavía atada, su mirada de acero fija en mí. Parece estar evaluando la situación, como si buscara una salida. De repente, siento la mano de mi padre tirando de mí por el brazo, con fuerza. Me coloca entre él y la puerta del contenedor, usando mi cuerpo como escudo. Siento la presión de su brazo a mi alrededor, apretando mis costillas. Él se posiciona detrás de mí, con su pistola apuntando hacia la puerta.

— Pensé que íbamos a hablar como dos hombres de negocios, Ivanov — grita al viento, girando la cabeza como si buscara algo. — Te aconsejo que te muestres y escuches mis condiciones, si no, mataremos a tu dulce esposa y a tu preciosa hermana.

¿Hermana?

Viktorina... es hermana de Mikhail, ¡oh Dios!

Los dos hombres restantes están escondidos detrás de la mesa, esperando el siguiente tiro. Mi padre mantiene el arma apuntando, con la postura tensa, pero su agarre es como una prisión de hierro. Viktorina me mira, con los ojos llenos de empatía. Intenta moverse, pero las cuerdas en sus muñecas y tobillos la mantienen firmemente en su lugar.

La presión en mi pecho es abrumadora, como si el aire estuviera siendo succionado del contenedor. No sé de dónde vendrá el siguiente tiro, pero siento que la situación está al borde de una explosión.

— Te daré una oportunidad más, Ivanov. No podrás salvar a las dos — dice mientras apunta el arma a mi cabeza, y siento que mi cuerpo se congela. — Será mejor que aparezcas.

Intento mantener la calma, pero cada músculo de mi cuerpo está tenso, y apenas puedo respirar.

— ¡Ivanov! ¡Manifíestate! — grita mi padre una vez más.

Apunta el arma a mi cabeza, y escucho el clic del gatillo al ser armado. Entonces, un movimiento en las sombras a la izquierda del contenedor llama mi atención. Una silueta oscura emerge, la luz tenue refleja algo metálico en la mano derecha. No puedo ver el rostro, pero mi instinto me dice quién es.

Es Mikhail.

CAPÍTULO 45

Olivia

Él emerge de las sombras como un depredador, con pasos silenciosos. Sostiene una pistola en la mano, pero su mirada está fija en mí. Siento un escalofrío recorrer mi espalda al ver sus ojos: fríos, calculadores, como nunca los había visto antes.

— Suéltala, hijo de puta — dice, cada palabra cargada de amenaza.

Mi padre aprieta aún más mi brazo, incrementando la tensión en el aire. Los hombres que quedan observan a Mikhail con sus armas apuntadas, pero no hacen movimientos bruscos. Es como si todos estuvieran esperando el próximo paso, una chispa para la explosión.

Mikhail sigue mirándome, su mirada penetrante, como si intentara decirme algo sin palabras. Siento una extraña calma que emana de él, una certeza de que sabe lo que está haciendo.

Mi padre ríe, una risa amarga y sarcástica.

— No creas que será tan fácil — empieza. — Sé muy bien que debes tener un arsenal de hombres fuera, esperando tu orden para entrar aquí. Pero que sepas que le disparo antes de que lo intentes.

— Es tu hija, maldito bastardo — vocifera Mikhail entre dientes.

— Pero los negocios son los negocios — responde él.

— Sé que tienes pocos hombres, estás en desventaja — dice Mikhail entre dientes.

— Mi mayor ventaja está justo aquí — dice apretándome un poco más.

— ¿Qué es lo que quieres? — pregunta finalmente Mikhail tras unos segundos.

— Sé de tu acuerdo con Falcone y sé lo que estáis planeando hacer con UMBRA. Quiero mi parte de eso, quiero que este puerto sea controlado por mí, con libre acceso.

— ¡Está bien! — dice Mikhail rápidamente.

— No, no será tan fácil, Ivanov. Ya me engañaste una vez al casarte con ella y mentir sobre mi entrada en UMBRA. Esta vez no será tan sencillo.

— Si realmente lo quieres, tendrás que confiar en mi palabra.

— No, no necesito hacerlo. Un acuerdo sellado dentro de UMBRA no puede ser revocado tan fácilmente. Quiero que anuncies a todas las familias y organizaciones de UMBRA que este puerto es mío. Nadie se atreverá a desafiarme ni a quitármelo.

Mi corazón late tan fuerte que parece resonar en todo el contenedor. Las palabras de mi padre flotan en el aire como una sentencia. La tensión es casi palpable, como si el propio aire estuviera contraído, esperando estallar. Mikhail mira a mi padre con una mezcla de odio y cautela. Sabe que cualquier movimiento precipitado podría ser mi fin.

— De acuerdo, ahora déjalas ir — dice Mikhail, con la voz controlada, pero la mirada fija en la pistola apuntada a mi cabeza.

Mi padre aprieta aún más mi brazo, con el cañón frío de la pistola presionando mi cuero cabelludo. La presión es tan fuerte que me siento mareada. No hay nada de paterno o protector en él; es pura crueldad encarnada.

— Vas a anunciar a toda UMBRA, a todas las familias, que este puerto ahora es mío — repite mi padre con una voz fría e implacable. — Y ahora te retirarás con tus hombres de aquí, y cuando el anuncio se haya hecho, las devolveré.

Un sonido seco y húmedo resuena en el contenedor. La cabeza de mi padre se gira automáticamente en dirección al ruido, al igual que yo. Anastasia está allí, de pie, con un cuchillo profundamente clavado en el estómago de uno de los secuaces de mi padre. La hoja brilla con la sangre que corre por el metal, y el hombre tambalea hacia atrás, con los ojos desorbitados por el shock y el dolor.

La confusión es instantánea. Mikhail se mueve con la precisión de un depredador, arremetiendo contra mi padre, inmovilizando su mano armada y arrebatándosela. El impacto de ambos me lanza lejos, y siento cuando mi cuerpo golpea el suelo.

Oigo otro disparo. El último hombre cae abatido por Grigory, que entra en el contenedor como un rayo, con los ojos fieros y las manos ágiles. Apunta su arma a mi padre, que ahora está

en el suelo, luchando por levantarse.

Anastasia avanza rápidamente, y en un instante, Mikhail está sobre mi padre, presionándolo contra el suelo, con la rodilla firmemente plantada en su espalda. En solo unos segundos, todo el escenario cambia ante nosotros.

— ¡Se acabó, maldito! — gruñe Mikhail, con la voz llena de ira contenida.

Mi cuerpo todavía tiembla por la adrenalina, y mi corazón late tan rápido que parece querer salirse de mi pecho. Pero estoy viva. Mikhail me mira, ahora con los ojos llenos de preocupación.

— ¿Estás bien? — pregunta, con una voz más suave ahora.

Asiento, pero las palabras se quedan atrapadas en mi garganta. La presión del momento, la brutalidad y la crudeza de todo esto me hacen sentir mareada.

Mikhail mantiene a mi padre contra el suelo con una fuerza implacable. La tensión en su rostro se relaja un poco, pero sus ojos aún conservan la intensidad de un cazador que no dejará escapar a su presa.

Entonces, oigo pasos apresurados fuera y, en un abrir y cerrar de ojos, los hombres de Mikhail entran en el contenedor. Son una oleada de negro, portando armas y atando a mi padre sin vacilar. Él lucha contra las ataduras, pero es inútil; está rodeado por muchos, cada uno más decidido que el anterior.

Mikhail se pone en pie, manteniendo una mano en el hombro de mi padre para asegurarse de que no intente nada estúpido. Grigory se acerca, observando a mi padre con desdén mientras uno de los hombres ajusta las esposas alrededor de sus muñecas.

Cuando todo parece seguro, Mikhail se vuelve hacia mí, con los ojos llenos de preocupación. Camina lentamente, cada paso firme y decidido, pero su mirada es más suave ahora, menos amenazante.

— Perdóname por hacerte ver esto, princesa — dice, poniendo ambas manos en mi rostro y mirándome fijamente—. ¿Te has hecho daño en algún sitio? ¿Y el bebé?

Tengo la garganta seca, pero consigo negar con la cabeza. El mundo a mi alrededor sigue girando con la adrenalina y el miedo. Mikhail toca mi brazo con suavidad, como si quisiera

asegurarse de que estoy bien, pero sin causar más dolor. Luego, me acoge en sus brazos, y me permito relajar mi cuerpo contra el suyo.

Apenas puedo respirar. El calor del abrazo de Mikhail es reconfortante, pero mi corazón aún late desbocado. Siento cómo la adrenalina abandona mi cuerpo, y mis manos tiemblan mientras agarro su ropa. Es tan bueno sentirlo, es tan bueno ser acogida por sus brazos, que es como si finalmente pudiera respirar.

— Todo va a estar bien, te lo prometo — susurra Mikhail, con una voz suave como una brisa, como si quisiera calmarme.

Pero algo va mal. Siento un escalofrío recorrer mi espalda, como si alguien me estuviera observando. Abro los ojos lentamente, renuente a dejar el consuelo del abrazo de Mikhail, pero el instinto me empuja a mirar alrededor.

Y ahí está él, mi padre, atado en el suelo, con los ojos fijos en mí. Su mirada es como un puñal clavado en mi piel. Es odio puro, una furia que me golpea como una ola de choque. No dice nada, pero sus ojos lo dicen todo: traición, desprecio, una promesa de venganza.

— ¿Qué vas a hacer con él? — pregunto con un hilo de voz.

Mikhail percibe mi incomodidad. Se gira para ver lo que estoy mirando y ve el mismo odio que me paraliza. Aprieta su brazo alrededor de mí, como si pudiera protegerme de esa mirada mortal.

— No le mires — dice Mikhail, intentando apartarme—. Nunca más podrá hacerte daño.

— ¿Qué vas a hacer con él? — repito la pregunta, mirándole a los ojos, y veo que Mikhail desvía la mirada ligeramente.

— Mikhail no hará nada, quien lo hará soy yo — escucho la voz debilitada de Anastasia acercándose a nosotros.

Anastasia se aproxima, pero sus pasos son inestables. Cuando la miro, veo la sangre seca en su rostro, manchas que destacan contra su piel pálida. Su nariz está hinchada, y sus muñecas tienen marcas rojas e hinchadas de las cuerdas. Parece débil, pero sus ojos están firmes, llenos de una determinación aterradora.

— Va a pagar por todas las malditas cosas que me hizo a mí y a todas las chicas durante

todos estos años, pagará hasta por querer quitarme mi nombre y tratarme como su muñeca de juguete — continúa, con una mirada mortal dirigida a él.

— Será mejor que me mates, zorra, porque cuando consiga liberarme, acabaré contigo — vocifera él.

Anastasia esboza una sonrisa que no llega a sus ojos. Hay algo oscuro en ellos, algo que me provoca un escalofrío en la espalda. Se detiene frente a mi padre, que está atado en el suelo, y lo mira con una expresión que mezcla odio y desprecio.

Mikhail intenta girarme para apartarme, pero me escabullo, curiosa y preocupada por lo que Anastasia tiene en mente. Ella saca un cuchillo del cinturón de mi propio padre, una hoja larga y fina, y sus dedos temblorosos sujetan el mango con firmeza. El aire se carga de un silencio pesado; cada segundo parece arrastrarse mientras todos observan a Anastasia.

Mi padre, por su parte, permanece quieto, pero sus ojos están llenos de odio. No se mueve, pero hay algo en él que me incomoda, como si estuviera esperando una oportunidad. Anastasia da un paso adelante, con el cuchillo brillando bajo la tenue luz del contenedor. Comienza a cortar lentamente el cuello de mi padre, que intenta esquivar, y ella sonríe.

— La muerte es algo demasiado misericordioso para alguien como tú, Gorbachev. Vas a sufrir mucho más que eso — dice entre dientes mientras aparta la cuchilla de su piel.

No consigo apartar la vista. Anastasia no parece ser mucho mayor que yo, pero hay algo en su mirada, una fuerza... una impetuosidad, algo que nunca he visto en los ojos de ninguna mujer de su edad.

— Llévenselo de aquí — ordena Mikhail a sus hombres, que obedecen al instante.

Mikhail sostiene mis manos con firmeza, pero con una dulzura que me recuerda que todo va a estar bien. Se inclina ligeramente para que nuestros ojos estén al mismo nivel. Su mirada es como una promesa, una garantía de que estoy segura con él.

— Todo va a estar bien ahora, Olivia — dice con una voz más suave que nunca—. Nunca te separarás de mi lado, estarás conmigo, y te protegeré con mi vida, te lo prometo.

Asiento, mirándole a los ojos y sintiéndome segura. Sé que cumplirá lo que dice y, más que eso, me siento agradecida por escuchar esas palabras, pero mi mirada se desvía de nuevo hacia mi padre. Mikhail percibe mi incomodidad y aprieta un poco más mis manos.

— Estás segura conmigo — repite, mirando a los hombres que están sacando a mi padre del contenedor.

— ¿Lo oíste? — insiste, obligándome a mirarle—. ¡Estás segura!

Mikhail me envuelve en sus brazos y cierro los ojos, sintiendo su olor, su calor, su protección. Sintiéndome finalmente... segura.

Anastasia también está cerca, con la mirada fija en su dirección, como si quisiera asegurarse de que mi padre no volviera para atormentarnos.

— Dime, ¿cómo conseguiste desatar el nudo que te hicieron y liberarte para golpear al maldito que te sujetaba? — pregunta Grigory mientras se acerca a Anastasia.

— Los vi durante años hacer los mismos tipos de nudos, hermanito. Y los estudié perfectamente porque sabía que un día podría ser yo la que estuviera atada. Claro que nunca conseguí liberarme tan fácilmente, pero después de años de esfuerzo, aprendí la manera correcta de hacerlo — responde, lanzando una mirada orgullosa a su hermano.

Respiro hondo, observando la calma que ha llegado después del caos, y apoyo mi rostro de nuevo en el pecho de Mikhail solo para seguir sintiéndome segura, completamente segura.

CAPÍTULO 46

MIKHAIL

Casi tres meses después

Olivia está llegando a su noveno mes de embarazo y cada día parece más hermosa que antes. Estoy sentado en mi sillón, con una taza de té caliente de lavanda que la propia Olivia me ha preparado, alegando que debería beber menos whisky y más té, como si eso fuera posible, pero no puedo negar que está delicioso. Después de un sorbo, sonrío y observo a Olivia mientras tricota.

Con cada punto, su mirada se concentra, y percibo la suavidad de sus movimientos. La suave luz de la tarde ilumina su rostro, realzando las líneas delicadas que parecen aún más radiantes ahora, en su noveno mes de embarazo. Olivia lleva un vestido suelto de color azul claro, que se ajusta de forma elegante a su cuerpo. Parece tranquila, casi etérea, mientras el sonido de las agujas de tejer llena la sala.

A su lado, sobre la mesa de centro, hay una cesta llena de ovillos de lana de varios colores. Ha elegido un tono suave de amarillo para los zapatitos que está tejiendo ahora. No puedo evitar sonreír al imaginar nuestros futuros paseos en familia, nuestro bebé con esas pequeñas piezas hechas a mano.

Estoy en calma.

Toda la agitación que suele estar en mi mente ahora parece haberse silenciado, casi como si hubiera encontrado la paz. Una paz que nunca había conocido antes.

Olivia levanta la vista por un instante y me pilla mirándola. Su sonrisa es tranquila, llena de cariño. Es increíble cómo consigue transmitirme tanto con una simple mirada. No sé si se da cuenta, pero toda esta escena tiene un efecto calmante en mí.

— ¿Vas a quedarte mirándome todo el día? — pregunta divertida, volviendo la vista al tejido.

— Probablemente sí, ¿tienes alguna queja al respecto?

— Oh, no, incluso me gusta, sigue — responde, y ambos reímos.

Olivia ha hecho que todos esos sentimientos de agitación se estabilicen en mí de una manera que ni siquiera sabía que alguien pudiera lograr. Ahora puedo entender un poco mejor a mi padre. Siempre lo consideré un hombre demasiado prudente para ser el gran *Pakhan* de la Bratva, pero la verdad es que cuando tienes a alguien a quien amar y cuidar, te vuelves un poco más cauteloso.

Todo parece tranquilo ahora, en mi vida y también en los negocios. Falcone está al frente de los problemas de UMBRA y lo único que pide es mi apoyo cuando las cosas empiecen a calentarse, lo cual probablemente no tardará en suceder, pero tenemos la fuerza para contener cualquier problema que surja.

Y Anastasia... ¡Ah, Anastasia! Qué mujer incomparable se ha vuelto.

Está tomando el control de la pequeña organización que Gorbachev construyó y, por lo que sé, está haciendo un trabajo increíble. Incluso antes de los acontecimientos de hace tres meses, ya había logrado que casi todos los hombres de Gorbachev se pusieran de su lado. Así fue como él descubrió su traición, al darse cuenta de que podía contar con pocos de sus hombres. Los albaneses, que antes eran aliados de Gorbachev, ahora la obedecen sin dudar. Y los pocos que aún estaban del lado de Gorbachev fueron eliminados.

Anastasia, a pesar de su corta edad, es implacable, pero de una manera diferente a él. Gorbachev era pura crueldad, un hombre que hacía del miedo su principal aliado. Anastasia, por otro lado, sabe equilibrar las cosas. Inspira respeto, pero también tiene un sentido de la justicia que es raro en nuestro mundo. A los albaneses parece gustarles eso; les agrada tener una líder que es fuerte, pero que también entiende los límites del poder.

Finalmente, acabó con los pésimos negocios que Gorbachev había hecho, lo que dejó a mucha gente enfadada. Muchos magnates de alto nivel se beneficiaban de los sucios negocios de tráfico humano que ese cabrón llevaba a cabo, y ella se ganó algunos buenos enemigos en el proceso.

Gorbachev, el desgraciado, encontró el final que merecía.

Doy un sorbo a mi té, sintiendo el calor quemar mi lengua mientras reflexiono sobre su destino. La ironía de todo esto me hace sonreír. Un hombre que explotó y torturó a tantas personas quedó atrapado en una sala con sus propias víctimas, a merced de su suerte.

Pude ver con mis propios ojos cómo su cuerpo se retorció de dolor después de que cada una de las mujeres a las que hizo sufrir dejara su marca en su carne maldita. Lo vi implorar por la muerte, con desesperación en los ojos, y disfruté cada momento de la escena.

Después de semanas de agonía y casi morir de hambre, fue Anastasia quien finalmente puso fin a su tormento. Ella lo miró a los ojos y disparó, un tiro certero en el centro de la frente. Sin dudar, sin parpadear, sin mostrar ni un atisbo de remordimiento por ser la ejecutora del final del maldito. Cuando Anastasia habla de él, hay una calma en su tono que es casi aterradora. No hay placer en su voz, solo la certeza de que hizo lo que tenía que hacer. Me dijo que la venganza puede ser un camino tortuoso, pero para algunas personas es el único camino posible.

El té tiene un efecto calmante, pero mis pensamientos empiezan a correr. Anastasia siempre fue una chica llena de potencial, pero verla ahora, convertida en una fuerza dominante en el submundo, es algo que nunca habría previsto.

— Estás demasiado callado, ¿en qué piensas? — escucho la voz suave de Olivia interrumpiendo mis pensamientos y la miro, sonriendo.

— En nada importante — respondo, aún sonriendo.

Olivia vuelve a mirarme, con su sonrisa suave y ese aire de saber más de lo que yo mismo sé. Coloca el tejido a un lado por un momento y acaricia su barriga redondeada, el gesto inconsciente de una madre a punto de dar a luz.

Se acerca a mí, sentándose en el brazo del sillón e inclinándose para darme un beso en los labios. Es un gesto sencillo, pero es como si todo el caos a mi alrededor desapareciera por un instante.

— Piensa solo en mí ahora — susurra, mirándome con esa mezcla de cariño y autoridad que solo ella tiene.

— ¿Es una orden? — pregunto, mirándola a los ojos.

— ¡Sí! — responde.

Su mirada, por algún motivo, se desvía rápidamente de la mía.

— ¿Qué pasa, princesita? — pregunto, tocando su mentón para que me mire de nuevo.

— ¿Crees que ella está bien? — pregunta, y sé perfectamente de quién habla.

Su madre.

Respiro hondo antes de responderle.

— Mis hombres me informaron que ha vuelto a Rusia, cerca de algunos de sus familiares.
¿La echas de menos?

Olivia mueve la cabeza ligeramente en señal de negación.

— ¿Y entonces? — pregunto, tratando de entender sus sentimientos.

— No lo sé. Solo me gustaría que estuviera bien después de todo. Sé que puede que no haya sido la mejor madre del mundo, pero tengo buenos recuerdos con ella.

— Ella está bien, eso puedo garantizártelo.

Olivia respira hondo y veo cómo su mirada se pierde de nuevo.

— Oye, piensa solo en mí ahora — digo, repitiendo sus palabras de hace unos minutos.

— ¿Es una orden? — pregunta divertida.

— Sí — respondo.

Olivia muerde ligeramente sus labios, y eso es como una invitación.

Apoyo mis labios en los suyos, iniciando un beso. El sabor de Olivia, su calor, todo lo que ella emana es completamente adictivo, embriagador.

Olivia da un pequeño suspiro y se aparta un poco, sus ojos se encuentran con los míos, mostrando una mezcla de sorpresa y certeza.

— ¡Oh, Dios! — dice.

— ¿Qué pasa?

— Creo que se me ha roto la bolsa — dice, con voz firme, pero sus ojos revelan un toque de preocupación.

Miro hacia abajo y veo un pequeño brillo de líquido en su vestido. Mientras me levanto rápidamente, siento cómo la adrenalina recorre mi cuerpo. Incluso después de todo lo que he visto y hecho, este momento me pilló por sorpresa.

Olivia se apoya en el brazo del sillón para levantarse con cuidado, y yo inmediatamente agarro su mano para ayudarla. Ella intenta sonreír para calmarme, pero el gesto es tenso.

— Tranquila, todo está bien. Sabemos perfectamente lo que tenemos que hacer — dice, aunque sé que lo dice tanto para ella como para mí. — Tenemos tiempo, solo necesito que estés a mi lado ahora.

Su mano en la mía es cálida y firme, pero puedo sentir el ligero temblor que intenta ocultar. Me tomo un momento para respirar hondo, recordando que estoy aquí para ella y que necesita que me mantenga tranquilo.

— Claro, claro, vamos — mi voz suena más nerviosa de lo que quisiera. Miro a mi alrededor buscando el móvil, hasta que me doy cuenta de que está en mi bolsillo. Necesito llamar al equipo médico y avisar al personal de seguridad de la entrada para que esté listo para escoltarnos. Pero, lo más importante, necesito mantener a Olivia tranquila.

Ella avanza despacio hacia la entrada de la casa, y yo estoy a su lado, sosteniéndole el brazo para apoyo. Ese momento de calma en el sillón parece haberse desvanecido, sustituido por el caos controlado de la llegada de nuestro hijo, sí, nuestro, porque todos los hijos que nazcan de Olivia también serán míos.

Respiro hondo, no puedo dejar que ella vea mi ansiedad, tengo que ser fuerte por los dos. Al salir por la puerta, veo el coche ya aparcado frente a la casa. Nuestro conductor está allí, como siempre, pero ahora parece más atento. Me lanza una mirada rápida pero discreta antes de abrir la puerta para Olivia. Ella entra con cuidado, sosteniéndose la barriga mientras se acomoda en el asiento. Yo entro por el otro lado y me siento junto a ella, agarrando su mano con firmeza.

— Todo saldrá bien — le digo, apretando su mano mientras el coche comienza a moverse. — Estoy aquí contigo, princesita.

Ella me sonríe, una sonrisa pequeña pero llena de amor y confianza. Eso es lo que me mantiene enfocado, incluso con la tensión creciendo a cada segundo. Por ella y por nuestro bebé, puedo enfrentar cualquier cosa.

El coche avanza por las calles mientras el sol empieza a ponerse, la luz dorada del atardecer haciendo que todo parezca más surrealista. La miro a Olivia, tratando de parecer calmado, pero mi corazón está acelerado. Su respiración es profunda y lenta, intentando mantener la compostura, pero noto la tensión en sus ojos. Ella agarra mi mano con fuerza, como si necesitara ese contacto para mantenerse anclada a la realidad.

— Todo saldrá bien — repito, casi para convencerme a mí mismo.

El conductor da una curva rápida, probablemente más rápido de lo que debería, pero el momento exige rapidez. Veo que está tan alerta como yo, lo que me da algo de consuelo. La ciudad pasa rápidamente por la ventana, un borrón de luces y edificios. Intento concentrarme en la respiración, en la mano de Olivia en la mía, en cualquier cosa que me mantenga tranquilo para poder ser el apoyo que necesita ahora.

A cada semáforo que pasamos, a cada momento que nos acerca al hospital, siento cómo se acumula la adrenalina. No es miedo, sino una especie de nervios controlados. Es como estar en medio de una negociación delicada o de una operación arriesgada. Pero, al mismo tiempo, es diferente. Esta vez no se trata de poder o dinero. Se trata de algo mucho más profundo, mucho más personal.

— ¿Estás bien? — pregunto, intentando mantener la voz estable.

— Sí, estoy bien — responde, pero hay una tensión subyacente en su tono.

Cierra los ojos por un momento y respira hondo, como si estuviera preparándose para lo que viene.

El coche llega finalmente al hospital, y el conductor aparca lo más cerca posible de la entrada. Las puertas se abren, y yo salgo primero para ayudar a Olivia a bajar del coche. Ella acepta mi mano y se levanta con cuidado, aún sosteniéndose la barriga con la otra mano. Hay una calma a nuestro alrededor mientras el personal del hospital nos recibe y nos guía hacia el interior.

Tienen todo preparado, una silla de ruedas para Olivia y enfermeros listos para llevarnos

a la sala de partos. Yo me quedo a su lado, sin soltar su mano ni un momento, mientras nos conducen por los pasillos del hospital. Las paredes blancas y las luces fluorescentes contrastan con la calma del atardecer que queda afuera.

Mirando a Olivia, me doy cuenta de que, pase lo que pase, ella es mi ancla, lo único que realmente importa. Su fortaleza y su calma ante lo desconocido me inspiran a ser mejor, a ser alguien en quien pueda confiar.

— Lo estás haciendo muy bien — le digo, intentando animarla.

Ella esboza una pequeña sonrisa, a pesar del dolor que empieza a aparecer en su rostro. Es fuerte, muy fuerte. Y yo estoy aquí para apoyarla, para ser su refugio en medio de la tormenta.

El equipo médico nos lleva a una sala de partos y empieza a prepararlo todo. Olivia se acuesta en la cama, y los enfermeros ajustan los equipos a su alrededor. La tensión aumenta, pero sé que estamos en el lugar adecuado, rodeados de las personas adecuadas. Yo me quedo a su lado, sosteniendo su mano y diciendo palabras de aliento. Cada segundo es importante ahora, cada momento cuenta.

Siento mi pecho llenarse de una emoción desconocida, electrizante, reconfortante y poderosa... muy poderosa. Una sensación que no se puede cuantificar ni calificar. No me gustaría estar en ningún otro lugar ni hacer nada diferente; todo lo que quiero es estar al lado de Olivia y de nuestro hijo... *para siempre*.

CAPÍTULO 47

Olivia

Encontramos el amor en los lugares más improbables, y estoy segura de ello cuando miro a Mikhail sosteniendo a nuestro bebé. Él lo mira con tanto amor, tanta emoción... como si ese bebé realmente fuera su hijo. Algo explota dentro de mí, un cúmulo de amor, felicidad, admiración y seguridad. Un cúmulo de sentimientos que nunca había experimentado en toda mi vida, y me siento agradecida por ello.

— Te amo — digo, y lo veo mirarme levemente sorprendida.

Esas palabras nunca habían salido de mi boca, aunque el sentimiento llevaba tiempo en mi corazón. Aunque las había escrito en papel, nunca las había dicho en voz alta. Mikhail sonrío mientras acurruca con cuidado al bebé en su regazo antes de responder:

— Te amo, princesita — responde, mirándome a los ojos, y siento que no podría ser más feliz de lo que soy ahora, en este momento.

La habitación del hospital es pequeña y acogedora, con una luz suave que entra a través de las cortinas blancas, tiñendo todo con un tono casi etéreo. Mikhail está sentado en una butaca al lado de mi cama, y yo estoy tumbada, cansada, pero con una sonrisa que parece ser parte de mí ahora. Los minutos pasan lentamente, como si el mundo exterior se hubiera detenido, y todo lo que importa es el pequeño ser entre nosotros.

— ¿Y cómo se va a llamar? — pregunta.

— Se llamará Atlas Mikhail Ivanov — digo, y veo a Mikhail sorprenderse.

Mikhail me mira con una mezcla de sorpresa y emoción. Sus ojos se iluminan como si le hubiera dado un regalo inesperado y valioso. Pasa un rato mirando al bebé en su regazo, luego a mí, como si intentara procesar el momento.

— ¿Atlas Mikhail Ivanov? — repite, casi susurrando, como si necesitara saborear cada sílaba. Su rostro refleja la emoción de alguien que acaba de recibir una gran honra.

Asiento con la cabeza, sonriendo. Nunca imaginé que le daría ese nombre a mi hijo, pero me pareció lo correcto. No porque Mikhail lo esperara, sino porque es lo que siento en el corazón. Quiero que Atlas tenga un nombre que lo vincule al amor que compartimos, a la fuerza y seguridad que Mikhail ha traído a mi vida.

— Gracias... — dice, con las palabras llenas de emoción. Se inclina para darme un suave beso en la frente. — No podría estar más feliz.

— Yo tampoco — respondo, tocando levemente su mano. Mikhail sostiene mi toque con firmeza, pero con cariño, y su mirada no se aparta del pequeño Atlas.

El silencio que nos rodea está cargado de significado, cada segundo parece una eternidad. Soy consciente del zumbido tenue de los aparatos del hospital y del murmullo distante de las enfermeras en el pasillo. Pero todo eso es un mero telón de fondo para la escena frente a mí: Mikhail sosteniendo a Atlas como si fuera el tesoro más precioso del mundo.

— Creo que Atlas necesitará un hermanito o hermanita para jugar, ¿no crees?

— Acabo de dar a luz a un bebé y ¿ya quieres otro?

— Cuantos más, mejor — dice sonriendo. — O podemos practicar mucho — añade con picardía en la voz.

— No tienes remedio, ¿verdad?

— Me conoces... — dice riendo.

Mikhail comienza a balancear al bebé suavemente, una melodía baja escapando de sus labios, una canción que debe haber aprendido en su infancia, quizás de su madre o su abuela. Es un sonido reconfortante, algo que me hace sentir que todos estamos conectados de alguna manera misteriosa y bella. El mundo fuera de la habitación puede ser grande e impredecible, pero aquí, en este espacio, todo está en su sitio.

— Seremos la familia que nunca tuvimos, Olivia — dice. — Con un padre y una madre juntos, cuidando con cariño y amor a nuestro hijo. Prometo que cuidaré de vosotros dos siempre, con mi vida y con mi sangre.

Siento que las lágrimas suben a mis ojos, pero son lágrimas de felicidad, también de gratitud. Pienso en el futuro, en lo que nos puede deparar, a nosotros y a nuestro hijo. Sé que

habrá desafíos y momentos difíciles, pero mientras estemos juntos, todo irá bien.

No puedo esperar a ver la vida que nos espera, ni la felicidad que, si es siquiera una tercera parte de lo que estoy sintiendo hoy, será suficiente para llenar nuestros corazones durante toda una vida.

Mikhail sigue meciendo al pequeño Atlas en sus brazos, el suave murmullo de su canción de cuna llenando el aire a nuestro alrededor. Es un sonido tenue, casi imperceptible, pero es la banda sonora perfecta para este momento.

— ¿Dónde aprendiste esa canción?

— Mi madre solía cantarla para que nos durmiéramos — responde él. — Incluso cuando era muy pequeño, lo recuerdo perfectamente.

La luz que entra por la ventana parece volverse más dorada, señal de que la tarde está empezando a dar paso al crepúsculo.

De repente, Mikhail me mira con una sonrisa, y veo que está intentando no despertar al bebé, pero al mismo tiempo, rebosa alegría. Es una sonrisa amplia, que muestra sus dientes blancos e ilumina su rostro como si acabara de ganar el mayor premio del mundo. Yo respondo con una sonrisa más suave, pero siento que estoy sonriendo con el corazón.

— Vas a ser el mejor padre del mundo — digo, sintiendo que no es solo una formalidad, sino una verdad profunda e incontestable.

— Y tú la mejor madre — responde él.

— Te amo, Mikhail.

— Te amo, Olivia.

Te amo... te amo con cada parte de mí.

EPÍLOGO

Olivia

UN AÑO DESPUÉS

— Vamos a retrasarnos, Mikhail — aviso, frunciendo el ceño.

— ¿Estás segura de que quieres dejar a Atlas solo? — pregunta él, algo reacio.

— No estará solo, Madeleine, nuestra niñera, estará con él, y son solo dos días — respondo, repitiendo una vez más lo que ya he dicho tantas veces.

— Pero, ¿y si...?

— Vamos a llamarlo por vídeo siempre que podamos. Ya hemos hablado de esto, Mikhail. No es bueno para él viajar en avión, y necesitamos ir a la fiesta de cumpleaños de Elora.

Mikhail aún parece dudar, pero pone a Atlas de nuevo en la cuna. Poco después, el bebé suelta una risa contagiosa, y veo a Mikhail sonreír, derretido.

— ¡Vamos! — digo, tirando de él hacia mí. — Si nos quedamos aquí más tiempo, Atlas acabará convenciéndote para que te quedes.

Agarro la mano de Mikhail y lo arrastro suavemente fuera de la habitación. Cierro la puerta dejándolo fuera.

— Quédate ahí — ordeno con una sonrisa.

Vuelvo la mirada hacia la cuna y veo a Madeleine jugando con Atlas. Ella parece completamente cómoda con él, lo que me da una sensación de alivio. Atlas, por su parte, está fascinado con un juguete colorido que ella le ha dado, riendo cada vez que ella lo balancea delante de su cara.

Sonrío al acercarme y toco ligeramente el hombro de Madeleine.

— Gracias por quedarte con él — digo, sintiéndome agradecida por su presencia. Ella sonríe de vuelta a mí, amable como siempre, y asiente con la cabeza.

— No hay de qué, señora Ivanov, me encanta estar con él.

Miro a Atlas y me inclino junto a la cuna. Él estira la mano hacia mí, y yo agarro sus pequeños deditos, sintiendo ese calor familiar en el corazón.

— Mamá volverá pronto — prometo. — Sé buena con Madeleine, ¿vale?

Atlas me mira con esos ojos grandes y curiosos, como si entendiera todo.

Le doy un beso en la frente y respiro hondo, tratando de absorber toda la calma y el amor que él transmite.

Después de unos segundos, me levanto y miro a Madeleine de nuevo.

— Si necesitas algo, llámame — digo, aunque ya lo he repetido una docena de veces.

Ella sonríe y responde con la misma paciencia de siempre:

— Déjalo, disfruta de la fiesta.

Salgo de la habitación, cerrando la puerta despacio, y encuentro a Mikhail afuera, esperándome. Parece un poco menos preocupado ahora, pero aún queda un vestigio de duda en su mirada.

— ¿Quién iba a decir que la persona capaz de romper la inmensa muralla de Mikhail Ivanov sería un ser tan pequeño? — comento, sonriendo mientras lo miro.

— Tú fuiste la que hizo el primer agujero. Por tu culpa, ahora soy un rey de la Bratva con una muralla agujereada — responde él, atrayéndome por la cintura y envolviéndome en sus brazos.

Frunzo el ceño, fingiendo irritación.

— ¿Estás diciendo que soy un problema? — pregunto, tratando de sonar indignada.

Mikhail aprieta aún más sus manos alrededor de mi cintura y fija su mirada en mis labios con esa expresión deliciosamente sexy y peligrosa que solo él sabe hacer.

— No, eres la solución a cada uno de los problemas que he tenido — dice mientras apoya sus labios en los míos, robándome un beso húmedo que hace que todo mi cuerpo se caliente.

— Si sigues así, vamos a retrasarnos — digo entre el beso, y lo veo sonreír confiado.

— Estoy seguro de que tu amiga entenderá — dice Mikhail, y en un movimiento rápido, me coloca en su regazo y me lleva hasta la primera puerta que encuentra.

Sigue besándome, y el beso parece intensificarse mientras siento que me deposita sobre un piano. Mikhail aparta nuestros labios y veo que estamos en una pequeña sala en el piso superior de la mansión, casi nunca utilizada. Las paredes están revestidas de madera oscura, y hay una alfombra persa que cubre gran parte del suelo. Un sofá bajo está contra una de las paredes, repleto de cojines rojos y dorados. Cierra la puerta con el pie, sin dejar de mirarme, con los ojos brillando con una llama inconfundible.

Mikhail se acerca de nuevo, me observa con una mezcla de intensidad y diversión, su sonrisa torcida revelando que sabe exactamente lo que está haciendo conmigo. El piano es grande y frío, contrastando con el calor creciente entre nosotros.

— Deberíamos irnos, Mikhail — comento, sin mucha convicción en mis palabras.

— Creo que tenemos tiempo para un rapidito, ¿no crees? — pregunta él, llevando sus labios a mi oreja y dando una pequeña mordida que me hace presionar ligeramente los labios.

— Creo que sí — respondo, sintiendo cómo todo el calor se apodera de mi cuerpo.

Mis palabras parecen ser una invitación para el cuerpo ardiente y ansioso de mi marido. Abre mis piernas y rápidamente desabrocha su cinturón con un movimiento preciso, sin apartar la mirada de la mía ni un segundo. Mikhail me acomoda sobre el piano y tira de la parte baja de mi vestido, subiéndolo para revelar mi muslo, que él aprieta con deseo.

Luego, aparta mi ropa interior hacia un lado y toca mi intimidad, ya completamente húmeda, llena de su deseo. Mikhail lleva sus manos a mi cintura, sosteniéndome firmemente, mientras sus ojos se clavan en los míos, llenos de lujuria.

— Eres mi adicción, princesita — susurra, pegando sus labios a mi cuello y provocando un estremecimiento en mí. — Estoy enganchado a enterrarme en ti.

— Entonces hazlo, Mikhail. Quiero que estés completamente dentro de mí — susurro con

deseo, y en ese momento lo siento penetrarme con fuerza, haciendo que un gemido alto escape de mi boca.

Él arrastra sus labios desde mi cuello hasta mi boca aún abierta por el placer, y succiona mis labios mientras se mueve con fuerza y determinación contra mi cuerpo. Sus movimientos son frenéticos y desesperados, y sigo gimiendo contra sus labios.

Sus manos bajan a mi escote, tirando bruscamente hacia abajo y haciendo que mis pechos salgan a la vista. Mikhail pasa su mano entre mis pezones duros y juega con ellos antes de descender con sus labios y succionarlos, alternando entre uno y otro. Sigue penetrándome con fuerza mientras succiona mis pezones, haciéndome estremecer de deseo y lujuria, casi como si fuera a explotar por tantas sensaciones.

— Yo... oh Dios... no voy a aguantar... — gemo de placer mientras él acelera y profundiza sus embestidas.

— No aguantes, princesita... ven para mí — susurra contra mi piel.

Me gira rápidamente, y levanto mi trasero hacia él, que vuelve a penetrarme con un deseo renovado. Siento su torso en mi espalda cuando susurra en mi oído:

— Eres una exquisitez... mi exquisitez — dice, y me muevo contra su miembro, viéndolo gruñir de placer. Continúo el movimiento y él se vuelve loco contra mí, penetrándome con aún más necesidad.

— Ven para mí, princesita... — dice, jadeante, y sus palabras incendian mi pecho.

Siento que mi cuerpo no puede soportar más placer del que ya está sintiendo, pero estoy equivocada, sí puedo... y no pasa mucho tiempo antes de que sienta la explosión extasiante pulsar dentro de mí, seguida de Mikhail derramándose en mi cuerpo con un rugido alto de placer.

— Te amo, Olivia — dice Mikhail, suspirando alto mientras se apoya sobre mi cuerpo.

Me vuelvo para mirarlo y le doy una sonrisa al ver su rostro satisfecho.

— ¿Ahora podemos irnos, señor Mikhail Ivanov?

Él sonríe de lado antes de responder:

— Sí, ahora podemos — dice, mientras sigue mirándome y acariciando mi rostro,

alisando el cabello pegado a mi frente por el sudor de lo que acabamos de hacer. — ¿No te falta nada, señora Ivanov?

Le dedico una sonrisa traviesa, sabiendo exactamente a qué se refiere.

— Yo también te amo, Mikhail.

— Ahora sí — dice, acercando sus labios a los míos y dándome un beso tierno y al mismo tiempo sensual.

— Te amo, te amo, te amo... — repito entre besos que se transforman en una mezcla de pequeños besos y sonrisas deliciosas.

— Haré todo lo posible para que tengas la vida que siempre has soñado, Olivia. Hoy y siempre.

Sé que habla en serio. Las promesas que Mikhail hace son como contratos grabados en piedra, y sé que hará todo para cumplirlas. Se inclina un poco para besarme nuevamente, y apoya sus labios suavemente sobre los míos, un beso dulce y tierno que me hace sentir que todo es posible, que el mundo es un lugar lleno de amor y esperanza.

— Ya lo tengo — digo con una sonrisa, y lo veo sonreír a cambio.

Ya tengo la vida que siempre he querido, no es perfecta y probablemente nunca lo será, pero es lo que mi corazón, sin siquiera saberlo, siempre ha necesitado.

No sé qué desafíos enfrentaremos, qué alegrías y tristezas nos esperan, pero sé que, con él y nuestro hijo a mi lado, todo será posible.

FIN

Otros libros

Los Nikopoulos:

Libro 1

[Un Acuerdo De Venganza](#)

Libro 2

[Maldito Seductor](#)

Libro 3

[El Arrogante de mis Sueños](#)

Otros libros:

[Mi Marido Perfecto](#)